

¿Dónde están tus lealtades?

The background of the entire image is a woman with long, wavy brown hair, seen from behind, wearing a dark trench coat. She is looking towards a large, multi-story classical building with many windows, some of which appear damaged or boarded up. The sky is a hazy, golden-brown color. In the upper right, a small biplane is flying. In the upper left, a large, faded face of a man in a military uniform is visible.

*Los susurros
secretos de la
memoria*

LÍA SAYONI

Los susurros secretos de la memoria

Lía Sayoni

Copyright © 2024 Lía Sayoni

Los nombres de los personajes y los eventos retratados en este libro son ficticios.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Sello Independently published
Diseño de portada: Lía Sayoni

«¿Dónde están tus lealtades?
Mis lealtades están donde esté mi corazón».

1. El herido

«El miedo, sombra eterna del alma humana».

Fismes, Francia, 1917

Al anochecer

La luz del día se había desvanecido, dando paso a una noche inundada de desasosiego, como todas las que habían pasado durante los últimos tres años en aquella hermosa campiña francesa. El otoño se aproximaba a pasos agigantados y sin freno, despiadado, inmisericorde, y este ya dejaba la huella de su presencia en cada rama sacudida por el viento y en cada hoja desprendida a la deriva, como un anticipo de lo que sería un crudo invierno.

Emma miró al cielo, convencida de que pronto llovería, y se cerró el abrigo a la altura del cuello, impidiendo con esto que la brisa fresca enfriara su garganta. La temperatura había descendido varios grados y sabía que sus manos se entumecerían antes de llegar a casa, puesto que sus guantes de lana dejaban al descubierto numerosos agujeros debido a los puntos que se habían corrido de su sitio. Este hecho, hacía algunos años atrás, la hubiera avergonzado, pero ahora era prioridad sobrevivir. «Un día más», se repetía cada vez que en el pecho se le instalaba una sensación de desasosiego.

«Un día más».

Se montó en su bicicleta y pedaleó tan rápido como pudo, antes de que las nubes estallaran en lágrimas sobre ella. Su turno en el hospital había finalizado más tarde de lo habitual. Por lo general, evitaba que el toque de queda la encontrara deambulando fuera, aunque durante este último tiempo se había convertido casi en una costumbre indeseada el que fuese así. Veinte minutos de camino la distanciaban de la relativa seguridad que le otorgaba su hogar; una modesta casa ubicada en las afueras de la ciudad. Veinte minutos en que cualquier cosa podía pasar. Emma intentaba no pensar en esas cosas, porque no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por el miedo. Solo esperaba no encontrarse con problemas durante su trayecto; que ningún militar la detuviera por estar fuera a esas horas en las calles desiertas, sobre todo porque había olvidado su permiso en el abrigo rojo que utilizó la noche anterior. «Qué estúpida soy», se recriminó cuando se percató de eso en el hospital.

Continuó avanzando a un ritmo constante, y poco a poco el alivio comenzó a circular por sus venas, ya que divisaba a la distancia las tenues luces de su refugio. Estaba segura de que el fuego ardía en la chimenea, y anticiparlo borró cualquier incomodidad que sintiera antes en sus manos y en su cuerpo debido al frío. Pero pronto, esa paz fue interrumpida por el sonido ensordecedor de un avión que surcaba el cielo a baja altura. Un estruendo que se había vuelto parte de la rutina desde el inicio de la guerra y que no auguraba nada bueno. El estridente rugido de la máquina la hizo tambalearse en la bicicleta, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía ante el poderoso sonido. Un nudo de temor se apretó en su pecho cuando vio al avión caer en picado a su izquierda, dejando un rastro de humo negro a su paso. Su corazón pareció detenerse por un momento ante la impactante escena mientras observaba cómo la tragedia se desarrollaba a unos quinientos metros de distancia desde donde se encontraba.

—¡Oh, por Dios! —dijo sobresaltada cuando las llamas comenzaron a aparecer.

Emma retomó el pedaleo, olvidándose de su cansancio y del frío que antes había aterido sus manos y su rostro, y avanzó a campo traviesa lo más rápido que sus ya fatigadas piernas se lo permitieron. Podía sentir los latidos de su corazón golpeando su pecho y retumbando en sus oídos. El suelo era tan irregular que se vio obligada a bajar de la bicicleta y continuar a pie, llevándola a un lado. Tardaría más, pero no podía ignorar el accidente. Y mientras avanzaba, un pensamiento inquietante perturbó su mente. El avión podría ser del enemigo, un avión alemán. El piloto podría estar vivo y lastimarla y, por unos breves segundos, fue presa del miedo. Sin embargo, en un rápido destello de valentía, pensó en su hermano Gerard, quien también luchaba por su amada Francia en aquellos mismos momentos, y se envalentonó.

Al llegar hasta el avión, las llamas casi se habían extinguido por completo, lo que la llevó a movilizarse con cierta cautela. La incertidumbre de lo que encontraría la acompañaba como una sombra que arrasaba con todo a su paso, sin embargo, eso no impidió que arrojara la bicicleta y se acercara hasta el aparato que pronto descubrió era de un alemán, reconocible por la distintiva Cruz de Hierro pintada en el fuselaje. Gracias a la luz de las llamas que aún no se habían consumido por completo, se podían apreciar algunos restos de sangre en el interior. Dominada por el temor, Emma dio un paso atrás. Era evidente que el piloto se había alejado del accidente, tal vez herido, tal vez ileso. No lo sabía, pero lo más sensato era alejarse cuanto antes de allí, antes de que alguien más llegara.

Cogió su bicicleta y caminó con ella a un lado, rogando por no encontrarse con el piloto herido. La respiración se le agitó debido al esfuerzo que tuvo que realizar para avanzar contra el viento esta vez. El frío parecía calarle hasta los huesos y los ojos, arrancándole algunas lágrimas involuntarias. Una sensación de desespero quiso hacerse de sus emociones, pero no lo permitió. La luna se filtró por entre las ennegrecidas nubes, iluminando en parte el camino hasta la seguridad de su hogar. La sensación de que alguien la podría estar observando incrementó su angustia, pero no se dejó intimidar. Ya faltaban unos pocos metros para llegar a casa.

Cuando llegó, cruzó la cerca de madera con rapidez y dejó su bicicleta apoyada fuera del establo, invadida por la tranquilidad de sentirse a salvo. Esperaba que sus abuelos se encontraran durmiendo a esas horas, porque sabía que la reprenderían por llegar tan tarde, poniéndose en peligro. Después, dio la vuelta para marcharse, pero un ruido inesperado desde el interior del cobertizo captó su atención. Emma titubeó por un momento, debatiéndose entre la prudencia y la creciente curiosidad que la había acompañado durante toda la tarde. Finalmente, sucumbió a la tentación y decidió adentrarse en el oscuro recinto. No había dado dos pasos cuando un objeto apenas perceptible en el suelo la obligó a detenerse en seco. «Son sus pies», se dijo aterrada. Su primer pensamiento fue que debía huir, que debía ponerse a salvo, pero algo se lo impidió. Un hombre yacía inconsciente frente a ella, y de inmediato supo que era el piloto alemán. Pudo sentirlo cuando cada vello de su cuerpo se erizó sobre su piel.

Al ver que este no se movía, le dio dos golpes en las botas con su pie, pero el hombre ni se inmutó. Emma se debatía entre informar a las autoridades o ayudarlo y esconderlo. El dilema moral al que se enfrentaba le impedía pensar con coherencia.

Envalentonada, encendió una lámpara de aceite que colgaba de un clavo en la pared, a pesar de que ya casi no les quedaba combustible y a sabiendas de que era muy difícil abastecerse de él, pero necesitaba saber en qué condiciones se hallaba el herido. Además, podría estar armado, lo que supondría un peligro para sus abuelos y sus hermanas.

Ahora que ya podía ver, se agachó junto al hombre y lo observó desde los pies hasta la cabeza, cerciorándose de que sus heridas no fuesen lo suficientemente graves. Sus ojos se detuvieron en el arma que portaba en su cinto y ni siquiera lo pensó. Se la arrebató con rapidez,

temblando de miedo, y la guardó en el bolsillo de su vestido como medida de protección. El soldado tenía un corte en la ceja derecha y al parecer una contusión en la cabeza, lo que explicaba su inconsciencia. Era joven, aunque no tanto como ella, que tenía veintitrés años. Su rostro le resultaba familiar, pero no podía recordar dónde lo había visto antes. Su cabello era muy rubio y corto, y supuso que sus ojos serían azules, pese a que en ningún momento él los abrió.

Con movimientos enérgicos, Emma buscó en la chaqueta de su uniforme algún carné de identificación. Encontró sus documentos en uno de los bolsillos internos de la prenda, y se apresuró en leer, aunque todo estaba escrito en alemán. Sin embargo, ella identificó el nombre con claridad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó cuando lo reconoció.

Lukas Richter era un teniente alemán con el que flirteó durante una fiesta a la que fue invitada por una de sus amigas del trabajo, hacía tres años atrás, poco después del estallido de la guerra en Europa. En aquella ocasión, fue a escondidas a la fiesta junto a Amelie Lambert y Sophie Moreau, ambas amigas y enfermeras. Emma recordaba el miedo que experimentó por haberse dejado convencer de asistir, y la tensión que la acompañó durante toda la velada, en especial cuando sus ojos se encontraron con los del alemán. Aunque se sintió atraída por el hombre, en ese momento los rumores sobre su reputación implacable le advirtieron que era mejor no relacionarse con él.

Sacudió el recuerdo y se centró en ayudar al herido, pensando en la manera de ocultarlo de su familia y de sus vecinos. No podía abandonarlo a su suerte. Tampoco quería entregarlo, aunque desconocía el motivo de esa necesidad de prodigarle cuidados, a pesar de saber quién era. Y como no podía llevarlo dentro de casa, decidió que tendría que acomodarlo allí.

—*Ich vermisse dich, mama* —pronunció el teniente, haciéndola dar un respingo.

Ella apenas sí se movió, invadida por el pánico. Tuvo que obligarse a respirar y a serenarse. Cuando comprobó que él volvía a sumirse en un sueño profundo, Emma lo preparó todo, no sin antes devolver los documentos al bolsillo de su chaqueta. Luego, con cuidado, lo cogió por debajo de los brazos y lo arrastró hasta un rincón apartado, lejos de las únicas dos vacas que habían logrado conservar, después de que prácticamente todo les fuera arrebatado por los alemanes cuando invadieron su ciudad. Lukas se quejó, aún sometido en el mundo de la inconsciencia, mientras ella, con un esfuerzo que le despojó las pocas energías que le quedaban ya, consiguió recostarlo sobre un montón de paja suelta. Las manos le dolían de lo frías que las tenía, pero se animó a continuar. Como pudo, lo ocultó entre unos fardos de heno que dispuso a su alrededor, asegurándose de que quedara fuera de la vista de cualquiera que se asomara al establo. Después, se quitó el abrigo que llevaba puesto y se lo echó encima para cubrirlo del frío. De inmediato se estremeció al sentir la pérdida de calor de su propio cuerpo.

—No te mueras en mi establo —le ordenó justo antes de apagar la lámpara y correr hasta su casa mientras rogaba que el alemán pasara la noche sin inconvenientes.

«¿En qué me he metido?», se preguntó, consciente de los riesgos que implicaba para ella y su familia ayudar a un soldado alemán.

2. Surcos de la memoria

«Deja que las heridas sanen».

Emma cerró la puerta tras de sí y agradeció el agradable calor que reinaba dentro de la casa. Los escasos restos de leña que habían logrado resguardar estaban ocultos, resguardados ante la posibilidad de una inesperada supervisión alemana. Sus abuelos empleaban apenas dos o tres leños al día si la temperatura descendía demasiado, y solo lo hacían durante la noche para evitar que el humo de la chimenea los delatara.

Se frotó los brazos con ambas manos y se acercó al fuego, intentando calentarse.

—Llegas tarde —le dijo su abuela en tono de reproche, sobresaltándola—. ¿Y tu abrigo?

—Me he caído de la bicicleta y se me ha mojado en un charco. Tuve que dejarlo fuera —mintió destinándole una sonrisa tranquilizadora.

—Emma, querida. —Su abuela se le acercó y tomó sus manos entre las suyas—. Estaba preocupada por ti. No es bueno que andes sola a estas horas. Ya sabes lo peligroso que es.

—Lo sé, *mémé*. Intentaré que no vuelva a ocurrir —la tranquilizó—. Justo cuando finalizaba mi turno en el hospital, llegaron nuevos heridos y tuve que quedarme a ayudar.

—¡Ay, Señor! ¡Cuánto tiempo más estaremos sometidos a esta horrible guerra! —se lamentó la mujer, antes de soltar un suspiro. Luego centró su atención en ella y la miró como lo hace una madre—. ¿Has comido? Debes tener hambre. Te prepararé unos huevos. Hoy conseguí un poco de harina, así que también hay pan.

—Ve a dormir. Ya me los preparo yo —le dijo dándole un beso en la mejilla. Charlotte miró sus guantes envejecidos y le sonrió con ternura, aunque en sus ojos brillaba la nostalgia de un tiempo que fue mejor—. Dámelos para remendarlos mañana. Si pudiera conseguir un ovillo de lana, te tejería unos nuevos.

Emma se los entregó. Su abuela sonrió y desapareció por el pasillo, dejándola a solas. Ella aprovechó de ir a la habitación que compartía con sus dos hermanas menores para coger otro abrigo y ponérselo encima. Mientras se abrochaba los botones con manos temblorosas, el nerviosismo le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera la incertidumbre que la esperaba afuera.

—¿Eres tú, Emma? —le preguntó Marie somnolienta.

—Sí, duérmete —la tranquilizó—. He olvidado algo fuera. Regreso enseguida.

Se dirigió a la cocina y se preparó dos huevos revueltos. Luego cogió un trozo de pan y una botella con leche que mezcló con agua para aumentar su contenido. Después de comer su ración y de poner el resto del huevo dentro del pan, esperó a que cesaran los sonidos de la casa, asegurándose de que todos ya estuvieran dormidos.

En todo momento, la inquietud y la incertidumbre la acompañaron como una sombra peligrosa, amenazante, pero ya no había marcha atrás. Cada chirrido de la madera de la casa resonaba en sus oídos, poniéndola en alerta. La responsabilidad de ocultar al soldado en el establo le pesaba, y el temor a ser descubierta por su familia la aterraba. Se preguntó si había hecho bien en ayudarlo, y de ser así, qué repercusiones tendrían sus acciones sobre su propia vida.

Una vez estuvo segura de que no existía peligro de ser descubierta, cogió una lámpara a gas y fue hacia el establo. Entró sigilosa con la luz en alto y con el corazón agitado, hasta contemplar al soldado con inquietud. El hombre no se movía, pero se había cambiado de posición. Con más miedo del que le gustaba sentir, Emma se acercó a él y dejó a su lado la botella con la leche y el pan con el huevo que había metido dentro. Luego tocó su frente para verificar que no tuviera fiebre, y soltó un grito de terror cuando notó que el hombre clavaba su fría mirada en la suya.

—*Wer bist du?*

—Lo siento, no comprendo lo que dice —le respondió ella en francés.

Entonces el soldado la sorprendió haciéndole la pregunta en un francés tan perfecto como el suyo.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar.

—Me llamo Emma —se limitó a responder mientras el alemán le soltaba la muñeca y cerraba los ojos hasta perderse en el mar de la inconsciencia otra vez.

Ella aprovechó de tomar distancia, asustada por la intensidad con que la miró. De manera instintiva, se acarició la piel por donde el hombre la había apresado. La zona le hormigueaba como si todavía permanecieran en contacto, aunque no era una sensación desagradable, sino más bien extraña. Se recriminó por haberle dicho su verdadero nombre, pero la había pillado desprevenida y no pudo detener las palabras antes de que estas abandonaran su boca.

Emma retrocedió dos pasos y luego regresó a casa, decidida a no volver. Mientras avanzaba, sobrecogida por el frío de la noche, observó que las nubes del cielo permanecían acechando amenazantes, al igual que el soldado enemigo escondido en el establo.

—¡Emma, despierta! —escuchó mientras la mano de su hermana Marie le sacudía el hombro—. ¡Te quedaste dormida!

De pronto, una oleada de terror la invadió con tal intensidad que la obligó a sentarse de golpe en la cama mientras el corazón latía con fuerza contra su pecho. Recordó con claridad los acontecimientos de la noche, cada detalle vívido como si estuviera ocurriendo de nuevo frente a sus ojos. El temor la agitó, y se aferró a las sábanas con manos temblorosas mientras luchaba por tranquilizarse.

—¡Qué ha pasado! —exclamó mientras se ponía de pie—. ¿Están todos bien?

La sorpresa en el rostro de Marie y la diversión en el de Alice fueron un alivio para Emma. Si sus hermanas hubieran descubierto al soldado alemán herido en el establo, la reacción de Alice sería muy diferente y no estaría sonriendo. Le aterraban los alemanes.

—¡Claro que estamos bien! Es solo que te quedaste dormida, y hoy te toca a ti recolectar los huevos del gallinero para el desayuno —respondió Marie, extrañada por su reacción.

Cuatro gallinas y un gallo era todo lo que les quedaba para abastecerse de huevos, luego de haber tenido centenares de aves antes de la invasión alemana. Los soldados habían confiscado casi todo para abastecer a sus propias tropas, dejándoles apenas lo necesario para sobrevivir y no morir de hambre.

—Parece que has visto un fantasma —soltó Alice sonriendo.

—Estaba soñando —se justificó mientras cogía sus prendas de vestir y salía de la habitación.

Una vez estuvo aseada y vestida, recolectó los huevos y los preparó mientras sus dos hermanas menores y sus abuelos se acomodaban en la pequeña y rústica mesa ubicada al centro de la cocina.

—¿Por qué no comes? ¿Estás enferma? —quiso saber su abuela cuando la observó envolver el pan con el huevo dentro de un pedazo de papel.

—Estoy bien. Lo comeré dentro de un rato. Todavía no tengo hambre.

Emma se bebió la leche con apuro y se levantó.

—¿Para dónde vas? —quiso saber Marie.

—Voy a ordeñar a las vacas. Ya se está acabando la leche —se excusó indicando la botella casi vacía sobre la mesa.

—Pero ¿nos toca a nosotras dos ordeñarlas! —exclamó Marie, confusa.

—Lo sé, pero no me importaría si por hoy intercambiamos nuestras funciones. Ustedes limpian el dormitorio y hacen las camas, y yo, a cambio, ordeño las vacas.

Emma estaba plenamente consciente de lo mucho que a sus hermanas les disgustaba ordeñar a las vacas. Era una tarea agotadora y desagradable que ninguna de las dos soportaba. Ante la posibilidad de que aparecieran en el establo y se encontraran con el soldado herido, Emma decidió intervenir, cambiando los roles para así proteger su secreto.

—Nos parece justo —respondió Marie satisfecha.

—¿Cómo está el abuelo, *mémé*? —le preguntó cuando observó al anciano llevarse el trozo de pan a la boca con dificultad, debido al temblor de sus manos.

—Cada vez más perdido, hija. Se ha ido apagando poco a poco, y ya casi no escucha nada el pobre.

Emma rodeó la mesa y depositó un beso en la frente de su abuelo antes de ir al establo. Amaba a sus abuelos como si fueran sus propios padres. Habían asumido la responsabilidad de cuidar a los cuatro hermanos después de que sus padres fallecieran en un trágico accidente cuando eran apenas unos niños. La pérdida había sido devastadora para la familia, pero lograron superar la tragedia gracias al apoyo incondicional de sus abuelos. Sin ellos, Emma dudaba que hubieran logrado seguir adelante.

Miró las nubes cuando una garúa fría le mojó el rostro. El cielo se cubría de un color gris, pero ya no amenazaba con llover como el día anterior, aunque la humedad en el aire se apreciaba con facilidad. Ingresó al establo y rodeó las vacas, buscando en actitud alerta al herido. Se asomó con cautela, rogando que no hubiese perecido allí. Eso sería un problema que no sabría cómo solucionar. Pero no había fallecido como temía. En cambio, lo encontró sentado en el suelo, apoyado contra las tablas de la pared, y tenía cubierta las piernas con su abrigo para protegerse del frío. Él la miró con frialdad, y su expresión rígida la alertó.

—*Mademoiselle* —dijo entonces, haciéndola soltar el aire contenido.

—¿Cómo se siente? —preguntó con cautela, acercándose con lentitud.

Pero el alemán no le respondió, sino que se limitó a mirarla y observar cada uno de sus movimientos con cierta desconfianza, y como si en cualquier momento la fuese a atacar. Emma observó que se había bebido la leche y que la comida faltaba.

—Tome, coma esto —le tendió el alimento, que él recibió dubitativo—. No es mucho, pero necesitará fuerzas para recuperarse.

—¿Quién es usted y dónde estoy? —preguntó frunciendo el ceño, como si no comprendiera la situación en que se hallaba.

—Mi nombre es Emma Bernier, y ayer lo encontré herido en nuestro establo. Su avión cayó a tierra cerca de aquí —le explicó mientras el militar apretaba la mandíbula, al parecer, intentando ordenar las ideas.

—Mi cabeza está algo confusa —reconoció.

—¿Recuerda su nombre? —quiso saber, movida por la curiosidad.

—No, *mademoiselle*. No recuerdo quién soy.

3. Noche de destellos y temores

«Donde la hostilidad reina, la atracción se eleva sobre todas las barreras».

Fismes, Francia, 1914

Tres años antes

El aroma penetrante de los antisépticos llenaba el aire del pequeño hospital rural de Fismes. Emma Bernier se ajustó el delantal blanco con nerviosismo mientras observaba las actividades que tenían lugar a su alrededor. Había pasado semanas anticipando este momento, el primer día de su nuevo trabajo como enfermera. A su lado, Sophie Moreau, su inseparable amiga desde la infancia, le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de sumergirse en su propia tarea. Esta había ingresado a trabajar al hospital con seis meses de anticipación, y ya conocía las rutinas lo suficiente como para adiestrarla en su nuevo trabajo.

A pesar de los nervios que hacían mella en su estómago, Emma se dispuso a demostrar su valía, ayudando en todo lo que se le requiriera con la mayor eficiencia posible.

—Relájate de una vez, Emma —le dijo Sophie, dándole un pequeño apretón en la mano como muestra de su apoyo—. No es tan difícil como crees.

Sophie emanaba una belleza natural. El brillo pícaro en sus ojos azules y su sonrisa cálida la convertían en una compañera encantadora; una de esas personas que consiguen llevarte a la calma con tan solo mirarla.

—No puedo evitarlo. —Emma se esforzó por devolverle la sonrisa a su amiga, aunque sus nervios aún se palpaban en el aire.

Mientras observaban a su alrededor, una enfermera llamó a Sophie para que la ayudara con una tarea urgente. Su amiga le sonrió y se despidió de ella con un gesto cómplice, dejándola sola por un momento. Emma respiró hondo, tratando de controlar sus nervios y rogando para que regresara pronto.

—¡Usted, venga aquí y ayúdeme con este muchacho! —escuchó que le decía uno de los doctores—. ¡Apresúrese!

Emma se sobresaltó ante la llamada del médico, sintiendo la adrenalina correr por sus venas.

Tragó saliva y se acercó a él.

—Dígame, ¿qué necesita, doctor? —respondió, intentando ocultar su nerviosismo.

—Presione aquí para que no se desangre y prepárese para asistirme en la cirugía. Este joven se ha mutilado varios dedos.

Emma hizo lo que se le ordenó, y presionó con un paño la mano del muchacho mientras el médico, junto con otra enfermera, lo trasladaban en una camilla hasta una de las habitaciones.

—¿Qué pudo ocasionar las heridas, doctor? ¿Una granada? —quiso saber.

El hombre la miró y negó con la cabeza antes de responder:

—Ya van cinco soldados esta semana que se automutilan para no ir a luchar al frente. Si prueban que este muchacho intentó librarse de su destino, le espera uno peor —se lamentó el médico.

Las palabras del hombre tuvieron gran impacto en el corazón de Emma. ¿De verdad los soldados eran capaces de poner en riesgo su vida y dañarse para no ir a luchar por su país?

Emma pensó en su hermano Gerald, y no pudo imaginar que él, con lo valiente que era, y con su arraigado y patriótico sentido del deber, intentara hacer algo así.

Miró al muchacho cuya consciencia hacía varios minutos que lo había abandonado, y experimentó sentimientos encontrados por su situación.

—Sujete aquí, enfermera —pidió el doctor—. ¿Cuál es su nombre?

—Emma Bernier.

—Bien, Emma, a ver si podemos salvarle algunos dedos a este pobre infeliz.

La dureza de las primeras experiencias en el hospital había agotado hasta sus últimas reservas de energía. Cansada y con deseos de volver a casa, Emma se quitó el delantal ensangrentado y se dejó caer en una silla.

—Es tu primer día, ¿verdad? —le dijo una mujer joven y atractiva que le destinó una sonrisa de suficiencia. Luego encendió un cigarro y se lo tendió—. ¿Fumas?

—No, gracias.

—Te aseguro que pronto lo harás. Por cierto, soy Amelie Lambert.

—Emma Bernier.

—Bueno, Emma. ¿Te gustaría ir a una fiesta hoy por la noche?

Justo cuando estaba a punto de responder que no podía salir a fiestas, su amiga Sophie irrumpió en la habitación, le arrebató el cigarro a Amelie y dio una profunda calada antes de devolvérselo.

—¿Desde cuándo fumas? —le reprochó Emma.

—No fumo. Bueno, solo a veces —le respondió Sophie con una sonrisa de disculpa.

—La estaba invitando a una fiesta.

—¿Una fiesta? —preguntó Sophie, emocionada.

—Un amigo me ha invitado. También me dijo que podía llevar amigas. ¿Les gustaría ir?

—No lo creo —respondió Emma, negando con la cabeza—. Es peligroso salir por la noche.

—Emma, querida —dijo Sophie, rogándole con la mirada—. Quiero ir a la fiesta, por favor. Si vamos las tres, podremos cuidarnos mutuamente.

—No lo sé, Sophie —dudó—. No me parece correcto.

—Por favor —le imploró—. Me encantaría bailar o, al menos, conocer algún joven apuesto. Una noche secreta, Emma. Nadie lo sabrá.

Emma miró a Amelie, quien sonreía con cierta altanería mientras expulsaba el humo de su cigarro hacia arriba, y de algún modo, tuvo la impresión de que esta la estaba desafiando. Luego, notó que los ojos de su amiga se clavaban en ella suplicantes.

—Está bien —suspiró, cediendo a su ruego—. Le diré a mis abuelos que hoy dormiré en tu casa.

Se reunieron a las ocho de la noche en la casa de Amelie. Allí las esperaba un joven que, para horror de Emma, era alemán. Sophie estaba emocionada por la idea de ir a una fiesta de esa categoría, pero Emma se sentía tensa desde que había aceptado asistir. No podía dejar de lamentarse en silencio por su decisión, y una sensación de malestar la invadió. A pesar de ello, se guardó sus comentarios y se prometió a sí misma que nunca más cedería en algo así.

Cuando llegaron al lugar, Emma enmudeció al contemplar la imponente fachada de la mansión de los Rousseau. Era como si hubiera sido transportada a otro mundo, uno de opulencia y lujo que contrastaba con la humildad de su propia vida en su casita de campo. Afortunadamente, el elegante vestido que llevaba puesto encajaba a la perfección con ese sitio. No quería usarlo, pero Amelie insistió en que así debía vestir. Ahora, al ser consciente del tipo de fiesta a la que iban, agradecía haberle hecho caso.

A medida que iba avanzando, se intimidó con los muebles lujosos y los tapices tan elaborados. Las luces de las lámparas la dejaron sin palabras, y la escalera de caracol que se elevaba majestuosa parecía llevarla hacia un reino de fantasía.

—Esto es muy elegante, ¿verdad? —les susurró Amelie a ambas en el oído, sin dejar de sonreír. Luego se adelantó, tomada del brazo de su amigo alemán, y se giró para mirarlas con un destello de malicia en sus ojos, un destello oscuro—. Que disfruten de la velada.

Emma observó horrorizada que la fiesta estaba inundada de alemanes uniformados, acompañados de elegantes mujeres. No sabía si estas eran francesas o alemanas, pero todas tenían algo en común: parecían disfrutar como si nada aconteciera fuera de esas paredes, inmunes a los horrores de la guerra. La música, por su parte, flotaba en el aire, dándole un toque sofisticado a la velada y quizás proporcionando un breve respiro de la realidad para las mujeres allí presentes. De otro modo, no se explicaba esa actitud de ligereza en medio de tiempos tan oscuros.

Una vez comprendió al tipo de fiesta al que habían asistido, la ira la recorrió por dentro y sintió deseos de gritar. Sin embargo, no podía hacerlo. ¿Por qué Amelie les había ocultado la verdad? ¿Con qué derecho las exponía de esa manera? De pronto, se sintió presa del engaño, incrementando en su pecho la sensación de desasosiego y de vulnerabilidad que solía acompañarla desde que llegaron los alemanes a adueñarse de su país.

—Este lugar está infectado con el enemigo. Deberíamos irnos, Sophie —le dijo a su amiga al oído.

—Lo sé, Emma, pero ya estamos aquí. Solo beberemos *champagne* y bailaremos —comentó Sophie en tono conciliador—. Vamos, amiga, quedémonos un rato más. Hazlo por mí. Quiero olvidar por un momento que estamos en guerra.

—No está bien, Sophie. No deberíamos estar aquí.

—Por favor —le rogó—. Una noche secreta, Emma. Hazlo por mí.

Emma consintió a regañadientes, pero no pudo relajarse durante toda la noche. A ratos se les acercaban apuestos oficiales que intentaba mantener una conversación con ellas en un muy mal francés. Sophie y Amelie se desenvolvían con soltura, y reían de las bromas de los hombres. Ella, en cambio, permanecía en silencio, tensa, y sin dejar de observar a su alrededor, como si temiera que en cualquier momento pudieran apresarla, o que leyeran sus pensamientos.

—Has pillado a un pez gordo, Emma —le susurró Amelie con malicia al oído, indicándole con los labios al alemán de porte impresionante que conversaba con un grupo de personas, a unos cuantos metros de distancia.

Emma miró en la dirección señalada, y el corazón se le contrajo en el pecho cuando sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Quién es? —quiso saber, movida por la curiosidad.

—El teniente Richter. Lukas Richter. Se rumorea que es implacable en sus decisiones y que su inteligencia no tiene igual. Muchos le temen, pero también lo respetan.

—Tiene la mirada fría, como el hielo.

Amelie sonrió divertida.

—Así le dicen algunos: «El hombre de hielo».

Emma esquivó la mirada cuando sus ojos se toparon nuevamente con los de él. Era apuesto, alto y fornido. Utilizaba el cabello rubio muy corto y sus ojos azules observaban todo sin revelar ni un ápice de sus pensamientos o de su estado anímico. El rostro impassible y la mandíbula cuadrada le otorgaban un aspecto intimidante. Lo acompañaba una mujer de ojos claros también, y que se destacaba por su delicadeza, belleza y distinción.

—Ella es Ingrid Bauer. Creo que son novios, ya que en las fiestas siempre están juntos —le comentó Amelie como si le hubiese leído el pensamiento.

—¿Has venido a más fiestas como esta? —preguntó horrorizada.

Amelie sonrió y se encogió de hombros.

—Los alemanes pueden ser muy complacientes, querida —dijo antes de alejarse de ella para tomarse del brazo de su amigo otra vez.

Emma se frotó los brazos con incomodidad, como si tuviese frío, rogando por tener la posibilidad de marcharse de allí. Sus ojos recorrieron el salón hasta posarse en el apuesto e intimidante teniente. Un rubor inundó sus mejillas cuando se percató de que este la miraba con fijeza y sin intenciones de romper el contacto. Tuvo que desviar la vista hacia otro lugar, e intentar integrarse en la conversación que mantenía el grupo de manera animada, con el único fin de esconder su azoro y su nerviosismo. No tuvo éxito.

Pasaron la noche entre miradas furtivas que estremecían, que removían algo por dentro. Incluso en un momento, el teniente le regaló una sonrisa tan fugaz que pensó que la había imaginado. Sabía que aquello estaba mal, que él era el enemigo, pero Emma no pudo evitar sentirse atraída hacia él. Tampoco pudo ignorar el miedo que le inspiraba su presencia. Los rumores sobre la implacabilidad de los alemanes la atormentaban, debatiéndose entre el temor y la fascinación de ese hombre en particular.

Pese a la atracción que sintió Emma hacia Lukas esa noche, las palabras de Amelie acerca de su reputación le advirtieron que mantuviera las distancias.

4. Despertar en penumbra

«En el silencio del olvido resuena tu nombre».

Fismes, Francia, 1917

Dos días llevaba Lukas escondido en el establo. Dos días en que los nervios de Emma parecían estar a punto de romperse debido a la tensión. El militar no recordaba nada de su vida en Alemania, ni de su participación en una guerra, ni si tenía familia, padres, hermanos o hijos. Tampoco comprendía por qué hablaba francés de una manera tan perfecta. Luego de un profundo debate interno, Emma decidió que era mejor explicarle quién era y por qué debía permanecer oculto allí, al menos, hasta que sanaran sus heridas. Un pie roto y una costilla contusa eran parte de su lista de lesiones, pero la pérdida de conocimiento constante a la que se enfrentaba el herido era lo que a ella más le preocupaba.

La noche se había estrellado, aunque el frío insistía en permanecer acechándolo todo. Era casi un milagro haber podido mantener oculto al militar en el establo durante esos dos días. Como ella realizaba turnos en el hospital, le había dejado algunas provisiones como pan, leche, huevos y algunas frutas. También le había dejado una fuente con agua para asearse, una pastilla de jabón, un cubo para sus necesidades y ropa limpia que pertenecía a su hermano. El uniforme lo enterró bajo tierra para que nadie lo hallara.

Aquella noche, cuando Emma ingresó al establo, iluminado tan solo por una pequeña lámpara, se estremeció al encontrar a Lukas con el torso desnudo. Este intentaba apretar las vendas alrededor de su cuerpo sin éxito. De inmediato Emma pudo apreciar la zona amoratada bajo las tiras de género.

—Deje que yo lo haga —le dijo agachándose a su lado y envolviéndolo con fuerza.

La cercanía física entre ellos la afectaba. Jamás le había pasado con ningún paciente, y lo atribuyó a las circunstancias. Con la respiración entrecortada, Emma pudo sentir el aroma a jabón del militar, un olor a limpio que contrastaba con el ambiente enrarecido del establo. A pesar de que ninguno decía nada y de que evitaba mirarlo directamente a los ojos, sabía que él tenía los suyos clavados en su rostro. Pero lo que en realidad la perturbaba, era cómo su cuerpo reaccionaba en su presencia.

—¿Está mejor así? —le preguntó cuando tomó distancia.

El rostro de Lukas era inexpresivo, frío, casi letal. Sin embargo, descubrió un brillo cálido en su mirada que antes no había encontrado.

—Sí, *mademoiselle*. —Después de limpiar y vaciar las cubetas, volvió con ellas y procedió a revisar su tobillo—. ¿Por qué me ayuda, Emma?

Escuchar su nombre sin el tratamiento formal que se debía no la molestó; más bien, le resultó extraño, aunque no desagradable.

—Soy enfermera y usted está herido —le dijo como si fuera obvio, aunque, en realidad, ni ella misma tenía respuesta para esa pregunta.

—Cuénteme algo de usted. ¿Tiene familia? —le pidió. Al ver que ella no respondía, agregó—: Necesito escuchar sus recuerdos, Emma. Quizás así regresen los míos.

¿Hasta dónde podía revelar sin poner en peligro a su familia? ¿Qué debía hacer? Sintió

temor, aunque menos del que debería. Sin embargo, conocedora de los rumores que se decían de su implacabilidad en el pasado, Emma no conseguía relajarse. ¿Qué pasaría si de pronto él recuperaba la memoria y destrozaba todo lo que ella amaba? No. No podía arriesgarse.

Negó con la cabeza y se alejó de él, recelosa. La expresión del rostro de Lukas permaneció impasible, fría como el hielo. Sin embargo, su voz era suave cuando le hablaba y eso la confundía.

—Regresaré en dos horas —dijo ella antes de marcharse, ignorando su pregunta.

Emma corrió a casa y se refugió en el calor de hogar que habitaba dentro. Su abuelo no percibió el sonido de la puerta al cerrarse, inmerso en un profundo sueño mientras permanecía sentado en su antiguo y desgastado sillón, con las piernas envueltas en una manta. Su abuela, en cambio, finalizaba de ordenar la cocina para irse a acostar. Marie cepillaba el cabello de Alice, quien se abrazaba las piernas por encima del camisón de dormir mientras entonaba una canción.

—¿Dónde estabas? —preguntó la abuela.

—Solo miraba las estrellas, *mémé*.

—Te has enamorado —soltó de pronto mientras negaba con la cabeza—. Padeces de todos los síntomas.

—¡No estoy enamorada! Es solo que con los cambios de turno en el hospital me cuesta conciliar el sueño.

De pronto se escucharon unos disparos que silenció cualquier intento de conversación. Emma miró a sus hermanas y observó el miedo retratado en sus ojos. El abuelo se despertó desorientado y su abuela le cogió del brazo para llevarlo a su habitación.

—Vamos, Adrien. Será mejor que vayamos al dormitorio.

Emma agudizó el oído por si escuchaba nuevos disparos, pero estos habían cesado para su tranquilidad.

—Será mejor que vayamos a acostarnos —les dijo entonces a sus hermanas menores.

Se encerraron en el pequeño cuarto, siempre en actitud alerta.

—Marie, ¿puedo dormir contigo? —pidió Alice, asustada.

—Claro. Ven aquí, pero déjame algo de espacio, ¿quieres?

Su hermana de trece años brincó contenta, y por un momento se olvidó de los disparos. Se metió en la pequeña cama y Marie la abrazó desde atrás.

—Emma, ¿crees que vamos a morir? —preguntó la niña.

—¡Claro que no! —respondió esta mientras se quitaba los zapatos—. Ya verás que todo estará bien.

Emma se metió en la cama y compartió una mirada con Marie, dialogando en silencio. Alice, en cambio, satisfecha con su respuesta, cerró los ojos y se durmió.

Luego de un rato, Marie le preguntó:

—¿Por qué te acuestas vestida?

—Me da frío —respondió encogiéndose de hombros.

Sopló la vela de la habitación y se acomodó, rogando para que su hermana se durmiera pronto. La manera en que la había mirado cuando se lo preguntó la hizo pensar que quizás sospechaba algo. Luego se dijo que aquello era imposible, puesto que había sido muy cuidadosa en sus visitas al estable.

Emma estaba cansada y temía quedarse dormida antes de ir a ver a Lukas, por lo que no se recostó del todo. Después de dos horas de luchar contra el sueño, encendió la vela y se aseguró de que sus hermanas dormían. Nuevos disparos se escucharon en la distancia, y rogó para que no sucediera nada y también para que nadie se despertara con ellos. Miró el retrato de

su hermano que estaba enmarcado encima de su mesa de noche, y rezó por él, para que permaneciera con vida. Gerald y ella eran muy parecidos, salvo por los ojos. Los suyos eran marrones, y los de su hermano, de un azul intenso. Llevaban casi tres años sin verse, aunque sabía que se encontraba bien, gracias a la correspondencia.

Le sonrió con nostalgia y bajó de la cama para ponerse los zapatos. Luego fue a la cocina, iluminando el camino con la vela en alto, y cogió un cuenco con sopa, aunque a esa hora no la calentó para que nadie despertara ni sospechara. El alimento escaseaba, pero habían logrado mantener en pie su pequeña huerta. También solían cocer la fruta para conservarla por más tiempo. La harina de trigo y la carne eran lo más difícil de conseguir, junto con el café y el queso. Su abuela tenía que recurrir con frecuencia al intercambio de alimentos para obtener algo más nutritivo y sustancioso para comer. Los tres años de guerra no solo habían consumido los cuerpos de las personas, sino también sus corazones, que se habían endurecido para sobrevivir al hambre y la opresión.

Emma apagó la vela y luego abandonó la casa, sumida en la oscuridad. Conocía bien el camino, aunque siempre la acosaba la incertidumbre y el miedo, compañeros de viaje tanto de día como de noche. Miedo a sufrir, miedo al hambre, miedo al enemigo.

«El enemigo», pensó de pronto. Tras esa puerta apenas visible se encontraba el enemigo, y ella lo estaba ayudando. Sin embargo, se recordó a sí misma que hasta ese momento él no le había hecho daño, y que su deber cristiano era ayudar a una persona herida, sin importar quién fuera.

Cruzó la puerta y se puso en alerta, puesto que Lukas decía frases incomprensibles, y dedujo que era presa de una pesadilla. Encendió la pequeña lámpara y se acercó a él. Lukas se removía inquieto y sacudía la cabeza de un lado a otro mientras gritaba.

—*Ich will es nicht tun, vater. Wo bist du, mama?*

—*Shh.* Tranquilo —dijo Emma agachándose a su lado y posando su fría mano sobre su frente—. Solo es un sueño.

Lukas despertó agitado y se sentó de golpe, mirándola desorientado, como si no la reconociera.

—Soy Emma. Solo tuvo una pesadilla —se explicó, aunque la manera en que la miró la hizo sentir un miedo aterrador.

—¿Dónde estoy y qué hace usted aquí? —inquirió en un francés más duro del habitual.

—Lo estoy cuidando de su accidente. ¿Es que no lo recuerda? —preguntó sorprendida, y él negó con la cabeza antes de llevarse ambas manos a la frente.

—No recuerdo ningún accidente. ¡Explíquese! —exigió llevándose la mano a las costillas, acompañando el movimiento con una mueca de dolor.

—Primero beba esta sopa. Está fría, pero lo alimentará.

Emma, notando su cautela, aprovechó el momento para ofrecer una breve explicación de los eventos recientes. Le narró los acontecimientos más relevantes, esperando que la claridad ayudara a disipar la desconfianza que reflejaba su mirada. Cada vez que él la observaba con esa expresión, un sentimiento de miedo se apoderaba de ella. Poco a poco, el teniente empezó a asimilar la información, reconociendo algunos sucesos, aunque otros permanecían aún en la penumbra de su memoria.

—¡Emma! ¡Ya la recuerdo! —exclamó de pronto, como si reconocerla le hubiese alegrado y, a la vez, aliviado—. Usted me ha estado cuidando. Es enfermera.

De pronto, Lukas miró detrás de ella, advirtiéndola de que no se encontraban solos.

—¿Emma? —dijo Marie asustada—. ¿Quién es ese hombre?

5. Cómplices

«En la luz, el miedo desaparece; en la oscuridad, se intensifica».

Emma se incorporó con rapidez para darle una explicación a Marie, quien la observaba con ojos inundados por el miedo.

—¡Es un alemán! —gritó su hermana mientras se giraba para huir.

—¡Marie, espera! —la llamó, siguiéndola hasta cogerla por el brazo, impidiéndole salir—. No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso? ¿Que tienes un amorío con el enemigo, Emma?

—¡Está herido! —se explicó con urgencia—. Su avión cayó hace dos días cerca de aquí. Vi cuando se precipitó a tierra. Luego lo encontré en el establo inconsciente. No recuerda quién es.

—¿Y tú le crees?

—¡Claro que le creo! Llevo dos días cuidándolo. Tiene un pie roto y las costillas contusas. Y tuvo una conmoción cerebral, lo que explicaría los episodios de pérdida de memoria.

Marie observó al militar con desconfianza, y luego la miró a ella, tragando saliva con nerviosismo.

—Emma, hermana —dijo con voz suplicante—. ¿Por qué no lo entregas a las autoridades?

—No. Ya es tarde para eso. ¿Sabes lo que nos pasaría si alguien descubre que he ocultado a un alemán en casa? No puedo poner a la familia en peligro.

—¡Pues debiste haberlo pensado antes! —gritó furiosa otra vez.

Lukas permaneció en silencio en todo momento mientras observaba la discusión.

Emma sabía que Marie tenía razón, que debió dar parte de inmediato a las autoridades de su hallazgo, pero ya era tarde para arrepentimientos. Ahora debía asumir su decisión y evitar que alguien se enterara de lo que había hecho, por el bien de todos.

—Por favor, Marie —pidió dando un paso más hacia ella—. No digas nada, te lo ruego.

Su hermana negó con la cabeza.

—Lo siento, Emma —dijo retrocediendo dos pasos mientras miraba al alemán con desconfianza, y luego a ella con decepción—. No puedo hacerlo.

Luego se giró y se marchó, dejándola allí, aterrada de lo que podría ocurrir.

—Intente no dejarse ver, *monsieur* Richter —le pidió con nerviosismo—. Puede estar tranquilo que yo me encargaré de mi hermana. Mañana lo visitaré antes de ir al hospital.

El alemán no dijo nada. Se limitó a mirarla inexpresivo mientras ella se alejaba de su lado apresurada. Emma agradeció que el aire frío le acariciara el rostro y le entumeciera los pensamientos, porque estaba agotada de todo. Agotada de tener miedo, cansada de sentir la responsabilidad de cuidar a su familia sobre sus hombros. Cada decisión que tomaba le demandaba un esfuerzo que a veces se hacía insoportable de sobrellevar, y aunque intentaba mantenerse fuerte, la carga de cuidar de sus seres queridos a menudo la abrumaba hasta la extenuación. Cuánto le hubiera gustado que su hermano Gerald estuviera en casa y no luchando en el frente. Pero él no estaba. Solo podía apoyarse en Marie, quien tenía dos años menos que

ella, y ahora ni eso podía hacer, porque no aprobaba su decisión de ayudar a un alemán.

«Un día más», era lo que se repetía para darse fuerzas y continuar adelante. «Un día más».

Por la mañana, la tensión podía respirarse en el ambiente. Las hermanas Bernier desayunaban en la mesa junto con su abuela, aunque el silencio parecía adueñarse de la pequeña cocina. Este se veía interrumpido solo por el crujir de los cubiertos. Marie no le dirigía la palabra y permanecía con la mirada clavada en su plato, centrada en alimentarse. Emma podía sentir su resentimiento. Además, su rostro impasible se lo revelaba. Ella, por su parte, se sentía incapaz de relajarse. Cada mirada furtiva hacia su hermana avivaba sus temores e inquietudes, haciéndola preguntarse si Marie finalmente rompería el silencio y revelaría la verdad a su abuela.

—Emma, llévale esto a tu abuelo. Dile que se lo beba todo para que se le quite el dolor de huesos —dijo su abuela entregándole una taza con un líquido verdoso—. Seguro que hoy llueve. Siempre que el cielo amenaza con llover, Adrien siente dolor en las articulaciones.

Emma sintió, se puso de pie y llevó la bebida a la habitación. La figura encogida de su abuelo entre las mantas desgastadas parecía vulnerable y frágil. Sus ojos reflejaban el cansancio propio de los años, aunque en ellos se podía encontrar el rastro de una ternura paternal, reflejo de su amor incondicional hacia ella y sus hermanas y hermano. El anciano la miró con tanto afecto que ella le sonrió en respuesta, aunque en su pecho sintió congoja. Era como si en ese instante, ella volviera a ser la niña pequeña que corría por los campos mientras él vigilaba sus movimientos con aire protector.

—Esto te hará sentir mejor, abuelo —le dijo ayudándolo a beber el contenido del recipiente.

Luego le besó la frente y regresó a la cocina, invadida por una extraña melancolía, de esas que duelen y se quedan alojadas durante un tiempo en el esternón, obligándola a inspirar repetidas veces hasta que desaparece.

Unos fuertes golpes en la puerta la sobresaltaron por su urgencia. Eran golpes airados, ansiosos e impacientes. Las expresiones del rostro de sus hermanas y el de su abuela le advertían que podían ser alemanes. Emma hizo acopio de todas sus fuerzas para no dejar entrever su miedo, porque tenía miedo, y mucho. Quizás demasiado, pero tenía que manejar la situación por el bien de su familia.

—*Mémé*, enciérrate con Alice y con el abuelo en la habitación —le ordenó Emma sin pensarlo.

La mujer asintió y condujo a la niña fuera de allí, sujetándola por los hombros. Emma le lanzó una mirada tranquilizadora a su hermana pequeña, pero esta no pudo devolverle la sonrisa. Todos temían de los alemanes, en especial los niños.

Miró a los ojos a Marie, intentando tranquilizarse mutuamente en el silencio. Emma abrió la puerta con lentitud. Podía sentir el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Cuando se encontró con dos jóvenes soldados alemanes, de pie frente a ellas, sintió que el mundo se detenía por un instante. Su presencia allí la hacían sentir oprimida, y temió por su secreto. La tensión en el aire era palpable, como si el más mínimo error pudiera desencadenar consecuencias devastadoras para ellas. A pesar de eso, mantuvo la frente en alto, decidida a enfrentar lo que viniera con valentía y determinación.

—Buenas tardes, *mademoiselles* —dijo uno de ellos en francés—. Necesitamos hacerles unas preguntas.

—Diga usted.

—Hace algunos días hubo un accidente aéreo por esta zona. Estamos en la búsqueda del piloto.

—Nosotras no hemos visto a nadie, *monsieur*.

Los soldados las observaron de manera minuciosa, casi con desconfianza, y Emma tuvo que controlar su respiración, que se le había agitado por causa del nerviosismo.

—Es un alto mando alemán, el teniente Richter. ¿Está segura de que no ha pasado por aquí?

—No, *monsieur*. No hemos visto a nadie —respondió Marie con firmeza, tratando de mantener la compostura a pesar del creciente nerviosismo.

Los soldados intercambiaron una mirada antes de dirigir su atención nuevamente en Emma.

—Bueno, por ahora no tenemos más preguntas. —bufó, visiblemente disgustado por no encontrarlo en ningún lugar, antes de dar media vuelta y alejarse junto con su compañero.

Emma cerró la puerta con un suspiro de alivio, pero sabía que debía ser cautelosa. La presencia de los soldados alemanes aumentaba la tensión en el aire y le recordaba la peligrosa situación en la que se encontraban.

Miró a su hermana cuyo rostro había palidecido por causa del miedo.

—No te he perdonado lo que has hecho, Emma —dijo Marie cuando encontró su voz en algún lugar perdido en su garganta.

—Gracias por no decir nada.

—¿Estás segura de que ese hombre no es peligroso? —insistió en saber, refiriéndose al teniente Richter.

—Sí. Lo estoy. Además, le quité su arma y está lastimado.

Marie se cubrió la frente con las manos y comenzó a deambular de un lado a otro, mostrando signos evidentes de nerviosismo. Parecía estar inmersa en una lucha interna, debatiéndose entre la decisión de ayudarla o permanecer al margen.

—Está bien —admitió por fin—. Dime lo que necesitas que haga por él mientras estás de turno en el hospital.

Emma la sorprendió con un abrazo, y luego le besó la mejilla, agradecida.

—Vigila que Alice o la abuela no entren en el establo mientras no estoy, e intenta llevarle alguna ración de alimento durante el día. Yo me encargo por la noche de vendarlo y limpiar las cubetas.

Su hermana asintió y luego le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Lukas. Lukas Richter.

—¿Y cómo rayos me voy a comunicar con él? No hablo su idioma.

—No te preocupes —le sonrió—. Habla francés, y lo hace a la perfección, como si fuese uno de nosotros. Es un misterio que ni el mismo puede explicar.

Mucho más tranquila, Emma fue por su abrigo y se despidió. Luego se marchó en bicicleta rumbo al hospital. Sabía que esa jornada sería larga, ya que tenía previsto trabajar hasta tarde. Antes de salir de casa, se aseguró de llevar consigo el permiso necesario para circular por las calles después del toque de queda, consciente de que debía cumplir con todas las normativas impuestas por las autoridades. No podía correr riesgos de ningún tipo.

Mientras pedaleaba, no pudo evitar pensar en el teniente Richter, en la primera vez que lo miró a los ojos durante la fiesta a la que asistió a escondidas junto a sus amigas al comienzo de la guerra, tres años atrás. Su expresión impasible, la dureza de sus rasgos y la intensidad de sus ojos

la sacudieron por dentro en aquella ocasión. Algo ocurrió entre ellos aquella noche, ya que ninguno de los dos podía dejar de mirarse. Emma recordaba vívidamente el temor que la invadía cuando sus ojos se encontraban con los suyos, como si estos fueran dagas afiladas perforando su interior. También había quedado grabada en su memoria la creciente sensación de desasosiego que se instalaba en su pecho luego de romper el contacto. A pesar de ello, reconocía los síntomas de la atracción en su cuerpo, pero era demasiado peligroso ceder a ella.

Ahora, al mirar sus ojos perdidos en la neblina de los recuerdos, aún percibía ese halo peligroso e intimidante, pero Emma estaba convencida de que se debía a que sabía que él era el enemigo. Sin embargo, cuando dejaba de lado ese hecho y se centraba solo en que era un hombre, podía vislumbrar una pizca de ternura en su mirada, o quizás era bondad. No sabía bien cómo describir la sensación. Lo único que tenía claro era que debía ayudarlo, aunque no entendía por qué.

6. Caos en el hospital

«Del caos nacen las oportunidades».

A medida que se aproximaba al hospital, Emma sintió el ensordecedor estruendo de los aviones rasgando el cielo sobre ella. Su instinto la impulsó a aumentar la velocidad de la bicicleta, anhelando refugiarse en el edificio del hospital lo antes posible. Consciente de que la seguridad dentro de sus muros era solo parcial, se aferró a la esperanza de encontrar amparo al interior de ellos.

La primera explosión fue tan intensa que Emma sintió cómo la tierra vibraba bajo sus pies. A lo lejos, pudo vislumbrar el polvo elevándose hacia el cielo y las llamas cobrando fuerza mientras el viento frío las avivaba. De inmediato pensó en sus hermanas y en sus abuelos. También le destinó un pensamiento a Lukas, y deseó con fervor que todos se encontraran bien, y que nada los dañara. La segunda explosión se sintió un poco más lejana, aunque no aminoró la sensación de peligro que la acechaba desde cerca. La inquietaba la incertidumbre de no saber lo que podría pasar.

Arrojó la bicicleta al suelo y corrió al interior del edificio para resguardarse de los disparos y las múltiples explosiones que sucedieron después. La gente gritaba en las calles, huyendo hacia destinos inciertos, igual que las hormigas cuando intentan refugiarse de las gotas de lluvia al caer al suelo. Emma se desesperó, y observó con horror cómo el edificio del frente estallaba en pedazos, generando caos y desorden a su alrededor. Se arrojó al suelo recién traspasada la puerta del hospital, al igual que las personas que ingresaron como ella para salvar sus vidas, y reptó hacia uno de los rincones pasando por encima de los vidrios rotos. Era tal su miedo que ignoró el dolor punzante en sus manos y rodillas por los pequeños pedazos clavados en su piel.

Una sirena comenzó a sonar con fuerza, informando a la población que no debían salir a las calles. Emma aguardaba con el corazón en un puño a que todo cesara de una vez. Las voces enérgicas de los médicos y enfermeras resonaban en el aire, mezcladas con el griterío humano, reflejo fiel de la desesperación, de la angustia, del miedo a perecer de una manera tan horrible.

Una explosión ensordecedora silenció las voces, estremeciendo cada fibra de su ser. Se llevó las manos a los oídos de manera instintiva, y cerró los ojos mientras elevaba una plegaria al cielo. El eco distante de los bombardeos resonaba en sus oídos, recordándole la cruda realidad de la guerra que asolaba su tierra. Su corazón latía con fuerza, temiendo lo peor, mientras el caos se desataba a su alrededor.

—¡Emma, ayúdame! —escuchó que le gritaba Sophie—. ¡Emma, necesito de tu ayuda!

Abrió los ojos, aún conmocionada, y se volvió hacia ella.

—¡Sophie, ¿estás bien?! —dijo arrastrándose hasta sentarse a su lado.

—Estoy bien, pero en la calle hay una mujer herida. Vi como caían los escombros sobre ella con la explosión. Necesitaré ayuda para moverla y traerla hasta aquí.

Emma asintió y, agachadas ambas, salieron del hospital a toda prisa. Cruzaron la calle dejándose guiar por los gritos de la mujer. Aunque la distancia era de menos de veinte metros, el trayecto les pareció interminable.

La encontraron tirada en el suelo con la pierna atrapada bajo los escombros. Entre ambas intentaron levantar la pesada estructura, pero parecía imposible removerla. Apenas si la movían unos centímetros de su sitio.

—¡No podemos! ¡Pesa demasiado! —gritó Emma, mirando rápido a su alrededor, por si alguien podía ayudarlas.

Dos hombres que avanzaban hacia ellas las socorrieron. Liberaron a la mujer, la cargaron en brazos y corrieron agazapados, huyendo de los disparos. Consiguieron refugiarse con éxito en el interior del hospital. La señora tenía la pierna rota y sangraba de manera profusa. Hubo que recostarla en una de las pocas camillas desocupadas y darle atención médica de inmediato.

—¡Doctor Roux, venga aquí! —gritó Emma mientras intentaba evitar que se desangrara, haciendo un torniquete—. ¡Se ha roto la pierna!

El hombre corrió para ayudarla, consiguiendo estabilizar a la paciente. La mujer hacía rato que se había desmayado por causa del dolor y de la pérdida de sangre.

—¡Están llegando más heridos! —gritó Sophie, quien asistía a un hombre con un corte en la cabeza.

Emma observó el ir y venir frenético del personal médico, con la mirada perdida en un horizonte incierto, mientras se preguntaba cómo podrían asistir a tantos heridos sin el suficiente personal ni los recursos para poder ayudarlos a todos. La puerta principal del hospital se convirtió en testigo silencioso de una rutina implacable: un constante flujo de hombres heridos, mutilados e incluso algunos ya sin vida, que entraban y salían en un desfile desolador. Los gritos de los heridos resonaban en la sala, mezclándose con el olor acre del humo, el polvo y la sangre.

Emma se sentía impotente ante el espectáculo desgarrador que se desplegaba frente a ella, con jóvenes soldados desfigurados por la brutalidad de la guerra llegando en masa. Cada rostro marcado por el dolor y la desesperación la hacía sentir un nudo en la garganta. Era inevitable reflexionar sobre la fragilidad de la vida y la injusticia de la violencia que los rodeaba.

—¡Emma, el doctor Dubois te necesita! —gritó Amelie.

Su amiga tenía la ceja rota, aparentemente cortada por algún vidrio volador, y su delantal estaba manchado de sangre.

—¿Estás bien?

—Sí. No es nada —le respondió y se alejó por el pasillo.

Los bombardeos habían cesado, pero dentro del hospital el caos insistía en permanecer ensordecedor. Emma cogió aire y corrió hasta encontrarse con el médico que necesitaba de sus manos y de sus conocimientos.

Un soldado francés sangraba profusamente por el hombro, y tenía su uniforme teñido de carmesí mientras la vida parecía desvanecerse de sus ojos cansados. Su palidez era alarmante, y luchaba contra la inconsciencia, temeroso, sin duda, de no volver a despertar. En ese momento, Emma sintió el peso abrumador de la responsabilidad sobre sus hombros, consciente de que el tiempo era un enemigo implacable y que la vida del joven muchacho se escapaba entre sus dedos.

—¡Traiga sutura ahora mismo! —exclamó el doctor con urgencia mientras cortaba las prendas de vestir del joven con unas tijeras.

Emma reaccionó de inmediato. Corrió hacia el estante donde quedaban algunos instrumentos sin utilizar y, con manos temblorosas, preparó el material solicitado por el médico. El doctor se apresuró en aplicar presión directa sobre la herida del soldado.

—¡Sostenga con fuerza su brazo para que no se mueva!

El doctor continuó trabajando con destreza mientras Emma seguía sus indicaciones al pie

de la letra. Con mano firme, ella sostuvo el brazo, aplicando la presión necesaria para mantenerlo inmóvil y facilitar la labor del médico.

—Continúe usted, enfermera. Iré a atender a los otros heridos.

Emma asintió y continuó suturando, más nerviosa de lo que dejaba entrever. La vida del muchacho estaba en sus manos, y temía que se le escapase por los dedos. El soldado, en su lucha por permanecer despierto, anclaba su mirada a la de ella como una manera de mantenerse con vida.

—Voy a morir, ¿verdad? —preguntó el joven con su voz debilitada por la pérdida de sangre.

Emma le sostuvo la mirada con determinación, a pesar de sentir un nudo en su garganta, puesto que el soldado estaba más muerto que vivo.

—¡No, no va a morir! ¡No lo permitiré! Le aseguro que se pondrá bien. ¡No se rinda ahora! —respondió con voz firme, tratando de infundirle valor y esperanza en medio del desolador panorama.

El soldado asintió débilmente, y Emma percibió un destello de gratitud en sus ojos fatigados.

Cuando finalizó de coser el brazo, el joven yacía inconsciente, con la respiración débil y su pulso apenas perceptible. Emma mantuvo una vigilia silenciosa durante el resto del día. Cada vez que atendía a un paciente nuevo, regresaba para asegurarse de que el soldado aún estuviese vivo. A pesar de la incertidumbre, Emma se aferró a la esperanza de que se pondría bien, sabiendo que había hecho todo lo posible por mantenerlo con vida. Sus propias palabras resonaban en su mente como una promesa que debía cumplir: «¡No, no va a morir! ¡No lo permitiré!».

Emma terminó la jornada con el corazón lleno de pesar y desesperanza, preguntándose si alguna vez conocerían la paz de nuevo o si cada amanecer sería su último. La guerra se había ensañado con su ciudad, con sus pacientes, amigos y hermano. Emma sintió el peso abrumador de la guerra sobre sus hombros, como si cada día fuera una batalla perdida antes de empezar. La ciudad que una vez amó había sido transformada por la violencia, y ahora se encontraba irreconocible, marcada por la destrucción y el sufrimiento. Para Emma, el recuerdo de una vida sin preocupaciones se había desvanecido en un pasado demasiado lejano como para recordar, como un sueño distante e inalcanzable. El miedo se había convertido en su compañero constante, acechándola en cada esquina, recordándole la fragilidad de la vida y la incertidumbre del mañana, y con el paso de los días, la amenaza de la muerte, la pérdida y la desesperanza se volvían cada vez más opresivas.

Asustada y entumecida de camino a casa, pedaleó ya sin fuerzas, cansada de tener miedo, cansada de huir y cansada incluso de pensar, sintiendo hasta su alma adormecida mientras observaba la noche caer sobre el caos y la destrucción.

El recuerdo de su hermano Gerald surgió en su mente como un faro de esperanza. Recordó la mirada firme y decidida de él cuando se marchó a luchar por su país, el brillo de sus ojos reflejaba una determinación inquebrantable en sus ansias por devolver la paz y la libertad a Francia. En ese instante, un fuego ardiente se encendió en su corazón, impulsándola a no rendirse ante las adversidades.

Pensar en Gerald la impulsó a seguir adelante con determinación y coraje:

«Un día más», se repitió con convicción.

7. Un tiempo feliz

«En el rincón más íntimo del alma, permanece el recuerdo del primer amor».

Fismes, Francia, 1913

Cuatro años antes

La naturaleza renacía con la llegada de la primavera, dejando atrás el recuerdo del paso de un crudo invierno. Las plantas y árboles se inundaban de flores de todos los colores, dando un aspecto casi mágico en la hermosa campiña. Los campos se convertían en verdaderos arcoíris, y el aire estaba impregnado con el aroma de las lavandas.

Emma, a sus recientes diecinueve años, se había puesto su mejor vestido para salir a pasear junto con sus dos hermanas pequeñas y su amiga Sophie, quien no vivía lejos de allí. Solían reunirse durante las tardes, ya fuera en su casa o en la de ella. Si bien, la familia de Emma era modesta, su abuela solía confeccionarle hermosos vestidos que destacaban entre los demás, a pesar de su sencillez.

Esa tarde, el sol dorado de la primavera bañaba la campiña con su luz cálida mientras Emma y sus compañeras se dirigían hacia el riachuelo cercano. El camino estaba bordeado por árboles frondosos y flores silvestres, creando un paisaje encantador a su alrededor.

—Es tu turno de hacer un acertijo, Emma —le dijo Marie, entusiasmada con los juegos de su hermana.

—A ver si pueden con este —dijo Emma mientras fingía pensar—. «Cuando más frío hace, más calor me das. ¿Qué soy?».

—¿Una vela? —respondió Alice.

—No.

—¿Un abrigo? —quiso saber Marie.

—No —dijo Emma sonriendo—. ¿Se rinden?

—¡Un abrazo! —respondió Gerald, sorprendiéndola por la espalda.

Emma gritó por la impresión de verse alzada de improviso, y Sophie se carcajeó, divertida.

—¡Suéltame, Gerald! —exigió.

Cuando su hermano la bajó por fin, Emma se dio la vuelta y enrojeció al percatarse de que lo acompañaba Pierre. Él era el mejor amigo de Gerald, y aunque antes le era por completo indiferente, ahora se le aceleraban los latidos en su presencia, en especial cuando este la miraba de esa manera tan intensa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Sophie.

Emma observó a sus hermanas distanciarse de ellos para perseguir una mariposa.

—Pierre y yo estábamos pensando en ir a explorar un poco más arriba. ¿Quieren acompañarnos?

—¡Claro que sí! —respondió su amiga con entusiasmo.

Aunque Sophie nunca se lo había confiado, Emma sabía que estaba enamorada de Gerald.

Mientras caminaban por la orilla del río, Emma notó que Pierre la observaba con una mirada diferente, más intensa. Sabía que él se sentía atraído hacia ella. Lo había notado en los pequeños gestos y en la forma en que la trataba, como si fuese una flor frágil que se debía proteger. Aunque nunca habían hablado de sus sentimientos abiertamente, Emma también se sentía atraída hacia él, sintiendo su corazón latir más rápido cada vez que estaban cerca el uno del otro. Pierre era alto y delgado, tenía el cabello oscuro y ondulado que enmarcaba un rostro de facciones definidas. Sus cejas gruesas realzaban una mirada cálida y acogedora, mientras que sus labios generosos y su barbilla cuadrada, con un sutil hoyuelo en el centro, completaban su atractivo. Pero lo que más llamaba la atención de Emma era su sonrisa, la que dejaba entrever unos dientes blancos y perfectamente alineados.

—¿Puedo tomarte de la mano, Emma? —le pidió él mientras ralentizaba el paso con intención de distanciarse del grupo.

Emma se sonrojó y con un gesto de asentimiento que intentó fuera sutil, le respondió que sí. Jamás un chico la había cogido de la mano, ni mucho menos la habían besado, y ansiaba poder experimentar esas cosas casi como si fuese una necesidad. Sus amigas de la escuela de enfermería siempre contaban acerca de las cosas que hacían con los chicos, y ella siempre quedaba rezagada en las conversaciones sin saber qué contar. Incluso se avergonzaba de no tener ninguna experiencia en el asunto.

Pierre cogió su mano y entrelazó los dedos con los suyos, y Emma sintió un sinfín de mariposas revolverse en su estómago. Era el cosquilleo que anticipaba un momento especial y único. Un momento deseado quizás por demasiado tiempo. El sonido del agua que fluía suavemente y el murmullo de las hojas en los árboles crearon un ambiente íntimo a su alrededor, como si se hubiesen alineado para ellos. Los demás se habían distanciado más adelante, permitiendo que la tensión se disipara, porque no quería que un momento único tuviera testigos.

Pierre se detuvo de repente y se volvió hacia Emma. La miró e indagó en su interior, y ella supo lo que iba a suceder a continuación. Lentamente, Pierre se acercó hasta que sus labios apenas se rozaron. Su boca se posó con suavidad sobre la suya, cuidadosa de no asustarla. La sensación fue tan extraña y agradable que Emma se quedó quieta y sin aliento, esperando lo que vendría después. Él pareció leerle el pensamiento porque ejerció mayor presión, con el fin de separarle los labios. Le invadió la boca con calidez, aunque siempre con suavidad. Si bien estaba temerosa de no hacerlo bien, salió a su encuentro con timidez. Con los ojos cerrados, se exploraron durante un tiempo que no parecía ser suficiente para ninguno de los dos. Aprendió rápido, y disfrutó besándolo cada vez con más confianza. Pierre se quejó y la aprisionó contra su cuerpo. Ella de inmediato se tensó al sentir su dureza; la evidencia de su excitación. Sintió vergüenza, ya que aquel hecho implicaba un momento de mayor intimidad a la que ella jamás había accedido con nadie, pero sabía que a los hombres les ocurría cuando besaban a una mujer.

Cuando se separaron, Emma abrió los ojos con lentitud, encontrándose con su mirada amorosa.

—Me gustas, Emma —se sinceró mientras le acariciaba la mejilla con los dedos—. Hacía tiempo que quería besarte.

—Yo también esperaba que lo hicieras —reconoció con timidez—. ¿Lo he hecho bien?

Pierre le sonrió enternecido, y le dio otro beso antes de responder:

—Lo has hecho tan bien que no quiero que te detengas.

—No digas tonterías —rio complacida—. Y ahora, apresurémonos, antes de que mi hermano se dé cuenta de lo que pasa.

—Tu hermano ya lo sabe, desde hace tiempo.

—¿Y está de acuerdo? —quiso saber, sorprendida.

—Bueno. Me amenazó con algo, pero no puedo decirte qué es. Es cosa de hombres —se explicó poniendo una expresión de susto que a ella le causó risa.

—Será mejor que no me lo digas.

En ese momento, Emma supo que este día junto al río sería uno que nunca olvidaría, marcado por el comienzo de un amor que esperaba perdurara en el futuro. Un futuro que todavía se apreciaba en armonía.

8. Noche en vela

«Temor, compañero constante en tiempos de guerra».

Fismes, Francia, 1917

La noche ya había ensombrecido el camino a casa, y a pesar de casi no ver nada y estar sumida en la oscuridad, Emma agradeció no poder ser testigo de la devastación que la rodeaba, luego del intenso bombardeo ocurrido en las cercanías del hospital. Todavía escuchaba los gritos de los heridos pidiendo ayuda, y aún sentía la vibración de la tierra bajo sus pies, pero era el miedo reflejado en las miradas lo que más la perturbó. Atrás habían quedado esos recuerdos de días de campo, de sus paseos al río junto a su familia y sus amigos Sophie y Pierre. De pronto recordó a Pierre y lo importante que fue. Con él pudo conocer la dulzura del primer amor, un amor inocente que nacía de la inexperiencia, de la curiosidad y el despertar de la adolescencia. Un amor de jóvenes, llenos de sueños e ideales, cuando todavía por ese entonces se permitían soñar. Los sueños, pensó Emma melancólica, no tenían cabida en la vida de las personas en el presente. No eran más que sombras que, con el paso de los días, se iban borrando de manera irremediable de la memoria.

Demasiado agotada y sucia como para que le importara, dejó la bicicleta fuera del establo y encendió la lámpara. Luego se asomó al rincón donde el militar permanecía recostado y ovillado. Lo escuchó toser y notó que tenía los ojos cerrados, pero ella tuvo la impresión de que estaba despierto, puesto que respiraba de manera irregular y se removía inquieto.

—*Monsieur* Richter. Soy yo, Emma —dijo en un susurro precavido y algo temeroso—. ¿Cómo se siente?

—*Mademoiselle* Bernier —dijo tragando con cierta dificultad y sin abrir los ojos—. ¿Qué ha pasado? Se han escuchado bombardeos a la distancia.

—Han atacado el centro de la ciudad —le informó sin ánimos de entrar en detalles con él—. Hubo muchos muertos y heridos.

De pronto, sintió mucha rabia e impotencia por lo que el teniente Richter representaba. Él era el enemigo y ella, a pesar de todo los horrores que había visto durante el día en el hospital y en sus alrededores, lo estaba cuidando. Se cuestionó su decisión de ayudarlo. Una decisión que podría tener consecuencias fatales para ella y su familia. En ese instante, el peso de la preocupación por albergar al militar en su casa se le hizo demasiado pesado como para cargarlo sobre sus hombros y su conciencia.

Exhaló el aire con un abatimiento difícil de ocultar. La lucha interna que se debatía dentro de sí culminó por consumir las últimas reservas de energía que le quedaban. Sin embargo, a pesar de sus dudas, una parte de sí le indicaba que hacía bien con ayudarlo, y que las diferencias entre las personas no se combatían con más guerra, sino que con la paz.

—¿Usted se encuentra bien? —le preguntó el teniente, interrumpiendo sus divagaciones.

Emma lo miró a los ojos y halló en ellos una agudeza inquisidora, como si pudieran leer dentro de su alma, como si quisiera revelar cada uno de sus secretos. Sintió unos deseos irrefrenables de ocultarse de él, de proteger sus emociones, y esquivó la vista mientras apretaba los labios, reacia a responder con la verdad. Temía que, si lo hacía, él pudiera descubrir sus

vulnerabilidades más profundas; aquellas grietas que el miedo constante que habitaba en ella había debilitado su alma.

—Dentro de lo que se puede, estoy bien —se limitó a responder.

Emma se arrodilló a su lado y notó que su piel estaba sudorosa y que en sus ojos había un brillo acristalado. Temiendo que estuviera con fiebre, posó la palma de su mano sobre su frente, y confirmó su preocupación al sentir el ardiente calor que emanaba de su piel.

—¡Dios mío! —exclamó sorprendida—. ¡Si está volando en fiebre!

El teniente tosió y de inmediato hizo una mueca de dolor. Las costillas aún no sanaban del todo, y la tos no favorecía su recuperación. Después, cerró los ojos, abatido por la alta temperatura que su cuerpo luchaba por combatir. Emma sintió compasión por él, viéndolo indefenso, durmiendo en un lugar incómodo que no lo protegía por completo de las bajas temperaturas y, además, estaba enfermo, desorientado y lejos de los suyos.

—Estaré bien, *mademoiselle* Bernier. Solo necesito descansar.

Emma se puso de pie para acercarle una botella de agua que Marie había dejado junto a la improvisada cama.

—Tome —dijo ayudándolo a incorporarse, afirmando su cabeza y acercándole la botella a los labios—. Tiene que beber.

Lukas dio varios sorbos y luego tosió otra vez.

—Gracias —dijo y se acomodó, haciendo una mueca de dolor.

—Le traeré algo para comer.

—No es necesario. No tengo hambre. Solo necesito descansar.

Emma asintió, lo cubrió con las mantas y luego abandonó el establo, sin poder desprenderse de la preocupación por su estado. Sabía que no descansaría al saberlo tan enfermo, y le angustiaba que pasara la noche solo. Pensó en Gerald, en lo que desearía que alguien hiciera por él si estuviera en la misma situación que el teniente Richter. Fue entonces que tomó la decisión de pasar la noche en el establo.

Ingresa a la casa y se alimentó de manera precaria debido al excesivo cansancio que traía consigo después de un día agotador. Luego, tomó la colcha de su cama, dispuesta a pasar la noche fuera. Sus hermanas ya dormían, ignorantes de sus intenciones.

Emma regresó al establo en absoluto silencio y se acomodó a los pies del teniente, envuelta en la manta, con el fin de velar su sueño. Mientras observaba su rostro en reposo, surcado por la fatiga y la enfermedad, una serie de preguntas le asaltaron la mente en la penumbra del establo, pero una era la que más la inquietaba, la que insistía en rondar por su cabeza como si fuese una amenaza. ¿Por qué sentía esta imperiosa necesidad de cuidarlo, incluso cuando apenas lo conocía, y a pesar de saber quién era? No lo sabía. Intentaba convencerse de que era por su profesión, la de ayudar a los heridos, pero en el fondo, tenía certeza de que ese no era el verdadero motivo. El problema era que no conseguía encontrar las respuestas, y esa interrogante la acechaba día y noche sin piedad.

Aquella noche casi no durmió. Cada hora transcurrida se convirtió en un motivo de preocupación. Pasó las horas aplicando paños fríos, reconfortándolo en sus momentos de delirio y asegurándose de que se hidratara. Y en los breves instantes en que logró conciliar el sueño, este fue tan profundo que ni siquiera sintió el frío que se colaba por entre las grietas del establo.

El alba se filtraba por las rendijas del establo, al igual que el frío de la mañana, el que se colaba sin piedad por entre los tablones. Emma yacía profundamente dormida, envuelta en una gruesa colcha raída, sumida en un sueño profundo y reparador. Un ladrido lejano la trajo de

regreso a la realidad, rompiendo el silencio del amanecer, y haciéndola tomar consciencia de dónde se hallaba.

Abrió los ojos con lentitud, temerosa de lo que podría encontrar. El teniente, aún débil por la fiebre, se había despertado antes que ella y la miraba con una expresión inescrutable desde su posición. Los ojos, enrojecidos por causa de la fiebre del que todavía era presa, aún dejaban entrever cierto aire intimidante, aunque a ella le pareció hallar en su mirada un destello de sorpresa y de algo más.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el teniente con la voz enronquecida, rompiendo el tenso silencio que se había instalado entre ellos.

—Usted está enfermo. Ha tenido mucha fiebre —le respondió llena de una mezcla de temor y valentía.

El teniente la observó en silencio por un momento, como si intentara descifrarla, como si buscara adentrarse en su alma. Emma fue incapaz de romper el contacto. Sus miradas parecían estar unidas por hilos invisibles, entablando un diálogo silencioso y extraño. Sin embargo, lo que él dijo a continuación la tomó por sorpresa.

—Gracias, *mademoiselle*. No tenía usted que haberse sacrificado por mí, pasando incomodidades y privándose del descanso —murmuró en un tono suave, que se contradecía con su expresión y su envergadura física.

El corazón de Emma dio un vuelco ante esas palabras inesperadas. La sensación de bienestar que revoloteó en su estómago la hizo sentir un cosquilleo extraño, pero reconfortante.

—No me agradezca, teniente. Solo hago mi trabajo —dijo rompiendo el contacto visual e intentando mostrarse fría e impersonal.

—Usted sabe tan bien como yo que no lo es.

Incapaz de mirarlo a los ojos y de replicar, se acercó a él y tocó su frente para verificar su temperatura.

—Aún tiene fiebre, pero bastante más baja que la que tuvo por la noche.

—Estoy bien. Vaya a descansar.

—Primero le traeré algo para desayunar.

—Después. Ahora vaya y descanse en su cama. Yo estaré bien.

Lo dijo con suavidad, pero sus palabras resonaron en ella como una especie de orden paternal, como si estuviera dictando un mandato. Emma imaginó que su poder de persuasión estaba ligado a su capacidad de liderazgo, a la frialdad de su mirada y a la firmeza de su voz. Sin embargo, con ella había carencia de hielo, ausencia de firmeza y una ínfima cuota de ternura, o al menos eso le pareció. Tal vez ese hombre que tenía frente a ella albergaba más bondad de la que pensaba, y no era tan temible como alguna vez se lo hicieron saber. O quizá sí lo era, y debido al accidente había olvidado esa parte de sí, dejando al descubierto un hombre completamente diferente.

Por alguna razón que no comprendió, Emma pensó que eso lo volvía aún más peligroso.

9. Recuerdos fracturados

«El recuerdo es la luz que guía nuestros pasos hacia un futuro incierto».

Fismes, Francia, 1917

Un mes después

Hacía un mes que el militar permanecía escondido en el establo de la familia de Emma. Un mes de un ir y venir de recuerdos centelleantes que solo eran las escasas piezas de un rompecabezas incompleto, destellos de un pasado que se desvanecía en la neblina del olvido. A ratos, Lukas reconocía a Emma y a su hermana, pero en otras ocasiones, las miraba como si fuesen unas completas desconocidas. Estos cambios desconcertaban a Emma, quien anhelaba establecer un vínculo estable con él, solo para verlo desvanecerse en el momento menos esperado.

Lukas solía dar paseos cortos alrededor del establo durante las noches, para ejercitarse y combatir contra el frío de un otoño implacable. Para Emma, cada uno de esos momentos era un recordatorio constante de que su estadía era temporal, lo que le generaba una mezcla de emociones difíciles de definir. En su fuero interno casi se había olvidado de que él era el enemigo.

Emma se cerró el raído abrigo a la altura del cuello, y frotó sus manos mientras avanzaba en la oscuridad hacia el establo. Todavía se podía apreciar en el cielo el sutil rastro del paso del día, rindiéndose a la inminente noche. A medida que se aproximaba, vislumbró la silueta alta e imponente de Lukas. Cuando Emma lo veía de pie y vestido con las prendas de su hermano, ya no le intimidaba, puesto que parecía un hombre como cualquier otro, y no la encarnación misma de todo lo que odiaba su país.

—Le he traído una cuchilla de afeitar y una pastilla de jabón —dijo cuando estuvo frente a él.

Iba a sacar los objetos del bolsillo de su abrigo cuando Lukas, de improviso, la sorprendió cogiéndola por el brazo y la inmovilizó contra su cuerpo. Luego le tapó la boca con su mano sin dejar de mirarla de manera amenazante.

—¿Quién es usted?! —dijo con firmeza en francés.

Emma lo miró suplicante, luchando contra el pánico atroz que la recorrió desde los pies a la cabeza ante su reacción. Sus rostros se encontraban a escasos centímetros, y ella temió que él pudiera escuchar los latidos frenéticos de su corazón. Uno de sus brazos la aprisionaba con fuerza contra su cuerpo, y con la otra mano le cubría la boca. A ella le costaba respirar, aunque no sabía si por causa del miedo o porque le afectaba su cercanía.

Lukas suavizó la mirada y aflojó levemente la presión de su mano, pero no la soltó.

—Soy Emma. Usted... —titubeó tragando saliva con dificultad—. Usted tuvo un accidente y yo lo tengo escondido en mi establo.

Emma observó que Lukas la miraba atormentado, como si estuviese luchando contra sus recuerdos, intentando unir las piezas de una memoria fragmentada por el trauma.

—¿Quién es Ingrid? —quiso saber exigente.

Emma comprendió que los recuerdos del antes y del ahora aparecían como destellos

flotantes, de improviso, y sin relación entre ellos. Se preguntó si se referiría a la misma mujer que lo acompañaba en la fiesta hacía tres años. Tal vez era su esposa, aunque Emma había notado que no llevaba anillo.

—No lo sé. ¿Quizás alguna amiga suya?

Lukas negó con la cabeza como para hacer a un lado unos pensamientos que parecían atormentarlo. Luego suavizó la expresión de su mirada, y Emma notó cómo se le agitaba la respiración. Él le miró la boca y después regresó a sus ojos, y por un momento pensó que la iba a besar. La sensación le recordó su primer beso con Pierre, aunque ahora todo era más intenso y, a la vez, primitivo.

—Emma —susurró él acariciando con suavidad su mejilla, y con su dedo pulgar le rozó los labios.

Estaba aterrada, aunque ya no era de él, ya que podía ver en sus ojos el brillo del reconocimiento. El miedo que sintió era muy distinto y tenía estrecha relación con sus sentimientos y con sus deseos, porque jamás antes Emma había ansiado tanto que un hombre la besara. Cada caricia que Lukas ejercía con suavidad sobre su fría piel dejaba una huella imborrable a su paso. Todo su cuerpo reaccionaba de una manera agradable, aunque prohibida. Emma se debatía entre el deseo de sucumbir a la pasión, o salir huyendo del peligro que significaba involucrarse con él.

—*Belle* Emma —dijo acariciando con su aliento sus labios. Luego la liberó.

—*Monsieur* Richter —susurró con voz temblorosa—. Debe afeitarse.

Lo dijo para recomponerse de la impresión. El miedo y el nerviosismo eran una mala combinación, puesto que ambas descontrolaban sus latidos de una manera casi dolorosa.

—Hágalo usted. —Su voz sonó exigente, pero sonreía con la mirada.

Aturdida por los acontecimientos, Emma asintió y le hizo un gesto para que ingresaran al establo. Encendió una lámpara y Lukas se sentó en un fardo de heno. Luego, ella humedeció su rostro con manos temblorosas. Sabía que lo que deseaba de él no era correcto, que estaba mal, pero no podía evitar sentirse atraída hacia él. El teniente la afectaba, en especial cuando la miraba como si quisiera adentrarse en su interior y apoderarse de sus secretos para hacerlos suyos. Su cercanía removía cada fibra de su ser, y dudaba ser capaz de pasar la cuchilla por su rostro sin lastimarlo.

—No creo que pueda hacerlo sin herirlo, *monsieur* —reconoció.

Lukas la miró y tomó sus muñecas, aprisionándolas con suavidad. Sintió cómo él le acariciaba la parte interna con el pulgar.

—Confío en usted, Emma.

Saber que ese hombre confiaba en ella hasta el punto de permitirle afeitarse con una cuchilla entibió su corazón. No recordaba la última vez que se había sentido así, como si con esa sencilla frase «Confío en usted, Emma», el teniente la hubiese acunado contra su pecho y mimado con sus manos. Simples palabras, pero a la vez poderosas, que la blindaron con una especie de bienestar sanador.

Lukas soltó sus muñecas y ella lo afeitó con movimientos suaves, comedidos, como si fuesen caricias. En todo momento ella pudo sentir su mirada de hielo sobre la suya, aunque en el poso profundo de esta se podía apreciar un rastro de ternura, una grieta en esa rigidez que parecía ser intimidante para los demás, pero que para ella se había convertido en un espacio donde poder internarse en su desconocido mundo de luces y sombras.

—¡Emma, Sophie te busca! —dijo Marie con urgencia apareciendo de improviso.

—¡Cielos! Entretenla, que ya estoy por finalizar —pidió con nerviosismo.

—¿Emma, estás aquí? —escuchó que su amiga la llamaba, y por un momento el pánico la atenazó.

—¡Rápido, Marie! Detenla antes de que entre.

Su hermana asintió y salió a su encuentro, frenándola justo en la puerta. Detrás le siguió ella.

—¿Qué pasa con ustedes dos? Están actuando muy extraño.

—No es nada —dijo Emma cogiéndola por el codo y llevándola hacia el exterior—. Estábamos limpiando el establo. Es todo.

—Vamos, amiga. Te conozco y sé que me estás ocultando algo. ¿Por qué no te sinceras conmigo? —le dijo sin poder ocultar que se sentía dolida por su falta de confianza—. Desde hace semanas que te comportas de una manera extraña, y tú no eres así. Te distraes, regresas rápido a casa cuando finalizamos los turnos, y ya no pasamos tiempo juntas. ¿Qué es lo que te está pasando?

Emma se detuvo en medio del patio y observó a Marie cerrar la puerta del establo antes de regresar a casa. Una vez pasó por su lado y las dejó a solas, Emma decidió que se lo debía a su amiga. Le debía la verdad.

Suspiró y la condujo hasta una banca de madera en donde se sentaron.

—Está bien. Te lo contaré todo, pero debes prometer que jamás se lo dirás a nadie —le pidió.

No podía ver sus ojos, pero sí su silueta. La noche ya había dejado caer su manto sobre ellas.

—No diré nada.

—Bueno —prosiguió—. ¿Recuerdas cuando fuimos a esa fiesta con Amelie hace tres años? —Sophie asintió—. Esa noche había un teniente importante que me llamó la atención.

—¿Tienes un amorío con un alemán? —chilló sorprendida.

—¡Calla, y no! ¡No es eso! Hace un mes cayó un avión cerca de aquí cuando yo regresaba a casa después de un turno. El piloto era el teniente Richter, y lo encontré herido en nuestro establo. Desde entonces lo he estado ayudando con sus heridas. No sabe quién es, aunque a ratos tiene recuerdos. En ocasiones también se olvida de quién soy.

—Pero ¿estás loca? —dijo Sophie llevándose la mano a la boca—. ¿Sabes lo que te podría suceder si alguien se entera de que ayudas a un alemán? ¡Es peligroso, Emma! ¡Te podrían acusar de conspirar con el enemigo!

—Lo sé, pero ya no puedo retroceder el tiempo ni cambiar los acontecimientos. ¡No pude entregarlo, Sophie! ¡No pude! —sollozó, incapaz de mantener la tensión que había guardado dentro por tantos días.

Aunque Emma no podía ver su rostro, sabía que Sophie la estaba mirando. Su amiga cogió un cigarro de su bolsillo y lo encendió. Le dio una calada profunda y luego se lo tendió. Emma lo cogió con cuidado y se lo llevó a los labios, aspirando el humo con suavidad. Su cuerpo de inmediato se reveló, expulsándolo entre toses. Negó con la cabeza y se lo devolvió, asqueada de su sabor.

—Ese hombre te gusta, ¿verdad?

No le respondió. Una cosa era admitir en sus pensamientos que sentía una atracción por el militar, pero verbalizarlo era un paso que aún no se sentía lista para dar. Sophie pudo ver su vacilación. La conocía bien y sabía que estaba evadiendo la pregunta con un incómodo silencio. La comprendía lo suficiente como para descifrar que su silencio era una mezcla entre la negación y el miedo que escondía sus verdaderos sentimientos.

—Sí. Definitivamente te gusta —dijo Sophie, abrazándola.

10. En silencio

«Las miradas hablan cuando las palabras callan».

Emma se adentró entre las sombras del establo, como cada día antes de partir al hospital. El silencio era abrumador, solo roto por el suave murmullo de las vacas y el sonido de su respiración. Pero se detuvo de golpe al percatarse de que Lukas no se encontraba dentro. Un escalofrío de temor le recorrió la espalda mientras buscaba con la mirada el rostro familiar del soldado herido, pero solo encontró vacío y sombras. Lukas no estaba allí, y una punzada de temor le atravesó el pecho. ¿Había decidido partir sin despedirse, o tal vez había recobrado la memoria y con ella esa implacabilidad que decían era parte de sí? Sus nervios se agitaron ante la incertidumbre, y al mismo tiempo sintió una oleada de tristeza. Se preguntó si estaría bien, y si volvería a verlo alguna vez.

Abatida y sin ánimos de abandonar ese sitio aún, como si en el aire todavía pudiera percibir su presencia, se arrodilló frente a una vaca y con la habilidad aprendida a lo largo de los años comenzó a ordeñarla, intentando arrancarse de encima la sensación de abandono y soledad que se apoderó de ella.

De repente, la puerta chirrió al abrirse, y el corazón de Emma dio un vuelco. Lukas emergió de entre las sombras, avanzando con una cojera casi imperceptible mientras su figura se refugiaba en la penumbra. Al verla allí, inclinada y ordeñando la vaca, este se detuvo como si hubiera sido sorprendido en medio de un secreto. Sus ojos, azules y profundos, buscaron los de Emma con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Buenos días, *belle* Emma.

—*Monsieur*. Tenga cuidado al salir —lo reprendió con preocupación—. Alguien podría verlo.

—He sido cuidadoso —respondió él, acercándosele.

Luego se agachó a su lado mientras observaba la eficiencia de sus manos al vaciar la leche del animal dentro del recipiente. Emma se sintió nerviosa cuando Lukas invadió su espacio personal. El calor de su cuerpo y el aroma de su piel se mezclaban con el olor a heno y a establo. Su cercanía y la atención que le destinaba aumentaron su nerviosismo, y casi podía sentir el roce de su aliento en su mejilla. A pesar de sus intentos por mantener la compostura, su corazón latía con fuerza, preguntándose qué podría estar pensando él mientras la observaba trabajar. La sensación de mariposas que revoloteó en su estómago fue una mezcla entre los nervios y la expectación, y ya se había vuelto una respuesta habitual de su cuerpo cuando lo tenía cerca.

—¿Cómo sigue de su pie? —quiso saber para esconder sus emociones—. Ya casi no cojea.

—Mi pie está bien. No me molesta.

—Bien. Le cambiaré la venda por otra limpia —dijo poniéndose de pie, buscando tomar distancia para recuperar la compostura.

Se lavó las manos en un recipiente con agua, y después sacó del bolsillo de su abrigo el paño limpio para vendarle el pie. Luego se dirigió hacia la improvisada habitación del teniente.

—Siéntese —pidió, evitando hacer contacto visual.

Lukas obedeció y ella lo despojó de su bota con movimientos cuidadosos.

En todo momento, él la miró a los ojos. En cada intercambio de miradas, Emma sentía como si el teniente Lukas pudiera ver más allá de su apariencia física, como si pudiera vislumbrar sus pensamientos más íntimos y profundos. De alguna manera, ser objeto de su especial atención la hacía sentir vulnerable. Y cuando Emma ya no soportaba estar a su lado sin deleitarse con sus ojos, entonces desviaba la mirada hasta encontrarse con la suya. Era casi una necesidad el querer empaparse de su hermoso rostro. Sus facciones inalterables transmitían una sensación de misterio y autoridad que, a pesar de no infundirle miedo, seguían afectando su concentración y sus nervios.

—¿Emma? ¿Estás aquí? —dijo la abuela entrando en el establo de improviso.

Emma contuvo el aliento, manteniéndose agachada junto a Lukas, cuyo pie permanecía descalzo y recién vendado. En ese momento de tensión, los dos se quedaron en silencio con sus miradas entrelazadas, como si estuvieran comunicándose sin palabras. No se atrevieron a moverse ni a respirar demasiado fuerte, esperando que la abuela se marchara sin notar su presencia. Cada segundo se volvía una eternidad en la que el silencio se apoderaba del estrecho espacio que compartían.

—¿Dónde se habrá metido esta chiquilla? —preguntó exhalando un suspiro cansado—. ¡Si hasta la leche la ha dejado tirada aquí!

El tiempo pareció ralentizarse mientras esperaban expectantes. Emma se inclinó hacia Lukas y le indicó con un gesto que guardara silencio, llevándose el dedo a los labios. A través de una pequeña rendija entre los fardos de heno, observaron a la abuela tomar la cubeta de leche y dar media vuelta para salir del establo.

Marie entró apresuradamente, con el fin de impedir que la abuela descubriera al hombre oculto, y miró hacia donde se hallaban ellos escondidos, encontrándose con los ojos de Emma, quien observaba la escena desde un pequeño orificio.

—Pero, *mémé* —dijo Marie con nerviosismo—. Dame la leche y no hagas fuerza, que te dolerá la espalda. Además, hace frío —la instó a salir con apuro—. Demasiado para que estés fuera.

—¡Bah!, si esto no pesa nada. Tu hermana se ha olvidado de llevar la leche dentro —dijo mientras salía del establo guiada por ella—. Estoy segura de que se ha enamorado. Desde hace un tiempo que tiene la cabeza en cualquier parte.

Emma miró a Lukas, avergonzada por las palabras de su abuela, y encontró en sus ojos algo que no supo interpretar. Se quedaron quietos, observándose en silencio mientras Marie desviaba la atención de la abuela y la llevaba a casa.

Con un suspiro de alivio, Emma se levantó llevándose la mano a la frente, como si esta acción la ayudara a recuperar el equilibrio perdido.

—Eso estuvo cerca —reconoció.

—¿Por qué me ayuda, Emma? —preguntó Lukas, incorporándose hasta quedar frente a ella.

De pronto, se sintió pequeña a su lado, frágil e insignificante. Su masculinidad era abrumadora; su físico, impresionante.

Pensó en una respuesta para darle y solo se le vinieron más preguntas. ¿Por qué lo ayudaba? Por muchos motivos, pero no podía revelarle ninguno. ¿Cómo decirle a alguien como él que le importaba su bienestar? ¿Cómo expresar que cada vez que estaba cerca, un remolino de emociones la envolvía, haciéndola sentir una extraña dicha y plenitud en el pecho? Sin embargo, todos estos motivos, en conjunto con otros más, permanecían guardados en lo más profundo de

su ser, ocultos como secretos inconfesables que no podían ser desvelados. Al menos, no a él.

—Ya se lo dije hace un tiempo. Soy enfermera, y usted está recuperándose de sus heridas —respondió evasiva.

Lukas asintió de una manera casi imperceptible, y luego se recostó en la improvisada cama, quizás cansado de soportar su propio peso debido a su lesión en el pie.

—Tenga cuidado cuando vaya a trabajar —le dijo él, reflejando su preocupación en el rostro.

Esa fue una de las escasas ocasiones en las que Emma pudo vislumbrar las emociones del teniente Richter. Este parecía protegerlas con celo, como si fuese primordial resguardar sus sentimientos. Sin embargo, de alguna manera que para ella no tenía explicación, quedó en evidencia su preocupación por ella. Quizás, reflexionó, entre ellos había surgido un vínculo especial, un sentimiento nuevo que traspasaba las divisiones impuestas por la guerra, un lazo que ignoraba las etiquetas de «enemigo» y «aliado»; de «francesa» y «alemán».

Emma le sonrió en respuesta. No pudo evitar hacerlo.

—Estaré bien.

Con paso decidido, abandonó el establo, dejando atrás la tensión y la incertidumbre que habían dominado ese breve encuentro.

11. Luces en la memoria

«En algún lugar de la memoria se ocultan nuestros secretos».

Lukas escuchaba a su madre sollozar y los gritos de su padre tras la puerta. Estaba en su habitación, encima de la cama, y se abrazaba las rodillas debido al miedo. No comprendía qué era lo que había enfurecido tanto a su padre, pero algo en su interior le advertía de que era por su causa.

Escuchó pasos enérgicos en el corredor, y luego observó la puerta de su habitación abrirse con una fuerza desmedida. El rostro de su padre reflejaba tensión, con los músculos faciales rígidos por la furia. A Lukas no le gustaba cuando se enfadaba, pues le inspiraba un miedo aterrador.

—¡Heinrich, por favor! —rogó su madre, apareciendo tras de él y sujetándole un brazo—. ¡Déjalo en paz!

—¡Es tu culpa, maldita sea! ¡Todo es tu culpa! —gritó liberándose de su agarre con fuerza.

—Heinrich —sollozó la mujer en un francés melódico, en un intento de tranquilizarlo—. Lo estás asustando.

—¿¿Dónde está ese estúpido cuaderno, Lukas?! —le gritó su padre, intimidante. Era tan alto que tuvo que elevar la cabeza para contactar con sus ojos—. ¡Te estoy hablando a ti!

El niño no habló, impedido por el miedo. Solo dirigió la vista hacia su escritorio y de inmediato, siguiendo su mirada, su padre se acercó a este para coger el cuaderno que utilizaba para sus dibujos.

Lo hojeó con movimientos bruscos mientras su mandíbula se tensaba cada vez más. Luego levantó el cuaderno para que lo mirara su madre.

—¡En esto has convertido a mi hijo! —gritó mientras ella respiraba agitada por el temor—. ¡En un debilucho que pasa el tiempo dibujando flores y paisajes, cuando lo que tiene que hacer son actividades para hombres!

—¡Heinrich, por favor! —susurró la madre con voz temblorosa, tratando de calmar la furia de su esposo mientras observaba cómo este sostenía el cuaderno en alto con gesto desaprobador. Pero sus palabras parecían caer en oídos sordos ante la determinación de su marido—. Por favor. Lo estás asustando. Lukas es un niño sensible.

—¿Sensible? ¡Quién quiere un hombre sensible! Mi hijo no será ningún debilucho ni llorica. ¡Mi hijo será un militar como yo! No realizará ninguna actividad que me avergüence. ¡Su período de artista se acabó! ¡Debería estar entrenando para hacerse más fuerte en lugar de perder el tiempo con esos dibujos!

Su padre se volteó para mirarlo, y después lo jaló con fuerza del brazo hasta dejarlo de pie. Lukas sentía su respiración agitada y un zumbido en el oído, tal vez causado por el miedo. No conseguía comprender dónde estaba lo malo en querer dibujar. Era una actividad que no le costaba y que, según decía su madre, hacía de maravilla. Malo era romper una ventana o apoyar las manos en las paredes después de jugar con tierra. Malo era entrar con los zapatos embarrados en la casa o pararse sobre la mesa. Pero ¿dibujar? ¿Qué mal hacía con ello, si todo lo que volcaba

de su cabeza al papel eran bonitas creaciones?

—¡Haz veinte lagartijas, ahora mismo! —ordenó su padre con su voz de trueno, sacándolo de sus elucubraciones.

Lukas tragó saliva con nerviosismo y se posicionó en el suelo, para luego realizar el ejercicio. Al quinto intento sus brazos temblaban con el esfuerzo.

—¡Más abajo! ¡Más abajo, Lukas! —gritó su padre, observándolo con ojos exigentes mientras este luchaba por mantener la posición sin desmoronarse.

Su madre lo miraba con angustia desde el umbral de la puerta, pero no se atrevía a intervenir, sabiendo que cualquier intento por calmar a su esposo sería en vano.

De pronto, cuando estaba a punto de completar la novena repetición, sus músculos cedieron y se derrumbó. Desde el suelo y sin levantar la cabeza, podía ver las botas relucientes de su padre, las cuales formaban parte de su uniforme como Capitán del Ejército Alemán.

Lo vio darse la vuelta, entregarle el cuaderno de dibujos a su madre y ordenarle que lo quemara. La mujer cerró la puerta de su habitación, no sin antes destinarle una mirada compasiva. Recién entonces fue consciente de que sus mejillas estaban empapadas en lágrimas. Esa fue la última vez que Lukas lloró.

Lukas despertó conmocionado luego de haber soñado de manera tan nítida su recuerdo. Uno que permanecía escondido en lo más recóndito de su memoria. Se pasó las manos por las mejillas, sorprendido de tenerlas humedecidas. Era hijo de una francesa, lo que explicaba por qué hablaba el idioma con tanta fluidez; y de un militar alemán, lo que de alguna manera justificaba su actual profesión. De pronto, su cabeza comenzó a destellar cientos de imágenes de momentos vividos, todos ellos con una carga emocional significativa. La tensa relación con su padre; la muerte de su madre cuando aún era un niño; su noviazgo con Ingrid Bauer, hija de un gran amigo de su progenitor; el cargo que ejercía en la milicia y también su accidente en el avión. Todas las piezas comenzaron a encajar. Cada parte de su mente parecía organizarse de manera misteriosa, dando lugar a sus recuerdos más recónditos.

Se llevó las manos a la cabeza y luego se puso de pie con intención de asearse. Estaba amaneciendo, por lo que pronto Emma se dejaría caer por allí. «Emma», pensó y su corazón se llenó de una calidez reconfortante. Ahora la recordaba sin sombras ni ecos de olvido de la memoria. Fue en ese momento cuando comprendió en profundidad el peligro al que Emma se había expuesto al esconderlo en los terrenos de su casa, así como los sacrificios que había hecho para alimentarlo, probablemente privándose ella misma de sus raciones, consciente de la escasez que la guerra había traído consigo. Además, lo ocultó a las autoridades de su país, a pesar de que su propio hermano luchaba contra él y lo que representaba.

Conmovido por los sacrificios que ella había realizado, decidió que ya era tiempo de partir. No podía poner en riesgo a esas mujeres ni a esa familia. Tendría que regresar a cumplir con sus responsabilidades e intentar librarlas de un destino que se avecinaba oscuro e incierto.

Se vistió con ropa limpia y bebió agua de una botella, antes de tomar un cubo y dirigirse a ordeñar las vacas. Apenas sentía molestias en el pie y las costillas, y los dolores de cabeza iban y venían, sin representar un impedimento para llevar a cabo esa tarea, la que realizaba por voluntad propia.

En eso estaba cuando Emma ingresó por la puerta, acompañada por una ráfaga de viento otoñal.

—Está lloviendo —le informó acercándose para entregarle alimento.

La observó sacudirse el agua de las mangas y mirarlo con una leve sonrisa.

—*Belle Emma* —le dijo limpiándose las manos en el pantalón y tomando las suyas—. Eras tú, aquella noche en la fiesta en la mansión de los Rousseau. Sé que eras tú. Ahora lo recuerdo.

La sintió tensarse y mirar de un lado a otro como si quisiera escapar. Se recriminó por su falta de tacto al advertirle que sus recuerdos ya habían llenado los espacios vacíos de su cabeza, e intentó tranquilizarla.

—No temas, Emma. Jamás podría hacerte daño, y menos después de todo lo que has hecho por mí.

Lukas decidió dejar de lado de manera definitiva el tratamiento formal entre ellos. Necesitaba estrechar los lazos de la confianza y romper los de las tensiones.

—*Monsieur...* —pronunció con suavidad, aunque él vislumbró la cautela en sus ojos.

—Lukas, Emma. Por favor, llámame por mi nombre. Después de todo lo que hemos pasado, es lo mínimo que nos debemos.

Ella asintió y Lukas le regaló una sonrisa triste, una que no quiso ocultar. No a ella.

—¿Lo has recordado todo?

—Eso creo. Todavía no completo todas las lagunas, aunque ya recuerdo quién soy, y no debo abusar por más tiempo de tu hospitalidad. Te has puesto en un gran peligro al ocultarme aquí, y te doy las gracias, pero debo regresar y devolverte tu libertad.

En un gesto involuntario, Lukas elevó las manos de Emma, cubiertas por unos guantes raídos, y se los quitó. Ella observaba con atención cada uno de sus movimientos, a la espera de algo. Él podía advertir que ya no le temía, y que, al igual que en aquella ocasión en que se destinaban miradas furtivas en la fiesta, la atracción entre ellos seguía persistiendo.

Se llevó sus manos a la boca y le besó los fríos nudillos con suavidad, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella soltó un suspiro que intentó contener sin éxito.

—Quisiera pedirte un favor, *belle Emma*. ¿Podrías conseguirme lápiz y papel?

—Creo que tengo algunas hojas en mi dormitorio. ¿Vas a escribir una carta?

—No. Quiero llevar tu retrato conmigo, para no olvidarte jamás.

Emma se sonrojó y él se sintió extraño, aunque de una manera agradable. Quería besarla, pero sabía que no era pertinente.

Lukas realizó varios dibujos de Emma, sin necesidad de mirarla. Conocía cada línea de su rostro, comprendía al detalle sus gestos y sabía interpretar el mensaje velado en su mirada. Advertía sus formas bajo la ropa, el contorno de su cuerpo, su excesiva delgadez incrementada por una época de escasez y privaciones. Las pequeñas imperfecciones de su piel le parecían perfectas ante sus ojos de artista, y el lunar que bordeaba sus generosos labios lo hacían presa de su hechizo.

Emma se encaminó hacia el hospital, y en su ausencia, Lukas se dedicó a organizar los detalles necesarios para su partida. Sin embargo, un sentimiento abrumador lo embargaba: la necesidad de verla una vez más antes de marcharse. Esperó hasta la noche, con el corazón apesadumbrado por la inminente separación. No quería partir sin tener un último encuentro con ella.

Cuando por fin la sintió llegar, fue como si el tiempo se detuviera por unos instantes. La abrazó con fuerza, sorprendiéndola, aferrándose a ese momento fugaz como si fuera el último. Tal vez sí era el último. No lo sabía. Emma se abrazó a su cuerpo, también necesitada de su contacto, diciéndole con ese gesto que no quería dejarlo ir. La escuchó quebrarse en sollozos que él apaciguó con caricias suaves. Luego, con delicadeza, enjugó sus lágrimas con el pulgar, como si quisiera borrar todo rastro de tristeza en su rostro. En ese abrazo, en ese breve instante que

solo les pertenecía a ellos, encontraron consuelo mutuo para enfrentar lo que vendría. Deseaba tanto besarla que dolía. Sin embargo, se contuvo. Pensó que era mejor así, porque si la besaba, entonces jamás podría dejarla.

—Adiós, *belle* Emma —dijo antes de separarse de ella.

—Adiós, Lukas.

Luego abandonó el establo sin mirar atrás, dejando dentro de esas paredes parte de su corazón.

12. Abastecimiento

«Los rumores son sombras que persiguen la verdad».

Emma se paró frente a la ventana, observando cómo la lluvia golpeaba con furia la tierra exterior. Cada gota que caía resonaba en su corazón como si empatizara con su decaído estado de ánimo. Debería sentirse aliviada por la partida de Lukas, pero la verdad era otra. Hacía una semana ya de eso, y no sabía nada acerca de él. Sentía cómo la intensidad de la tormenta reflejaba su propio torbellino interior: la tristeza, la confusión y la desesperanza por su ausencia. Cada golpe de la lluvia contra el suelo parecía ser un espejo de sus propias emociones, como si el cielo estuviera llorando con ella.

Era mediodía y tenía el día libre en el hospital, lo que de alguna manera agradeció. Las manos le dolían al trabajar debido a la aparición de sabañones. Nunca los había padecido, hasta ahora.

—Tu abuelo está enfermo, Emma —escuchó que le decía la abuela—. Ya casi no se despierta ni tampoco quiere comer. Ayer apenas conseguí que ingiriera una sopa.

—¡Ay, *mémé!* ¿Quieres que lo llevemos al hospital? —le ofreció, preocupada no tan solo por la salud del anciano, sino que por los peligros que implicaban sacar a su abuelo a la calle.

—No. Es mejor que se quede aquí. Si tiene que partir, prefiero que lo haga en su propia casa.

Emma reflexionó acerca de esas palabras y comprendió con mayor claridad el amor que esa mujer, a la que quería como a una madre, sentía por su marido.

La abuela regresó a la habitación y Emma se volteó nuevamente hacia la ventana. Entonces vislumbró la silueta de un hombre acercándose a la puerta, y se puso en alerta. Aún conservaba el arma de Lukas escondida en su habitación bajo el colchón, y esperaba nunca tener que utilizarla. En aquella oportunidad, cuando él le preguntó por su uniforme y sus cosas, Emma le había dicho la verdad. Le explicó que había descartado sus pertenencias como medida de precaución, y cuando quiso devolverle el arma, él había insistido en que se la quedara.

Dos golpes firmes sacudieron la puerta, y Emma, que ya había reconocido al visitante, corrió a abrirla.

—¿Pierre? ¿Eres tú? —preguntó alegre, abrazándolo con fuerza—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Hola, Emma —la saludó con un beso en la mejilla que la hizo sentir mejor.

—¡Entra, que estás empapado! —le pidió cerrando la puerta y yendo por una toalla para que pudiera secarse—. No tenemos leña, pero, al menos, goteras tampoco. ¡Debes tener hambre! ¿Te preparo un té? ¿Qué te pasó en el ojo?

Pierre sonrió ante la secuencia de preguntas impacientes que le destinó. Se había alegrado tanto de verlo que no se percató de que uno de sus ojos estaba ennegrecido y sin brillo.

—Estoy bien, Emma —le respondió sonriendo—. Estoy recuperándome de una lesión ocular que pudo ser peor. He perdido la visión del ojo, pero al menos, esto me ha dado un respiro y he podido regresar a casa junto a mi madre. ¿Cómo has estado tú?

—No ha sido nada fácil sobrellevar la guerra sin mi hermano aquí —se desahogó

exhalando con fuerza, como si así pudiera aligerar la enorme carga que había recaído sobre sus hombros—. Pronto llegará el invierno y ya no nos queda casi nada para abrigarnos o para comer. Mi sueldo apenas nos alcanza para cubrir nuestras necesidades, y Marie no puede trabajar fuera, porque alguien tiene que encargarse de mantener la granja en pie, cuidar que no nos roben los pocos animales que nos quedan, y velar por el bienestar de los abuelos y de Alice.

—¿Estás utilizando los cupones de racionamiento?

—Casi nunca. Las veces que he ido a comprar, las filas de personas esperando son tan largas que, cuando ha sido mi turno de abastecerme, apenas queda algo disponible. Además, los alemanes supervisan cada transacción con una desconfianza que remece.

—Querida Emma —le cogió las manos entre las suyas—. He estado tan preocupado por ustedes, en especial por ti.

Emma sentía un profundo afecto por Pierre. Después de todo, había sido su primer amor, con quien compartió su primer beso y sostenido una breve, pero intensa relación.

—Estaré bien. Soy una Bernier —dijo aligerando la tensión que de pronto sintió en el ambiente.

—¿Por qué dejaste de quererme?

Ella se encogió de hombros y le sonrió nostálgica.

—No dejé de quererte, Pierre. Es solo que ese amor cambió. Siempre serás mi amigo, pero nuestras vidas tomaron rumbos diferentes. No podía engañarte sabiendo lo que tú sentías por mí.

—Lo sigo sintiendo, Emma. Nunca he dejado de quererte.

El pecho se le contrajo al escucharlo, ya que no quería que siguiera atado a ella de esa forma. Sufrir por la pérdida de algo importante desgarraba el alma, hacía mella en el corazón y ensombrecía los momentos de dicha, que sobre todo en esos tiempos, escaseaban de manera alarmante. Pensó en Lukas y el dolor se incrementó. No era capaz de definir sus sentimientos por él, pero comprendía que eran tan profundos como prohibidos. Por un instante deseó estar enamorada de Pierre. Con él, todo sería mucho más fácil, pero la mente no mandaba en los asuntos del corazón.

Miró a Pierre y observó su delgadez, notando los huesos marcados en su mandíbula y en sus pómulos. La ropa le quedaba holgada y en sus manos se podían apreciar múltiples cortes que ya habían cicatrizado. El cabello que antes utilizaba hasta la altura de las mejillas ahora apenas sobrepasaba unos centímetros sobre su cabeza.

—Bueno, Emma —dijo Pierre, interrumpiendo sus pensamientos y abriendo el bolso que reposaba a sus pies—. Te he traído unos tarros de carne y café. No es mucho, pero algo es algo.

—Oh, Pierre. ¿Dónde lo has conseguido?!

—En las afueras de la ciudad hay un almacén abandonado que todavía guarda algunas latas de conservas y otros víveres entre sus escombros. Hace un par de semanas fue zona de enfrentamiento. Con mis compañeros, hemos logrado abastecernos de cosas que encontramos entre los restos.

—¿De verdad? ¿Y sería posible que yo fuese allí?

—No, Emma. Es peligroso —le advirtió—. Aunque los alemanes se llevaron todo lo que pudieron, de vez en cuando se dejan caer por el lugar en busca de cigarros y de bebidas alcohólicas. ¡Prométeme que no irás!

—Está bien. Lo prometo —le dijo para tranquilizarlo.

—Bueno —dijo poniéndose de pie—. Debo marcharme. Cuando tenga algunas cosas, te las dejaré detrás de la maceta que tienes en la entrada.

Emma lo abrazó y le dio las gracias. Hacía mucho que no bebían café, y en cuanto a la carne, la semana anterior se había muerto una de las gallinas, y aprovecharon de cocinarla para alimentarse.

Cuando Pierre se marchó, la nostalgia inundó el corazón de Emma de una manera que asfixiaba. Tomó su abrigo y corrió hasta el establo, protegiéndose de la lluvia con él, con el único fin de sentirse más cerca de Lukas. Una vez dentro, se dirigió al rincón donde lo había ocultado. Entonces algo llamó su atención, algo que sabía no se encontraba antes allí. Sobre la improvisada cama había un bulto de tamaño importante. Emma se acercó con sigilo y abrió la bolsa para mirar su contenido. Dentro, había dos quesos enormes, un saco con harina y otro de azúcar. También una nota que decía con una letra pulcra y cuidada: «Que lo disfrutes, *belle Emma*».

—¡Lukas! —exclamó emocionada.

13. Secretos

«Enemigos ante el mundo, pero aliados en el abismo de la atracción».

La sirena que advertía sobre un posible ataque a la ciudad solo incrementó la angustia que se había vuelto inseparable de Emma. No podía apartar de su mente al teniente Richter, cuya mirada parecía adentrarse en los rincones más profundos del alma. Aún no se sobreponía a su visita y a sus regalos. «Si tan solo le hubiese visto», pensó soñadora. Su abuela, al enterarse de la posesión de tanta abundancia de alimentos imposibles de adquirir, quiso saber cómo las había conseguido, y ella se vio obligada a mentir: «Me las han dado en el hospital». La mentira se había vuelto una compañera constante en su vida, una sombra que la seguía en cada paso. Con el tiempo, aprendió a mentir con facilidad, como si fuera una habilidad imprescindible para sobrevivir.

Mientras tomaba la temperatura de uno de los pacientes, resonaron a lo lejos disparos y explosiones, los que ya parecían ser parte de una rutina habitual en su ciudad. Si bien, estos eventos no le eran indiferentes, Emma continuaba con sus labores de manera automática, al igual que el resto del personal. Sin embargo, cada vez que comenzaban los estallidos, Emma rogaba para que estos ocurrieran lejos de su casa, ofreciendo una plegaria silenciosa por la seguridad de su familia y de su hogar.

—¿Cómo se llama él? —Amelie la sorprendió con su pregunta cuando entró en la habitación donde las enfermeras guardaban sus pertenencias.

—¿Quién? —preguntó Emma mientras se frotaba los pies para calentarlos.

—El hombre que te tiene así, tan ida —sonrió.

—No existe tal hombre —negó, intentando no ruborizarse.

Amelie sonrió, expresando con su gesto que no creía lo que le decía, y luego encendió un cigarro.

—¿Quieres uno?

—No fumo, Amelie. Siempre me ofreces, y en todas las ocasiones te he dicho que no.

Amelie se encogió de hombros y se quitó el delantal y la ropa, sujetando el cigarro con los dientes. Emma no pudo evitar mirarla cuando esta le dio la espalda. Una serie de cardenales oscuros se podían apreciar en distintas zonas de su piel. A Emma le impresionó tanto que las palabras se le atoraron en la boca. Era evidente que alguien la estaba lastimando, pero ¿quién?

—Me caí —comentó sin que le preguntara, porque sabía que ella la estaba observando.

—No es verdad. ¿Quién te ha hecho eso? —exigió saber Emma cuando encontró su voz.

La chica finalizó de vestirse y luego se giró hacia ella, tomando el cigarro con los dedos.

—No importa, Emma. Son solo cosas de la vida. Algunas debemos sacrificarnos para sobrevivir.

—¿Qué significa eso?

Amelie recuperó su pose altiva y le dedicó una sonrisa llena de malicia. Emma se sentía intranquila ante su actitud, ya que era consciente de que detrás de esa máscara de despreocupación se ocultaban innumerables secretos.

—¡Oh, querida Emma! Tan ingenua como siempre —dijo Amelie con un tono despectivo mientras arqueaba una ceja con falsa compasión.

Amelie pisó la colilla del cigarro y luego abandonó la habitación, dejándola confundida y con más preguntas de las que quisiera tener rondando por su cabeza. Emma se quedó paralizada por un instante, tratando de procesar lo que acababa de presenciar. La mirada de Amelie, cargada de misterio y desprecio, la dejó con un nudo en el estómago. ¿Qué estaba ocultando su amiga? Las explicaciones simples que intentaba darse no encajaban con la complejidad de la situación. ¿Se estaría vendiendo por comida o ropa nueva? La idea le resultaba absurda y dolorosa. Incluso repugnante. Sin embargo, al observarla detenidamente, notó que no había perdido peso como las demás, ni sus vestimentas lucían desgastadas. ¿Qué estaba pasando en realidad?

Emma se envolvió los pies con unas medias rotas y se puso los zapatos. En una hora estaría fuera del hospital. A pesar de su eficiencia en el trabajo, su mente seguía tan dispersa como siempre, y ahora se sumaban preocupaciones adicionales debido a Amelie.

—Hace mucho frío, Emma. Tengo los dedos de las manos congelados —le dijo Sophie, apenas traspasaron las puertas del hospital hacia la calle.

Las temperaturas bordeaban los cero grados, y el entorno se había vuelto árido, al igual que su estado de ánimo.

—Será mejor que nos apresuremos. Hoy oscurecerá temprano —le advirtió Emma cogiéndola del brazo y caminando a paso enérgico.

Sophie le había pedido que la acompañara a visitar a una de sus tías a unas cuadras de allí, y ella había accedido porque era demasiado peligroso moverse a solas por la ciudad.

—¿Arreglaste tu bicicleta? —quiso saber su amiga.

—No todavía, pero caminar me mantiene activa, aunque tardo una eternidad en llegar —respondió para tranquilizarla.

La verdad era que odiaba la idea de caminar sola a casa. El temor de encontrarse con algún grupo de soldados la hacía sentir expuesta e indefensa. En bicicleta, en cambio, se minimizaban sus miedos debido a que tardaba menos en llegar. Tenía que arreglar pronto su bicicleta.

—¿Qué tienes, Emma? ¿Sigues extrañando al teniente Richter?

Emma la miró, incapaz de ocultarle las cosas a su amiga, y asintió. Luego le reveló sobre lo que había hallado en el establo y también acerca de la nota.

—A ese hombre le gustas, pero también es consciente de que una relación entre ustedes no es posible —se lamentó Sophie.

Cruzaron la calle y continuaron avanzando, siempre cogidas del brazo.

—Lo sé. Lo siento aquí dentro —dijo señalándose el pecho—. Cuando se despidió de mí aquella noche, ¡oh, Sophie! Moría por besarlo, y sé que él también lo deseaba. Si hubieses visto cómo me miraba a los ojos y los labios —expresó llevándose los dedos a la boca para tocarlos, sumida en el recuerdo.

Sophie sonrió y la miró con un dejo de tristeza, presionando su brazo para reconfortarla. Emma decidió cambiar el rumbo de la conversación hacia otro asunto que le inquietaba. Si continuaba pensando en Lukas, sabía que se echaría a llorar.

—Sophie. Estoy preocupada por Amelie. Creo que alguien le está haciendo daño.

—¿A Amelie? —preguntó extrañada—. ¿Por qué lo dices?

—Le he visto la espalda llena de cardenales cuando se cambió la ropa —se explicó—. Además, cuando se lo he preguntado, me ha dicho algo como que algunas debían sacrificarse para sobrevivir. ¿Has notado que su ropa está en buenas condiciones y que no ha perdido peso como nosotras?

—¿Crees que consigue las cosas a cambio de algo? —quiso saber Sophie, asintiendo

como si todo cobrara sentido ahora.

—No quiero juzgarla, pero ambas sabemos de lo que es capaz —reconoció Emma.

Escucharon las risas de tres jóvenes soldados alemanes, quienes conversaban en la esquina de manera despreocupada. Emma se detuvo en seco, decidiendo qué hacer. Casi no se apreciaban habitantes circulando por las calles desde que estaban en guerra. La gente no se sentía segura con tanto militar suelto ejerciendo su poder sobre ellos.

—Ven, crucemos la calle y ruega para que no nos presten atención —le dijo Emma arrastrando consigo a su amiga hasta llegar a la otra vereda.

—No los mires —sugirió Sophie con voz tensa.

Emma presintió que algo malo iba a suceder, porque, aunque no levantó la vista, las risas habían dejado de escucharse y los pasos repiqueteaban en el suelo con determinación. Se estaban aproximando a ellas.

—¡Deténganse ahí! —les ordenó uno de ellos con fuerza—. ¿Dónde creen que van?

—Solo vamos a visitar a una tía —respondió Sophie.

Emma percibió el temblor en el brazo de su amiga, oculto bajo su chaqueta. La mirada del joven era fría, inexpresiva, incluso se apreciaba una pizca de maldad. Emma sintió sus manos sudar bajo los guantes, pese al frío, al temor y la incertidumbre de la que fue presa. Sin embargo, no quería demostrar que la asustaban.

—No queremos problemas —se atrevió a decir mientras levantaba la barbilla y lo miraba directo a los ojos.

—¡A callar! ¡Sus documentos, ahora!

Emma buscó en sus bolsillos y les mostró su identificación. El hombre la miró con desconfianza y, tras revisar el documento durante lo que parecieron largos minutos, se los devolvió. Los otros dos se reían ante el nerviosismo de las mujeres.

—No puedo encontrar mis documentos, Emma —susurró Sophie, comenzando a alterarse.

—Está tardando demasiado —dijo el mismo soldado, acercándose a su amiga e intimidándola aún más.

El sujeto cogió con fuerza el brazo de Sophie, haciéndola soltar un grito de horror.

—*Was ist denn hier los!* —gritó a lo lejos otro hombre con fuerza.

El corazón de Emma dio un vuelco al escuchar esa voz tan familiar y anhelada. Era una voz que había extrañado con dolor por su ausencia, que ansiaba oír mientras se acurrucaba en su cama por las noches, recreándose en los recuerdos de su sonido y de sus palabras. Una voz que, aunque ahora sonaba amenazante y exigente, a ella le producía serenidad.

Levantó la vista con asombro y vio a un militar elegantemente vestido acercándose a ellos, y se sorprendió de cómo sus ojos destellaban dagas de hielo. «El hombre de hielo», recordó.

Era Lukas. El teniente Lukas Richter.

14. La fragilidad de la memoria

«En la quietud de la memoria estás tú».

Su voz retumbó como un trueno para los demás, pero para Emma fue como la calma en medio de la tormenta. Aunque su mirada seguía siendo intensa, Emma notó algo diferente en él. Había recuperado peso y se veía más repuesto desde la última vez que lo vio. Su uniforme militar, impecablemente ajustado, realzaba su porte erguido y su figura robusta. Los rasgos de su rostro, ahora más definidos, reflejaban determinación y fortaleza.

El teniente Lukas, con una expresión impasible, se detuvo frente a ellos, examinando la escena con un gesto severo.

—¿Qué está pasando aquí?! —dijo en su impecable francés, quizás, para que ellas comprendieran lo que decía.

Su voz, fría y autoritaria, cortó el aire e intimidó a los soldados. Estos se enderezaron con rapidez, saludando y adoptando una postura más formal ante la presencia de un superior.

—Herr teniente. —Uno de ellos carraspeó con incomodidad, tratando de justificar la situación—. Esta mujer no ha podido presentar sus documentos de identificación adecuadamente.

Lukas observó a Emma y Sophie con intensidad, como si estuviera evaluando cada detalle. Sus ojos, penetrantes y profundos, recorrieron sus rostros con meticulosidad antes de regresar a los de Emma. Allí, su mirada se detuvo, prolongándose más de lo necesario, con un permanente gesto impasible que no revelaba sus pensamientos ni emociones.

«¿No me reconoce?», se preguntó Emma cuando se dio cuenta de que la trataba y miraba como si fuese una extraña. Por alguna razón, percatarse de ese hecho la entristeció, y una sombra de miedo la envolvió amenazante.

—¿Y bien? —instó el teniente, dirigiéndose a ellas con un tono que dejaba claro que esperaba una explicación.

Emma se apresuró a hablar, tratando de mantener la compostura a pesar del temor.

—Lo siento, *monsieur*. Mis documentos están aquí, pero mi amiga Sophie... —Se detuvo, buscando las palabras adecuadas mientras sentía su mirada penetrante sobre ella.

Lukas continuó mirando a Emma de una manera exigente, aunque a ratos parecía desconcertado cuando la observaba. Era algo muy imperceptible que, si no lo conociera, pasaría desapercibido. Y cuando la miraba, parecía estar buscando algo en sus ojos, como si intentara descifrar sus pensamientos más profundos.

—¿Y bien, *mademoiselle*? —insistió Lukas con tono impaciente.

Emma tragó saliva, sintiendo el peso de su mirada sobre ella.

—Lo siento. Mi amiga Sophie olvidó sus documentos en casa —respondió con voz temblorosa, luchando por mantener la compostura.

Sophie contenía el aire a su lado, temerosa de las consecuencias que aquello podría desencadenar.

Lukas la observó en silencio por un momento más, como si estuviera evaluando la veracidad de sus palabras. Luego, con un gesto brusco, se apartó y se dirigió hacia los soldados.

—Dejen a estas mujeres en paz. No los quiero cerca de ellas. ¿Entendieron? —ordenó con firmeza.

—Sí, *herr* teniente —respondieron al unísono.

Lukas se giró para marcharse, y Sophie, aterida por el miedo, la apuró:

—Vamos, Emma, apresurémonos.

Al escuchar cómo la había llamado su amiga, el teniente Richter se dio la vuelta y la miró, al parecer luchando entre las brumas del reconocimiento, como si su nombre le sonara de algo; como si su rostro le fuera familiar. Sin embargo, luego de unos segundos, endureció las facciones y su mirada se volvió de hielo otra vez, marchándose a toda prisa, tal como había llegado.

«No me recuerda», pensó, sintiendo una daga atravesarle el corazón mientras se alejaban de allí con rapidez.

—¿Qué acaba de pasar, Emma? —quiso saber su amiga cuando recuperó parte de la calma.

—No me ha reconocido. Lukas me ha mirado como si yo fuese una desconocida, y yo apenas podía respirar en su presencia —dijo estallando en lágrimas.

Llevaba tanto añorando un encuentro con él, pero este no había sido como lo imaginó. Cuando pensaba en Lukas, recordaba a un hombre atento, cuidadoso y hasta tierno con ella. El hombre que la había intimidado momentos atrás no se parecía en nada al de sus recuerdos.

—¡Santo Dios, Emma! —exclamó su amiga abrazándola—. ¡No lo he reconocido! ¿Estás bien?

Emma negó con la cabeza y continuó llorando sobre su hombro. Ya el frío había pasado a segundo plano. Ahora solo le importaba expulsar su tristeza fuera y sentirse acogida por los brazos amorosos de su mejor amiga.

—Tranquila, amiga. Todo estará bien.

La memoria de Lukas se veía afectada en los momentos menos esperados, de una manera tan misteriosa que Emma no sabía cómo explicar. Para él, ella era una mancha borrosa que aparecía y desaparecía a su antojo dentro de su cabeza. Para ella, en cambio, él representaba mucho más que un simple recuerdo; era el reflejo de sus esperanzas, el eco de sus sentimientos que le susurraban acerca de un amor que cada vez ganaba mayor fuerza dentro suyo. Lukas era el anhelo constante que habitaba en su interior, en medio del caos de la guerra.

—Ha regresado a su vida, y quizá está con ella otra vez. Me ha olvidado, Sophie, y estoy sangrando por dentro.

—No te tortures más. Tú misma me has dicho que le pasaban esas cosas; que había días en que se le borraban todos sus recuerdos.

—Es verdad.

—Bueno. Esto debe ser lo mismo. Uno de esos episodios misteriosos de su mente. Estoy segura de que pronto te recordará —dijo besándole la mejilla y retomando el paso.

Escuchar a Sophie la reconfortó de alguna manera. Sin embargo, aún persistía en su pecho la sensación de angustia y desazón.

El crudo invierno se cernía sobre Fismes con una ferocidad implacable, envolviendo cada rincón del pueblo sin misericordia. El viento gélido azotaba las calles desiertas, arrastrando consigo copos de nieve que se amontonaban en los rincones. El frío no solo entumecía los huesos de quienes se aventuraban fuera de sus hogares, sino que también aminoraba las esperanzas de sobrevivir en las austeras condiciones en las que se encontraban.

Emma y Marie caminaban con paso firme, envueltas en sus capas de abrigo, en un intento por combatir el crudo invierno. Sus mejillas estaban enrojecidas por el frío y sus manos se aferraban con fuerza a la cesta vacía que llevaba consigo. Marie la acompañaba silenciosa, pero Emma podía ver la preocupación que reflejaba su mirada, pues sabía que encontrar leña para mantener caliente el hogar era una tarea cada vez más difícil.

A medida que avanzaban, miraba los árboles desnudos, testigos silenciosos de la desolación invernal. Cada paso que daba estaba marcado por la urgencia de encontrar leña antes de que el frío se volviera insoportable.

Hacía meses que Emma no sabía nada de Lukas; meses desde que se encontraron en las calles de la ciudad aquella tarde aterradora. Cada vez que pensaba en él y de su fragmentada memoria, el corazón se le oprimía en el pecho. Se preguntó si alguna vez la recordaría, si en ocasiones aparecería ella en sus recuerdos, aunque fuese en sueños. Emma rogaba que sí, puesto que aquello disminuía la opresión que le ocasionaba su pérdida. Se había enamorado de él. Le costó aceptar ese hecho, puesto que amar al enemigo estaba prohibido. Amar a un alemán significaba enfrentarse a la censura social, a la desconfianza de los demás y al peso de lo que se consideraba una traición. Sin embargo, para Emma, el amor había encontrado un lugar en su corazón al conocer a Lukas, y había ignorado las advertencias de su mente, y escuchado los susurros del corazón.

—¡Mira, Emma! —dijo Marie rompiendo el silencio de la tarde y señalando hacia el lugar donde se divisaba la estructura entre los árboles—. ¡Hay una cabaña quemada!

—¡Sí, sí, la veo! —respondió con emoción—. Tal vez encontremos algunas tablas que podamos utilizar como leña.

Se acercaron con cautela, verificando que nadie se encontrara cerca. Una vez se cercioraron de que estaban solas, Emma comenzó a recoger algunos palos secos y rotos, mientras Marie exploraba en los alrededores en busca de más leña utilizable. De repente, escucharon el sonido de unos vehículos aproximarse, lo que las obligó a esconderse entre los escombros. Desde allí observaron a los tanques alemanes que pasaban por el camino, pero estos continuaron su recorrido sin detenerse. Ellas, sometidas por el temor, permanecieron escondidas y en silencio hasta que estuvieron seguras de que se encontraban a salvo.

—No deberíamos estar aquí —dijo Emma.

—Recojamos la leña y marchémonos a casa.

Llegaron entumecidas, y dejaron los palos y ramas que pudieron recolectar en el establo. Marie se fue a casa y Emma decidió visitar el rincón donde imaginaba se encontraba Lukas. Solía pasar a diario, siempre guardando las esperanzas de verlo allí, mirándola con esa ternura que solo a ella le destinaba, acariciándola con su mirada azul. Y cuando se asomó por entre los muros de heno, descubrió un paquete junto con una nota y con un dibujo en el reverso. La cogió con rapidez para leerla mientras intentaba calmar sus latidos desaforados.

«Belle, Emma. Guardo tu recuerdo en mi corazón».

Volteó la hoja y descubrió un hermoso retrato de ellos dos, mirándose a los ojos y a punto de besarse.

—Lukas —sollozó emocionada, sin poder contener dentro de su ojo una lágrima de dicha.

15. Brumas

«En la incertidumbre, la mente halla su espacio para reflexionar».

Lukas Richter despertó con un zumbido en los oídos. Parpadeó varias veces mientras su mirada se ajustaba a la tenue luz que se filtraba por la ventana entreabierta. Se sentó de golpe cuando sus ojos se posaron con desconcierto en la opulenta habitación que lo rodeaba. Las paredes estaban adornadas con elegantes tapices, y las cortinas de terciopelo le conferían un toque de misterio al ambiente.

Confuso, quiso desentrañar dónde se encontraba. Intentó recordar su nombre, pero este parecía haberse desvanecido de su memoria. El entorno tampoco ofrecía pistas sobre su estadía allí, salvo un uniforme militar que reposaba en la silla junto al escritorio, y los zapatos impecablemente lustrados bajo esta.

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos, aquejado de un insistente malestar que parecía martillarlos por dentro. Cuando el dolor aminoró, parpadeó varias veces y observó el pijama que llevaba puesto sin llegar a reconocerlo como suyo. En ese momento, un hombre uniformado ingresó a la habitación para informarle que el desayuno estaba servido, pero Lukas lo desconoció y se puso de pie a la defensiva.

—¿Quién es usted!

El soldado, sorprendido por su reacción, retrocedió un paso y se mantuvo en guardia, tratando de no mostrar su propio desconcierto.

—Soy el cabo Koch, *herr* Richter.

—¿*Herr* Richter? —preguntó frunciendo el ceño.

—Usted es *herr* Richter, oficial del ejército alemán —respondió con voz firme, aunque su semblante denotaba preocupación—. Ese es su uniforme. Dentro encontrará su documentación.

Lukas frunció el ceño intentando recordar algo, pero su mente seguía en blanco. El hombre tragó saliva antes de continuar.

—*Herr* Richter —comenzó a decir—. Debo advertirle acerca de su condición. Hace algunos meses, usted sufrió un accidente y, en ocasiones, su memoria puede no ser confiable.

Las palabras del subordinado resonaron en su mente, aportando una pizca de claridad a su confusión, aunque la información no era suficiente. El joven, al percatarse de su desconcierto, le proporcionó más detalles, incluso le advirtió que un médico había corroborado que la amnesia de la que padecía parecía hacer acto de presencia en los momentos menos esperados.

Una vez se quedó a solas, aunque todavía sintiendo su alma inquieta, revisó su uniforme y comprobó que lo dicho por el hombre era cierto, pero no fue hasta que miró el retrato que guardaba en uno de los bolsillos del interior, que no recordó.

«*Belle Emma Bernier*».

Las palabras escritas en la parte posterior del dibujo lo despertaron de las brumas de su memoria, como si estas fueran la llave que destrababa la puerta que bloqueaba su pasado. Al leerlas, los recuerdos llegaron todos de golpe, uno tras otro: el accidente de avión; el establo; las miradas cómplices cargadas de una atracción prohibida; los cuidados que ella le proporcionó y la

despedida. Emma se había adueñado de cada uno de sus pensamientos. Era como si una parte de sí ya no le perteneciera. La extrañaba tanto que su pecho se llenó de congoja por ella, por su bienestar. Siempre la añoraba cuando su caprichosa cabeza decidía no borrarla, sumiéndolo en las brumas de la oscuridad.

Ahora, sumergido en la realidad que le había tocado vivir como teniente del ejército, no encontraba su lugar en ese mundo de guerra y desolación. Mientras él cubría sus necesidades con holgada soltura, su Emma pasaba penurias, hambre y frío. Él disfrutaba de un buen *champagne* o de una copa de vino durante las comidas, mientras que Emma bebía agua aposada por días dentro de una botella. Él dormía en una cama con la chimenea encendida, y ella se congelaba en una casa que apenas se mantenía en pie.

Tomó el cuaderno de dibujos que solía guardar dentro de uno de los cajones del escritorio, y comenzó a dibujar sus recuerdos, como una manera de mantener vivo todo aquello que le habían advertido podía desaparecer de un momento a otro. Sin embargo, era su retrato el que más solía repetirse en cada una de las páginas, como si su mano tuviera voluntad propia, necesitada de plasmar su mirada, sus ojos y sus labios. Fue entonces cuando Lukas comprendió que la *belle* Emma estaba grabada a fuego en su corazón.

Por la noche, el bullicio del comedor del hotel donde vivían los oficiales alemanes desde que se habían adueñado de Fismes, llenaba el ambiente. Lukas observaba la elegante decoración del lugar con expresión inmutable, aunque por dentro era presa de la incomodidad. No quería estar allí, rodeado de hombres y mujeres elegantemente vestidos, disfrutando y riendo como si la guerra no estuviera acabando con millones de vidas. Cada risa le resultaba una ofensa, cada gesto de despreocupación, un recordatorio cruel de la tragedia que asolaba al mundo fuera de aquel recinto lujoso y ajeno al sufrimiento.

Si bien el ambiente estaba animado, Lukas no podía evitar sentirse fuera de sitio. La conversación fluía a su alrededor, pero su mente divagaba hacia otro tiempo y otro lugar. Sus ansias por dedicarse al arte parecían haberse incrementado desde que conociera a Emma. Su desempeño como militar respondía a los deseos de un padre dominante y controlador que jamás permitiría que su hijo fuera un artista. No obstante, desde que Emma tocó su corazón, que quería enmendar el rumbo de su vida y desarrollarse en plenitud en eso para lo que estaba llamado a ser.

A lo lejos, divisó a Ingrid Bauer sonriéndole a una de las mujeres que le susurraba algo al oído. Lukas sentía estima por su novia, pero no albergaba sentimientos profundos hacia ella. Su noviazgo era el resultado de un beneficioso acuerdo económico y social entre ambas familias. Ahora que Emma era la dueña de sus pensamientos, solo buscaba la manera de romper el compromiso con Ingrid.

Recordó aquella seria conversación en la que su padre le informó que debía casarse con ella, la hija de un viejo amigo de la familia. «Es una dama de buena cuna», le había dicho este, destacando las cualidades de Ingrid como esposa adecuada para un teniente del ejército alemán. Lukas no podía negarse. Tampoco estaba enamorado de ella, pero había aceptado su destino sin protestar, intimidado una vez más por su dominante progenitor. El recuerdo de su primer encuentro con Ingrid se deslizaba por su mente como otra de las acciones que se vio obligado a realizar como hijo de un oficial. Pese a su edad, su padre lo seguía intimidando de la misma manera que cuando era niño.

Ingrid había llegado a cenar acompañada por sus padres en aquella oportunidad, mostrando una sonrisa educada y modales impecables, pero Lukas no había sentido ninguna chispa de atracción hacia ella. Aunque era hermosa y refinada, su corazón no latía más rápido

cuando estaba a su lado. Tampoco su nombre inundaba sus pensamientos. Sin embargo, cuando recordaba a Emma cuidándolo de sus heridas, sintiendo sus manos sobre su piel mientras le cambiaba las vendas, o sacrificando su ración de alimento para dársela a él, su corazón reconocía la diferencia. Los latidos aumentaban y un deseo apenas contenido emergía de su interior. Cuánto le costó no besar a Emma cuando la tuvo cerca; acariciar sus labios con los suyos y fundirse cuerpo a cuerpo hasta convertirse en uno solo. A veces, despertaba desorientado, sin recordar nada ni a nadie. Incluso Emma desaparecía de su memoria, dejándolo con una sensación de desasosiego y desolación. Pero bastaba con que mirara su retrato en el cuaderno de dibujos para que los recuerdos regresaran, llenando los espacios en blanco y devolviéndole un destello de claridad en medio de la incertidumbre.

Apretó los labios, disgustado con las circunstancias de la guerra y de las decisiones adoptadas en el pasado, y resolvió que lo mejor era marcharse. La necesidad de retratar a Emma en un lienzo de papel, de algún modo, aplacaba su corazón inquieto. Lukas era un artista que creaba en el silencio, en secreto, soñando con encontrar la felicidad en un mundo donde ya no se permitía serlo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Ingrid arrancándolo de sus pensamientos.

—Me duele la cabeza. Será mejor que te lleve a casa.

—No es necesario, Lukas. Mi padre está aquí. Me iré con él —dijo sonriéndole.

—Buenas noches, Ingrid —se despidió besándole la mejilla.

Ella frunció el ceño en respuesta y lo detuvo por el brazo antes de que se marchara.

—Está todo bien entre nosotros, ¿verdad? —quiso saber.

Lukas la miró a los ojos y apretó la mandíbula, conteniendo las palabras que querían abandonar su boca. Ingrid era una buena mujer y no quería lastimarla. Sin embargo, sabía que debía dejarla marchar para siempre, porque en su corazón no había espacio para amarla a ella también.

—Ingrid... —exhaló el aire—. Debemos hablar.

Tan solo pronunciar esas dos palabras lo liberó del peso de una conciencia demasiado abrumada por la culpa que sentía al estar con ella pensando en otra.

16. Rumores

«En las miradas se ocultan verdades».

Emma se acercó a la ventana y contempló el paisaje blanco que se extendía frente a ella. La nieve caía sin cesar, cubriendo cada pedazo de tierra con su manto. El viento soplaba con fuerza, llevando consigo copos de hielo que danzaban en el aire antes de posarse en el suelo. Antes de la guerra, aquel espectáculo de la naturaleza le parecía mágico. Ahora, en cambio, solo inquietaba su corazón. Pensó en Gerald y en lo duro que era no saber si pasaría hambre o frío; si aún vivía, si estaba herido o si habría muerto. Cinco días atrás había recibido noticias suyas, en donde aseguraba que se encontraba bien y que su mayor miedo no era morir, sino perder la sensibilidad, la esperanza en la humanidad:

«La idea de perder la fe en la humanidad, en mi propia esencia y en todo lo bueno que hay en el mundo me aterroriza en lo más profundo de mi alma, queridas hermanas. Es algo verdaderamente espantoso, mucho más difícil de sobrellevar que perder la vida en la batalla».

Aquellas palabras, impregnadas de una reflexión profunda por parte de Gerald, resonaron en la mente de Emma, dejando una huella imborrable. Cuánto había presenciado su hermano para concluir aquello. Cuántos horrores en el campo de batalla tuvo que vivir. Esas reflexiones, nacidas de un corazón noble como el suyo, eran un recordatorio de lo mucho que la guerra podía oscurecer el alma de algunos hombres.

Con un suspiro preocupado, Emma se ajustó la bufanda y se abrochó el abrigo hasta el cuello. Lukas le había dejado en el establo algunas cosas para enfrentar el invierno de mejor manera: guantes, gorros de lana y algunos abrigos, además de queso y alimentos en conservas. También dejó una cesta con un poco de leña en el interior. Y cada vez que Emma se encontraba con esas cosas, acompañadas siempre por una nota, su amor por él se incrementaba más y más. Si tan solo pudiera verlo, quizás esa amargura que se había alojado de manera permanente en su pecho, desde que se marchó, se desvanecería como agua entre los dedos.

—¿Vas a salir con el día así? —dijo su hermana Marie, interrumpiendo sus pensamientos.

—Debo ir al hospital, Marie. Es mi trabajo.

Su hermana se cerró la manta que la envolvía y la miró con preocupación.

—Pierre estuvo aquí ayer por la tarde y expresó su inquietud porque te mueves a solas por los alrededores.

—Y eso, ¿por qué? Llevo tres años haciéndolo, y jamás me ha ocurrido nada.

—Los vecinos están inquietos —se explicó—. Se rumorea sobre la presencia de un extraño en la zona. Algunos afirman haber visto a un alemán merodeando por nuestros establos, y eso ha despertado el temor en la comunidad.

—Tendré que advertirle a Lukas lo que está pasando —resolvió Emma cogiendo un papel y un lápiz.

Luego escribió una nota rápida, y cuando la finalizó, dobló el papel y lo guardó dentro del bolsillo de su abrigo.

—Emma —dijo su hermana, y por el tono de voz que utilizó, supo que estaba preocupada—. ¿Por qué el teniente Richter nos está ayudando todavía?

—Porque nosotros también hicimos lo mismo por él. No es un hombre malo, Marie. Lo sabes tan bien como yo. Si no fuese por él, ahora estaríamos padeciendo muchas necesidades. Ya no hay alimento para los animales, ni mucho menos para las personas.

—Pero su ayuda, de alguna manera, nos está poniendo en peligro.

—No. Él es el que se está poniendo en peligro por nosotras. Sabes tan bien como yo que necesitamos esas cosas que nos proporciona.

—¿Lo has visto? ¿Te has encontrado con él?

—No —se lamentó, incapaz de ocultar su tristeza.

—Creo que esto es más complejo todavía, Emma. Desde que se fue que pareces otra; más triste—. Marie le cogió las manos entre las suyas y le preguntó mirándola a los ojos—: Te enamoraste de él, ¿verdad?

Emma asintió y se encogió de hombros, abatida.

—Lo nuestro es imposible, porque él es alemán y yo soy francesa —susurró con pesar, desviando la mirada hacia la ventana donde la nieve parecía haber aumentado—. Además, la guerra nos separa aún más.

Marie le apretó suavemente las manos y la miró con comprensión.

—Lo sé, Emma. Pero el corazón no entiende de nacionalidades ni de guerras. Tal vez sea mejor mantener las distancias, aunque también sé que el amor puede ser más fuerte que cualquier obstáculo. Quizás, cuando la guerra acabe, puedan estar juntos.

—«Cuando la guerra acabe» —repitió pensativa—. No sé si esta guerra acabará algún día, Marie. Solo pienso en sobrevivir un día más. Cada día ruego por un día más.

Emma se encontró con Sophie de camino al hospital, y ambas llegaron entumecidas al recinto, añorando una taza de café o algún líquido caliente que les activara la circulación sanguínea. Al parecer, el clima había favorecido el cese de los bombardeos, pero eso no impedía que llegaran al hospital hombres con los pies congelados o con hipotermia.

Dejaron sus ropas de abrigo celosamente guardados con llave en los casilleros, debido a que se habían incrementado los robos de pertenencias personales dentro del recinto hospitalario.

—Toma, Sophie —dijo tendiéndole un paquete que extrajo de su bolsillo—. Es un poco de queso y pan.

Sophie le agradeció y lo escondió con rapidez entre sus cosas, antes de que alguien se percatara. La guerra había sacado lo peor de las personas, como la envidia, que se había arraigado igual que la maleza entre las relaciones, alimentando resentimientos incluso entre aquellos que una vez se consideraron amigos.

—Te sigue visitando —afirmó Sophie con una sonrisa cómplice—, pero sigues sin encontrarte con él.

—¿Con quién no te has encontrado, Emma? —preguntó Amelie cuando entró por la puerta y la cerró tras de sí.

Emma se sintió incómoda a su lado, renuente a revelar sus secretos. La mirada de Amelie y sus palabras no le resultaban agradables. Una sonrisa sardónica asomó en su rostro, aumentando sus reservas de resguardarse. Con el paso de los años, Amelie había adquirido un tono más amargo, como si cada experiencia vivida le hubiera añadido una capa de desencanto. Si alguna vez hubo algo de bondad en ella, ahora parecía haberse desvanecido por completo.

La observó con mayor atención y se percató de que una gran cantidad de maquillaje

intentaba ocultar un pómulo oscurecido.

—¿Qué te ha pasado, Amelie? —preguntó Emma con urgencia, acercándose a ella para examinarle el rostro.

Su amiga la hizo a un lado con brusquedad para que no la tocara. Sophie la miró sorprendida por su reacción.

—Nada que te importe —respondió con hostilidad y luego les dio la espalda para guardar sus pertenencias y ponerse el delantal.

—Amelie —dijo Emma con suavidad, intentando no alterarla—. ¿Por qué no nos dices lo que te sucede? Quizás podemos ayudarte.

—¡Nadie puede ayudarme! —estalló en ira antes de darles la espalda otra vez—. Estoy embarazada.

La revelación del embarazo de Amelie tuvo un impacto profundo en Emma y en Sophie. En medio de una guerra implacable, la idea de criar un hijo sin un esposo y sin un futuro prometedor era desalentadora y abrumadora. La incertidumbre del destino del niño en un mundo marcado por la violencia y la escasez de recursos añadía un peso adicional a sus ya agobiados corazones.

—¡Oh, Amelie! —dijo Sophie intentando mostrarse optimista—. La llegada de un niño siempre es motivo de felicidad.

—El padre no piensa lo mismo. Para él, tan solo soy la puta con la que se desfoga de vez en cuando.

—¿Y quién es el padre? —preguntó Sophie.

—Para el caso, eso da igual.

—¿Por qué sigues con él si te hace daño? —cuestionó Emma en tono de reproche.

—Y a ti, ¿qué te importa? —le respondió ella con dureza y con los ojos inundados de odio—. Yo no te pregunto de dónde obtienes tus cosas ni lo que haces para conseguirlas.

—Estás equivocada si crees que me acuesto con un hombre para conseguir alimento o ropa. No soy ninguna puta —aclaró Emma, molesta.

Amelie se acercó a ella y la abofeteó con violencia. Emma se llevó la mano a la mejilla, sorprendida por su reacción, pero se guardó de replicar.

—Quizá si lo eres, pero aún no lo sabes —dijo con malicia antes de abandonar la habitación.

Emma miró a Sophie, cuyo rostro había palidecido por el desagradable espectáculo que acababa de presenciar.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Emma, con la mejilla aún adormecida por el golpe—. Creo que la he juzgado con mucha dureza. No debí decirle eso, y menos en la situación en que se encuentra.

—Ya se le pasará —la tranquilizó—. Será mejor que vayamos a trabajar. —Emma asintió en silencio, sumergida en su propia angustia.

La discusión con Amelie la había dejado con una sensación de amargura y preocupación por ella. Ni siquiera era capaz de imaginar los horrores que podría estar soportando para sobrevivir a la guerra y a sus devastadoras consecuencias. Una pregunta punzante y espinosa persistió en su mente durante el resto del día. ¿Sería capaz de recorrer los mismos senderos oscuros que Amelie para asegurar su supervivencia, incluso si eso significaba soportar el cruel castigo físico? La incertidumbre ante la respuesta a esa pregunta se convirtió en una sombra densa y opresiva que la abrumó, dejándola sin consuelo.

17. Estallido de pasión

«Los amores prohibidos son como fuegos clandestinos en la noche: arden con una intensidad desbordante».

La preocupación de Emma se incrementó cuando miró hacia el exterior y observó que continuaba nevando y que el clima no tenía intenciones de apaciguarse, lo que indicaba que se avecinaba una oscuridad temprana y un descenso brusco en las temperaturas.

Se ajustó la ropa y tapó cualquier rendija por donde pudiera filtrarse el frío, y luego abandonó el hospital con el corazón inundado de inquietud. No solo debía evitar a los soldados que patrullaban las calles esta vez, sino que el peligro de quedar varada a medio camino debido a las inclemencias del clima aumentaba su desasosiego. La noche se aproximaba a pasos agigantados, pero sabía que, si mantenía un paso enérgico durante todo el trayecto, aún sería de día al llegar a su hogar.

Miró a su alrededor y comprobó que casi no había personas en las calles. Ni siquiera se apreciaban los militares que comúnmente vigilaban las esquinas o realizaban los controles a la población. Fismes parecía un pueblo fantasma, y el sonido del viento no favorecía en disminuir la sensación.

De repente, el sonido de un vehículo invadió sus oídos y se volteó para mirar. A lo lejos observó que este seguía la misma dirección por la que ella iba, y sintió la urgencia de salir corriendo, pero se contuvo. No podía permitirse mostrar su miedo. Mantuvo la mirada al frente y continuó avanzando con rapidez. Había recorrido la mitad del camino hacia su casa, y ahora se encontraba en una zona más desolada, con menos edificaciones y más espacio abierto. Las opciones de refugio eran limitadas.

Inhaló en profundidad tratando de mantener la calma, pero no consiguió serenarse. El sonido del vehículo parecía aumentar cada vez más, aunque, esta vez, se negó a voltearse. Al acercarse a donde ella estaba, redujo la velocidad y finalmente se detuvo por completo. El conductor, un joven alemán de semblante impasible, salió del vehículo y rodeó al automóvil antes de abrir la puerta trasera.

—Suba, *mademoiselle* —le ordenó el hombre con firmeza y en un francés bastante rudimentario.

Paralizada por el miedo, echó un vistazo desde su posición al interior del vehículo, y comprobó con horror que en la parte posterior se podían apreciar las piernas de un hombre. Se vio obligada a tragar saliva, y apretó los puños dentro de sus bolsillos, impotente por no saber qué hacer.

—Vamos, *mademoiselle*. Suba de una vez —insistió el joven con la misma firmeza que antes.

«Un día más», se repitió para infundirse fuerzas, y luego ingresó en el vehículo sin siquiera mirar al hombre que la acompañaba a su lado.

El conductor cerró la puerta y luego retomó la marcha en un silencio que finalizó por destrozarse los nervios que se habían apoderado de cada fibra de su ser.

—No tengas miedo, *belle Emma*. Soy yo.

Cuando Emma escuchó la voz de Lukas, sus sentimientos se agitaron con violencia dentro de ella. Sin poder contener la oleada de emociones que la embargó, se volvió hacia él con brusquedad y se lanzó a sus brazos, dejando que un llanto desgarrador rompiera la prisión que había mantenido contenido su dolor en su interior por tanto tiempo.

—¡Oh, Lukas! —sollozó con su rostro escondido en su cuello—. ¡Cuánto te he extrañado!

—Y yo a ti, mi *belle* Emma —respondió mientras la envolvía con sus brazos.

El corazón estalló de júbilo dentro de su pecho al sentir el contacto de su cuerpo contra el suyo, sus manos acariciándole la espalda; el sonido de su voz rozándole las mejillas. De pronto se vio alzada y sentada sobre sus piernas mientras con ambas manos él le sujetó el rostro con intensidad, mirándola con un deseo tan primitivo como el que la embargaba a ella por dentro. Lukas cerró el espacio y cubrió su boca con la suya, en un beso urgente, necesitado. Emma correspondió a sus caricias y dejó que se adentrara en lo profundo de su ser para explorarse mutuamente. La danza de sus lenguas borró cualquier indicio de melancolía que había sentido desde que se marchara y retornara a su vida de militar. Sus besos no se condecían con lo que se decía de él. Emma podía sentir que la besaba con veneración, pasión y también una cuota de ternura. Era casi una necesidad vital y apremiante. Con cada roce de sus labios, con cada quejido que se escapaba de su boca, Emma se perdía un poco más en él. Quería más; permanecer aferrada a su cuerpo por toda la eternidad, sin guerras de por medio; sin diferencias políticas ni idiomáticas. Solo ellos dos, amándose en plenitud.

Una cálida corriente eléctrica recorrió su cuerpo cuando Lukas abandonó su boca y le besó el cuello mientras le susurraba dulces palabras de amor, enviando descargas que le hacían hormigüear cada fibra de su piel. Después regresó a su boca y se exploraron con mayor lentitud, sin las restricciones del tiempo que siempre jugaban en contra. Emma se dejó llevar por la pasión del beso, como si estuviera siendo transportada a un mundo aparte, un mundo sin guerra ni sin bandos, donde solo existían ellos dos. La calidez de sus labios, la exploración de su lengua, reconociéndose con la suya como una sola entidad, era tan reconfortante y a la vez familiar, como si no fuese su primer beso; como si Lukas fuera el hogar.

La mano de Lukas le acarició la pierna con exquisita firmeza, y Emma sintió un cosquilleo juguetón apoderarse de su vientre mientras su respiración se volvía más profunda e irregular. En ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse: el ruido del motor del vehículo, el traqueteo del camino, incluso el chofer que los conducía hacia un destino incierto. Todo se convirtió en destellos borrosos y sin importancia. El frío del invierno se volvió insignificante frente al calor que emanaban de sus cuerpos entrelazados en el reducido espacio del vehículo. Emma se sentía envuelta en una burbuja de intimidad, donde solo existían ellos dos y la intensidad del momento que compartían.

Y entonces, cuando el beso llegó a su fin y Lukas la acarició con la mirada y le sonrió, Emma se reconfortó con esa calidez que sabía solo a ella le destinaba. En ese instante, supo que algo había cambiado entre ellos, algo más profundo y poderoso que cualquier palabra podría expresar.

—Cuánto te he extrañado, *belle* Emma.

—Y yo a ti —susurró Emma, cerrando los ojos y acercando su frente a la de él, reconfortada con el contacto y el sonido de sus agitadas respiraciones.

El vehículo se detuvo en un lugar retirado, fuera de una pequeña casa, ubicada en medio de un frondoso bosque.

—¿Dónde estamos? —preguntó Emma con curiosidad.

—La he conseguido para que podamos estar a solas y sin riesgos de que alguien pueda encontrarnos.

Bajaron del vehículo y Lukas extrajo una llave del bolsillo de su pantalón. Luego le dijo algo en alemán al chofer, y este asintió, marchándose de inmediato. Era extraño, pero Emma no tenía miedo de estar a solas con él allí, pese a la distancia, a la oscuridad y a la guerra.

Una vez ingresaron por la puerta, una ráfaga de calor los recibió, y Emma vislumbró la hermosa luz que desprendía la chimenea encendida en la sala principal. Era una casa pequeña, pero estaba decorada con hermosos muebles que le daban un toque de sencillez y calidez de hogar.

Lukas la ayudó a despojarse del abrigo y lo colgó en un gancho dispuesto para ello en la pared. Emma agradeció el calor, y observó cada uno de sus movimientos con enternecida atención. Cuando sus ojos se encontraron otra vez, Lukas se acercó con suavidad y la besó con una ternura que jamás esperó de un hombre tan imponente como él. Emma se regocijó en su beso y recorrió su torso con las manos, ansiosa por sentirlo y por fundirse con él. Lukas se quitó la camisa y continuó besándola con una pasión que poco a poco se fue incrementando, no tan solo en él. Emma ardía por dentro, y su cuerpo reconoció la excitación y la necesidad de apagar el fuego que de pronto sintió entre sus piernas. Mientras Lukas la exploraba, la iba despojando de su ropa hasta que quedó por completo desnuda.

—Te deseo, Emma —le dijo admirando su cuerpo con ojos ardiente—. Te deseo y te amo como jamás he amado a ninguna mujer.

Ella le sonrió en respuesta, y lo ayudó a desnudarse mientras continuaban explorándose con las manos y con los labios. Lukas la recostó sobre la mullida alfombra, a la luz de las llamas, y la besó por todas partes mientras Emma, entregada a las sensaciones que su cuerpo experimentaba por primera vez, se dejó amar en plenitud, sin pudores ni miedos de ningún tipo.

Cuando Lukas la penetró, todo su cuerpo se estremeció por la invasión, pero luego de unos besos susurrados y unas caricias estimulantes, consiguió relajarse y entregarse por completo al placer y a las más exquisitas sensaciones.

Hicieron el amor con ternura y con pasión, una y otra vez. Se amaron entre susurros, besos ansiosos y promesas por cumplir, y se sumergieron en un oasis de olvido, dejando atrás por unas horas la crudeza de la guerra y su dolorosa realidad.

18. El brillo interior

«La esperanza es el eco de un mañana sin oscuridad».

Ya no nevaba. El cielo les había dado una tregua, aunque los rastros de la intensa nevada aún cubrían el paisaje con un manto claro. Las nubes se retiraban lentamente, revelando débiles rayos de sol que luchaban por abrirse paso entre las grietas del cielo. Era como si la naturaleza, cansada de la ferocidad del invierno, concediera un breve respiro a sus habitantes.

Cuando Emma despertó, se encontró a solas, arropada y desnuda sobre la mullida alfombra. Lukas se encontraba sentado frente a ella, vestido solo con el pantalón, mientras con un lápiz en la mano parecía hacer trazos en un papel.

—Eres tan hermosa cuando duermes, *belle* Emma, que no puedo dejar de dibujarte —dijo acercándose a ella para besarla.

—Creía que lo había soñado.

—No. Esto es real. —La besó en los labios con suavidad—. ¿Tienes frío? No he permitido que las llamas se consumieran. Temía que te congelaras.

—¿No has dormido en toda la noche?

—No he querido —admitió acariciándole el hombro con uno de sus dedos.

Lukas se recostó a su lado y apoyó la cabeza en la palma de su mano mientras con la otra continuaba recorriendo el contorno de su cuerpo con suavidad. El agradable roce la hizo sentirse deseada.

—¿Por qué no has descansado?

—Temo despertar y olvidarte, *belle* Emma. Pierdo mis recuerdos con demasiada frecuencia, y no es hasta que veo algún dibujo tuyo que no consigo recordar. Al parecer, el accidente que sufrí en el avión ha dejado secuelas para siempre.

—No puedo imaginar lo difícil que debe ser para ti enfrentar esa incertidumbre cada día. Pero estoy, aquí contigo. Siempre estaré aquí para recordarte quién eres y lo que significas para mí —respondió Emma con ternura, acariciando su rostro y cerrando el espacio de sus bocas con un beso corto, pero intenso.

Lukas la miró con tanto cariño que se estremeció.

—No sabes cuánto te amo, *belle* Emma.

—También yo, cariño.

El beso con que sellaron su amor quedó grabado a fuego en su alma. Sus sentimientos por Lukas sanaban todas las heridas que su corazón padecía por las circunstancias de su amor. A pesar de la incertidumbre acerca del futuro, estaba segura de que no sería fácil. Sin embargo, no podía resistirse a aprovechar cada momento que compartían juntos, aunque aquellos instantes fueran escasos y pusieran en peligro sus vidas.

—Está amaneciendo —dijo Lukas besándole la frente para luego ponerse de pie—. Debemos marcharnos. Pronto vendrán por nosotros.

Emma asintió, y juntos se abrigaron antes de disfrutar de un sencillo desayuno compuesto por pan, queso y un poco de café que Lukas había traído consigo. Mientras aguardaban al chofer, no dejaron de tocarse, besarse y reír con complicidad, sumergidos en la calidez del momento y la

certeza de su mutuo amor.

Lukas la dejó a una leve distancia de su casa, consciente de la necesidad de evitar cualquier mirada curiosa que pudiera perjudicarlos. Ninguno de los dos quería separarse, pues sabían que el tiempo que compartían juntos era tan precioso como efímero. Desconocían cuándo tendrían otra oportunidad de besarse y amarse en plenitud; cuándo podrían compartir conversaciones íntimas y miradas cómplices.

A lo lejos, Emma lo vio desaparecer cuando cruzó la cerca, y después se preparó para enfrentar a su familia. La dicha que sentía en su interior era tan inmensa que no sabía cómo ocultarla.

Apenas cruzó la puerta, Marie se incorporó del sofá y corrió hasta ella para abrazarla.

—¡Qué te ha pasado, Emma! —susurró cerca de su oído para no despertar a sus abuelos ni a su hermana pequeña—. ¿Estás bien?

—Sí. Tranquila. Estoy bien.

Los ojos le brillaron emocionados, pero dudaba si era prudente compartir la verdad con su hermana. Sin embargo, Marie lo supo antes de que ella se lo revelara, porque leyó en su mirada el brillo de la ilusión.

—Estuviste con él, ¿verdad? —Emma asintió y le sonrió, incapaz de ocultarle su júbilo—. Bueno. Acá la abuela estaba como una loca de preocupación, y yo le mentí para que se tranquilizara. Le dije que me habías informado en la mañana que, si continuaba nevando, te quedarías a dormir en el hospital.

—¡Oh, Marie! ¡Muchas gracias! —dijo abrazándola con fuerza.

—Estaba preocupada por ti, hermana —se sinceró.

—Lo sé, y lo lamento.

—Quiero que seas feliz, aunque debes tener mucho cuidado, Emma. Todo esto es muy romántico, pero no deja de ser peligroso.

—Lo tendré.

—¿Tienes turno hoy en el hospital?

—No. Tengo el día libre.

Marie la observó con detenimiento, como si estuviera analizándola con mayor profundidad.

—Hay algo diferente en ti. Estás... radiante. Hacía años que no te veía así, Emma.

—Nunca había experimentado una felicidad tan grande, Marie. Lukas es maravilloso.

Su hermana asintió y luego se recostó en el sofá junto a las brasas que aún permanecían encendidas en la chimenea.

Emma agradeció el calor de hogar y reflexionó acerca de la generosidad de Lukas para con ellas. Él se había encargado de abastecerlas con maderas secas para batallar el crudo invierno que asolaba a la ciudad, dejando provisiones en el establo todas las semanas. Para Emma, ese gesto de cuidado y preocupación iba más allá de una simple muestra de generosidad, y tenía certeza de que, sin su ayuda, era muy poco probable que hubieran podido sobrevivir al invierno.

Durante la tarde, cuando el sol comenzaba a descender en el horizonte, Alice, la hermana pequeña de Emma, se encontraba en el establo ordeñando a las vacas y tarareando una canción. De repente, notó la presencia de un soldado alemán. Alice de inmediato enmudeció y se puso de pie en actitud alerta, mientras el hombre, visiblemente ebrio y desaliñado, la miraba con gesto desafiante, gruñéndole palabras que ella no podía comprender. Pero fue cuando él se le acercó que la niña gritó, invadida por el pánico.

Emma escuchó los gritos desde su habitación, y supo que su hermana estaba en problemas, ya que pudo percibir en su voz el miedo y la desesperación. Tuvo la certeza entonces de que alguien había entrado en el establo. Sin embargo, Emma descartó de inmediato la posibilidad de que fuera Lukas. Él nunca se aventuraba a acudir durante el día para evitar ser visto. Su presencia era tan sigilosa como el silencio de la noche.

Con el corazón latiendo con fuerza y la ira ardiendo en su interior, Emma no dudó ni un instante. Tomó el arma de Lukas desde debajo del colchón de su cama, y corrió al establo. Estaba determinada a hacer cualquier cosa con tal de salvar a su hermana.

Mientras se aproximaba, las voces del hombre resonaban aumentando en intensidad, dirigiéndose hacia Alice con gritos cada vez más amenazantes. Por un instante, una sensación de desesperación la invadió al darse cuenta de que sus piernas no respondían con la rapidez que deseaba.

Emma se asomó por la puerta y vio que el soldado tenía sujeta del cabello a su hermana y la sacudía con fuerza. El estómago se le contrajo debido al miedo que sintió.

—¡Detente! —gritó Emma apuntando al hombre al pecho—. Si no la dejas en paz, no dudaré en usar esto.

El soldado, cuyo equilibrio era precario, se tambaleó y esbozó una sonrisa maliciosa mientras extendía su mano hacia su propia arma. Sin embargo, Emma, invadida por el miedo y con un desesperado afán de sobrevivir, aferró sus dedos con firmeza al gatillo y disparó, acertando justo en el pecho del sujeto, quien cayó muerto al suelo, boca abajo.

Alice corrió hacia ella envuelta en lágrimas y se aferró a su cuerpo con fuerza, temblando aterrorizada. Emma, aún aturdida por lo que acababa de pasar, comenzó a temblar también sin control.

—¿Te encuentras bien, Alice? —le preguntó con la voz temblorosa y con los latidos desbocados.

La niña no le respondió. Continuó llorando descontrolada mientras Emma, aún consternada por lo que había hecho, le acariciaba la cabeza con el fin de tranquilizarla. Luego, la voz de su abuela y de Marie llegó como una caricia a sus oídos. Ambas mujeres se detuvieron a su lado y observaron al hombre muerto tirado en el suelo, comprendiendo de inmediato la situación.

—¡Oh, Dios! ¿Se encuentran bien? —quiso saber Marie, mirándolas a ambas.

—Estamos bien —respondió Emma, intentando no derrumbarse frente a Alice.

La abuela se acercó al cadáver y Emma vislumbró su semblante cargado de preocupación.

—¿Qué haremos ahora, *mémé*? ¡Lo he matado! —gritó Emma apenas controlando el temblor de su voz.

—Lo enterraremos —respondió la anciana sin titubear—. Nadie puede saber esto. No deben contarle jamás. Era él o nosotras, hija. Solo estabas defendiendo a tu familia.

—¡He matado a un hombre! —sollozó, cayendo de rodillas al suelo—. ¡He matado a un hombre!

En ese momento, cuando se percató de que le había arrebatado la vida a un ser humano, Emma se desmoronó, se vio sumida en un abismo de desesperación. El peso del remordimiento se volvió abrumador, como si una montaña se posara sobre sus hombros, aplastándola. La angustia se hizo insoportable; una carga demasiado pesada como para llevarla sobre su conciencia.

Su hermana Marie, al notar su desesperación, apartó a Alice con rapidez para llevarla

junto a la abuela. Luego se arrodilló a su lado, abrazándola con fuerza y tratando de brindarle consuelo.

—¡Emma, escúchame! —le exigió con firmeza y ternura a la vez—. Hiciste bien. Si lo hubieses dejado vivo, habría regresado a vengarse. ¡Emma! ¿Me oyes?

Emma la miró a los ojos e intentó encontrar consuelo en su hermana.

—Pero lo he matado, Marie. ¿Cómo voy a vivir con eso?

—Si no lo hubieses matado, habría lastimado a Alice, y también a nosotras. Has hecho lo que debías. No le des más vueltas al asunto, hermana. No todos los alemanes son buenos.

Los ojos de Emma se abrieron grandes al comprender el mensaje implícito en aquellas palabras.

—Emma —continuó diciendo Marie—. Este hombre habría regresado por nosotras. Has hecho bien, ¿lo entiendes?

Ella asintió y se secó las lágrimas con la mano. Luego preguntó:

—¿Y cómo lo enterraremos con toda la nieve que hay?

—Lo haremos por la noche, en el bosque —sentenció Marie.

Emma, junto al miedo y la incertidumbre que la habían acompañado desde el inicio de la guerra, ahora cargaba un nuevo peso: la culpa. Los remordimientos la abrumaban tanto que a veces se deshacía en lágrimas, solo para recomponerse luego e intentar convencerse de que había hecho lo correcto. Los ojos del hombre, a pesar de su claridad, estaban cargados de oscuridad, una oscuridad del alma que su mirada no podía ocultar. Emma se preguntó si algún día lograría olvidar, si llegaría el momento en que hallaría el perdón de Dios y también si sería capaz de perdonarse a sí misma.

19. Secretos compartidos

«En la vida, cada lágrima deja una huella de tu humanidad».

El atardecer se deslizaba sobre el horizonte con una solemnidad que parecía reflejar el estado de ánimo de Emma, quien, mientras observaba cómo los últimos rayos de sol se desvanecían en el cielo, sentía también la oscuridad invadiendo su interior.

—Es hora —dijo Marie, sacándola de sus pensamientos.

—¿Crees que lo consigamos entre las dos? —preguntó a su hermana mientras se abrazaba las rodillas contra el pecho, sentada en el viejo sofá.

—No tenemos alternativa. —Marie se le acercó y le dio un beso en la frente—. ¿Estás mejor?

—Sí. Gracias —dijo exhalando por la nariz y destinándole una sonrisa tranquilizadora—. ¿Alice ya se durmió?

—Sí. Acabo de ir a verla —respondió Marie, asintiendo—. La pobre no ha dejado de llorar. Debió estar muy asustada.

—Si hubieras visto sus ojos inundados de terror, Marie, cuando ese hombre la sacudía con tanta violencia —le comentó mientras en su mente la escena desfilaba frente a sus ojos como si estuviera ocurriendo otra vez—. ¡Oh! Se me aprieta el pecho de tan solo pensarlo. ¡Ese hombre iba a lastimarla! —dijo estremeciéndose en el sofá.

El sonido de unos golpes en la puerta las sobresaltó. ¿Qué pasaría si era algún soldado que buscaba a su compañero desaparecido? ¿Cómo podría ocultar su nerviosismo si todavía no era capaz de controlar sus emociones? Emma miró a su hermana y enmudeció, dominada por el miedo, incapaz de saber qué hacer. Marie le susurró que se tranquilizara, que todo estaría bien.

Emma se levantó con lentitud y se acercó con cautela a la puerta, con la esperanza de que el recién llegado no fuera un soldado. El miedo que la invadía podía llevarla a cometer un error, decir algo inapropiado y ponerlas en peligro.

Giró la manilla, despacio, y el alivio las recorrió a ambas cuando se encontraron con la mirada amable de Pierre.

—¡Oh, Pierre! —dijo Emma abrazándolo con fuerza, y sintiendo su pecho llenarse de alivio—. ¡No sabes cuánto me alegra verte!

—¿Están bien? —quiso saber, preocupado.

—Sí. Estamos bien —lo tranquilizó.

—He venido a dejarles esto —dijo tendiéndoles un recipiente con algo dentro—. Es un dulce de nuez que preparó mi madre con algunos de los ingredientes que le he conseguido. Insistió en que se los trajera.

—Es muy amable de su parte, Pierre. —Emma se acercó a una mesa y tomó un par de guantes que Lukas le había dejado en alguna oportunidad en el establo, y se los tendió—. Llévaselos a tu madre. Yo tengo otros.

Pierre asintió y luego se despidió, agradecido.

—Cuídense.

Una vez se quedaron a solas, dejaron el dulce sobre la mesa de la cocina y esperaron a

que Pierre desapareciera de su vista para salir.

—Ya se fue. ¡Vamos! —la apresuró Marie.

Se abrigaron y caminaron hacia el establo, donde encendieron una lámpara. Luego, Marie tomó una carretilla y la acercó hasta donde se encontraba el cuerpo. Emma, estremecida con la situación, cogió fuerzas de flaqueza y quitó la paja que le había arrojado encima al cadáver para esconderlo. Después, entre las dos, lo levantaron, una por los pies y la otra por debajo de los brazos, y lo dejaron sobre la carretilla.

—¡Cómo pesa! —se quejó Marie cuando consiguieron subirlo—. Ahora hay que cubrirlo con la paja, por si acaso.

Emma hizo intentos por taparlo, pero no lo consiguió del todo.

—Mejor lo cubriré con eso —dijo cogiendo una de las frazadas que utilizaba cuando Lukas dormía allí.

Marie asintió. Levantó la carretilla y se tambaleó por causa del peso. Tuvo que bajarlo antes de que se diera vuelta y el cuerpo cayera al suelo.

—¡Oh, Emma! No me lo puedo. ¿Y si intentamos una a cada lado?

—¿Y cómo llevamos la pala?

—Échala encima de la carretilla.

Intentaron otra vez, pero apenas si consiguieron avanzar al levantarla entre las dos.

Emma agradeció el aire frío que rozó su rostro cuando abandonaron el establo, porque sentía la espalda húmeda por el sudor.

—No lo conseguiremos, Marie. Pesa demasiado.

Una silueta apareció frente a ellas, y ambas soltaron un grito de terror.

—Soy yo, Pierre —les advirtió para tranquilizarlas—. ¿Qué están haciendo con eso?

—¡Dios, Pierre! —exclamó Emma llevándose una mano al pecho para calmar sus latidos—. ¡Casi nos matas de un susto!

—Lo siento. ¿Qué llevan ahí?

Emma miró a su hermana y esta, afligida también por no poder dar solución a la situación, asintió indicándole que estaba de acuerdo con que se lo contara.

—Está bien —dijo Emma—. Te lo explicaré, pero no puedes decírselo a nadie. ¿Has entendido?

Una vez que él asintió, Emma le explicó lo ocurrido horas atrás, y le comentó lo que pretendían hacer con el cuerpo para deshacerse de él.

—Vamos, las ayudaré, pero es mejor cavar aquí, dentro de la propiedad.

—Pero ¡no queremos que el cuerpo de un soldado enemigo esté dentro de nuestra casa! —exclamó Marie, sobresaltada.

—Es muy arriesgado enterrarlo en el bosque. Podrían descubrirlo y eso nos pondría en peligro a todos. Además, alguien podría vernos —se explicó Pierre—. No, es mejor mantenerlo aquí, donde podemos asegurarnos de que no haya problemas.

Emma miró a Marie mientras asentía.

—Pierre tiene razón. Es mejor hacerlo aquí.

Buscaron un sitio retirado de la casa y Pierre comenzó a cavar, primero quitando la nieve, y luego agujereando la tierra hasta que consiguió hacer un hoyo lo suficientemente profundo como para ocultar un cuerpo.

Emma y Marie permanecían en silencio, mirando de un lado a otro, e iluminando con la débil luz de la lámpara, que ya comenzaba a disminuir su resplandor.

Cuando Pierre finalizó, cogió la carretilla y la vació dentro del agujero sin ninguna

consideración, como si ese cuerpo fuese basura, y no los restos de una persona que yacería dormida allí hasta la eternidad. Incluso en sus ojos pudo vislumbrar una pizca de odio. Emma no pudo juzgarlo. Después de todo, los alemanes se habían adueñado de su tierra y sometido al pueblo a su voluntad. Pensar en eso reafirmaba la complejidad de su amor con Lukas, y fue incapaz de contener una lágrima dentro.

Pierre cubrió el cuerpo con la tierra removida, y después dispuso la nieve sobre esta, intentando no dejar ningún rastro de lo que se ocultaba allí.

—¡Ya está! —dijo Pierre secándose el sudor con la manga de su chaqueta.

Emma fijó la mirada en la nieve, justo donde yacía el cuerpo, y suspiró mientras rogaba internamente a Dios que la perdonara por lo que había hecho. Marie pareció leerle la mente, porque de inmediato la abrazó y le dijo:

—Era él o nosotras, Emma. Hiciste bien. Deja de martirizarte.

A pesar de que sabía que su hermana tenía razón, de pronto se le vino a la cabeza aquellas palabras escritas en la carta de Gerard, donde hablaba del miedo a embrutecerse, a perder la sensibilidad y la esperanza en la humanidad. ¡Cuánta verdad!

Aquel día marcó un antes y un después en la vida de Emma. Su día había iniciado con una inmensa alegría, con un brillo interior que no podía contener. Sin embargo, las circunstancias de la guerra la llevaron a tomar decisiones para proteger a quienes amaba. En su condición de enfermera, primaba la vida por sobre todas las cosas, despojándose de las ideologías políticas, las nacionalidades y la religión cuando atendía a un paciente. No obstante, cuando se trataba de la propia supervivencia o la de sus seres queridos, tenía que tomar decisiones, y ese día optó por vivir, por proteger a los suyos.

Se cerró el abrigo a la altura del cuello y regresó a casa junto a Marie y Pierre, envueltos en un silencio cómplice; unidos por un secreto que debían resguardar para siempre en su memoria, y que jamás debía salir a la luz, por el bien de todos.

20. Destino incierto

«En la guerra, la supervivencia nos mueve a ciegas».

Gerald avanzaba con cautela por el terreno irregular. Tenía su uniforme empapado de barro y nieve, y se le recortaba la respiración por el esfuerzo. Estaba solo, en medio de un territorio hostil, tratando de reunirse con su unidad. Le habían asignado la misión de recopilar información sobre las posiciones y movimientos enemigos en aquella zona. Gerard era ágil y astuto, y se había adentrado en territorio dominado por el enemigo, camuflándose entre el paisaje y evitando ser detectado por los alemanes.

Durante su misión, consiguió información valiosa que necesitaba transmitir lo antes posible para que su unidad planificara y adaptara sus estrategias de combate. Las tropas enemigas se desplegaron hacia Reims, donde habían establecido una línea defensiva fortificada.

Cansado de avanzar agazapado, aprovechó de resguardarse dentro de una zanja, y cerró los ojos, intentando normalizar su respiración. Su cuerpo pedía a gritos el calor de una chimenea, un poco de alcohol que le estimulara la sangre, o una sencilla taza de café. Llevaba años sin beber un café decente, y de tan solo de imaginarlo, se regocijó en su recuerdo.

Una vez recuperó algo de fuerzas, se incorporó y avanzó con determinación, internándose por un terreno más boscoso. La tensión era palpable a su alrededor. Cada paso era un recordatorio constante de que se encontraba en zona peligrosa. El sonido de sus propios pasos se mezclaba con el crujir de las ramas bajo sus pies, y lo rodeaba un silencio siniestro que parecía presagiar un peligro inminente.

De repente, como un espectro emergiendo de las sombras, una patrulla alemana apareció frente a él. Los soldados, con sus uniformes grises y rostros impasibles, lo rodearon con rapidez y lo apuntaron con sus armas. Gerald dejó caer la suya y levantó las manos en señal de rendición, mientras por dentro intentaba controlar el miedo que amenazaba con paralizarlo. Sabía que resistirse era inútil, que estaba superado en número y que su única opción era dejarse atrapar.

El campo de prisioneros donde fue llevado Gerald era un lugar desolado y austero, situado en medio de un paisaje sombrío y devastado por la guerra. Cuando llegó, observó las instalaciones construidas con sencillez, pero cumplían su función de mantener a los presos retenidos en contra de su voluntad. El perímetro estaba rodeado por alambres de púas y varias torres de vigilancia con hombres armados dentro.

Lo bajaron del vehículo a empujones y con las manos atadas, las que debía mantener en alto por detrás de la cabeza. Gerald comprendió que tenía los días contados, ya que estaba a merced de sus captores, y sabía que estos no eran nada benevolentes con sus prisioneros. Fue presa de la incertidumbre y de una sensación de impotencia, al no saber qué le depararía el futuro. Esperaba no morir. No sin antes saber de su familia y reencontrarse con ella tan solo una vez más. Confiaba en que Emma sabría sacar adelante a sus hermanas y sus abuelos, porque ella era determinada y valiente.

Lo llevaron a una barraca de madera que estaba en muy mal estado, y mientras avanzaba, observó que la zona era vigilada de manera permanente por soldados que hacían guardia.

Un hombre abrió la puerta y luego le dio un empujón para meterlo dentro, haciéndolo caer al suelo. Se incorporó y observó a su alrededor, encontrándose con la mirada de cientos de hombres como él, con rostros desmoralizados, sentados o recostados en las bancas de madera que ejercían también la función de camas.

—Bienvenido al infierno —le dijo uno de los hombres tendiéndole un cigarro. Gerald lo aceptó y lo cogió con las manos atadas. Mientras lo encendía, el sujeto lo desató y luego le tendió la mano—. Soy Antoine Aubert.

—Gerald Bernier —contestó devolviendo el saludo.

Para Gerald, conocer gente durante la guerra era una bendición y una maldición al mismo tiempo. Una bendición porque estos compañeros de armas comprendían sus propias vivencias, brindaban apoyo en los momentos de debilidad y ayudaban a sobrellevar el día a día, amenizando las horas de descanso. Sin embargo, también era una maldición, ya que cuando alguno de ellos moría, resultaba imposible no sufrir por la pérdida. Los vínculos que se formaban eran inevitables, sobre todo al estar lejos de sus familias.

Observó al resto de los prisioneros con sus uniformes gastados, y con sus rostros demacrados por la desnutrición y el estrés constante. La falta de comida y suministros era evidente, así como también el hecho de que vivían en condiciones precarias, luchando por sobrevivir en medio del hambre y la enfermedad.

—Puedes dormir allí —dijo señalándole una litera vacía—. Su ocupante no sobrevivió a la noche.

Gerald se dejó caer en la madera mientras expulsaba el humo hacia arriba. En aquel lugar, las expectativas eran inciertas y los temores, palpables. Solo podía rezar para que la realidad no fuera tan desoladora como los relatos que había escuchado acerca del destino de los cautivos.

Agotado como estaba, Gerald se sumergió en un sueño reparador, recostado en las duras tablas, donde la realidad de la guerra se desvanecía por completo. No había ruido de cañones ni frío que calara los huesos. En su lugar, se encontraba bajo el cálido sol de un día de verano, riendo junto a sus hermanas mientras lanzaban piedras al río. Pero aquel breve respiro que la inconsciencia le había concedido fue interrumpido de repente cuando la puerta de la barraca se abrió en plena noche. Un hombre lo agarró con brusquedad por la camisa y lo arrastró hacia el exterior.

—*Gehen!* —le ordenó el soldado, empujándolo con su fusil.

Gerald dio por hecho que debía avanzar, y caminó hacia una zona más retirada, donde se cruzó con varios oficiales que se desplazaban de un lado a otro con rapidez.

—*Stoppen! Treten Sie durch diese Tür ein.*

Se detuvo frente a la puerta e ingresó, guiado por el fusil. Lo habían llevado a una oficina improvisada, donde un oficial escribía algo en una hoja sobre el escritorio.

—¿Eres Gerald Bernier? —le preguntó en un francés mediocre y difícil de comprender, aunque Gerald entendió la pregunta.

—Sí, soy Gerald Bernier. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Ven conmigo. El comandante quiere hablarte —informó poniéndose de pie.

Gerald asintió en silencio, resignado a seguir al hombre. Con un nudo en la garganta, tragó saliva con nerviosismo, aunque intentó ocultarlo bajo una máscara de impasibilidad, incapaz de prever lo que vendría a continuación.

Lo hicieron ingresar en lo que dedujo era una sala de interrogatorios. En el centro había una mesa de madera robusta y una silla.

—Siéntate y espera aquí. El comandante llegará pronto.

Gerald obedeció, sintiendo cómo la tensión en la habitación aumentaba con cada segundo que pasaba. Estaba oscuro, apenas iluminado por una tenue luz, lo que incrementaba la sensación de desasosiego en su interior.

Pocos minutos después, entraron dos hombres de aspecto intimidante, y se pararon frente a él. Ambos tenían la mirada implacable y el gesto adusto. El mayor de los dos le habló en alemán durante todo el interrogatorio. El otro, que parecía ser un oficial relevante también, hizo de traductor.

—¿Cuál es tu rango y unidad?

Gerald tragó saliva antes de responder:

—Soy un simple soldado, pertenezco al Regimiento 237 de Infantería.

El oficial tradujo su respuesta, y el comandante asintió y preguntó en un tono más duro:

—¿Qué información tienes sobre nuestras tropas y movimientos?

Gerald se mantuvo en silencio por unos momentos, evaluando sus opciones antes de responder:

—No tengo información relevante que pueda compartir.

Sintió de improviso una bofetada que le giró la cara con violencia. La ira lo recorrió por dentro y un odio que jamás pensó podría albergar en su interior estuvo a punto de estallar sin control, pero se obligó a mantener la calma y a mirarlos a ambos a los ojos. El oficial que lo había golpeado estaba rojo de ira. El otro fruncía el ceño con una expresión que no pudo descifrar.

—Te advierto, Bernier, que mentir o retener información solo empeorará tu situación. Dime todo lo que sepas, y tal vez podamos ser generosos contigo.

—¿Bernier? —repitió el traductor mirando a su compañero.

Gerald no comprendió lo que sucedió en ese momento, pues ambos hombres entablaron una especie de diálogo en alemán, que más parecía una discusión que otra cosa. Por lo visto, el traductor había conseguido que el comandante abandonara la sala, aunque lo hizo a regañadientes, y luego se sentó frente a él para observarlo con estudiada atención.

—Eres Gerald Bernier —afirmó sin dejar de mirarlo.

—Lo soy —respondió cauteloso.

Pocas cosas llegaban a sorprender a Gerald, pero las siguientes palabras lo dejaron con la boca abierta, incapaz de dar respuestas a sus interrogantes.

—Te sacaré de aquí, Gerald, pero no digas ni una palabra de esto a nadie. ¿Me has entendido?

Gerald no comprendía por qué ese hombre de mirada fría y de rango superior lo estaba ayudando.

—¿Por qué quiere ayudarme?

El hombre sopesó la respuesta y luego respondió.

—Por Emma.

Al amanecer, un vehículo lo trasladó hacia un destino incierto, pero que sabía era mucho mejor que el del día anterior.

21. Tristezas y alegrías

«La pérdida deja un eco en el alma que perdura para siempre».

Emma se encontraba cepillando el cabello de Alice mientras tarareaba una canción. La alegría que solía irradiar su hermana en el pasado, antes de la guerra, se había desvanecido casi en su totalidad, siendo reemplazada por un mar constante de miedo y melancolía. Desde el incidente en el establo que Alice no sonreía ni tampoco se atrevía a abandonar la falsa seguridad de esas cuatro paredes. Emma estaba preocupada por la situación, pero no era mucho lo que podía hacer al respecto.

—¡Oh, Adrien, no me dejes sola! —escuchó gritar a su abuela desde el dormitorio entre sollozos, con un tono de desesperación que la estremeció.

Emma soltó el cepillo y corrió al cuarto de sus abuelos, intuyendo lo que estaba pasando. Su abuelo yacía de espaldas con los labios levemente separados y con expresión serena. Junto a la cama, la *mémé* se dejaba caer de rodillas al suelo, amortiguando sus propios gritos con manos temblorosas mientras sollozaba sin control.

—¡Adrien, no me dejes, por favor! ¡Yo no puedo sola! ¡No puedo! —rogó mientras negaba con la cabeza.

El corazón de Emma se encogió al ver el dolor de su abuela, y se acercó a ella con cautela, aunque no sabía qué decir o hacer para consolarla.

—*Mémé*, tranquila, que ahora él está bien. —Su abuela la abrazó buscando un lugar acogedor donde volcar sus lágrimas, aferrándose con fuerza a sus brazos mientras lloraba sin control—. Déjalo ir, *mémé*. El abuelo estaba muy enfermo, y ahora ya no sufre ni tiene dolor.

Marie se asomó por la puerta luego de alimentar a los animales, y rompió a llorar cuando comprendió que el abuelo había partido de este mundo. Emma también tenía las mejillas humedecidas. El amor que sus abuelos se profesaban parecía trascender lo terrenal. Pero la guerra había arrebatado la salud y la tranquilidad del anciano, convirtiendo esos últimos años de su vida en un verdadero tormento para él.

Emma centró su atención en Alice, cuya expresión parecía ausente, como si estuviera en otro lugar, ajena al dolor y la pérdida de un hombre que había sido como un padre para ellas y para su hermano. La niña permanecía de pie, cerca del umbral de la puerta, con la mirada fija en el sufrimiento de su abuela. Sin embargo, esta parecía incapaz de comprender su dolor y de hacerlo suyo.

El ocaso del día se extendía fuera de la humilde casa de los Bernier, al igual que el descendido ánimo familiar, cuya brisa melancólica por el peso de la pérdida parecía haberse adueñado por completo de sus emociones. Habían decidido enterrar al abuelo en la misma propiedad, bajo el sol moribundo del atardecer. Ni siquiera avisaron a los vecinos más cercanos, salvo a Pierre y a su madre, quienes los acompañaron durante gran parte del día. Pierre preparó la tierra donde el abuelo yacería hasta la eternidad, a los pies de un frondoso árbol cuyas ramas se inclinaban bajo el peso de los copos de nieve. La tristeza flotaba en el aire como una bruma densa que se resistía a disiparse.

Una vez finalizó el improvisado funeral, Pierre y su madre regresaron a casa, mientras que Emma y sus hermanas, acompañadas de su abuela, buscaron consuelo en sus respectivas habitaciones.

—Alice, cariño, ¿quieres que juguemos a las adivinanzas? —sugirió Emma recostada junto a ella, en un intento de animarla.

La llama de la vela encendida bailaba sin cesar, otorgando pequeños movimientos en las sombras que se apreciaban en las paredes de la habitación.

—No quiero jugar —respondió cerrando los ojos.

—¿Te gustaría que te leyera un cuento?

Negó con la cabeza esta vez.

Marie entró en la habitación y se deslizó bajo las sábanas de su cama, envolviéndose hasta el cuello con las mantas. Emma le hizo un gesto silencioso, indicándole con la mirada que Alice no estaba bien. El rostro de su hermana se ensombreció debido a la preocupación.

—La abuela ya se durmió —comentó Marie, luego de unos silenciosos minutos—. No será nada fácil para ella superar la pérdida.

De repente, Emma percibió el sonido de un vehículo deteniéndose frente a la casa. Cuando miró por la ventana, este ya se alejaba por el camino. Pocos minutos después, unos golpes en la puerta las alertaron de la presencia de alguien.

Con el corazón en un puño y sintiendo más miedo del que le gustaba admitir, Emma se envolvió en una vieja bata que había conocido tiempos mejores.

—Quédate encerrada aquí con Alice —sugirió sin poder ocultar la preocupación en su voz.

Marie asintió y Emma tomó la vela para iluminar el camino. También extrajo el arma que guardaba bajo el colchón y la guardó en el bolsillo de la bata. Los minutos previos a abrir la puerta estuvieron cargados de tensión. Emma sentía que sus nervios estaban al límite, a punto de romperse en cualquier momento.

Los golpes continuaban resonando contra la madera, y Emma dejó la vela sobre la mesa para alumbrar la estancia antes de abrir. Giró lentamente el pestillo y se asomó por el rabillo de la puerta. Al otro lado, en la penumbra, distinguió la figura de un hombre apenas iluminado por la luz de la vela del interior.

—Emma, hermana. Soy yo, Gerald.

Al principio, la sorpresa la dejó perpleja, sin poder discernir quién estaba al otro lado de la puerta. Sin embargo, cuando sus ojos se ajustaron a la penumbra y su cerebro registró la voz familiar, un torrente de emociones la invadió. El corazón le dio un vuelco de alegría al reconocer a su hermano Gerald, aunque su aspecto demacrado y su expresión sombría lo hicieran irreconocible al principio. A pesar de ello, en lo más profundo de su mirada, aún podía percibir la misma calidez que tanto había extrañado desde su partida.

—¡Oh, Gerald, estás aquí! —gritó fundiéndose con él en un abrazo que reconfortó cada una de sus angustias.

Lo hizo entrar en la casa, inundada por una dicha indescriptible y gritando su alegría al resto de la familia, mientras su rostro se iba empapando por las lágrimas.

—¡Mémé, Marie, Alice! ¡Vengan pronto, que Gerald está en casa!

—¿Gerald? —dijo Marie asomándose por el pasillo—. ¡Has regresado!

—Hola, Marie. No saben cuánto las he extrañado —la saludó envolviéndola en sus brazos.

—¡Bendito sea Dios, mi querido niño! —gritó la abuela cuando lo reconoció,

rompiéndose en un mar de lágrimas.

—*Mémé*, mi querida *mémé*. Qué lindo es verlas a todas —expresó contento—. ¿Y el abuelo?

—¡Oh, Gerald! —comenzó a explicar Emma mientras negaba con la cabeza—. El abuelo ha partido junto al Señor. Le hemos dado entierro hace tan solo unas horas.

El rostro de su hermano se contrajo de dolor y abrazó a la abuela para darle su consuelo.

—Lo lamento, *mémé*.

—Estaba muy enfermo, hijo, pero sé que ha sido él quien te ha traído a casa —le dijo tomando sus mejillas con sus envejecidas manos mientras lo miraba con ojos llorosos, rebosantes de un sinfín de emociones.

—Siéntate, Gerald. ¿Tienes hambre? —dijo Emma llena de dicha y todavía sin creerse que su hermano se encontrara en casa.

—No. Estoy bien. ¿Alice? —preguntó cuando la niña se detuvo bajo el umbral y lo miró con desconfianza—. Pero ¡cuánto has crecido! Ven aquí y dame un abrazo.

Emma observó a su hermana retroceder dos pasos y luego refugiarse en la habitación. Gerald frunció el ceño sin comprender.

—¿Qué tiene?

—Está asustada, pero ya se le pasará —se explicó Emma intentando no entrar en mayores detalles—. La guerra le ha afectado mucho y, además, a ti no te ve desde hace tiempo.

Gerald asintió comprensivo.

La hora siguiente, Gerald compartió brevemente las experiencias que había vivido en el frente, describiendo la lucha diaria por la supervivencia. Emma y Marie también relataron las dificultades que habían atravesado durante esos largos años; desde su labor en el hospital, hasta cómo se las habían ingeniado para asegurar provisiones y alimentos para el invierno. No obstante, Emma fue muy cautelosa al no mencionar nada acerca de los regalos de Lukas. Aunque su corazón latía con calidez por esos gestos, sabía que confiarle eso a Gerald podía generar tensiones innecesarias entre ellos. Por eso, prefirió guardar esos momentos para sí misma, protegiendo la intimidad de su relación con el teniente. En esos momentos, la tranquilidad familiar era tan frágil que consideró apropiado su silencio.

Una vez se quedaron a solas, Emma le preguntó:

—¿Qué ha pasado en verdad, Gerald? Porque no me creo eso de que estás de permiso. Además, vistes de civil.

Su hermano tomó una inspiración profunda y luego exhaló, desviando la mirada mientras se pasaba la mano por la cabeza. Ese gesto reveló a Emma que estaba inmerso en una batalla interna, lidiando si confiarle o no la verdad.

—Está bien, Emma. Te lo diré, pero no se lo cuentes a la abuela. No quiero preocuparla —dijo solemne y ella asintió—. Hace dos días fui tomado prisionero por los alemanes, y me tuvieron cautivo en uno de esos campos donde difícilmente sales con vida, a menos que ocurra un milagro.

—¡Oh, Gerald! —exclamó Emma horrorizada, llevándose la mano a la boca para contener su angustia—. ¿Y cómo es que estás aquí?

—Al parecer, fui bendecido con uno, porque el milagro ocurrió, Emma —dijo clavando su mirada en ella con tanta intensidad que se le contrajo el pecho con nerviosismo. Sus palabras se habían endurecido—. ¿Podrías explicarme de dónde demonios conoces al teniente Richter?

22. Lealtades

«La lealtad es el lazo silencioso que une los corazones en la tormenta».

Emma se quedó sin palabras al escuchar la pregunta de Gerald, sin saber cómo responder. La mirada severa de su hermano la hizo sentir como si fuera culpable de algo imperdonable, y por unos momentos estuvo tentada de echarse a llorar, pero tenía que tranquilizarse, ordenar las ideas en su cabeza y explicarle la situación.

—¡Respóndeme, Emma! —exigió él con impaciencia—. ¿Podrías explicarme qué relación tienes con ese hombre?

—Él se accidentó en avión hace algunos meses cerca de aquí, y lo mantuve oculto en el establo hasta que sanó sus heridas —se explicó lo mejor que pudo, intentando que la voz no le temblara.

—¿Que tú hiciste qué?! —gritó, poniéndose de pie con violencia; una violencia que ella jamás antes había observado en su hermano.

Emma temió de él. Sus ojos inyectados en sangre, la furia palpable en cada exhalación, y las manos empuñadas parecían a punto de golpearla. Gerald se había transformado en algo salvaje, como si toda la ternura que alguna vez había habitado en su interior se hubiera desvanecido por completo.

Se armó de valor para continuar hablando, sintiendo una necesidad imperiosa de defender al hombre que amaba. Lukas no era como los demás, y estaba decidida a demostrárselo.

—Lo encontré por la noche, inconsciente y malherido en el establo. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que lo abandonara allí? ¿Que lo dejara morir?

—¿Por qué no avisaste a las autoridades, Emma?! —Gerald se paseaba de un lado a otro mientras hablaba—. ¿Sabes lo grave de la situación? ¡En qué demonios estabas pensando! —bufó, furioso.

—En ti, Gerald —se sinceró y él la miró sin comprender. En ese momento, ella aprovechó su desconcierto para explicarse—. Cuando lo vi tirado en el suelo, pensé que podrías haber sido tú. Y si alguien te hubiera encontrado en esa situación, expuesto al peligro por tu inconsciencia, habría deseado que te ayudaran y cuidaran.

—Emma —dijo con aire abatido, aunque ella sabía que todavía estaba furioso—. Lo que hiciste fue una estupidez. Debiste entregarlo. Él no era tu responsabilidad. Pudo hacerte daño, ya que no lo conocías.

—Lukas jamás me haría daño.

—¿Lukas? —Gerald se dio la vuelta con violencia y la cogió con fuerza por los hombros—. ¿Ahora es Lukas?

—¡Déjame que te explique! —rogó, intentando zafarse de su agarre—. Me haces daño.

Cuando su hermano la soltó, vislumbró un odio dentro de sus ojos que la afectó, porque sintió que toda esa ira estaba dirigida a ella.

—El teniente Richter perdió la memoria después de su accidente —dijo envalentonada—. Estuvo semanas sin saber ni su nombre. Tampoco comprendía por qué hablaba el francés con tanta fluidez —se explicó decidida, dispuesta a enfrentar a su hermano si tenía que hacerlo por el

hombre que amaba—. Los recuerdos fueron llegando de a poco, pero en el camino fui descubriendo a un hombre amable, generoso y preso de un destino que no pidió. A veces no sabe quién es. Ni siquiera a mí me reconoce, pero los recuerdos aparecen en los momentos menos esperados.

—¡Es un alemán! —le gritó, furioso—. ¡El enemigo!

—Si fuese un hombre malo, Gerald, no nos ayudaría a abastecernos de leña y alimentos. Lo hace en secreto, también poniéndose en peligro por devolverme la mano que le tendí.

—Te acuestas con él, ¿cierto? —dijo en un tono inquietantemente tranquilo—. Eres su puta.

Emma lo abofeteó con tanta dureza que la palma de la mano le ardió. Sin pensarlo, Gerald le devolvió el golpe, volteándole el rostro por la violencia del impacto. Emma se llevó la mano a la mejilla, intentando aliviar su ardor, y miró a su hermano a los ojos, incapaz de creer lo que acababa de suceder. En el mar profundo de su mirada encontró arrepentimiento y culpa, pero la ira de la que Gerald era presa no le permitían admitir su error.

—Nos amamos, Gerald —dijo irguiéndose y plantándole cara con entereza—. Amo a ese hombre porque es bueno, me trata bien y se preocupa por mí. Cuando lo tengo en frente, no es al enemigo a quien veo, sino a un hombre comprensivo que sufre por esta guerra tanto como yo.

—Te has vendido, Emma.

—No, Gerald. El amor no está en venta. Y el amor que siento por ese hombre es el que te ha salvado de tu destino en prisión.

Gerald apretó los labios al escucharla. Luego dijo:

—¿Dónde están tus lealtades?

—Mis lealtades están donde esté mi corazón.

Emma se dio la vuelta con pesar y se refugió en su habitación, donde las lágrimas finalmente encontraron su liberación sobre la almohada. Había sido doloroso enfrentar la verdad con Gerald. De pronto, se vio invadida por la desesperación de amar a un hombre con el cual era casi imposible vislumbrar un futuro juntos, pues la amargura arraigada en los corazones de las personas les impedía ver más allá de la guerra y de los bandos. La maldita guerra había corrompido la nobleza de hombres como Gerald, cegándolos y privándolos de la capacidad de ver más allá.

¿Cómo hacerle comprender a su hermano que el amor no entendía de barreras idiomáticas ni de fronteras? ¿Cómo mostrarle que su felicidad era absoluta cuando él la miraba? Emma no sabía de qué manera demostrarle que Lukas también sufría al no poder abandonar sus responsabilidades como militar, ya que ello conllevaría un castigo que incluso podría costarle la vida. Gerald, cegado por el odio, no podía percibir que también existían hombres dispuestos a sacrificarse y ponerse en peligro por ellos, como lo había hecho Lukas con ella, y ahora con él, al traerlo a casa, sano y salvo.

Gerald no le dirigió la palabra en toda la mañana, y Emma apenas si había conseguido pegar ojo durante la noche, atormentada por las preocupaciones.

—¿Por qué no comes, hijo? —quiso saber la abuela cuando vio que los huevos permanecían intactos sobre el plato.

—No tengo hambre, *mémé* —respondió su hermano mientras se ponía un abrigo y un gorro de lana.

—¿Te vas? —preguntó Marie con incredulidad—. Pero ¡si acabas de llegar!

—Debo regresar con mi unidad. Tengo información importante que necesito entregar, y

no debo retrasarla por más tiempo.

—¡Oh, Gerald! ¡No regreses, por favor! Quédate un poco más —rogó la abuela tomando su rostro con ambas manos.

—No puedo, *mémé* —dijo besando su frente—. Mi responsabilidad ahora está con mi país. Y verlas, aunque sea por unas pocas horas, ha sido un respiro.

Emma percibió en sus palabras la intención de lastimarla, como si quisiera recalcar que ella era una traidora, una persona desleal con los suyos. En cierto modo lo era, pero se negaba a sentirse culpable por amar a un alemán, a un hombre que representaba todo lo que odiaba su país.

Gerald se despidió de la abuela y de Marie con un abrazo sentido y sincero, como intentando retener por más tiempo el calor de hogar. Pero cuando llegó el momento de despedirse de Alice, ella se negó a hacerlo y se encerró en su habitación, dejándolo con una sensación de pesar mientras la observaba alejarse. Cuando llegó su turno de despedirse, su hermano simplemente le hizo un gesto con la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse, sin pronunciar ni siquiera un «adiós».

Un silencio denso y opresivo se apoderó de la casa, y Marie con la abuela intercambiaron miradas cargadas de interrogantes, tratando de comprender el significado de lo ocurrido. La ausencia de palabras por su parte dejó un reguero de emociones sin resolver en el ambiente. Y como ella no quiso explicarse frente a la abuela, Marie esperó a que se quedaran a solas en la cocina para preguntar.

—Se lo he contado todo —se sinceró Emma—. Le he dicho que lo amaba, y que él también me ama a mí. Se ha puesto tan furioso que hasta me insultó y golpeó.

—¿Gerald te ha golpeado? —preguntó, sorprendida.

—Era la ira actuando por él —lo justificó—. Está dolido. Lleva tres años luchando contra lo que Lukas representa. Puedo entenderlo, ¿sabes?

Marie la abrazó y le acarició el cabello, infundiéndole ánimos.

—Dale tiempo. Ya se le pasará.

—Ni siquiera quiso desayunar, solo porque sabe que recibimos ayuda de él. ¿Cuánto odio puede albergar el corazón de una persona, Marie?

—No lo sé, Emma. Quizás más del que podamos imaginar.

23. Los encuentros

Fismes, Francia, 1918

«Las cicatrices de la guerra no solo se ven en el cuerpo, sino también en el alma».

El invierno llegaba a su fin. La nieve se derretía con rapidez, dejando a su paso un manto de humedad sobre el paisaje antes cubierto por la blancura del invierno. Los primeros brotes de vida comenzaban a asomar tímidamente entre la tierra recién descongelada, anunciando la llegada de la anhelada primavera. Cuánto ansiaba Emma que la nieve se marchara de una vez, para así poder alimentar a los animales y preparar la pequeña huerta familiar. También la falta de nieve le permitiría retomar la bicicleta y optimizar los tiempos de traslados al hospital.

Emma llevaba semanas encontrándose con Lukas, en el mismo camino donde él la interceptó la primera vez, y luego se perdían durante horas en el refugio que les brindaba la pequeña casa escondida en el bosque. Allí se amaban en secreto, a veces hasta el día siguiente. Pero los episodios de amnesia por parte de él parecían haberse incrementado durante los últimos días, y eso la tenía preocupada. ¿Qué pasaría si de pronto la olvidaba para siempre?

En eso pensaba cuando se encontró con Sophie, a unas pocas cuadras del hospital.

—Avanza rápido, que he visto movimiento de tropas aproximándose hacia acá —le dijo su amiga con urgencia.

De pronto Emma fue consciente de los aviones que sobrevolaban la ciudad, impidiendo con esto que se aquietaran sus corazones.

—Espero que no pase nada —rogó Emma, apurando el paso.

—Hemos tenido suerte de sobrevivir, Emma. Nunca se sabe cuánto tiempo más estaremos a salvo. Ayer por la tarde, una bala perdida le arrebató la vida al anciano panadero, *monsieur Jacques*.

—¡Oh! ¡No lo sabía! —exclamó sorprendida con la noticia.

—Hubo un enfrentamiento cerca de su casa, y la bala traspasó la ventana de su habitación.

—¡Qué terrible!

Mientras avanzaban, Emma observó consternada que casi todas las construcciones que se mantenían en pie lo hacían en condiciones deplorables. Los muros destrozados, agujereados por las balas perdidas y la basura desperdigada entre los escombros, ofrecían un espectáculo imposible de ignorar. Sin embargo, llevaba tantos días haciendo el mismo camino, recorriendo las mismas calles y observando el mismo escenario que ya no era capaz de ver lo evidente: la ciudad estaba desbastada. Se preguntó cuánto tiempo más continuarían viviendo en penumbras, con el miedo arraigado a su cuerpo como una segunda piel. Cuánto tiempo más seguirían sacrificándose vidas humanas por una causa que parecía no tener más que consecuencias fatales.

Con el ánimo ensombrecido, se internó dentro del hospital, agradeciendo el refugio de esas paredes. Salvo uno que otro deterioro, el establecimiento todavía se mantenía en pie.

—Allí está Amelie —le indicó Sophie cuando la divisó.

La mujer pareció sentir que hablaban de ella, porque justo se giró y apuró el paso, como

si no quisiera que la abordaran.

—Está huyendo de nosotras —comentó Emma.

—Vamos —dijo Sophie asiéndola por el codo—. Será mejor que veamos qué es lo que se trae entre manos.

Se dirigieron a la habitación donde tenían sus casilleros y guardaban sus pertenencias, y la encontraron de pie, fumando mientras sacaba su delantal. El embarazo apenas era visible bajo la ropa de invierno, pero se podía apreciar cuando se abotonaba el uniforme.

—¿Cómo estás, Amelie? —preguntó Sophie.

Amelie frunció el ceño, evitando la mirada de ambas.

—Estoy bien —respondió con voz tensa.

Sophie intercambió una mirada rápida con Emma antes de continuar.

—Amelie, sabes que puedes confiar en nosotras. ¿Qué está pasando?

—¡Métanse en sus asuntos y déjenme en paz! —dijo antes de cerrar el casillero con violencia y abandonar la habitación.

Se miraron sorprendidas por el arrebato de ira de su amiga, aunque comprendían que llevaba una enorme carga emocional a cuestas debido a su embarazo.

—¿Qué podemos hacer por ella? —preguntó Emma, advirtiendo que el problema de Amelie era peor de lo que pensaban.

—No podemos obligarla a que nos diga lo que le está pasando —respondió Sophie encogiéndose de hombros.

Emma, muy en el fondo, sentía que toda esa hostilidad que emergía de Amelie iba dirigida a ella, como si fuese la responsable de su desgracia. Nada de eso tenía sentido, pero era así como ella percibía el ambiente cuando se encontraban cerca.

Intentó no darle más vueltas al asunto, y se centró en atender a los heridos, que cada día parecían aumentar más y más.

Emma se detuvo en el camino, extrañada de que el vehículo que la solía estar esperando allí no se encontrara. Todavía no anochecía, pero pronto se dejaría caer el ocaso del día sobre la ciudad. Después de esperar por al menos media hora, decidió marcharse, aunque el sonido del motor le advirtió que Lukas llegaba por fin.

—Sube, *belle* Emme. Perdona el retraso.

—Estaba preocupada por ti —dijo cuando se acomodó a su lado y se dejó envolver por sus brazos—. ¿Ha ocurrido algo?

Lukas frunció el ceño y asintió.

—Mi padre. Ha llegado un mensaje con retraso de varias semanas. Ha fallecido.

—¡Oh, Lukas! —dijo acariciando su mejilla y mirándolo a los ojos—. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. Nuestra relación era complicada y, bueno. Es horrible lo que voy a decirte, pero no siento su muerte en absoluto.

Emma lo besó para borrar cualquier tipo de malestar que pudiera albergar dentro. Él pareció despertar de su letargo y profundizó el beso de manera demandante, demostrándole cuánto la necesitaba y la extrañaba.

El vehículo avanzaba por el camino humedecido por la nieve derretida, mientras el chofer se esforzaba por mantener la marcha constante a pesar de los baches en el terreno. De repente, un grupo de oficiales alemanes emergió de la polvorienta carretera, levantando una mano en señal de detención. El chofer detuvo el vehículo con un chirrido de frenos, y Richter se separó de Emma con una expresión de preocupación.

—¿Qué pasa, Lukas?

—¡Quédate aquí! —le susurró mientras abría la puerta—. Mantente con la cabeza gacha. No quiero que te vean.

Emma asintió, comprendiendo la gravedad de la situación, y se quedó en el interior del vehículo mientras Lukas salía y se acercaba a los oficiales alemanes.

Ella hizo lo que le pedía, e intentó hacerse lo más pequeña posible dentro del reducido espacio. No podía ver a los oficiales desde abajo, pero podía escucharlos conversar. Sus voces sonaban exigentes, aunque ella había notado durante esos años de invasión, que era la manera en que ellos hablaban. Los minutos se hicieron eternos, y Emma pudo ver por la ventana lateral cómo uno de los soldados se acercaba al vehículo. El corazón parecía salirse del pecho cuando se percató. De pronto, Lukas se antepuso contra la ventana y elevó la voz, dejando en claro su molestia por la interrupción y la pérdida de tiempo que le estaban ocasionando los oficiales.

Después de unos momentos de tensa conversación, los hombres finalmente se alejaron del vehículo y se despidieron de él, con el saludo de cortesía hacia un superior. Lukas regresó al interior, aún con el rostro inexpresivo, todavía con la mirada fría como el hielo. No fue hasta que ella lo miró que él no suavizó su expresión.

—¿Estás bien, Emma? —preguntó mientras el vehículo reanudaba su marcha.

—Sí, estoy bien. ¿Qué ha pasado? —respondió, mirándolo con incertidumbre.

—Solo un contratiempo menor. Pero es mejor que los oficiales no te vean aquí. La situación es delicada —explicó Lukas con seriedad.

Emma asintió en silencio y se abrazó a él, buscando refugio y calor.

—Llegamos —dijo Lukas besándole la frente.

Emma se estiró y descendió del vehículo, apenas iluminada por la luz tenue que despedía el día y daba la bienvenida a la noche. Cuando se giró hacia él, este la miraba con tanta intensidad que sintió mariposas en el estómago.

—¿Por qué me miras así?

—Porque hoy te amaré hasta que no me queden fuerzas, mi amor.

Y luego de acercarse a ella como si fuese un depredador, la besó hasta que Emma se olvidó del mundo, de la guerra y de sus responsabilidades. Incluso se olvidó de sí misma.

24. Perdido entre las sombras

«La guerra nos arrebató mucho, pero nunca puede vencer el amor que late en nuestros corazones».

Emma despertó cuando escuchó a Lukas removerse inquieto en la cama mientras decía palabras incomprensibles en alemán. Con la luz del amanecer penetrando a través de las cortinas entreabiertas, pudo observar el tormento que sufría en esa pesadilla. El rostro rígido, las manos empuñadas y la respiración agitada eran evidencia de su padecimiento.

—¡Lukas, despierta, cariño! —dijo acariciándole el rostro para devolverlo a la realidad—. ¡Lukas, cariño, estás soñando!

Lo vio abrir los ojos y mirarla con la vista perdida, como si estuviera luchando por distinguir entre el sueño y la realidad. De repente, sintió un empujón que la hizo retroceder en la cama, y antes de que pudiera reaccionar, Lukas estaba sobre ella, apuntándole con un arma en la cabeza.

—¿Quién eres?! —dijo con la voz agitada y la mirada carente de todo rastro de reconocimiento.

Emma le temió, como hacía mucho no le sucedía; quizás desde esa vez en el establo cuando la desconoció y luego estuvo a punto de besarla. Aquel día, se enfrentó a la desconcertante sensación de que Lukas no era el mismo hombre que había conocido, y ahora, al verlo así, volvió a experimentar esa misma inquietud. Era como si algo dentro de él hubiese cambiado, como si una oscuridad antes oculta emergiera a la superficie.

Emma se sintió indefensa al estar desnuda bajo su cuerpo, como si el hombre que la amenazaba fuese un desconocido, y no el hombre del que se había enamorado.

—¡Te hice una pregunta! —gritó mientras enterraba el arma en su sien.

Ella tragó saliva con dificultad, luchando por buscar las palabras adecuadas. Unas palabras que eran decisorias para mantener su integridad física intacta.

—Soy Emma Bernier, la mujer que te ama con toda su alma. Tú eres Lukas Richter, un teniente alemán que estuvo a punto de morir en un accidente de avión.

Emma lo observó fruncir el ceño, luchando por comprender la información que recibía, intentando encajar cada palabra en los huecos de su memoria. Ella aprovechó ese momento para continuar de llenar esos espacios con más datos.

—Soy una enfermera francesa. Te encontré en mi establo y cuidé de tus heridas. En el camino nos enamoramos, y cada vez que podemos, me traes aquí para que podamos amarnos ocultos de un mundo que censura nuestro amor —dijo ante la atenta mirada de él, que parecía agrietarse con cada palabra dicha.

Ante su expresión dudosa, ella prosiguió:

—Llevas un dibujo mío dentro de tu chaqueta para no olvidar, ya que sufres de pérdidas de memoria. En aquel cuaderno de dibujos que tienes encima está toda tu historia, y también la nuestra —comentó indicándole con la mirada.

Lukas, en un instante de claridad y horrorizado por lo que había estado a punto de hacer, se estremeció y lanzó el arma lejos. Después, la abrazó rompiéndose en lágrimas. Ella jamás lo

había escuchado llorar. Nunca imaginó que alguien como él pudiera fracturarse así, como si no existiera consuelo ni perdón para lo que había hecho. Sus sollozos emergían desde lo más hondo de su pecho. Eran el reflejo de su dolor, un dolor que desgarraba.

—¡Oh, mi *belle* Emma! Perdóname, mi amor. Me estoy volviendo loco —sollozó con el alma dolida, como si estuviera en agonía.

—Tranquilo, cariño, que todo estará bien —le susurró mientras sus ojos también se desbordaban al acoger su dolor.

Cada sollozo de Lukas era como una daga en su pecho, un recordatorio del horrible padecimiento que su turbada mente debía llevar a cuentas por causa del olvido. Con frecuencia, era presa de la confusión, de los delirios y de unos recuerdos que no conseguía organizar en ningún sitio dentro de su cabeza. Incluso a ella la borraba de su mente, y aquello era lo que más lo torturaba.

Emma le cogió el rostro con ambas manos y lo obligó a mirarla. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, lo que hacía resaltar su color azul.

—Mírame, Lukas. Te amo, ¿entiendes? Te amo tanto que jamás permitiré que te olvides de mí.

Lo besó repetidas veces hasta que él consiguió serenarse. Lo acarició con infinita ternura mientras le susurraba dulces palabras de amor que Lukas acogía con avidez, necesitado de escucharlas.

Los besos se tornaron ansiosos, y ambos fueron presas de la excitación, del deseo feroz de fundir sus cuerpos como si nada más importara en la vida. Cuando Lukas la penetró, fue como si toda la oscuridad que habitaba en su mente se borrara, desapareciera por completo, permitiendo el paso de la luz. Y Emma, ansiosa por perderse en él, lo instó a moverse, también necesitada de sus caricias y de sus besos, los que dialogaban acerca de un amor que no era de este mundo, que no era posible expresar con palabras.

Emma le acarició la espalda mientras intentaba recuperar la normalidad en su respiración. Lukas, reacio a alejarse de ella, se apoyó en los codos, aún con su cuerpo encima del suyo.

—¿Qué es lo que me pasa, *belle* Emma? —dijo afligido—. ¿Por qué mi mente también te borra a ti, si eres la persona más importante de mi vida?

—No lo sé. También te olvidas de la persona más importante de la mía. También desapareces tú de tu memoria.

Emma le pasó el dedo pulgar por el ceño, con intenciones de que lo relajara. Él tomó su dedo y le dio un beso tierno.

—Tiene que existir una manera.

—Los dibujos parecen funcionar hasta ahora —le explicó Emma—, aunque hay momentos en los que no consigo traerte de vuelta ni siquiera con ellos.

—¡Eso es terrible! —exclamó preocupado.

—Lo sé, pero estaremos bien. Siempre conseguimos reencontrarnos otra vez. El amor que sentimos el uno por el otro es demasiado grande como para olvidarse de nosotros. Estaremos bien, Lukas. Lo sé. Y ahora, mi joven artista, quiero que me dibujes muchas veces, para que jamás te olvides de mí ni de mi cuerpo —dijo con expresión pícara.

Lukas sonrió, enternecido con su actitud, y le dio un beso profundo, cargado de sentimientos.

—Te amo tanto, *belle* Emma, que creo que voy a volverme loco. Si no fuese por ti, hace rato que estaría perdido en una bruma eterna.

Emma le sonrió y luego abandonó la cama para tomar el cuaderno con el lápiz.

—Vamos, haz tu magia.

Y así lo hizo. Lukas la dibujó desnuda, de lado, sentada y recostada, explorando cada línea de su cuerpo con el lápiz y el papel, como si estuviera grabando su esencia en cada trazo, también en su memoria.

El vehículo la dejó a un par de cuadras de su casa, como era habitual, con el fin de evitar que alguien notara con quién llegaba y de dónde venía. Lukas bajó con ella y se le acercó, envolviéndola en un beso profundo y apasionado del que ambos parecían renuentes a separarse. Luego apoyó su frente sobre la suya y cerró los ojos, postergando el momento de la despedida.

Y mientras ellos se perdían en su propio mundo, envueltos en una burbuja de amor y ajenos a todo lo que les rodeaba, no percibieron la presencia de una mujer que los observaba desde la distancia. Ella se mantenía oculta detrás de un robusto árbol y miraba la escena con un nudo en el pecho. Un nudo que desgarraba, que abría heridas y que erosionaba todo por dentro.

Una vez esta los vio separarse, se dio la vuelta con sigilo y se ocultó entre las sombras, con el corazón encogido en un puño y la envidia navegando con fuerza por su sangre.

25. Desolación

«La desesperanza es como una sombra que oscurece hasta el más brillante de los destinos».

Ya no quedaba rastro de la nieve que alguna vez cubrió los prados de Fismes. La primavera había borrado las huellas de un crudo invierno que, para muchos, fue devastador. De alguna manera, el paisaje florido y los campos cubiertos de verde alimentaban una esperanza en las personas acerca de un futuro mejor; una esperanza dormida por demasiado tiempo.

Emma visitó el establo por la mañana, tal como había hecho por costumbre, con el fin de encontrar algún alimento o presente que Lukas pudiera dejar para ella. Sin embargo, las semanas habían transcurrido sin noticias de él, y el corazón de Emma comenzó a albergar inquietudes que malherían su pecho. Temía que algo malo le hubiera sucedido, y lo peor era que carecía de medios para averiguar si estaba bien o no. ¿Y si esta vez la había olvidado para siempre? La mera idea le oprimía el pecho de una manera dolorosa, pero se resistía a dejarse consumir por pensamientos que solo aumentaban su desesperanza y desasosiego.

Decidida a salir adelante, regresó a la casa y fue por los cupones de racionamiento que yacían olvidados en uno de los cajones del dormitorio.

—¿Qué haces? —dijo Marie mientras finalizaba de ordenar su cama.

—Iré por alimentos y aceite para las lámparas. Ya no nos queda combustible.

Marie se incorporó y la miró con gesto sombrío, y Emma estuvo tentada de llorar, pero se obligó a mantener la compostura.

—No ha venido, ¿verdad?

—No. Y tampoco nos hemos encontrado en el camino —confesó abatida—. ¡Ay, Marie! Tengo tanto miedo de que le haya ocurrido algo; de que esté herido o de que lo descubrieran ayudándonos.

—No pienses en eso, Emma. Seguro que no ha podido venir por una infinidad de cosas.

—¿Y si me ha olvidado? ¿Y si esta vez su memoria me ha borrado para siempre?

—Eso es imposible, hermana —le dijo abrazándola con cariño—. Ten paciencia, que ya regresará. Siempre lo hace —la animó retomando la tarea.

Emma asintió, resignada a vivir en una eterna espera, con la incertidumbre como compañera de vida, al igual que lo era el miedo. No sabía qué les depararía el futuro ni cuál sería el destino que les esperaba.

«Un día más», se repitió mientras se infundía ánimos y abandonaba la habitación para ir a la ciudad.

Montó sobre su bicicleta y pedaleó, sintiendo el aire acariciarle el rostro y los rayos del sol entibiar su piel. De alguna manera, eso la reconfortó. A medida que avanzaba, iba también rogando por alcanzar a obtener algo para alimentar a su familia. La situación era tan precaria que cada vez costaba más abastecerse de víveres. Los saqueos en las casas se habían convertido en algo habitual, ya que Las personas, en medio de su desesperación por conseguir alimentos, recurrían también al robo de los animales. Incluso los perros callejeros habían desaparecido del campo y de la ciudad. Todo era válido cuando se intentaba apalear el hambre o alimentar a los

hijos. Emma resguardaba con mucho celo las únicas dos vacas que, aunque famélicas por causa del invierno y la falta de pastos para alimentarlas, aún aportaban con su leche a la familia. En cuanto a las gallinas, ya no les quedaba ninguna.

Emma pudo ver la fila del centro de distribución de alimentos desde lejos. Esta se extendía por varias cuadras, pero estaba decidida a obtener los suministros necesarios para su familia, aunque tuviera que permanecer por horas de pie en aquel sitio. Se bajó de la bicicleta y caminó con ella a un lado hasta ubicarse de las últimas en la fila. A los pocos minutos, ya tenía una veintena de personas detrás, también esperando por obtener algo, cualquier cosa que permitiera alimentar sus desnutridos cuerpos.

Miró al frente y vio a Amelie mirándola con la misma expresión de burla y altanería con que solía hacerlo siempre, pero esta vez, en sus ojos había algo más, algo oscuro, como un destello de placer que hizo que Emma sintiera un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

De repente, un estruendo ensordecedor rompió el aire, seguido por el retumbar de las explosiones que se acercaban cada vez más. El pánico se apoderó de la multitud mientras todos buscaban desesperadamente refugio. El centenar de personas que antes estaban esperando su turno, se dispersaron con frenesí en busca de un resguardo que les permitiera salvarse de un destino incierto, de una muerte segura.

Emma, con el corazón latiendo con fuerza, buscó un lugar donde esconderse y, soltando su bicicleta, corrió hasta Amelie, quien huía en su dirección.

—Por aquí, Amelie —dijo cogiéndola por el brazo y llevándola hacia un edificio medio en ruinas que conoció tiempos mejores, y se adentró en su interior oscuro y polvoriento. El sonido de las explosiones se hacía cada vez más cercano, y el miedo las convirtió en presa, impidiéndoles incluso pensar con claridad.

La siguiente explosión hizo vibrar la tierra y caer escombros y polvo a su alrededor. Emma sintió un golpe en la ceja, la que de inmediato derramó sangre sobre su rostro. Amelie también sangraba por la nariz. Los gritos de fuera eran ensordecedores. La muerte y el dolor flotaban en el ambiente como si fuese una bruma espesa, desesperanzadora, que cegaba, que no permitía ver la luz.

Emma, en medio de la neblina emocional en la que se encontraban, tomó a Amelie por el brazo y la condujo hacia un rincón que parecía mejor resguardado, y que se encontraba más lejos de las ventanas rotas. Allí se acurrucaron, intentando ambas de controlar la respiración agitada y el temblor de sus cuerpos. Explosiones ensordecedoras, gritos agónicos de dolor y pánico, muerte y desesperación. Ese era el ritmo cadencioso que se apoderó de la ciudad aquella mañana primaveral.

Pasaron interminables minutos antes de que el estruendo cesara y el silencio reemplazara el ruido de las explosiones. Emma se atrevió a asomarse por la ventana rota, observando con temor el paisaje devastado por el bombardeo. La calle estaba irreconocible. No quedaba prácticamente nada en pie. La tierra flotaba en el aire, mezclada con el olor a humo y a carne quemada. Y a medida que las partículas iban precipitando al suelo, se podía apreciar una imagen desoladora de la ciudad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emma.

—Sí. Estoy bien —respondió Amelie con el miedo retratado en la mirada.

Amelie se llevó las manos al vientre y su rostro se contorsionó por el dolor, el que se iba intensificando con cada segundo que pasaba. Unos instantes después, un rastro carmesí comenzó a teñir su vestido.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Emma horrorizada—. ¡Debo llevarte al hospital!

Emma la ayudó a incorporarse y la sujetó por debajo de un brazo para brindarle mayor apoyo. Luego caminaron casi a rastras hacia la calle, la que aún era presa del caos, de una multitud enloquecida por el miedo, que buscaba la seguridad en cualquier lugar sin encontrarla. Emma continuó arrastrándose con ella a cuestas, y Amelie seguía dando verdaderos alaridos de dolor mientras su cuerpo se encorbaba de manera involuntaria.

—¡Vamos, Amelie, tienes que poner de tu parte! —la animó—. ¡Yo no puedo sola!

—No soy capaz —dijo perdiendo las pocas fuerzas que le quedaban, dejándose caer al suelo.

—¡Amelie, despierta! —gritó Emma, palmeándole el rostro pálido y ensangrentado—. ¡Vamos, ponte de pie!

Pero Amelie ya era presa de la inconsciencia, y Emma no tuvo más remedio que quedarse allí, junto a ella, velando por su vida en medio de la desoladora situación. Emma miró alrededor buscando ayuda, pero nadie les prestaba atención. Cada uno se preocupaba de sí mismo, de ponerse a salvo, de llegar a casa con vida.

Le tomó el pulso en el cuello, y este latía débil bajo sus dedos. Luego levantó el vestido para comprobar lo que ya sabía. El niño, demasiado prematuro para sobrevivir por sí mismo, había abandonado el refugio de su vientre para perecer en medio del caos y la desolación que los rodeaba; una víctima más de la cruel guerra que azotaba su tierra.

26. Miedo al olvido

«Detrás de cada uniforme, late el corazón de un ser humano con sueños y anhelos».

¿Quién era esa mujer? Lukas llevaba semanas soñando con ella: el cabello oscuro y ondulado, la mirada profunda y llena de afecto, los labios generosos uniéndose con los suyos en un beso perfecto, y la unión de sus cuerpos mientras se susurraban palabras de amor.

En sus sueños, cuando estaba con ella se sentía pleno, incluso feliz. Pero por las mañanas le costaba retenerla y su imagen se disipaba en su memoria. Una bruma espesa le impedía darle nombre a ese bello rostro y ponerle sonido a su voz. ¿Quién era esa mujer que llevaba retratada en el pecho de su chaqueta? ¿Dónde podría encontrarla? Lukas se preguntó si existiría de verdad o solo era una invención de su cabeza.

Cuando despertaba, lo hacía abrazado a la sensación de haber perdido algo más que un sueño. Era como si un pedazo de su alma se desvaneciera con la primera luz del día, dejándolo con un vacío palpable en el pecho. Era una pérdida difícil de explicar, como si hubiese extraviado algo valioso sin saber dónde volver a encontrarlo.

—*Herr Richter* —lo llamó el cabo Koch entrando en su habitación—. El chofer quiere hablarle.

—Dígale que pase —respondió sin dejar de mirar por la ventana de su habitación.

—Buenos días, *herr Richter* —dijo el hombre haciendo el saludo de cortesía—. El capitán Schneider ha solicitado mis servicios para esta tarde, pero le he informado que los jueves suelen estar reservados para usted. Además, dado que hace semanas que no me ha pedido llevarlo ni a la casa del bosque ni a donde *mademoiselle Bernier*, me preguntaba si puedo prescindir de sus servicios por esta vez.

—¿*Mademoiselle Bernier*?

—Sí, *herr Richter*.

Lukas sacudió la cabeza en un intento desesperado por aferrarse a los pequeños hilos de la memoria que lo ataban a su recuerdo.

—¿Cuál es el nombre de la dama?

—Emma, *herr Richter*.

—¿Y dice que los jueves me encuentro con ella de manera habitual?

—Así es —carraspeó incómodo—. Si me lo permite, *herr Richter*, usted la recoge en el camino que llega hasta su casa, y luego pasan tiempo en la cabaña del bosque. En otras ocasiones, la visita en el establo de su propiedad por las noches.

Las brumas de la memoria no daban pie para recordar lo que el chofer le decía. Sin embargo, estaba seguro de que la mujer de sus sueños y el relato del hombre estaban relacionados de alguna manera.

—Prepara el vehículo como siempre, y si me olvido de bajar, ven tú por mí —exigió con dureza.

—Sí, *herr Richter*.

El chofer se despidió y Lukas, incapaz de refrenar el impulso por dibujar, tomó el lápiz y

el cuaderno, y comenzó a retratar a la mujer de sus sueños hasta que ya no le quedó espacio donde trazar más líneas.

El vehículo avanzaba con lentitud por un camino solitario, bordeado por unas coloridas flores silvestres primaverales. La irregularidad del suelo sacudía de manera rítmica el compartimiento interior, causándole una extraña sensación de bienestar. Lukas estaba sentado en la parte trasera, concentrado en el camino, tratando de reconocer algún detalle que le fuera familiar en él, pero no conseguía lograr la conexión. Entonces la vio a lo lejos. Era la silueta de una mujer. Su cabello suelto ondeaba al viento mientras avanzaba con paso rápido y decidido. Lukas sintió curiosidad por ella y una especie de nerviosismo lo invadió, como si fuera una primera cita. En cierta manera, lo era, pero la incertidumbre ante lo que se podría esperar no conseguía disolver su preocupación. Quizás, aquella mujer le devolvería las respuestas a todas las preguntas que atormentaban su cabeza.

La vio detenerse y mirar por la ventana con los ojos brillantes de emoción, y una amplia sonrisa que dejaba a la vista unos dientes blancos y preciosos. La reconoció como la chica de sus sueños, la mujer de sus dibujos, y Lukas sintió algo removerse en su interior.

—Suba, *mademoiselle* —le dijo el chofer cuando le abrió la puerta.

Emma se sentó a su lado y lo envolvió en un abrazo cálido. Después rompió en lágrimas, apoyando su mejilla contra la de él. De manera instintiva, Lukas llevó su mano y le acarició el cabello para tranquilizarla. La necesidad de apaciguar su angustia fue tan poderosa que supo en ese instante cuánto le importaba, aunque no pudiera recordarla.

—¡Oh, Lukas, cariño! —dijo mirándolo con los ojos humedecidos, llenos de preocupación—. Creía que te había pasado algo malo. ¡No sabes cuánto te he extrañado todo este tiempo!

Entonces sintió su beso. Un beso dulce que pronto se tornó intenso, profundo y necesitado, pero Lukas se sintió culpable de permitirlo sin recordarla. Ella no se lo merecía, y con mucha suavidad para no ofenderla ni lastimarla, rompió el contacto de sus labios y la miró con dulzura a los ojos.

—Emma —susurró limpiando sus lágrimas con sus dedos—. No llores, por favor.

Ella abrió los ojos, sorprendida, y se quedó mirándolo mientras indagaba en su interior. Se había dado cuenta. Pudo notarlo cuando el velo de la duda se asomó en su hermosa mirada.

—No me recuerdas, ¿verdad? —dijo como una certeza. Él no respondió—. No me recuerdas —afirmó melancólica.

—Lo siento. Quizás podrías ayudarme a hacerlo.

Entonces ella hizo algo que no esperaba. Metió la mano por dentro de su chaqueta, y sacó el retrato que él siempre llevaba consigo abrigando su corazón. Luego le sonrió nostálgica.

—Yo te haré recordar. Dijiste que siempre me llevarías aquí para no olvidarme. Te ayudaré a llenar los espacios vacíos, porque te amo, y tú también me amas. ¿Puedes sentir que lo que te digo es cierto?

Lukas asintió, hechizado por su voz, conmovido por la sencillez de sus palabras. Unas palabras que él sabía estaban llenas de verdad.

Ella besó el dibujo y lo devolvió a su lugar dentro de su chaqueta. Luego se acurrucó en su pecho mientras con su mano le acariciaba el costado y entonaba una canción. Destellos de imágenes comenzaron a desfilar por su memoria; de ellos dos en el establo, en la alfombra, en la cama, amándose con total entrega, entre risas y lágrimas; entre la paz y la guerra. Y conmovido por el inmenso amor que se despertó dentro de él, la obligó a incorporarse y la besó apasionado

mientras también regaba su rostro con infinitos besos de reconocimiento.

—¡Oh, mi *belle* Emma! Ya te recuerdo, mi amor. ¡Ya te recuerdo! Te necesito con locura. No permitas que te olvide otra vez —rogó desesperado, ahora consciente de todos aquellos días en que su recuerdo permaneció ausente en su memoria.

—No lo permitiré. Ya te lo he dicho —le aseguró ella, abrazándose con fuerza a su cuello.

Lukas se sintió invadido por una sensación de calidez, como cuando se está en el hogar, acunado y protegido. Emma era el hogar, y él quería permanecer siempre a su lado.

—Cuando esta guerra termine, voy a renunciar a mi cargo en el ejército.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Sí. Quiero dibujar y pintar, y quiero formar una familia junto a ti. Quiero casarme contigo.

—¡Oh, Lukas! —exclamó conmovida—. Yo también quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Cuando sus labios se encontraron, Lukas tuvo la certeza de que ese era su lugar, junto a ella. Sin embargo, una sombra de inquietud se instaló en su pecho, recordándole sus propias debilidades y limitaciones. Se preguntó si sería capaz de satisfacerla plenamente, si estaría a la altura de sus expectativas y sueños. Esta duda recayó como un peso sobre sus hombros, atormentándolo, llenándolo de inseguridad y haciéndole temer que, quizás, su presencia en su vida pudiera causarle más daño que felicidad.

Apoyó la frente en la suya y cerró los ojos, exhalando con frustración.

—Tengo miedo, Emma —reconoció en un susurro que desnudaba su alma frente a ella—. Tengo miedo al olvido.

—Lo sé, Lukas. Es mi mayor miedo también —dijo antes de perderse en un beso que aminoró todas sus inquietudes, y que reconfortó sus almas heridas por las fracturas de la memoria.

27. Incertidumbre

«Las pérdidas dejan grietas eternas en el alma».

Al tercer día del ataque a la ciudad, cuando las sirenas ya habían cesado su aullido y el humo hubo decantado en su totalidad, Amelie recibió su alta del hospital. Emma ingresó a la sala donde la vio preparando sus cosas para marcharse a casa. Esta todavía se encontraba demasiado débil para trabajar.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupada.

Amelie la miró inexpresiva, aunque en sus ojos pudo percibir un brillo irascible.

—¿Por qué tanto interés de repente, Emma? En el fondo te alegras de que este niño haya muerto.

—¿Cómo puedes decir eso? —gritó horrorizada.

—No te preocupes, que yo también creo que es lo mejor. Qué vida le habría dado en este mundo lleno de miserias y horrores —expresó con tanta certeza que a Emma se le encogió el corazón—. Siempre estás preocupándote por los demás, ¿verdad? Es lo que haces. Ser la heroína de todos, salvando vidas y ganándote los reconocimientos.

—Sabes que siempre me he preocupado por ti, y no me parece justo que te desquites conmigo porque estás molesta. —Apenas lo dijo, se arrepintió. Después de todo, Amelie estaba lidiando sola contra muchos problemas—. Lo siento, solo quería asegurarme de que estuvieras bien después de lo que ha pasado.

Amelie se acercó a ella con una mirada tan gélida que hizo que se le erizara el vello de la nuca. La escrutó con rencor, como si la odiara, y ella no pudo comprender el porqué.

—No todas tenemos la dicha de estar protegidas, Emma.

—No entiendo a lo que te refieres. ¿Protegidas por quién?

Pero Amelie no le respondió. Se limitó a sonreír con esa ironía tan propia suya, y luego se alejó de su lado para abandonar la habitación.

Emma la vio desaparecer por la puerta, y un sentimiento amargo se instaló en su pecho, como si toda la infelicidad del mundo recayera en una sola persona.

Observó a su alrededor, cansada de tanta desgracia y desolación. Reflexionó acerca de las palabras de Amelie, y una parte de sí opinaba igual que ella. ¿Qué clase de vida se le podía dar a un hijo nacido en aquellas circunstancias? El dilema moral en el que se sumió la hizo sentir remordimientos, y se apresuró en pedir perdón a Dios por pensar en esas cosas como una posibilidad, porque bien sabía ella que no estaba en sus manos decidir por la vida.

—¡Emma! —la llamó Sophie mientras se le acercaba—. Ha ocurrido algo. Será mejor que te sientes.

—¿A qué te refieres? ¡¿Qué ha pasado?! —preguntó en un tono de voz que delataba su preocupación mientras sus ojos buscaban ansiosamente alguna señal de lo que pudiera haber ocurrido.

Su amiga le tomó las manos y la miró con evidente desasosiego. Luego suspiró, quizás buscando las palabras más idóneas para revelarles los acontecimientos. Emma sintió incrementar su nerviosismo.

—Han bombardeado el hotel donde se refugian los oficiales alemanes.

—¿Qué?! ¿Cuándo?!

—Hace un par de horas —dijo con extremo cuidado—. No ha quedado prácticamente nada en pie.

El corazón de Emma se sacudió con fuerza dentro de su pecho, y su respiración se alteró hasta el punto de estar al borde de una crisis de pánico y ansiedad.

—¡Oh, Dios! —exclamó con nerviosismo—. ¡Lukas!

—Hubo muchos muertos y heridos, Emma, pero no sé si él estará bien.

—¿Estás segura de que es el mismo hotel donde se hospeda Lukas?

—Sí. La calle completa ha quedado en ruinas. Algunos de los heridos están siendo atendidos aquí.

Emma se liberó de las manos de Sophie y se echó a correr con urgencia, sintiendo la necesidad imperiosa de comprobar si Lukas estaba entre las personas rescatadas de los escombros. Recorrió frenéticamente todas las habitaciones, pero en ninguna encontró su rostro. Ninguno era él. A medida que transitaba por el hospital, solo encontraba rostros marcados por la agonía y el sufrimiento, donde la vida parecía desvanecerse lentamente a través de sus ojos vidriosos y sus pieles magulladas. A pesar de eso, se negó a desesperarse. Una parte de ella se aferraba a la esperanza de que, si Lukas estaba herido, significaba que había sobrevivido a los horrores del bombardeo. La otra le decía que, si él no estaba allí, era porque se había librado de padecer la experiencia, quizás, porque se hallaba en otro lugar cuando el ataque sucedió.

Emma se detuvo bruscamente frente a una cama al notar el rostro familiar del chofer de Lukas. Su cuerpo estaba marcado por terribles quemaduras, mientras un médico y una enfermera luchaban por salvar su vida. Sin embargo, era evidente que sus esfuerzos serían en vano. Las heridas del joven eran demasiado graves para permitirle sobrevivir.

Se acercó a él y observó todo su cuerpo agitándose mientras la miraba a los ojos, en un ruego silencioso, en un intento de permanecer atado a la vida, como si ella pudiera salvarlo. Emma se llevó la mano al estómago y sintió unos deseos irrefrenables de quedarse a solas con él, de calmar su angustia y aliviar su padecimiento, pero sabía que eso no era posible. Poco a poco el temblor fue cesando, a la vez que la vida se le escapaba por los ojos.

—La tragedia y la muerte no distingue bandos —comentó el médico con pesar—. Que su alma descanse en paz.

La angustia se apoderó de ella al darse cuenta de su incapacidad para hacer algo. Una sensación de pesar la invadió profundamente, pues le tenía afecto. Ese joven representaba mucho más que un simple chofer; era uno de los pocos que conocían la verdad sobre su relación con Lukas, y su fidelidad inquebrantable lo convertía en un valioso guardián de sus secretos.

—Tampoco discrimina por edades —agregó Emma, conmovida por la pérdida—. Era muy joven para morir.

Sin nada más que hacer allí, se giró para abandonar la habitación. No cesaría en su búsqueda, hasta asegurarse de que Lukas se encontraba bien, con vida.

Salió a la calle y montó su bicicleta, con un único destino en mente: el hotel.

Mientras pedaleaba por las calles, Emma observó la rudeza del bombardeo, la destrucción que había dejado a su paso. Los edificios estaban reducidos a escombros, el humo aún se elevaba desde algunos rincones y el olor a quemado impregnaba su nariz. A su alrededor, veía a soldados alemanes buscando entre los restos, intentando rescatar objetos personales, y también a personas que pudiesen estar con vida y malheridas.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Emma miró los restos donde alguna vez

se erigió el imponente hotel. Ahora, solo quedaban montones de escombros humeantes y desolación.

Descendió de su bicicleta y comenzó a recorrer los restos del edificio, buscando desesperadamente a Lukas entre lo que quedaba del lugar. Algunos alemanes que custodiaban la zona no le dieron importancia a su presencia allí, pero otros la miraban con hostilidad, recordándole su posición como enemiga. Sin embargo, Emma no se dejó intimidar por las miradas acusadoras. Su única preocupación era encontrar a Lukas y asegurarse de que estuviera a salvo.

Siguió buscando entre los escombros, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho y todavía con la esperanza viva de encontrarlo a salvo. Las manos se le habían herido de tanto remover el suelo, aunque no le importó. El rostro lo tenía bañado en lágrimas y suciedad, pero le daba igual que alguien la observara así, tan desmoralizada.

No lo encontró.

Con deseos de llorar, debido a la incertidumbre, regresó al hospital, abatida, consumida por la preocupación y desolada por una posible pérdida. ¿Qué haría si jamás volviera a ver a Lukas? ¿Cómo se sobrepondría al dolor? Ese día, las grietas de su constante preocupación se agrandaron por causa de un destino incierto; la agonía de no conocer qué pasó con él; si habría sobrevivido, y de hacerlo, si la recordaría. Entonces se dio cuenta de que, si tuviera que elegir entre que Lukas estuviese vivo y sin recordarla; o escoger que hubiese muerto pensando en ella, se inclinaría por la primera opción, aunque esta fuese más dolorosa para ella, porque de tan solo pensar en su muerte, una parte de sí perecía con él.

28. Sensaciones desconocidas

«Los pensamientos son libres, se resisten a ser esclavizados».

Fismes, Francia, 1914

Cuatro años antes, al día siguiente de la fiesta

Emma durmió mal aquella noche en casa de Sophie. Habían compartido la cama, como siempre lo hacían cuando se quedaban en la casa de una o de la otra, desde que eran unas niñas. Nunca había tenido problemas en conciliar el sueño, hasta esta noche. Cada vez que cerraba los ojos, la mirada fría y aguda del teniente Richter se le aparecía como si fuese un ente fantasmal, una especie de divinidad con el poder de someterla a su recuerdo, aunque ella se negara a mantenerlo vivo en su mente. Intentó desviar sus pensamientos, pero su imagen se aferraba con tenacidad, dejándola sumida en una intranquilidad que no lograba desprender. No pudo comprender qué fue lo que pasó entre ellos aquella noche. Había una necesidad mutua de mirarse, de mantener sus ojos en contacto, una conexión inexplicable que desconcertaba.

Abandonó la cama y se asomó por la ventana. El otoño se adentraba a pasos agigantados. Las hojas desprendidas de los árboles giraban presas de los remolinos de aire que las capturaban sin control, a la deriva. Observar la naturaleza, era para Emma una de las pocas cosas que la hacían pensar que aún existía belleza en el mundo; que no todo era tan horrible y oscuro como lo que se avecinaba. Con una guerra reciente a cuestas, todavía no era capaz de dimensionar las consecuencias que esta dejaría a su paso o lo que se avecinaría en los próximos tiempos, pero sabía que sería difícil. Hasta el momento, lo más desafiante era convivir con el miedo y aprender a enfrentarlo.

—No puedes dormir, ¿verdad? —la sorprendió Sophie incorporándose en la cama.

—No. Anoche, en esa fiesta... No puedo dejar de pensar en lo que podría significar para nosotros. Fue una estupidez haber ido.

—¡Fue increíble! —exclamó su amiga con entusiasmo—. ¿No te pareció emocionante?

Emma frunció el ceño, molesta por la falta de seriedad que le daba Sophie al asunto.

—Sophie, son el enemigo —le reprochó con más dureza de la que solía hablar—. ¿Cómo puedes estar tan feliz entre ellos? Han dominado nuestras tierras, sometiéndonos a sus antojos, como si tuvieran derecho sobre nosotros.

Emma hablaba de manera apasionada, desbordada por un sinfín de sensaciones que no sabía cómo gestionar.

—Lo sé, lo sé, pero ¿no crees que un pequeño respiro en medio de tanta tensión es algo bueno? Ayer no éramos alemanes ni franceses, sino que hombres y mujeres intentando pasar un buen momento, escuchando música y bebiendo *champagne*. ¿Acaso recibiste alguna mirada desagradable o algún comentario despectivo?

Emma de inmediato pensó en los ojos del teniente Richter y sintió cierto cosquilleo en el estómago. ¿Cómo podía afectarla de esa manera tan solo recordándolo?

—Todos fueron amables, pero no está bien, Sophie. A esos hombres no les importamos. Prométeme que no regresarás; que si te invitan a otra fiesta como esa, no asistirás.

—Está bien. Lo prometo.

Emma centró su atención otra vez en la ventana, y sintió a su amiga parársele detrás.

—Ese hombre, el teniente que no te quitaba los ojos de encima. ¿Qué piensas de él?

—No lo sé —respondió sincera. Luego se giró para mirarla a los ojos—. Sentí miedo de él. Era como si pudiera leer dentro de mí.

—Es muy apuesto.

—Sí. Tan apuesto como peligroso.

Emma pensó en Pierre, en las sensaciones que le producía cuando la miraba. Si bien, primero fueron amigos, con el tiempo fue surgiendo un amor entre ellos que los instó a entablar una relación de pareja. Sin embargo, aunque al principio había emociones intensas y miradas cargadas de significado, con el tiempo esas sensaciones se disiparon, dejando un sólido lazo de amistad en su lugar que se sobreponía con fuerza al del amor, al menos, por parte de ella.

Mirar a Lukas a los ojos remeció su ser, agitando todas sus emociones. El contacto visual no solo despertaba sensaciones desconocidas en su pecho, sino que las trastocaba, como si estuviera atrapada en un hechizo. Emma comprendió que lo que había sentido cada vez que sus miradas se encontraban durante aquella noche era atracción, pero una atracción inexplicable, casi animal, y de inmediato fue invadida por el miedo: miedo a sentir, miedo a él, miedo a sí misma.

«Si tan solo no fuese el enemigo», pensó mientras divagaba en su recuerdo. Porque ella sabía que si no fuese el hombre que era, entonces habría hecho lo que estuviese en sus manos para conocerlo mejor, para desentrañar los misterios que sus ojos ocultaban y para comprender al hombre detrás del uniforme.

Ese día, Sophie y Emma tenían su turno un poco más tarde en el hospital. Se habían ido caminando, ella en silencio, y Sophie tarareando una canción, alegre, como si la guerra no les hubiese caído encima hacía algunas semanas atrás.

—Espero que hoy las cosas estén un poco menos intensas —dijo esta cuando finalizó de cantar.

—Sophie, tu amiga Amelie, ¿es una persona confiable?

—¿Amelie? Claro que sí —le respondió sonriendo—. Es algo loquilla y a veces un poco descarada, pero no es una mala persona.

—No me dio buena espina ayer cuando la conocí.

—No ha tenido una vida fácil. Creció bajo los constantes maltratos de su padre; y su madre... Bueno, digamos que tenía una forma de ganarse la vida un tanto peculiar.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Ella me lo confió en una oportunidad, luego de emborracharse hasta casi perder la consciencia.

De algún modo, las palabras de Sophie la hicieron sentir cierta lástima por la cruz que debía llevar auestas, pero, aun así, no podía arrancarse la sensación de que Amelie no era una buena mujer.

—¿Viven sus padres aún?

—No. Está sola, tratando de sobrevivir, al igual que todos —dijo intentando convencerla de que le diera una oportunidad.

Emma decidió dársela, solo porque confiaba en Sophie y pudo darse cuenta de que para ella era importante. Sophie podía ser muy inocente y vulnerable en ocasiones, pero tenía un corazón de oro.

Emma pensó en Amelie, ahora teniendo esa nueva información. Tal vez ella podría ser su amiga y ayudarla a sobreponerse a su pasado. Uno que imaginó no debió ser nada bonito. Pensó

en su propia infancia y agradeció haberla tenido. La suya había estado marcada por la sencillez, pero también por la plenitud. A pesar de vivir modestamente, nunca carecieron de nada. Sobrellevaban la vida con lo mínimo, cultivando la tierra y aprovechando lo que los animales les brindaban para alimentarse. Pero fueron los afectos los que más presentes estuvieron en su vida y en la de sus hermanas y hermano, supliendo con creces la ausencia de unos padres ya fallecidos.

Emma soltó el aire y se propuso hacerse amiga de Amelie; aprender a conocerla, evitando juzgarla por las cosas que decía o hacía. Quizás Sophie tenía razón. Era probable que detrás de esa fachada de indiferencia con la que parecía plantarle cara a la vida, se encontrara una mujer llena de buenas intenciones y emociones profundas, esperando ser descubierta.

29. Envidias y traiciones

«La envidia es como una sombra, siempre está, pero nunca ilumina».

Fismes, Francia, 1918

Al atardecer

El sol se ocultaba con lentitud en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados mientras las sombras de la inminente noche se iban adueñando poco a poco del callejón en las afueras de la ciudad. Un vehículo oscuro se detuvo frente a ella. La figura del pasajero que ocupaba el asiento de atrás apenas era visible desde fuera, pero Amelie sabía bien de quién se trataba.

Se aproximó conteniendo el aire, aún debilitada por el reciente aborto, y abrió la puerta para sentarse a su lado. El hombre que esperaba dentro la observó con ojos fríos y una mueca de desdén. No era la primera vez que se encontraban en ese lugar a esa hora, pero para Amelie, cada encuentro era una mezcla de miedo y desesperación.

—¿Dónde demonios te habías metido? —la increpó él con dureza.

—Estuve hospitalizada —respondió con rapidez—. He sufrido un aborto.

El hombre no dijo nada. Se limitó a posar su mano firme en su muslo, hasta presionarlo con tal intensidad que a ella le causó dolor. Tuvo que contenerse de apartarlo de un manotazo y así poder borrar las huellas de su contacto.

Su amante, un alto mando alemán que la mantenía a cambio de gozar de los placeres de su cuerpo, también era su carcelero, y Amelie estaba cansada de sus malos tratos, de las marcas que dejaba en su piel cada vez que la poseía como si fuese un animal, y también de sus desprecios. Cuando pensaba en esas cosas, la envidia que sentía por Emma se incrementaba con una fuerza sobrenatural. ¿Por qué ella no podía tener a un hombre que la mirara como el teniente Richter la miraba a ella? Aquel día, cuando los observó escondida detrás de un árbol, sabía que Emma tenía un amorío, pero jamás imaginó que sería con él, un hombre que atemorizaba con la mirada y que conseguía que todos se postraran a sus pies. Sin embargo, Amelie pudo identificar el profundo amor que sus ojos despedían cuando miraba a Emma, y la forma en que la acariciaba y besaba, como si no quisiera que jamás se marchara de su lado. Fue entonces que el veneno de la envidia que llevaba años circulando por su cuerpo se propagó con una fuerza descomunal.

Determinada, se dirigió a la gendarmería con un nudo en la garganta y un brillo de satisfacción en los ojos. La envidia y el resentimiento la impulsaban a dar este paso, a pesar de que sabía que no era correcto, que estaba obrando mal, pero esas cosas a ella ya no le importaban. Hacía años que todo le daba igual. La fuerza de su ira era superior a cualquier otro sentimiento que pudiera albergar su corazón.

Se acercó al mostrador con paso decidido, sintiendo un cosquilleo de anticipación recorriendo su cuerpo.

El hombre detrás del escritorio la observó con curiosidad, y Amelie se esforzó por mantener una expresión serena, ocultando las emociones que la embargaban por dentro.

—¿En qué puedo ayudarla, *medemoiselle*? —preguntó el hombre con cortesía.

Amelie respiró hondo, consciente de que este era el momento de actuar.

—Necesito hacer una denuncia —dijo con firmeza, saboreando el placer de poder

desquitarse de Emma—. Es contra una persona que ha traicionado a su país.

El hombre levantó una ceja, pero no hizo ningún comentario. En su lugar, asintió comprensivo y le indicó que esperara un momento mientras llamaba a alguien que pudiera ocuparse de su caso. Mientras aguardaba, Amelie se mordía el labio con nerviosismo, pero también con una sensación de triunfo. De eso ya habían pasado varios días, y aún no pasaba nada, pero sabía que, tarde o temprano, Emma sufriría las consecuencias.

El vehículo en que viajaba junto a su amante se detuvo en seco, devolviéndola a la realidad. Una realidad que sabía no le iba a gustar. No reconoció el edificio donde se habían detenido. Era antiguo y con aspecto de estar abandonado, aunque aún se mantenía intacto ante los horrores de la guerra.

El oficial la tomó por el brazo para conducirla dentro con cierta brusquedad, sin ninguna consideración por su convalecencia. Las luces en el interior eran tenues, incrementando su desasosiego.

—Entra —le ordenó cuando se detuvieron frente a una puerta.

Cuando lo hizo, su pecho se sacudió por el miedo que sintió. Tres hombres sentados alrededor de una mesa y que bebían algún tipo de licor pusieron sus ojos libidinosos sobre ella. En un rincón, una mujer desnuda yacía atada sobre una cama, al parecer, inconsciente, o quizás estaba muerta. No lo sabía con certeza, pero la escena le pareció inquietante. La chica tenía los ojos semiabiertos y la vista perdida en la nada.

—Frank —dijo entonces cuando encontró su voz—. ¿Qué hacemos aquí?

El oficial la miró de una manera que la hizo sentir en agonía, sucia, como si fuese un objeto desechable; y la necesidad de ponerse a salvo se apoderó de ella, pero sabía que era inútil, que no tenía escapatoria. De nada le servía tampoco el sentirse agotada y con deseos de dormir, porque a ese hombre jamás le había importado su bienestar. Ella era solo un juguete con el que saciaba sus perversiones.

Supo que estaba perdida cuando Frank cerró la puerta con fuerza, dejándola encerrada en el mismísimo infierno.

Emma cepillaba el cabello de Alice con infinita paciencia, mientras esta jugueteaba con los dedos de sus manos. Marie aún no regresaba. Había salido con Pierre en busca de provisiones en las cercanías de su hogar, buscando cualquier cosa con lo que poder saciar el constante sabor a escasez en sus bocas.

—¿Una o dos trenzas? —preguntó, contenta de ver a su hermana pequeña más repuesta.

A pesar de que jamás abandonaba la casa debido al miedo, Alice había comenzado a recuperar la confianza y a desenvolverse con normalidad.

—Una —respondió sin dejar de jugar.

Le trenzó el cabello y luego le puso una flor para decorar el peinado. Su hermana sonrió en respuesta. Después, Emma se acercó a la ventana para ver si Marie ya venía en camino. La divisó junto a Pierre en una actitud cariñosa, y eso la llenó de alegría. Pierre era su amigo, y Emma sabía que nunca podría amarlo como amaba a Lukas. Quizás con Marie las cosas serían diferentes. Ambos merecían experimentar el amor, pues el futuro era incierto.

De Lukas no sabía nada, no tenía noticias ni tampoco había dejado evidencias en el establo de que se encontraba bien. Solo Dios sabía cuánto le había costado a Emma mantener la compostura en su casa, frente a la abuela y a su hermana Alice. Marie era otro cuento. Con ella podía llorar y descargar sus preocupaciones, porque conocía lo que escondía su corazón.

Miró otra vez por la ventana y se alegró por ese beso que presenció sin querer. Sabía que

Marie estaría en buenas manos con Pierre. Era un buen hombre. Luego se alejó para respetar su intimidad.

La puerta se abrió y Marie entró sonriendo, con Pierre detrás.

—¡Mira, Emma! ¡Hemos traído espárragos frescos y rábanos! Incluso hemos podido conseguir un poco de aceite de colza para las lámparas —anunció Marie con entusiasmo, sosteniendo los productos en sus manos.

—¡Qué bien! Prepararé algo —respondió Emma mientras recibía los alimentos.

Emma se internó en la cocina, deseosa de buscar un momento de soledad. Dejó las cosas encima de una pequeña mesa mientras su mirada se perdía en la oscuridad exterior que comenzaba a envolver al establo. Desde que supo del bombardeo al hotel, que su espíritu navegaba por aguas inquietas, vacías y tristes. La incertidumbre de no saber de Lukas mantenía su corazón en una opresión constante.

Las risas de Marie y Pierre fueron interrumpidas por unos golpes insistentes en la puerta. Emma se giró para reunirse con ellos, encontrándose con la mirada preocupada de ambos mientras el silencio caía con fuerza, como si este tuviera peso y de algún modo los asfixiara.

Pierre abrió la puerta y Emma pudo observar a dos gendarmes de pie y con expresiones severas, cuyas figuras resaltaban en contraste con la oscuridad. Uno de ellos dio un paso al frente con determinación.

—¿Emma Bernier? —preguntó el hombre en tono autoritario.

—Soy yo —respondió ella con el corazón en un puño, sin comprender por qué esos gendarmes la buscaban.

—Emma Bernier. Está bajo arresto por orden de la Gendarmería Nacional, acusada de conspiración con el enemigo —declaró el oficial ante la atónita mirada de Pierre y sus hermanas.

La abuela, alertada por las voces de los hombres, también hizo su aparición, abrazando a Alice por la espalda.

—¿Qué está sucediendo? —dijo la mujer mayor sin comprender.

Marie contuvo un grito de sorpresa al ver cómo los hombres la sujetaban por los brazos y la esposaban por la espalda. Mientras tanto, Alice se aferraba al cuerpo de su abuela, escondiendo la cabeza contra su pecho.

—Pero ¡Eso es imposible! ¡Emma no ha hecho nada malo! —gritó Marie con incredulidad.

Emma notó su pecho agitarse por causa de un nerviosismo que no lograba controlar. Se preguntó si todo aquello sería un error; si no sería parte de un mal sueño del que pronto despertaría, para encontrarse con la relativa tranquilidad de su hogar.

—¡Esto es un error, yo no he hecho nada! ¿Quién me acusa de algo así? —gritó cuando encontró su voz en algún lugar perdido de su garganta.

El oficial permanecía imperturbable ante las protestas de Emma y su familia, tal vez demasiado endurecido por una guerra que no distinguía entre lealtades y traiciones. En tiempos de conflicto, cualquier acto, incluso aquellos realizados con las mejores intenciones, podían generar desconfianza y ser interpretado como colaboración con el enemigo.

—Debe venir con nosotros —declaró, mientras sus compañeros la llevaban hacia un vehículo que antes no había visto.

Pierre, con el ceño fruncido y el corazón lleno de confusión, se acercó a Emma preocupado.

—¡Emma, esto debe ser un error! No pueden llevarte así sin más —exclamó, buscando desesperadamente una explicación lógica a la situación.

Uno de los gendarmes lo hizo a un lado con brusquedad.

—¡Emma, mi niña, no te preocupes! ¡Todo se aclarará, ya lo verás! —murmuró su abuela con voz temblorosa, tratando de infundirle un poco de esperanza en medio de la incertidumbre.

Emma fue incapaz de transmitirle paz con la mirada. Era imposible ocultar un desasosiego tan enorme ante una situación del todo inesperada.

Marie, incapaz de contener su indignación ante lo que consideraba una injusticia, se adelantó hacia los gendarmes, envalentonada.

—¡Es un error! ¡Emma no es una traidora! —exclamó con voz firme y una mirada desafiante—. ¡¿Quién la acusó de algo así?! ¡Dígame, quién lo hizo!

—No estoy autorizado para hacerlo.

Y así, sin más, y con el corazón oprimido por la incertidumbre y el miedo, Emma se permitió un último vistazo a su familia antes de que los gendarmes la llevaran hacia la oscuridad de la noche. La sensación de incredulidad y desamparo la envolvía mientras se preguntaba cómo había llegado a esta situación, porque no hallaba respuestas para ello. No comprendía todavía qué fue lo que la llevó a encontrarse allí, presa en su propia tierra, no solo de la guerra, sino también de la desconfianza y el miedo de sus compatriotas. Tal vez era víctima del azar cruel de los acontecimientos. Sea cual fuera la razón, Emma se encontraba ahora atrapada en una telaraña de sospechas y acusaciones, luchando por comprender cómo había llegado a ese punto, y si alguna vez encontraría la verdad que la liberaría de sus cadenas.

30. La celda

«El miedo se acrecienta cuando estamos frente a lo desconocido».

El viaje en el oscuro vehículo se convirtió en un trayecto lleno de angustia para Emma. Sentada en el asiento trasero, rodeada por la sombra de los gendarmes, el espacio parecía reducirse a medida que los minutos pasaban, hasta el punto de impedirle respirar con normalidad. Intentó centrar su atención en el sonido del motor, como una manera de aminorar sus nervios, sin resultados, puesto que este parecía resonar como el eco que precede a la desgracia.

No habló, convencida de que no le darían respuestas. Al menos, no allí. Tampoco fue capaz de derramar alguna lágrima, porque sentía el alma entumecida, como si esta se hubiese sumergido en una oscuridad tan profunda que era imposible sentir. El inesperado giro del destino la hacía confundirse aún más, ya que, por más que intentó explicarse los hechos, no pudo hallar las respuestas.

Emma cerró los ojos, tratando de ahogar el torrente de pensamientos y emociones que amenazaban con abrumarla. ¿Hacia dónde la llevaban? ¿Qué harían con ella? La incertidumbre le pesaba como una losa sobre el pecho, dificultándole incluso respirar.

Ya casi no había luz, aunque el cielo prometía una noche estrellada y con luna llena. A medida que se acercaban al lugar, el paisaje se iba transformando. Las casas familiares y los campos de cultivo daban paso a estructuras desgastadas, sombrías y solitarias.

El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos, y los gendarmes abrieron las puertas con gestos bruscos. Emma bajó y caminó con paso vacilante en medio de la oscuridad, aterrada ante lo desconocido. Frente a ella se alzaba el recinto de detención, un edificio gris de aspecto lúgubre que esperaba devorarla entre sus sombras. Con el corazón en un puño, Emma siguió a los gendarmes hacia su destino, sin saber qué le deparaba allí; a qué tormentos sería sometida dentro de esas paredes que solo le generaban agonía.

El gendarme se adentró en un oscuro pasillo, iluminado tan solo por una tenue lámpara, y se detuvo frente a la última puerta. Un guardia la abrió de inmediato sin siquiera esperar la orden para hacerlo. Luego, le quitaron las esposas y la empujaron dentro. Después cerró la puerta con fuerza, quedando sumida en la oscuridad, mientras escuchaba los pasos del hombre alejándose de allí. Emma sentía los latidos del corazón retumbando en sus oídos, y su respiración agitada fruto del miedo. Una pequeña ventana en la parte superior de una de las paredes dejaba entrar un resquicio de luz, aunque se encontraba tan alta que ella no podía mirar por ella hacia afuera. El olor a humedad y abandono inundó sus sentidos mientras sus ojos se ajustaban a la escasa iluminación del exterior. El espacio era reducido, apenas lo suficiente para contener una cama de hierro oxidado en un rincón y un retrete sucio en el otro. El colchón parecía desgarrado, lleno de manchas oscuras, y emanaba un olor rancio que se mezclaba con el aroma de la humedad.

Asqueada de las condiciones en las que fue retenida en contra de su voluntad, se negó a utilizar la cama y se dejó caer en el suelo, donde se ovilló y dio rienda suelta al llanto contenido por demasiado tiempo. Emma se sentía atrapada en un mundo de tinieblas, en un mundo desolado y cruel, y tenía la certeza de que cada momento allí sería una lucha por mantener la cordura.

Esa noche tuvo sueños rotos, sueños en los que se veía en medio de los bombardeos, intentando encontrar refugio en algún lugar. Las siluetas de sus hermanas aparecían como entes fantasmales, y en sus intentos por alcanzarlas, estas se desvanecían antes de que pudiera tocarlas. En la distancia distinguió a Lukas y quiso correr hacia él, antes de que se desvaneciera como el resto, pero sus pies parecían demasiado pesados como para moverse de su sitio. Lo llamó y escuchó su propia voz sonar como un rugido agónico, como el que precede a la muerte. Este la miró con indiferencia, inexpresivo, con la mirada glacial; la misma mirada que le destinaba a quienes no conocía. Luego le dio la espalda y se marchó mientras todo era caos a su alrededor.

Emma despertó llorando, encogida de frío. Aún era de noche, pero la luz de la luna entraba de lleno por la ventana, posándose en su humedecido rostro.

«Lukas, ayúdame», pensó mientras los recuerdos de la noche se repetían con insistencia en su memoria. Pero él no podía ayudarla, ya que ni siquiera sabía si estaba vivo o si alguna vez lo volvería a ver.

Demasiado exhausta para seguir derramando lágrimas, se quedó así, con la vista anclada a la luz de la luna, como una manera de aferrarse a la esperanza.

Por la mañana, Emma escuchó los pasos firmes de una persona que se acercaba hacia su puerta. Sabía que era uno de los guardias. El sonido metálico de las llaves contra la cerradura de su puerta la puso en alerta, sin saber a qué atenerse. Permaneció sentada en el rincón más sombrío de la celda, estremecida, luchando contra el nerviosismo y presagiando un encuentro que, sin duda, no sería agradable.

La puerta chirrió al abrirse, y apareció por ella la figura imponente de un gendarme en el umbral. Su rostro estaba enmarcado con una máscara de impasibilidad, y su mirada fría no dejaban lugar a dudas respecto a lo que pensaba de ella: que era una traidora, pero ¿por qué?

Con movimientos precisos y sin decir una palabra, el gendarme colocó un vaso de agua y un trozo de pan duro sobre la única superficie disponible en la celda. Emma lo observó con cierta reticencia: un pan seco y rancio que apenas alcanzaría para calmar el hambre del que era presa, pero que sabía debía consumir para luchar contra el agotamiento. Además, desconocía cuánto tiempo permanecería allí y cuándo volvería a comer otra vez.

El gendarme se retiró sin decir una palabra, dejándola allí, en compañía de su propio desasosiego. Emma observó el vaso y el trozo de pan con una mezcla de desconfianza y resignación. Se levantó sintiendo las piernas entumecidas, y se obligó a comer, aunque tuvo que ayudarse con sorbos de agua para pasar las duras migajas por su garganta. Después se limitó a esperar, sentada en el mismo rincón, algo que acabara con su incertidumbre, alguna explicación acerca de por qué se hallaba allí. Cualquier cosa que le permitiera defenderse de una acusación a la que ella no le encontraba ningún sentido.

La puerta chirrió otra vez, y Emma despertó de un sobresalto. Se había dormido ovillada en el suelo.

—Es tu turno —dijo el gendarme con voz monótona y apenas destinándole una mirada antes de girarse para indicarle que lo siguiera.

Emma se levantó y abandonó la horrible celda con el pecho encogido por el miedo. Se preguntó a dónde la llevarían, y con qué pruebas la acusaban de conspiración. El gendarme se hizo a un lado para que ella avanzara por delante de él, por un pasillo que parecía no tener fin. Finalmente, llegaron a una puerta de madera con una pequeña mirilla en la parte superior. El

gendarme la abrió, revelando una sala austera y sombría en su interior. Una mesa de madera desgastada ocupaba el centro de la habitación, rodeada por dos sillas igual de antiguas. La única fuente de luz era una pequeña ventana con un vidrio opaco que impedía dilucidar las formas en el exterior.

El gendarme indicó a Emma que se sentara en una de las sillas. Luego abandonó la habitación, dejándola a solas otra vez. La atmósfera en la sala era densa y cargada de tensión, como si cada palabra que debía pronunciar en lo que dedujo sería un interrogatorio, pudiera cambiar el curso de su destino. Emma se preparó mentalmente para lo que estaría por venir, con la esperanza de encontrar alguna pista que pudiera ayudarla a demostrar su inocencia.

La dejaron sentada durante una hora en el mismo sitio, consiguiendo con eso que aumentara su desazón. Pensó en sus hermanas y en su abuela, y rogó para que estuvieran bien. La imagen de su hermano Gerald apareció de pronto en su memoria, y una sonrisa melancólica se instaló en su rostro. ¿La habría perdonado ya? Recordó sus palabras: «¿Dónde están tus lealtades?», a lo que ella respondió: «Mis lealtades están donde esté mi corazón». Aquellas palabras adquirían cada día más fuerza dentro de sí, porque no podía traicionar sus sentimientos, no podía ir en contra de lo que le dictaban sus latidos. Su amor por Lukas traspasaba todas las fronteras, en especial las impuestas por los hombres.

«Lukas», pensó y cerró los ojos, recreándose en esa mirada cargada de cariño, un cariño que solo le destinaba a ella, porque también la amaba, pese a las fracturas de su memoria.

El interrogador entró en la sala con paso firme y una mirada penetrante que parecía escrutar cada rincón de la habitación. Su presencia imponente llenaba el espacio, dejando a Emma con una sensación de pesadez en el aire que se tornaba cada vez más irrespirable.

Se sentó frente a ella con un gesto serio, sosteniendo un archivo y un lápiz en sus manos. Luego la miró directo a los ojos.

—Dígame su nombre.

—Emma Bernier —respondió con rapidez.

—*Mademoiselle* Bernier. ¿Sabe usted por qué está aquí?

—No, *monsieur*, en absoluto. No tengo idea.

El sujeto, que debía rondar la cincuentena, se acomodó los anteojos y se acercó levemente con intención de intimidarla. ¿Acaso no le creía?

—Le advierto que, si no colabora, las cosas podrían empeorar para usted —expresó con severidad—. Repetiré la pregunta. ¿Sabe usted por qué está aquí?

—No, *monsieur*. No lo sé.

El hombre la miró con dureza y luego se inclinó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla mientras jugueteaba con el lápiz sobre la mesa.

—Entiendo —respondió luego de varios segundos de tensión—. Permítame ser claro entonces. Estamos investigando ciertas actividades sospechosas que involucran al teniente alemán Lukas Richter. ¿Le resulta familiar ese nombre?

Cuando Emma lo escuchó, su corazón se saltó unos latidos debido al miedo que sintió. ¿Cómo sabían ellos acerca de su relación con Lukas? ¿Se habrían enterado de que ella lo ayudó luego del accidente?

—Veo que ese nombre no le es indiferente, puesto que se ha quedado sin palabras —dijo de una forma que la hizo sentir humillada, como si el hecho de que ella lo conociera fuese imperdonable—. Repito. ¿Le parece familiar ese nombre?

Y ahora, ¿qué haría? Si decía la verdad, pondría en riesgo a toda su familia; y si mentía, sabía que sería sometida a castigos para conseguir sonsacarle la verdad.

Inhaló profundo y lo miró, llena de determinación.

—No. Jamás lo había escuchado mencionar —mintió a sabiendas de que, con esas palabras, acababa de iniciar su calvario.

31. Búsqueda entre sombras

«Se necesita valor para seguir adelante, incluso cuando la sombra del miedo se cierne sobre nosotros».

La luz de la mañana se filtraba con timidez por las cortinas entreabiertas de su habitación, pintando débiles destellos dorados en las paredes. Marie había pasado la noche en vela, acompañada por el suave murmullo del llanto de Alice. Para tranquilizarla, la había acunado entre sus brazos, susurrándole palabras de consuelo mientras acariciaba su cabello con suavidad, hasta que, en algún momento de la noche, Alice se durmió y Marie se permitió descansar, aunque sus pensamientos erráticos le impedían poder conciliar el sueño. Sentía su corazón desgarrado, lleno de una mezcla de impotencia por causa de la incomprensión. Y por más que intentaba explicarse qué era lo que había sucedido, no podía hallar las respuestas.

Con un suspiro, se levantó de la cama, decidida a encontrar alguna manera de ayudar a Emma. Tenía que encontrar la forma de hacerlo.

—¿Vas a salir? —le preguntó su abuela mientras bebía agua de una taza con el asa rota.

—Tengo que averiguar qué fue lo que pasó con mi hermana, *mémé*. Debe haber alguien que pueda ayudarnos.

—Ay, Marie —dijo la abuela dejando la taza sobre la mesa y tomando su rostro con ambas manos—. Ten cuidado, mira que cada día estar fuera de casa se vuelve más peligroso.

—No te preocupes, *mémé*. Pierre me acompañará. Iré al hospital en búsqueda de Sophie. Quizás ella pueda saber algo.

Su abuela asintió y Marie, luego de besar su frente, abandonó la casa y se encontró en el camino con Pierre. A Marie no le gustaba ir a la ciudad. Desde que la guerra había llegado para quedarse, que le aterraba estar lejos de casa. Era por eso por lo que ella se encargaba del cuidado de los pocos animales que les quedaban, y de mantener la pequeña huerta en pie, pese a que con ella apenas si se abastecían.

Pierre la devolvió al presente cuando le cogió la mano y la salvó del abismo en el que había caído presa de las preocupaciones.

—Tranquila, Marie —dijo este besándole el dorso de la mano—. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudar a Emma.

Marie lo miró con sus ojos inundados de preocupación, y en los suyos encontró una especie de serenidad que la reconfortó. El día anterior había ocurrido algo entre ellos, una especie de conexión inexplicable que los había llevado a besarse. Ni siquiera se gustaban, pero luego de que él la besara por la noche, algo se había removido dentro y se dio cuenta de que quería más. Se preguntó si el amor podría surgir así, de repente, sin explicación alguna, porque así se sentía ella, como si el amor, en sus caprichos por conseguir que dos almas se hagan una, los hubiera tomado al azar, uniéndolos para no desaparecer.

—Pierre —dijo entonces deteniéndose y apretando sus manos con afecto—. ¿Qué fue lo que pasó anoche entre nosotros?

—No lo sé, Marie —reconoció con sinceridad—. Yo tampoco puedo explicarlo, pero me ha gustado. Y hoy, cuando me he levantado, no he podido sacarte de mi cabeza. Apenas estoy

reprimiendo el impulso por besarte.

Ella dio un paso hacia él y elevó su rostro hacia el suyo.

—No te reprimas más —dijo antes de unir sus labios en un beso profundo y necesitado.

Marie encontró consuelo en su compañía, llenándose de una serenidad que había echado de menos durante mucho tiempo. Aunque siempre supo que él estaba enamorado de Emma, ahora sentía que las cosas habían cambiado. Cuando él la miraba a ella, algo diferente parecía emerger desde lo más profundo de sus ojos.

—Vamos —la instó él con una sonrisa amena—. Debemos apresurarnos.

Cuando llegaron al hospital, fueron testigos de la actividad frenética que se daba en el interior debido a la enorme cantidad de heridos que cada día parecían aumentar de manera despiadada. Marie observó a los médicos y enfermeras yendo y viniendo siempre con urgencia, quizás sobrepasados con tanto sufrimiento. Fue cuando divisó a Sophie entre la multitud.

—¡Ahí está! —le informó a Pierre, apresurándose hacia ella, con él siguiéndola de cerca.

Sophie, al verlos, se acercó rápidamente con una expresión de preocupación en el rostro.

—Marie, Pierre, ¿qué están haciendo aquí? ¿Dónde está Emma? —quiso saber buscándola con la mirada.

—Necesitamos hablarte, Sophie. Ha ocurrido algo horrible.

—Vengan —les pidió mientras le indicaba el cuarto donde guardaban los archivos médicos. Una vez entraron, cerró la puerta tras de sí—. ¿Dónde está Emma?!

—Anoche la tomaron detenida —informó Pierre con pesar—. Llegaron dos oficiales de gendarmería y se la llevaron por una denuncia en su contra por conspiración.

—¿Qué?! —gritó llevándose la mano a la frente y dejándose caer en la silla vacía a su lado—. Pero ¿quién podría haberla acusado de algo así?!

—Por eso estamos aquí, porque necesitamos encontrar la manera de ayudarla —dijo Marie con un hilo de desespero en la voz—. ¿Se te ocurre alguna idea de quién pudo haberla denunciado y por qué?

—No, y no lo comprendo. ¿Por qué alguien haría algo así?

—No lo sé —admitió Marie—. Nosotros intentaremos averiguar dónde se la han llevado. Si recuerdas algo, cualquier cosa que te llame la atención y que podría estar relacionado con esto, por favor, no dudes en buscarme —rogó Marie.

—Claro. Lo haré.

Marie abandonó el hospital junto a Pierre, ahora rumbo a las autoridades locales, con el fin de conseguir información acerca del paradero de su hermana. Necesitaba verla, saber si se encontraba bien. Cada segundo que pasaba sin noticias de Emma parecía una eternidad, y Marie luchaba por mantener la calma mientras rogaba en su interior conseguir cualquier información que pudiera llevarlos más cerca de encontrarla.

Luego de escuchar la noticia acerca de la detención de su amiga, Sophie no pudo evitar sentirse afectada; sacudida con violencia al pensar en lo que podría estar viviendo Emma ante unas acusaciones tan graves. Nadie, salvo Marie y ella, conocían su secreto. Nunca pudieron relacionar al alemán que merodeaba por los alrededores de su casa con ella. Sophie no comprendía qué era lo que había pasado. Una inquietud tan grande se instaló en su pecho que fue incapaz de desenvolverse con eficiencia en su trabajo durante el resto de la jornada.

Con los pies adoloridos, se dirigió al casillero para buscar sus cosas. Necesitaba marcharse pronto y averiguar con Marie si habían conseguido noticias acerca de su paradero. Apenas entró en la habitación, observó a Amelie cambiándose de vestido y percibió de inmediato

cómo ella se apresuraba a cubrirse para ocultar las marcas en su espalda.

—¿Hasta cuándo vas a aguantar que ese cerdo que tienes por novio te ponga las manos encima? —le dijo furiosa, aunque su ira no iba destinada a ella, sino a su maltratador.

—Eso no te importa —respondió mirándola con cierto desprecio.

—Vamos, Amelie. Sabes que sí me importa. Mira cómo te ha marcado. ¿Tienes... quemaduras? —balbuceó aturdida por las marcas que se podían apreciar bajo su cuello.

Sophie se acercó a ella y le abrió el vestido de golpe, dejándola atónita.

—¡Qué haces, estúpida! —le gritó Amelie mientras se cerraba el vestido con furia.

—¡Por Dios, Amelie! —exclamó a punto de largarse a llorar al observar las horribles marcas amoratadas, distribuidas por las piernas, abdomen, brazos y pechos—. ¿Qué es lo que te ha hecho ese animal?

Su amiga la miró desafiante y elevó la cabeza como si no le importara, y luego le dio la espalda, quedando sumidas ambas en un horrible silencio que abrumaba.

—Lo he dejado —reconoció entonces mientras finalizaba de vestirse.

—¡Oh, Amelie! —dijo suavizando el tono y sintiéndose aliviada por ella—. Esa es una excelente noticia. No permitas que te toque otra vez.

Luego de que el silencio recayera en ellas otra vez, Sophie se sinceró con Amelie.

—Anoche ocurrió algo horrible con Emma.

—¿Emma? ¿Qué pasó?

—Fue acusada y detenida por conspiración.

Cuando miró los ojos de Amelie, Sophie vislumbró algo fugaz. Algo que se asemejaba al regocijo, aunque de inmediato ella intentó ocultarlo, pero estaba allí. No lo había imaginado. Se preguntó si sería posible, aunque de primera lo negó. Sin embargo, algo en su interior le advirtió de que debía obedecer a sus instintos. Aquel destello fue el detonador de una realidad que llevaba años negándose a ver, y que ahora se mostraba con claridad ante sus ojos.

Cogió aire y lo soltó con lentitud, invadida por una extraña determinación, algo de lo que ella carecía la mayoría de las veces.

—¡Fuiste tú! —gritó—. ¡Tú la denunciaste!

32. Bajo escrutinio

«En la adversidad se revela la verdadera fuerza del ser humano».

Emma llevaba cerca de quince minutos negando que conocía al teniente Lukas Richter durante el interrogatorio. Estaba cansada, sedienta y demasiado hambrienta para continuar, pero el hombre que la interrogaba con tanta dureza tenía otros planes para ella.

—¿Acaso cree que puede engañarnos con sus mentiras, Emma? —dijo con severidad—. Sabemos de sus reuniones secretas con el teniente Lukas Richter en las cercanías de su casa. ¡No puede negarlo!

—No sé de qué habla. Nunca he tenido ningún tipo de encuentro con ese hombre, puesto que no lo conozco.

—¡Miente! —gritó, sobresaltándola por el enérgico rugido de su voz—. Tenemos testigos de que fue vista conspirando con él en las sombras, intercambiando información clandestina.

—¡Es falso! —sollozó asustada, intentando recordar algún momento en que los hayan podido ver juntos cuando Lukas la iba a dejar en las cercanías de su casa por las tardes—. No tengo ninguna relación con ese hombre ni con ninguna actividad clandestina. ¿Quién le ha dicho eso? —exigió saber.

—Aquí no es usted quien hace las preguntas. —Emma se encogió en su asiento cuando el hombre apoyó ambas manos sobre la mesa y acercó su rostro al suyo de manera intimidante, destinándole una mirada de desprecio—. ¿Acaso cree que somos tan ingenuos como para creer sus patéticas negaciones?

—¡No estoy colaborando con nadie! —exclamó, desesperada por librarse de las acusaciones en su contra—. ¡Nunca he traicionado a mi país ni a mi gente!

—Quiero respuestas, Emma. Se reunía algunas tardes con el teniente Richter en las cercanías de su hogar, donde le entregaba información confidencial que usted conseguía a través de los soldados heridos en el hospital.

—¡No! —gritó—. ¡Jamás he hecho tal cosa!

—¿Qué hacía usted en una fiesta que dieron los alemanes hace cuatro años en la mansión de los Rousseau?

Emma sintió como si la hubiesen mojado con agua fría, puesto que no se esperaba que aquel hombre estuviera al tanto de ese antecedente. Incapaz de pensar, enmudeció debido a la conmoción.

—¡Responda! —gritó el hombre con dureza—. Y no me mienta. Tengo testigos que dicen haberla visto allí.

—¿Fiesta? —preguntó titubeante.

—¿También negará haber asistido a aquella fiesta? Allí se le vio en actitud cómplice con el teniente Richter.

—Recuerdo haber ido a una fiesta, pero no sabía que la organizaban los alemanes hasta que llegué allí.

—Entonces admite haber asistido.

—Sí, pero no conocí a nadie con ese nombre. No me relacioné con nadie. Además,

¿cómo podría recordar cada detalle de una fiesta que tuvo lugar hace tanto tiempo?

—Porque se mantuvo en contacto con él. Usted estaba allí, y eso es suficiente para nosotros. Deje de negarlo y confiese sus encuentros con el teniente Richter.

—No confesaré algo que no he hecho. Si quiere seguir con estas acusaciones infundadas, adelante, pero no me hará decir algo que no es verdad —concluyó con determinación.

—Bien. Usted lo ha querido así. ¡Guardia! —gritó, haciéndola cerrar los ojos debido a la severidad con que habló. La puerta se abrió y por ella ingresó un hombre que hizo el saludo de cortesía a su superior—. ¡Enciérrenla en su celda!

El guardia asintió y con gestos firmes, indicó a Emma que abandonara la habitación. Pero antes de alejarse, el hombre que la había interrogado dijo:

—A partir de ahora, no recibirá ni comida ni agua hasta que decida colaborar y decir la verdad. Espero que reflexione sobre sus acciones.

Emma permaneció de pie, sintiendo su cuerpo entumecido, no porque tuviese frío, sino que producto del agotamiento. Tragó saliva con dificultad mientras el peso de su castigo la aplastaba aún más.

Una vez la encerraron, fue presa de la desesperación. Se preguntó que cómo sabían ellos de Lukas, si siempre fueron muy cuidadosos en sus encuentros. La idea de que alguien hubiera revelado información sobre la fiesta la perturbaba aún más, ya que solo sus amigas Sophie y Amelie estaban al tanto de aquel evento, y Marie, por su parte, era de las pocas personas que conocían sus sentimientos por Lukas. De su amiga de infancia no dudaba, tampoco de su hermana, pero de ninguna manera pondría las manos al fuego por Amelie. «Amelie», pensó de pronto. ¿Habría sido ella la que la acusó? Y de ser así, ¿por qué lo habría hecho? Una frase se le vino a la cabeza como una iluminación divina. Unas palabras que mencionó durante una de sus conversaciones y que en su momento no comprendió, pero ahora, en vista de los recientes acontecimientos, esas palabras cobraban un mayor sentido para ella: «No todas tenemos la dicha de estar protegidas, Emma». Quizás la había visto junto a Lukas, pero dónde. ¿Sería posible que estuviera envidiosa de ella? De otra manera, no se explicaba su actitud hostil, la que se había incrementado durante este último tiempo.

Se dejó caer al suelo, sedienta y agotada, y a los pocos minutos se quedó dormida entre sueños intermitentes, plagados de gritos, dolor y muerte.

Emma se incorporó cuando escuchó la puerta abrirse en medio de la oscuridad. La noche caía despiadada sobre ella, así como también lo hacía su estado de ánimo. Nunca se había sentido tan sola y desolada. El hambre y la sed la consumían, y apenas había logrado descansar en el duro suelo.

Un guardia la tomó por el brazo con fuerza y la sacó de su celda sin ninguna delicadeza, para conducirla nuevamente hacia la sala de interrogatorios. La sentaron en el mismo sitio, y nuevamente la dejaron sola, pero esta vez, una débil luz iluminaba la habitación y Emma se aferró a su luz como si con ello pudiera minorizar su abatimiento. Luego ingresó el mismo hombre que la había interrogado por la mañana, pero esta vez lo acompañaba otro más joven.

—¿Lista para hablar esta vez?

—Ya les dije todo lo que sé. No conozco al teniente Richter —dijo levantando la mirada con lentitud, sintiendo los labios resecos al hablar.

—No es lo que nos han informado.

—Les estoy diciendo la verdad. No tengo ninguna relación con él.

El hombre se acercó a ella con lentitud, sosteniendo una botella de agua y poniéndosela

en frente.

—¿Está segura de que no le gustaría colaborar un poco más? Podría ahorrarse mucho sufrimiento.

Emma, tragando saliva con dificultad y con los ojos fijos en el agua, respondió:

—No necesito nada de ustedes. No tengo nada más que decir.

—Como quiera —dijo sonriendo de una manera siniestra.

El hombre le ofreció la botella, pero luego la alejó bruscamente antes de que Emma pudiera alcanzarla. Luego comenzó a vaciarla en el suelo, hasta que solo quedó una pequeña cantidad que apenas si alcanzaba para apagar el fuego de su garganta. Después, dejó la botella frente a ella, desafiándola con la mirada para que la tomara. Aquel gesto tan inhumano le provocó deseos de llorar, sin embargo, se contuvo de hacerlo frente a ellos.

—Que no duerma en toda la noche —le ordenó a su acompañante, quien, asintiendo, se sentó en la silla ubicada en un rincón.

Su torturador abandonó la habitación con paso enérgico, demasiado molesto como para destinarle tan solo una mirada más. El otro sujeto se limitó a cruzarse de brazos y a observar cada uno de sus movimientos desde su posición.

Emma miró la botella y la tomó, bebiendo el poco líquido que quedaba dentro, rogando para que el calvario de su encarcelamiento finalizara pronto.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Cada vez que sus párpados se cerraban, el estridente sonido de un silbato la despertaba de golpe, impidiéndole alcanzar el tan anhelado descanso.

«Lukas, ¿dónde estás?», se preguntó, como si esas palabras pudieran alcanzarlo en algún lugar lejano. Era su manera de aferrarse a algo tangible, a un amor que era tan real como las palmas de sus manos. En ese instante de soledad y desesperación, esas palabras se convirtieron en su única compañía, en su única esperanza de que, de alguna manera, él estuviera ahí para sostenerla en medio de la oscuridad.

33. Enfrentamiento

«La deslealtad es como una espada en el corazón. Deja profundas cicatrices».

Sophie notó cómo su respiración se iba acelerando, invadida por una ira desmedida incapaz de contener dentro de sí.

—¡Fuiste tú la que denunció a Emma! —repitió con incredulidad—. ¡Cómo pudiste, Amelie, después de todo lo que ella ha hecho por ti!

Amelie separó los labios, sorprendida por su acusación. Sin embargo, en lugar de mostrar algún remordimiento, un destello de resentimiento cruzó sus ojos.

—Hice lo que debía —admitió mientras tomaba aire y endurecía la mirada—. Emma está traicionando a nuestro país.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz temblorosa debido al nerviosismo.

Amelie esbozó una sonrisa burlona, como si estuviera disfrutando de su sufrimiento.

—Lo que quiero decir, querida Sophie, es que no puedo ignorar el hecho de que Emma esté involucrada con el teniente Richter. —El tono de Amelie se volvió más sombrío mientras revelaba esa información—. Los vi juntos, cerca de su casa. Y créeme, no estaban discutiendo del clima.

Sophie se sintió atónita ante la revelación de Amelie, pero no pudo evitar contraatacar.

—Pero ¿con qué derecho la juzgas tú, si has sido la primera en relacionarte con los alemanes? —replicó indignada.

Amelie soltó una risa cínica, ignorando por completo la acusación.

—¿Acaso crees que no lo sé? —respondió con desdén—. Pero al menos yo no me hago la inocente como Emma. Ella ha jugado con fuego, se ha involucrado nada menos que con un teniente, y ahora está pagando las consecuencias de sus imprudencias.

—Su relación con el teniente Richter no es de tu incumbencia.

—Es imposible que un hombre como ese se haya fijado en Emma sin que esta le proporcionara algo a cambio —dijo con malicia.

—Sabes tan bien como yo que eso no es cierto, y que él se sintió atraído hacia ella desde el primer momento en que la vio, aquella vez en esa fiesta a la que tú misma nos llevaste. ¡No sé cómo puedes acusarla de algo más! ¿Te das cuenta del daño que le has hecho?

—Ella se lo ha buscado.

—Emma se puso en riesgo para salvarte de una muerte segura cuando tuviste el aborto.

La expresión de Amelie era de indiferencia, y fue en ese instante cuando Sophie comprendió que su corazón estaba tan inundado de odio que era incapaz de valorar lo que Emma había hecho por ella.

—¿Y qué esperabas que hiciera al respecto? —respondió Amelie con frialdad, sin mostrar ni el más mínimo atisbo de gratitud—. ¿Que le hiciera un altar por ser la heroína del día?

En un impulso que fue incapaz de controlar, Sophie la abofeteó tan fuerte que Amelie perdió el equilibrio y cayó al suelo. Luego la miró desde su posición como si fuese basura.

—No eres más que una puta miserable que no vale nada —espetó ante su mirada de

incredulidad—. ¡Esto no se quedará así!

Le dio la espalda y se marchó, sintiendo su sangre hervir de furia por las venas. Incluso le ardían los brazos y el rostro. Jamás se había sentido tan molesta y decepcionada con alguien a quien apreciaba tanto. Las palabras de Amelie resonaron en su mente de una manera dolorosa, cortantes como dagas, pero también la despertaron de una ilusión, creyendo que esa mujer por quien había dado tanto de sí era una buena amiga. Se recriminó por su ceguera, por no haberse dado cuenta antes de lo que ocurría entre Amelie y Emma. Ella se lo había dicho, sin embargo, no quiso creerlo en su afán por ayudar a Amelie.

Abandonó el hospital y fue en búsqueda de Marie. Ahora ya tenían las respuestas que necesitaba para comprender todo lo que estaba pasando con Emma; y mientras caminaba, sus ojos se nublaron por causa de unas lágrimas que insistían en permanecer retenidas dentro de ellos, limitando su visión. Cuando estos ya no pudieron contener más líquido dentro, se desbordaron con violencia por su rostro.

Las sirenas comenzaron a sonar cuando Amelie ya llevaba unos diez minutos de camino hacia su casa. Aceleró el paso sintiendo el temor crecer en su interior. No vivía lejos, pero tampoco era seguro para una mujer sola recorrer las calles, especialmente cruzando los barrios más pobres de la ciudad, y menos aún en tiempos de guerra.

Giró en la esquina y divisó a un grupo de soldados alemanes fumando y riendo entre ellos. Amelie no les temía, ya que con muchos de ellos había pasado buenos momentos a cambio de alimentos. Sin embargo, le desagradaba que la miraran así, con lascivia, haciéndola sentir un objeto, al igual que lo hacía Frank. Al recordarlo, una mezcla de odio y miedo la embargó. Después de lo último que le había hecho, lo había dejado, pero seguía temiéndole, puesto que la maldad que albergaba ese hombre en su interior no era de este mundo.

Los soldados le dijeron algo, pero ella iba demasiado abstraída para tomarlos en cuenta. Continuó caminando hasta que la calle se volvió solitaria y silenciosa, en donde los únicos sonidos que se podían escuchar eran los de sus zapatos al chocar con el suelo. Ya casi no había luz de día, pero le faltaba poco para llegar. Pensó en Sophie y en el golpe que le había dado. Todavía podía sentir su rostro ardiendo por el impacto que la pilló por completo desprevenida. Y supo en ese momento, cuando la miró a los ojos y vio en ellos el brillo de la decepción, que a ella le daba igual que sufriera por su mejor amiga. Su naturaleza no le permitía amar, puesto que jamás lo aprendió de quienes debían enseñárselo. Ni siquiera a sí misma se amaba lo suficiente.

De pronto escuchó el sonido de un vehículo a sus espaldas. Amelie se giró por instinto y supo de inmediato quién era y lo que hacía allí. El maldito la había seguido. Fue cuando se echó a correr, poseída por el más absoluto terror. No era bueno que Frank estuviera allí. Por un instante lo perdió de vista y se vio obligada a detenerse para recuperar el aliento, ya que le ardían los pulmones y la fatiga de su cuerpo parecía aumentar con cada esfuerzo que hacía su corazón para latir a ese ritmo tan desbocado. Desde que había abortado, que no conseguía recuperarse del todo.

Se llevó las manos a los muslos como una forma de facilitar el ingreso de aire. Sin embargo, el sonido del motor, cuyo sonido rompía con el silencio de la noche, le advirtió que era mejor alejarse de allí, ya que su perseguidor estaba cerca, demasiado cerca. El callejón por el que corría, poco a poco se fue envolviendo en una penumbra fantasmal, apenas iluminado por lo que quedaba del atardecer. El eco de sus propios pasos resonaba en las paredes desgastadas de las casas abandonadas, aumentando su sensación de vulnerabilidad.

Una vez llegó a la esquina y divisó su casa, una sensación de alivio la recorrió, puesto

que estaba a punto de ponerse a salvo de su acecho en su vivienda. Frank no conocía dónde vivía porque jamás lo llevó allí. «Si tan solo consiguiera cruzar la calle sin ser vista por él», pensó mientras respiraba con agitación. Un destello de luz iluminó el callejón, seguido por el estridente chirrido de los neumáticos sobre los adoquines. Amelie se giró y lo vio. El coche de Frank avanzaba hacia ella con la determinación de un cazador que ha encontrado a su presa.

Sin pensarlo dos veces, Amelie reanudó su carrera atenazada por el pánico, demasiado fatigada para conseguir ponerse a salvo, pero sabía que no podía permitirse flaquear; no ahora. Con cada paso, se aferraba a la esperanza de encontrar una salida, una vía de escape.

El vehículo aceleró y se detuvo justo cuando ella intentaba abrir la puerta. El nerviosismo le impidió poder meter la llave con éxito en la cerradura y su pánico aumentó. Frank descendió del vehículo, se acercó a ella mirándola con un desprecio tan brutal que todo su cuerpo se convulsionó, puesto que sabía que estaba allí para hacerle daño. Ella continuaba intentando abrir la cerradura entre temblores y sollozos.

—¡Frank, por favor! —rogó cuando lo vio sacar su arma desde el bolsillo de su chaqueta y apuntarle con una frialdad que la paralizó.

—¡Frank! —insistió, en un intento de librarse de su destino.

Pero Frank, indiferente a su padecimiento, apretó el gatillo y luego le dio la espalda para marcharse, sin siquiera decir una palabra. Amelie se llevó las manos al abdomen cuando un dolor ardiente se desparramó por su vientre, nublándole la razón, impidiéndole pensar con claridad. Sus manos se humedecieron con su sangre caliente, la que se desparramaba en abundancia fuera de su cuerpo, como un manantial de agua pura, pero esta vez, era el líquido que predecía a la muerte, que anulaba cualquier esperanza de vivir.

Amelie se dejó caer de rodillas, exhausta, con el sabor metálico de la sangre invadiendo su boca. En ese último instante, se entregó al abrazo de la muerte, pues comprendió que ya no había nada más que hacer.

34. Giros del destino

«Cuando crees que ya no hay salida, una luz de esperanza brilla en la oscuridad».

El tiempo en la celda había perdido todo sentido para Emma. Una semana había transcurrido desde su encierro, y cada día parecía arrastrarse con la misma monotonía desesperante. Por las mañanas, la llevaban a la sala de interrogatorios para someterla a preguntas que siempre obtenían la misma respuesta: «No conozco al teniente Richter». Luego la castigaban privándola de alimentos, agua y sueño. Era tanta su fatiga corporal que los ojos se le cerraban solos, incluso cuando estaba en medio de un interrogatorio que tenía como único fin quebrantar su espíritu. Aun así, estaba determinada a no dejarse vencer por el hambre, la sed y el miedo. Llevaba demasiado tiempo soportando un día más como para abandonar ahora. Cuatro años habían pasado desde que adoptó como lema de vida sobrevivir un día a la vez.

El frío de las paredes de piedra se había impregnado en su piel, pese a que ella sabía que afuera brillaba el sol primaveral, y el silencio se había convertido en su único compañero constante durante las noches. Se preguntó por su familia, si estarían bien. Ni siquiera podía imaginar la angustia que esta debía sentir por causa de su cautiverio, pero confiaba en que Pierre estuviera allí para ayudarlas, y también en que Marie asumiría el rol de hermana mayor, velando por el bienestar de todos.

La puerta se abrió, como cada mañana a esa misma hora, y el mismo guardia de todos los días entró en su celda con un plato que apenas si contenía migajas de pan. Detrás le seguía otro joven con expresión severa. Emma levantó la mirada y se encontró con un rostro juvenil que la hizo fruncir el ceño. Ella lo conocía, pero por un momento fue incapaz de recordar de dónde, hasta que él la miró y una expresión de reconocimiento apareció en su rostro.

—Ella lleva una semana aquí, sargento.

—¿Por qué le trae tan poco alimento? —preguntó el joven con firmeza, desviando su atención en ella para centrarla en el plato.

—Son las órdenes que he recibido.

—Pues yo le ordeno que vaya por algo más contundente, y también traiga agua.

—Pero ¡no es lo que me han ordenado! —replicó el hombre.

—Pero ¡nada! —bufó molesto—. Una cosa es privar de alimento por unas horas a una prisionera, y otra bien distinta es matarla de hambre. Haga lo que le digo, ¡ahora!

—Sí, sargento —respondió el guardia con rapidez, abandonando la celda.

Emma no podía quitarle los ojos de encima a ese joven, que parecía haber caído del cielo para ayudarla.

—¿*Mademoiselle* Bernier? —preguntó el muchacho con incredulidad cuando se quedaron a solas—. ¿Qué hace usted aquí?

Ella lo miró, luchando por encontrar en su memoria su nombre, pero el agotamiento le impedía pensar con claridad. Él pareció notar su turbación.

—Soy Jean-Luc Dubois. Usted me salvó la vida en el hospital. Me salvó la vida y también el brazo. ¿Me recuerda?

Destellos de su memoria la despertaron de inmediato de su letargo al escucharlo: «Voy a morir, ¿verdad?», le había preguntado en aquella ocasión en que la vida del joven se escapaba por sus dedos. «¡No, no va a morir! ¡No lo permitiré!», le había respondido determinada a salvarlo.

—¡Oh, Jean-Luc! —dijo emocionada de verlo tan recuperado—. ¡Claro que lo recuerdo!

El joven se acercó a la puerta, miró por el pasillo de un lado a otro, y luego de asegurarse de que no había nadie cerca, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? —quiso saber preocupado mientras la miraba, afectado de verla así, tan desmejorada y a punto de romperse a llorar.

—Me acusan de conspiración.

El joven negó con la cabeza, y luego le tomó las manos entre las suyas. Aquel gesto la sorprendió, pero se dio cuenta de que su tacto era un bálsamo que acallaba sus tormentos.

—A usted le debo mi vida, y haré todo lo que pueda por ayudarla —le susurró en un volumen de voz que solo ella pudo escuchar—. No diga una palabra de esto, ¿entendió?

—Gracias, Jean-Luc —le dijo y este asintió regalándole una sonrisa cargada de afecto—. Y usted, ¿qué hace aquí?

—Soy sargento de la guardia —le explicó—. He llegado hoy. Acaban de trasladarme desde otra instalación carcelaria. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Emma lo miró suplicante antes de hablar.

—Me gustaría enviar una carta a mi familia para que sepan que estoy bien.

—Le traeré papel y lápiz.

—¡Oh, Jean-Luc! —dijo emocionada—. No sabe lo agradecida que le estaré.

—Por usted haría cualquier cosa, *mademoiselle*. Nunca podré pagarle lo suficiente después de todo lo que hizo por mí.

La puerta se abrió y por ella entró el mismo guardia, portando un plato de sopa humeante y un trozo de pan. Sin decir palabra, colocó el alimento sobre una pequeña mesa antes de posicionarse junto a Jean-Luc.

—¿Algo más, sargento?

Emma observó a Jean-Luc recorrer la habitación con la mirada y fruncir el ceño, dejando entrever su molestia por las condiciones inhumanas en las que la habían retenido.

—Cambien ese colchón por uno decente, y traigan mantas limpias —exigió con el rostro irascible—. Envíe a alguien a diario para que limpie este lugar. ¿Ha entendido?

—Sí, sargento. —El guardia desapareció con rapidez, intimidado por el tono de su superior.

Emma le dedicó una sonrisa cariñosa a Jean-Luc, quien prometió regresar con papel y lápiz. Luego, agradecida por algo más contundente que las migajas duras de pan, se tomó la sopa. Su cuerpo se había consumido de manera preocupante durante esos días de encierro, hasta tal punto que le costaba incluso pensar. Este mostraba signos de la dura realidad del cautiverio debido a la falta de higiene. Numerosos cardenales en distintas partes de su cuerpo evidenciaban también la dureza del suelo en el cual se veía obligada a descansar. Sin embargo, a pesar de todo, su espíritu se reconfortó con ese encuentro, el que le devolvía las esperanzas. Unas esperanzas que, por un momento, le recordaron que aún existía la bondad en medio de tanta miseria humana.

Sophie aún no se recuperaba de la conmoción por la muerte de Amelie. Fue encontrada sin vida en la entrada de su casa por unos vecinos, quienes alertaron a las autoridades para que se llevaran el cuerpo. Aunque una parte de Sophie lamentaba su destino, la otra, que aún no

alcanzaba a comprender la profundidad de la maldad humana, le impedía sentir verdadero pesar por su suerte. Era por su imprudencia que Emma aún permanecía retenida en una prisión, sufriendo quizá qué calamidades dentro.

Una vez finalizó su turno, Sophie caminó hacia la casa de los Bernier, como hacía cada día desde que Emma estaba en cautiverio, para saber si su familia tenía alguna noticia suya. La primavera estaba en pleno apogeo, lo que agradeció luego de haber sobrevivido apenas al duro invierno.

Sophie llegó a la casa de los Bernier con el corazón pesado por la tragedia de Amelie y la incertidumbre sobre Emma. Pero al abrir la puerta, fue recibida por Marie, cuyos ojos brillaban con lágrimas de alegría y alivio.

—¡Sophie! —exclamó Marie, abrazándola con fuerza—. ¡Tenemos noticias de Emma! Un joven nos trajo una carta suya por la tarde. ¡Ella está bien, Sophie, está bien! —gritó de alegría contagiándola con su entusiasmo.

Las palabras de Marie llenaron el corazón de Sophie de renovadas esperanzas. Durante días, su espíritu había estado sumido en la oscuridad de la incertidumbre y el temor por el destino de Emma, pero ahora, al tener noticias de ella, un rayo de luz se abrió en su corazón.

Con lágrimas de felicidad desbordándose por sus mejillas, Sophie se aferró a Marie en un abrazo lleno de gratitud y alivio. Era como si un peso se hubiera levantado de sus hombros, permitiéndole respirar con más facilidad. Juntas, entraron en la casa, donde la promesa de la carta de Emma aquietaba su alma, suavizaba su agonía y le devolvía el aire vital, ansiosa por un pronto rencuentro.

35. Sin pasado

«Aunque la mente divague entre las sombras, aún estoy atado a ti por un frágil hilo de la memoria».

Berlín, Alemania, 1918

El hospital militar donde se hallaba internado el teniente Lukas Richter se alzaba majestuoso en medio de las calles de Berlín. Era un refugio para los miles de soldados heridos que, por su condición de gravedad, no podían recibir las debidas atenciones en los hospitales de campaña. Llegar allí era el aviso del término de su carrera militar, el final de una ardua batalla, no solo física, sino que también emocional y espiritual.

En una de las habitaciones, iluminada apenas por una tenue luz que se filtraba por la ventana, yacía Lukas con el rostro pálido y marcado por las cicatrices del bombardeo. Tenía el cuerpo cubierto por vendajes, los que evidenciaban la gravedad de sus heridas. A pesar de la aparente tranquilidad que lo rodeaba, el teniente Richter luchaba contra el abismo de la inconsciencia, intentando despertar del mundo onírico del cual era preso desde hacía semanas. Su mente se hallaba perdida en un laberinto de imágenes fragmentadas que aumentaban su confusión. En las pocas ocasiones en que lograba despertar, no conseguía comprender dónde se encontraba ni por qué su cabeza permanecía en blanco. Luego, era sumido por sueños que lo mantenían prisionero en un mundo incomprensible.

De vez en cuando, Lukas sentía la presencia reconfortante de una mujer a su lado, como si fuera su ángel guardián en medio de la oscuridad. Los doctores la llamaban Ingrid. Ella parecía conocerlo profundamente, puesto que, cuando lograba despertar de las brumas de la inconsciencia, lo atendía con ternura y delicadeza, como si estuviera decidida a protegerlo. Aunque la mujer era bonita y su voz lo reconfortaba, nada en ella le resultaba familiar. Tampoco podía encontrar en su interior la huella de algún afecto más profundo hacia su persona.

A medida que pasaban las semanas, y luego los meses, los períodos de consciencia comenzaron a aumentar, lo que facilitaba la rehabilitación de su cuerpo. Tuvo que aprender a caminar, aunque al principio necesitaba el apoyo de dos muletas. Sobrevivir al bombardeo del hotel en Fismes parecía un milagro para Lukas, aunque no conservaba ningún recuerdo de ese tiempo ni de su estadía allí. Tampoco recordaba su vida como militar. Era como si todo hubiera sido borrado: su infancia, su familia, su historia. Esto lo obligaba a crear nuevos recuerdos, pero en ellos siempre percibía un vacío, una ausencia vital que no podía identificar.

—Pronto te llevaré a casa, Lukas —le dijo Ingrid durante una de sus visitas, sin poder ocultar su alegría—. Si todo sigue así, en un par de días te darán el alta.

Escuchar la noticia de su regreso a casa no removió ninguna fibra en su interior. Era como si no le importara, porque no tenía nada que extrañar. Tampoco tenía objetos personales luego del accidente, que le permitieran hilar algún recuerdo con su vida pasada. Su uniforme había quedado hecho pedazos después de que tuvieran que romperlo para poder atender las múltiples fracturas de su malherido cuerpo. Era un verdadero milagro haber sobrevivido a la muerte. Al menos, eso le decían los doctores cuando observaban su evolución.

Se limitó a asentir y se sumió en su confusión, como ya estaba acostumbrado a hacerlo,

sin saber qué le depararía el futuro ni qué haría mañana, porque ahora se había convertido en un hombre sin historia.

Cuando el vehículo se detuvo frente a la casa de Lukas, este la miró sin conseguir situarla en algún espacio de su memoria. Era una enorme propiedad de dos plantas, construida con ladrillos y rodeada de enormes árboles que le conferían una apariencia distinguida. Sin embargo, a pesar de su grandeza, la vivienda parecía ahora desolada y sombría, como si estuviera impregnada por la tristeza y la ausencia.

Ingrid abrió la puerta principal y se adentró al interior de la propiedad, quitándose el delgado abrigo para colgarlo en un perchero de madera color caoba. Lukas notó que en el interior todo era sombrío, con la madera como elemento predominante en la decoración. Aunque el suelo lucía pulido, un dejo de encierro impregnaba el ambiente, como si la casa llevara tiempo sin ser habitada.

Miró los cuadros en las paredes, y los muebles que parecían llevar demasiados años sin utilizarse, con el único fin de buscar alguna conexión con el pasado, pero nada ocurrió. No hubo destellos de imágenes perdidas que pudieran situarse en algún fragmento de su memoria. Ni siquiera el olor a encierro se le hacía familiar.

—Ven. Te enseñaré la casa —le dijo Ingrid con una sonrisa tranquilizadora—. Comenzaremos por aquí.

Lukas fue recorriendo cada una de las habitaciones, observando todos los detalles para ir aprendiendo de ella, buscando recuerdos perdidos. Algo que le indicara que creció allí. En el salón principal de la propiedad, un cuadro familiar resaltaba sobre la pared, en la que se apreciaba a una pareja con su hijo. Miró al niño con atención y se dio cuenta del parecido con él, pero no hubo recuerdos. Luego centró su atención en los adultos que lo acompañaban.

—Son tus padres, Lukas. Tu madre murió cuando todavía eras un niño —le comentó—. Cuando tu padre falleció, aún estabas en Francia y te fue imposible venir a su funeral.

El rostro de Heinrich Richter se mostraba impasible, duro, frío, y no le removió nada por dentro que le indicara algún sentimiento de afecto hacia él. La mujer, en cambio, aunque no la recordaba, le producía cierta sensación de paz en el pecho.

—Todo está muy limpio —dijo entonces para llenar el silencio sofocante que llenaba la habitación.

—Una señora asea la casa cada semana. Esta lleva meses sin ser habitada. Ahora que estás aquí, vendrá a diario a partir de mañana —le explicó mientras lo invitaba a seguirla—. Te llevaré a tu habitación. Es probable que en ella puedas encontrar alguna de las respuestas que tanto ansías.

Subieron las escaleras, despacio, ayudándose de la baranda para no caer. Aún no estaba recuperado del todo, pero sabía que era cuestión de tiempo para conseguirlo. Ingrid dobló a la derecha hasta llegar a una de las numerosas puertas que se apreciaban a su alrededor.

—Me he tomado la libertad de mirarla antes para poder indicarte cuál era la tuya. Espero que eso no te moleste —le informó, dejando entrever un ligero sonrojo en sus mejillas que no le pasó inadvertido.

—Todo lo contrario, Ingrid —la tranquilizó—. Sin tu ayuda, no sé qué habría sido de mí.

Ingrid abrió la puerta para esconder su azoro, y Lukas aprovechó de empaparse con lo que lo rodeaba, desesperado por encontrar algún rastro de su historia en aquella parte de su casa, en el refugio que de seguro fue su habitación.

Lo primero que notó fue el excesivo orden que reinaba en la estancia. La luz tenue que se

filtraba por las cortinas revelaba una habitación pulcra y bien cuidada. Las paredes, pintadas en un tono suave y neutro, estaban adornadas con pequeños retratos familiares, aunque no reconocía a ninguna de las personas que aparecían en ellas. Un mueble antiguo de madera maciza, pero bien conservado, ocupaba una esquina de la habitación, exhibiendo libros cuidadosamente colocados, algunos de ellos desgastados por el tiempo y el uso. En una pequeña mesa junto a la ventana, descansaba un viejo cuaderno de cuero, envuelto en numerosas amarras. Nada en él le otorgaba alguna información sobre sí. Luego abrió uno de los cajones y extrajo otro cuaderno que, al mirarlo, solo contenía hojas en blanco, vacías, al igual que su memoria. No había nada que indicara algo de sí allí.

Lukas se sentó en la cama y manoseó el cuaderno sin recordar, aunque le era agradable el contacto.

—Una vez me dijiste que te agradaba dibujar, pero jamás vi algún retrato hecho por ti —le informó Ingrid.

—¿Yo dibujaba? —quiso saber, extrañado.

—Eso parece —respondió encogiéndose de hombros. Luego, Ingrid se giró y caminó hacia la puerta—. Será mejor que me marche. Quizás, si estás a solas, tu memoria pueda reconstruir los recuerdos perdidos.

Lukas había estado dándole vueltas a una idea sobre ella desde hacía tiempo, pero nunca había encontrado el momento adecuado para preguntar, hasta ahora.

—Ingrid —dijo de pronto, haciendo que ella se girara para mirarlo a los ojos—. Tú y yo, ¿fuimos algo en el pasado?

Ella tragó saliva con dificultad, como pensando qué decir, o hasta dónde revelar. A Lukas no le pasó desapercibido el velo de dolor que nubló su mirada.

—Sí, Lukas. Nosotros fuimos novios.

36. Libertad

«El espíritu es libre, no conoce fronteras en el interior del hombre».

Fismes, Francia, 1918

Marie se encontraba arrodillada en la tierra, sintiendo la frescura de la mañana mientras recogía con cuidado los escasos alimentos que su pequeño huerto había producido. De pronto, fue consciente del estado de sus manos, las que estaban ásperas y agrietadas, fruto de un invierno hostil y del trabajo constante con las herramientas y la tierra. A pesar de su tosquedad, sus manos se movían con suavidad y destreza entre las plantas, como si fuese una extensión de esa tierra que brindaba no solo frutos, sino también esperanzas.

A su alrededor, el silencio de la mañana se vio interrumpido por el sonido de un vehículo, lo que la impulsó a abandonar la tarea y a correr hacia la casa junto a su abuela y hermana menor. Marie sintió su pecho sacudirse por la emoción al ver a Emma caminando hacia ella, acompañada del mismo joven que le había traído su carta aquella vez y que había estado ayudándola dentro de la prisión.

—¿Emma? ¡Emma! —gritó hasta fundirse en un abrazo que desató toda su angustia en forma de lágrimas.

Su hermana por fin estaba en casa, a salvo, libre de las garras de la prisión. Mientras la abrazaba, Marie pudo sentir su delgadez, la fragilidad de su cuerpo, su respirar cansado por causa de una fatiga que se prolongó por demasiado tiempo. Si no hubiese sido por el hombre que la acompañaba, dudaba haberla podido recuperar.

—Marie, ya estoy en casa —dijo ella tomando su rostro entre sus manos y besándole la frente—. Ya no llores más, hermana. Estamos juntas otra vez.

—¡Oh, Emma! —sollozó incapaz de dejar de llorar—. Nos has hecho tanta falta.

—Lo sé, pero ya estoy aquí.

Marie asintió y se limpió las mejillas con la manga de su vestido. Luego miró a Jean-Luc y lo sorprendió con un abrazo que lo hizo enrojecer.

—Gracias, *monsieur*, por lo que ha hecho por mi hermana. ¡A usted le debemos todo!

—Nada de eso —respondió avergonzado—. Soy yo el que siempre estará en deuda con esta mujer.

Marie lo miró con veneración, como si fuese un ángel venido del cielo para ayudar a su familia a unirse otra vez.

—Vamos, entremos en casa para darle la noticia a la *mémé* y a Alicia —les dijo Marie.

—Yo debo regresar —se disculpó Jean-Luc, sacando un papel de su bolsillo y tendiéndoselo a Emma—. Esta es mi dirección. Si necesitan cualquier cosa, ya saben dónde encontrarme.

—¡Oh, Jean-Luc! —dijo Emma abrazándolo con los ojos anegados—. Gracias por todo, por devolverme a mi familia y por ayudarme a soportar el martirio de mi encierro.

—Ha sido un verdadero placer, *mademoiselle*.

El joven se marchó y Marie abrazó a su hermana, ansiosa por atenderla y por pasar tiempo con ella. La extrañaba tanto que llegó a pensar que no podría seguir adelante sin su

presencia.

La abuela dejó caer una taza al suelo cuando la vio dentro de la casa, y se llevó las manos a la boca, ahogando un sollozo.

—¡Mi niña, mi Emma! —gritó abrazándola con fuerza—. ¡Qué te han hecho, cariño! Oh, por Dios, mi Emma. ¡Qué te han hecho!

—Estoy bien, *mémé*. Jean-Luc me cuidó todo el tiempo. No llores por favor —rogó cuando la mujer estalló en un llanto agónico que surgía desde lo más hondo de su ser. Todo el cuerpo de la anciana se sacudía en profundos espasmos, que Emma apenas si podía contener en su abrazo. Marie puso una mano sobre el hombro de su abuela en señal de apoyo.

—Estás tan delgada —dijo la mujer, posando sus manos en las mejillas de Emma—. ¿Te han hecho daño?

—No, *mémé* —la tranquilizó—. Estoy bien.

—¡Emma! —gritó Alice vestida con su pijama—. ¡Has regresado!

Marie observó a su hermana menor abrazarse contra el cuerpo de Emma con tanta fuerza que casi la hace perder el equilibrio por el impacto.

—Mi hermosa niña —dijo Emma besando la cabeza de Alice—. Ya estamos juntas otra vez.

El reencuentro hizo que, por un instante, se olvidaran del hambre que acechaba sus estómagos, de la fatiga que pesaba en sus cuerpos y de los estragos que la guerra había dejado en su entorno. En ese breve lapso donde se fundían como una sola entidad, solo existía la calidez del abrazo fraternal, la alegría compartida y la sensación reconfortante de estar juntas otra vez.

Luego de llegar a casa, Emma durmió durante todo el día, como si el peso del agotamiento acumulado durante los cuatro años de guerra hubiera caído de repente sobre sus hombros, aplastándola con su insoportable carga. Se sentía aliviada de estar allí, junto a los suyos, pero eso no evitó que fuera víctima de una fatiga tan monumental que le impedía hasta levantarse. Solo ansiaba sumirse en las brumas de la inconsciencia y no pensar. La imagen de Lukas se filtraba con fuerza en sus elucubraciones, reconfortándola y, a la vez, haciéndole sangrar hasta el alma por no saber de él. Lo más probable era que estuviese muerto, pero su corazón se negaba a creerlo así. Muy en el fondo, Emma sabía que vivía, y que tarde o temprano se volverían a encontrar.

Por la noche, sintió a Marie entrar en la habitación y acomodarse en su cama, como solían hacer cuando eran unas niñas. Alicia llevaba varios días durmiendo con la abuela para hacerle compañía, lo que les facilitaría poder hablar a solas. Emma necesitaba desnudar su corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó Marie mientras le acariciaba la cabeza.

—Fue horrible, Marie —se sinceró cerrando los ojos y botando el aire en una exhalación profunda—. Todos los días me interrogaban, me amenazaban y me castigaban sin agua y sin comida. Si no hubiese sido por Jean-Luc, no lo habría soportado.

—¡Dios mío, Emma! ¡Qué difícil debió ser para ti!

—Nunca reconocí que conocía a Lukas. Eso habría sido mi sentencia de muerte.

—Has hecho bien —confirmó Marie.

—Jean-Luc fue mi salvación. Él me encontró allí y me ayudó de todas las maneras que pudo. Me protegió, me trajo comida cuando podía y me dio fuerzas para seguir adelante. Jamás en la vida había sentido tanto miedo ni tanto agradecimiento por alguien.

Emma sintió el abrazo reconfortante de su hermana mientras ella vaciaba todos sus

padecimientos fuera de su cuerpo, como si con aquello pudiera desprenderse de los malos recuerdos.

—Fue Amelie quien te denunció —le informó de pronto Marie.

—¿Amelie? —Frunció el ceño al constatar que sus sospechas no iban tan desencaminadas—. ¿Cómo lo ha sabido ella?

—Sophie se dio cuenta de que ella te había acusado, y tuvieron una calurosa discusión cuando la confrontó. Amelie estaba celosa de ti, y esa envidia la llevó a denunciarte, luego de ser testigo de unos de tus encuentros con él, cerca de aquí.

—¡Eso es terrible! —dijo sin comprender el porqué de tanta maldad—. Siempre quise lo mejor para ella, y no logro entender por qué me hizo daño.

—Porque tenías a alguien bueno contigo, en cambio, ella no.

—Será mejor que se cuide de mí, porque esta vez no seré benevolente con ella.

—Emma —dijo su hermana en un tono que predecía a una mala noticia—. El destino ya se ha encargado de hacerte justicia.

—¿A qué te refieres?

—Poco después de que te apresaran, la mataron de un disparo fuera de su casa —le informó sin rastro de tristeza en la voz—. Amelie está muerta, y tuvo el final que se merecía por lo que te hizo.

Emma pudo reconocer en las palabras de Marie todo el odio que albergaba su hermana hacia la mujer que alguna vez fue su amiga. Aunque su corazón parecía haberse endurecido por su causa, sintió una punzada de pesar, una mezcla de dolor y nostalgia que se agolpaba en su pecho al conocer su horrible final. Sin embargo, la idea de llorar o rezar por su alma apenas cruzó por su mente, como si hubiera perdido la capacidad de empatizar por ella luego de su horrible calvario en prisión.

Emma miró a su hermana con determinación, decidida a compartir lo que ahora consideraba una bendición, el fruto de un amor que se negaba a desvanecerse a pesar de las circunstancias que la separaban de Lukas.

—Marie, tengo algo que contarte —dijo tragando saliva y anclando su mirada a la de ella—. Creo que estoy esperando un hijo de Lukas.

—¡Oh, Emma! —exclamó dándole un abrazo que ella correspondió, sintiéndose acogida y reconfortada por la noticia—. ¡Eso es maravilloso!

—Yo también lo creo así —dijo antes de regalarle una sonrisa alegre a su hermana, porque se sentía dichosa de llevar el hijo del hombre que amaba dentro de su cuerpo.

Cuando Emma pensaba en ese niño, su corazón se llenaba de dicha. Lukas le había dado el mejor de los regalos que una mujer podía recibir y albergar dentro de sí, pese a las circunstancias de la guerra. Se sentía plena, aunque desconocía el destino de Lukas, de lo duro que sería enfrentar un futuro sin un padre para criar a ese niño y de la incertidumbre que ensombrecía cada día cuando despertaba. Para Emma, eso no sería un obstáculo, porque su embarazo era el resultado del más puro amor que podía existir entre un hombre y una mujer. Era el símbolo de la esperanza, el de tener a alguien por quien salir adelante, y por quien luchar en medio de tanta adversidad.

37. Regreso a casa

«A pesar del cansancio, cada paso que te lleva a casa enciende el corazón con la luz de la esperanza».

Fismes, Francia, 1919

Seis meses después del fin de la guerra

El Armisticio de Compiègne, firmado el 11 de noviembre de 1918 en Francia, marcó el cese de las hostilidades y detuvo las acciones bélicas en la Primera Guerra Mundial. Seis meses habían transcurrido desde aquel suceso que marcaría un antes y un después en la historia de la humanidad. El anuncio no solo se difundió a través de los periódicos locales, sino también mediante el resonar de las campanas de las iglesias, cuyo sonido reverberó por toda la nación, tocando los corazones de las personas. Atrás quedarían el constante ruido de los bombardeos, las balas silbando y el rugido de los aviones, para ceder el paso al sonido de la paz, una paz que tardaría tiempo en habitar en la ciudad, pero que se acogería con ansiado anhelo, como una luz de esperanza que permitía pensar en el mañana.

Fismes comenzó a retomar poco a poco su ritmo habitual. Los alemanes iniciaron su retirada, devolviendo las tierras a sus legítimos dueños. Las calles, que antes resonaban con el estruendo de los bombardeos y el lamento de las batallas, ahora estaban llenas de actividad y esperanza. Los escombros eran reemplazados por nuevas construcciones, y el aire estaba impregnado de un sentido de alivio y renovación.

Gerald volvía a casa, luego de que se resolvieran una serie de razones logísticas que impedían un retorno más rápido de los soldados. Este caminaba por las calles conocidas de su ciudad natal con el corazón lleno de emociones encontradas. Había dejado atrás el campo de batalla, pero aún llevaba las cicatrices físicas y emocionales de la guerra tatuadas en su memoria. La noticia de que el conflicto había terminado había sido recibida con alivio por todos. Incluso llegó a creer que ese momento jamás llegaría, pero ahora, mientras avanzaba vistiéndolo su uniforme desgastado y demasiado grande para un cuerpo que se había consumido casi por completo, podía respirar con alivio, sin la opresión ni el miedo acechando como una sombra permanente en su vida.

Pese al cansancio y las enormes distancias que llevaba recorriendo a pie, se obligó a continuar, motivado por el deseo de reunirse con su familia. Casi no había tenido noticias de sus hermanas y abuela mientras estuvo en el frente, pero confiaba en que estas estuvieran bien. Las extrañaba.

Cuando visualizó la casa familiar, Gerald sintió un nudo en la garganta. Había imaginado este momento durante meses, pero ahora que estaba frente a la puerta, se sentía abrumado, incluso más que la vez anterior cuando el teniente Richter lo había llevado a casa luego de sacarlo de su cautiverio. Aún albergaba cientos de sentimientos encontrados hacia su persona. Debería sentirse agradecido, pero cuando pensaba en él, no veía más que al enemigo.

Abrió la cerca y avanzó hacia la puerta, pero no alcanzó a golpearla con los puños, porque justo en ese momento la *mémé* se asomó para barrer la entrada, y cuando lo vio, sus ojos se iluminaron por causa de una felicidad que apenas si pudo contener.

—¡Gerald, hijo mío, has vuelto! —exclamó la abuela, abrazándolo con fuerza.

Gerald devolvió el abrazo con ternura, sintiéndose alegre de volver a casa y de poder refugiarse bajo esos brazos que le otorgaron siempre protección maternal.

—Hola, *mémé* —la saludó disfrutando de su calor corporal—. Esta vez he llegado para quedarme.

Su abuela lo llenó de besos en el rostro y en la cabeza, como si quisiera compensar todas esas noches en que no pudo hacerlo debido a su ausencia. Luego, cuando la *mémé* lo liberó y lo hizo entrar, avanzó hasta la sala principal donde el olor familiar de la casa lo envolvió, calentando su corazón fatigado de tanta muerte y destrucción. A la primera que vio fue a Marie, quien corrió hacia él con los brazos abiertos y con una sonrisa radiante iluminando su rostro. Sus ojos brillaban por causa de la emoción al abrazarlo con fuerza.

—¡Gerald! ¡Por fin estás aquí! —exclamó sin contener su dicha.

—Ya estoy en casa, Marie —le respondió acariciando su espalda con fraternal afecto.

—¡Mira, Alice! —la llamó cuando rompió el abrazo—. ¡Nuestro hermano ya está en casa!

Pero Alice se paralizó al verlo, mirándolo con cautela, como si no lo reconociera. Gerald notó que ella lo observaba con una expresión de temor apenas disimulado en sus ojos. Su semblante, por lo general animado durante los años previos a la guerra, estaba ahora teñido de desconfianza mientras lo estudiaba como si fuera un extraño.

—Está bien —dijo Gerald para tranquilizarla—. Lleva mucho tiempo sin verme.

Gerald se sentó en el sofá, agotado, con hambre y sed, y con deseos de dormir durante una semana sin interrupción. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que nada en aquella casa había cambiado. Todo estaba como la última vez. La *mémé* se había dirigido a la cocina para prepararle algún bocado con el que silenciar el sonido de su estómago, y Marie se sentó a su lado, ansiosa por llenarlo de preguntas. La conocía bien. Alice no se movió de su lugar bajo el quicio de la puerta.

—¿Y Emma? —preguntó al notar que su hermana no había aparecido todavía—. ¿Está en el hospital?

Marie lo miró con cautela y luego negó con la cabeza.

—Está en la habitación. Ve con ella.

—¿Está enferma? —preguntó con tono preocupado, desviando la mirada hacia Marie, pero el sonido de un bebé lo alertó de que algo estaba sucediendo en la habitación contigua.

Gerald se puso de pie y avanzó hacia la habitación mientras tragaba saliva con nerviosismo, presintiendo lo que encontraría en ella, y cuando sus ojos se encontraron con los de Emma, un dolor agudo se le instaló en el pecho.

Emma estaba sentada en su cama, sosteniendo en brazos a un pequeño bebé. Cuando su mirada se encontró con la suya, su rostro se iluminó.

—¡Hermano! —dijo Emma con una sonrisa, pero la expresión de Gerald, oscurecida por las emociones encontradas que surgieron dentro de sí, la hicieron comportarse con cautela.

—¿Qué es esto? —preguntó Gerald, apenas en un susurro.

El niño dormía entre sus brazos, acunado contra su pecho. Gerald lo miró con recelo, y pudo observar que este tenía el cabello tan rubio como el que debía ser su padre.

Emma bajó la mirada, sintiendo el peso de su juicio sobre sus hombros. Él pudo notarlo.

—Es mi hijo. Su nombre es Jules —respondió con voz suave para no despertarlo—. Es el hijo de Lukas.

Las palabras resonaron en la habitación como si fuese un disparo, a pesar de haber sido

dichas con suavidad, y un silencio tenso se apoderó del lugar. Gerald se dejó caer sentado en la otra cama, sintiendo una mezcla de incredulidad y dolor.

—El hijo de un teniente alemán vive en nuestra casa —susurró Gerald, dejando escapar un suspiro que expresaba todo su padecimiento—. ¿Cómo pudiste, Emma?

—Lo amo. Amo a Lukas y este hijo es el fruto de nuestro amor.

—¿Cómo puedes amarlo! —gritó, haciendo que el niño se removiera inquieto en los brazos de su hermana—. ¿Sabes cuántos hombres murieron por causa de los alemanes? ¿Te haces una idea de la cantidad de amigos que vi morir por sus manos?

—No todos son malos, Gerald. Lukas cumplía órdenes, como también lo hacías tú.

—¿No es lo mismo, Emma! —dijo poniéndose de pie y paseándose de un lado a otro con nerviosismo—. Yo defendía a mi país. ¡Él era un invasor, el enemigo!

—¿Pues ese enemigo te salvó la vida, y también me la salvó a mí! Te guste o no admitirlo, ¡es así! —lo defendió con uñas y dientes, desafiante, envolviendo a su hijo en un abrazo protector.

Gerald sentía una opresión en el pecho que apenas si le dejaba respirar. Sabía que su hermana tenía razón, pero no era capaz de aceptarlo. No comprendía ese amor tan ciego que ella albergaba por un teniente alemán, un hombre que representaba todo aquello que él odiaba.

Tomó aire y se obligó a serenarse, y luego la miró.

—¿Dónde está él ahora? —quiso saber, insinuando con el tono de sus palabras que él la había abandonado—. ¿Qué fue del padre de tu hijo? Porque te aseguro que, ahora que los alemanes ya han regresado a casa, se ha olvidado de ti.

Gerald vislumbró la sombra del dolor en los ojos de Emma, y por un instante fue presa del remordimiento. Sin embargo, no reculó.

—Hace más de un año hubo un bombardeo en el hotel donde se hospedaba Lukas, y desde entonces, no he sabido nada de él.

—Está muerto.

—¿No! —exclamó Emma con firmeza, como si se negara a asumir aquella verdad—. Puede que esté herido, o que haya perdido la memoria, como solía pasarle con frecuencia, pero no está muerto. Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? —quiso saber él.

—Porque lo siento aquí, en mi pecho —dijo llevándose la mano al corazón.

Gerald asintió, incapaz de mirar al niño otra vez. Sabía que la criatura no tenía la culpa, pero para él representaba casi lo mismo que su padre. La sangre enemiga se había infiltrado en su hogar, y ya no podía mirar a Emma con los mismos ojos. Una parte de sí era incapaz de perdonarla.

Abandonó la habitación, aturdido por los nuevos acontecimientos. El regreso a casa había traído consigo una nueva realidad que no estaba preparado para enfrentar. A medida que procesaba la información, sabía que tendría que encontrar la manera de aceptar lo que había sucedido y seguir adelante, pero el camino hacia el perdón sería largo y difícil.

38. Sin olvido

«La memoria es el cofre donde guardamos nuestro pasado».

Berlín, Alemania, 1920

Lukas Richter se encontraba a solas en su casa, envuelto en el silencio reconfortante de su despacho, donde su mano realizaba trazos perfectos que daban vida a su dibujo. Sin embargo, mientras sus manos hábiles trazaban líneas y sombras, una figura recurrente que se resistía a tomar forma emergía en sus pensamientos. Una mujer cuya imagen se desvanecía entre los trazos de carboncillo, antes de que pudiera capturarla por completo. Siempre era la misma mujer, pero jamás podía dar con las facciones perfectas para ella. Sentado frente a su caballete, se sumergía en la tarea de plasmar las expresiones de los rostros que dibujaba, en la laboriosa tarea de dar con lo que buscaba.

A pesar de su habilidad como artista, Lukas se sentía impotente frente a la fragilidad de su memoria. No importaba cuánto se esforzara en encontrar los rasgos perfectos. La imagen de esa mujer se desvanecía como un sueño al despertar.

Lukas escuchó los pasos de la mujer que limpiaba la casa en el primer piso, seguidos por el sonido de la puerta al abrirse. Ingrid había llegado junto a su marido, un médico que lo había estado atendiendo desde que su vida comenzara de nuevo, a partir del primer recuerdo que tuvo, cuando despertó en el hospital militar. Se había cansado de intentar encontrar momentos del ayer. Por más que se esforzaba, nada daba con algo que pudiera hilar su vida con acontecimientos pasados, salvo la insistente necesidad de dibujar a la mujer sin rostro, aquella que insistía en dominar su mano, anulando su voluntad, para retratarse a gusto. A la chica la llamaba «Schöne Frau» porque sentía que era una mujer hermosa, aunque no pudiera captar su esencia, aunque no pudiera recordarla. No obstante, sabía que era real, el único hilo conductor que lo ataba a su antigua vida.

A partir de aquel primer día de recuerdos, su memoria permanecía firme, imborrable, aferrada a llenar los espacios con nuevas experiencias, aunque siempre se quedaba con la sensación de que estas eran demasiado escasas como para llenar los huecos en blanco.

—Herr Richter —dijo la mujer luego de dar dos golpes en la puerta de su despacho—. Ya llegó el médico con su esposa.

—Bajo de inmediato —respondió sin quitarle los ojos al papel, donde, una vez más, se apreciaba un rostro que no era el que buscaba.

Un rostro con una boca demasiado pequeña, sin ojos ni cejas. Un rostro que pedía a gritos ser dibujado, pero que no encontraba la manera de mostrarse tal cual era.

Cuando soltó el carboncillo y se puso de pie, Lukas sintió una oleada familiar de frustración que le invadió por completo. Era una sensación que conocía demasiado bien, una compañera constante en su búsqueda incansable por encontrar eso que tanto buscaba. Se sentía como si estuviera atrapado en un laberinto sin salida, persiguiendo una imagen perfecta que siempre parecía estar fuera de su alcance.

Miró el retrato y sus dedos se crisparon con la necesidad de volver a tomar el carboncillo y corregir cada línea, cada sombra que no estaba a la altura de su visión. Sin embargo, decidió

dejarlo para después.

Abandonó la habitación y se restregó los ojos con los dedos por el cansancio.

—Lukas, amigo mío, ¿estás seguro de que aún recuerdas cómo es la luz del sol? —dijo el médico cuando lo vio aparecer por las escaleras.

—¡Oh, Müller! ¿Qué puedo decir? La luz del sol es una distracción cuando tienes algo entre manos.

—¡Tienes razón! Pero no olvides que la luz del sol también es buena para la salud. Deberías tomar un descanso y disfrutar un poco del aire fresco —sugirió mientras le daba unas palmaditas amistosas en el hombro.

—Lo tendré en cuenta. —Lukas saludó a Ingrid con un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás, querida?

—Bien, Lukas, y no le hagas caso a tu médico, que tu arte no tiene precio —bromeó.

—Traidora —le dijo su marido mientras la abrazaba.

Ingrid rio y Lukas los invitó a tomar asiento en el salón.

—Hablando en serio, amigo —dijo el hombre—. No dejes que tu arte te haga olvidar de vivir la vida. Después de todo, ¿qué sería del mundo sin un poco de distracción?

Lukas se encogió de hombros y le sonrió.

—Creo que ha llegado el momento de marchar. La situación aquí está complicada, sobre todo para mí, que quiero vivir de mi arte.

—¿Te has decidido ya? —quiso saber Ingrid con preocupación.

Lukas asintió y se apoyó en el respaldo del sofá.

—Venderé esta casa y me iré a Suiza. Allá es un buen lugar para alguien como yo, que no recuerda su pasado ni quiere saber nada de política —se explicó, seguro de lo que decía—. Llevo tiempo buscando respuestas y aquí no las encontraré.

—Es una excelente idea, amigo —admitió Müller—. Y en cuanto a la venta de esta casa, podríamos comprarla nosotros. Así, te aseguras de que estará en buenas manos.

Lukas asintió, convencido de que ese era su destino. Quería alejarse de las cicatrices que la guerra había dejado en su tierra natal. Cada trazo de su pincel, cada línea en sus dibujos parecía estar impregnada de la historia turbulenta de su país, y necesitaba hacer un cambio. La posibilidad de vivir en un país neutral, sin el peso de los recientes conflictos, lo hacían vislumbrar una nueva oportunidad; una vida donde su arte pudiera florecer sin ser juzgado por su origen o sus tendencias políticas. Un refugio donde la creatividad pudiera fluir libremente, sin las sombras del pasado oscureciendo cada obra.

Cuando sus amigos se marcharon, Lukas regresó a su refugio y retomó la tarea con el carboncillo. En ese espacio creaba sin restricciones, en total libertad. Miró la silueta femenina dibujada en el papel, perfecta, ansiosa por que él terminara lo que había iniciado antes, pero algo en la representación de los labios no estaba del todo bien. Lukas lo sintió en su interior, un pequeño desajuste que necesitaba ser corregido para capturar la verdadera esencia de la mujer en el papel.

Con un movimiento preciso, borró su boca, eliminando cualquier rastro de imperfección. Luego puso en marcha el movimiento de su muñeca con suavidad, realizando trazos perfectos. Algo en su interior le indicaba que ahora sí que daría con la curva y el tamaño indicado para ese labio superior que parecía pedir a gritos que lo retratara. «Más gruesos», pensó de repente, como si una voz interior le susurrara la solución a su dilema. Con determinación, Lukas trazó líneas suaves pero seguras sobre el papel, y mientras dibujaba, podía sentir que iba por el camino

correcto. Había encontrado la curva y el tamaño adecuados para los labios, el superior y el inferior, que habían estado eludiéndolo durante meses, una representación fiel de la belleza que sabía guardaba dentro de sí, en algún rincón de su memoria.

Satisfecho con el resultado, y con una emoción que lo hizo casi gritar de alegría, admiró su descubrimiento y luego hizo lo mismo con cada uno de los dibujos que tenía guardado en uno de los cajones del mueble. Todos ellos tenían representada a la misma mujer sin rostro, con el cabello tomado o con las hebras bailando libremente al viento. A cada uno de sus dibujos le agregó los labios perfectos, únicos y precisos. Esta vez, sí que eran los correctos. Y mientras dibujaba, su corazón parecía aletear con frenesí dentro de su pecho, inundándolo de una especie de euforia y alegría que no recordaba haber experimentado antes, como si finalmente hubiera encontrado la pieza que había estado buscando, la clave para desbloquear su mente y liberar los recuerdos escondidos como si fueran secretos guardados con celo en su interior.

—*Schöne Frau* —susurró, emocionado.

39. Afectos inevitables

«Aunque uno se niegue, el cariño siempre encuentra su camino».

Fismes, Francia, 1920

Emma elevó su rostro al sol y cerró los ojos para sentir su calidez sobre la piel. El verano era su estación favorita, ya que el entorno se volvía colorido y la luz del día parecía brillar con mayor intensidad que en otras ocasiones. Su hijo Jules llevaba dos semanas caminando por sí mismo, y sus pasos despertaban sonrisas, así como también algunos gritos de alerta cuando parecía estar a punto de caer. Aunque apenas pronunciaba palabras, solía balbucear con una energía inagotable. Su presencia había llenado el hogar de alegría, disipando los oscuros recuerdos de la guerra con su inocencia.

Emma sonrió cuando lo vio caminar tomado de la mano de Alice fuera del establo. La luz del sol resaltaba su cabello rubio como hilos de oro, y sus ojos azules destellaban con diversión ante cada descubrimiento que hacía durante sus exploraciones. «Si tan solo pudieras ver lo hermoso que es», pensó Emma cuando Jules soltó un chillido de felicidad. Ella no dejaba de impresionarse por el inmenso parecido que el niño guardaba con Lukas.

—*Maman* —la saludó Jules con la mano en alto.

—Ve, cariño, busca una flor para la *mémé*.

El niño comprendió la orden, destinándole una sonrisa tan similar a las que le regalaba Lukas, que el corazón se le encogió en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas.

A lo lejos, divisó a Gerald junto al ganado, observando a Jules con recelo. Emma podía apreciar en su mirada el conflicto emocional que libraba por dentro, en su necesidad de poder ceder ante él y su inocencia, pero era tal su tormento que no era capaz. Su hijo seguía siendo para Gerald el fruto de un amor prohibido, un recordatorio constante de todo contra lo que luchó para liberar a su país de las garras del enemigo. Emma se entristecía al pensar en ello. Su hermano jamás había tomado a Jules en brazos, tampoco interactuaba con él. Gerald se limitaba a observarlo en silencio, intentando mostrarse indiferente ante sus acciones, pero Emma podía leer en sus ojos el padecimiento interior que se desataba como si fuese un temporal, ahogándolo por los remordimientos, a punto de quebrantar su espíritu.

—Dale tiempo —le susurró Marie a su lado—. Es imposible que Jules no robe su corazón.

—Ha sido muy difícil para Gerald.

—Lo sé, Emma, pero el tiempo tiene el poder de sanar las heridas más profundas. Gerald solo necesita encontrar la manera de dejar atrás el pasado y abrir su corazón al amor que Jules tiene para ofrecerle.

Emma asintió con gesto pensativo mientras posaba sus ojos en la figura distante de su hermano entre el ganado. Sabía que Marie tenía razón, pero el pasado y las cicatrices de la guerra eran difíciles de superar, sobre todo para él.

—Espero que eso suceda pronto —dijo Emma sin poder ocultar su tristeza—. Jules merece conocer el amor y la ternura de su tío, y Gerald necesita perdonar.

Marie le besó la cabeza mientras le daba un abrazo, y luego le preguntó con tono más

ligero:

—¿Vas al hospital hoy?

—Sí. ¿Podrías cuidarlo por mí? —solicitó con ternura, y Marie sonrió.

—Eso ni lo preguntes. Es el niño más hermoso y entretenido del mundo.

Jules avanzó hacia donde se encontraba Gerald, pero este, al percatarse de que lo estaban observando, le dio la espalda y lo ignoró.

—Es un estúpido. ¡Me estoy cansando de su actitud! —soltó Marie de pronto.

Emma levantó las cejas, sorprendida ante la inesperada revelación de su hermana.

—Acabas de pedirme que le tenga paciencia, ¿y ahora lo tratas así? —dijo Emma entre risas ante su actitud contradictoria.

—Lo digo para consolarte, porque sé que te afecta el cómo ignora al niño, pero la verdad es que me dan ganas de hacerlo reaccionar a golpes. —Emma meneó la cabeza de un lado a otro, divertida con las ocurrencias de su hermana.

Marie se metió dentro de la casa, y ella aprovechó para observar los progresos que la pequeña granja familiar había tenido desde que la guerra finalizó. Los meses posteriores no fueron nada fáciles; por ello, decidieron comenzar con unas pocas vacas que les permitieran alimentar a la familia y generar ingresos adicionales mediante la venta de productos lácteos. Gerald era hábil para los negocios y trabajó duro para sacar adelante el proyecto. Luego, cuando las cosas fueron un poco mejor, ampliaron el establo para albergar a un número mayor de animales, y dedicaron tiempo al cuidado del ganado. A medida que pasaban los meses, la granja comenzó a florecer. Las vacas prosperaron gracias al pasto fresco de los campos, proporcionando leche y carne para la mesa de la familia.

Jules se dirigió hacia Emma junto a Alice, entre risas, llenando el aire con su alegría infantil. Gerald, por su parte, parecía haberse olvidado de su presencia allí, y continuó en lo suyo. Su hijo extendió los brazos hacia ella, deseoso de ser alzado. Emma lo levantó y le besó las mejillas, regocijándose en su aroma. En sus pequeñas manos, Jules sostenía una flor silvestre, un pequeño tesoro que había encontrado en el jardín. Emma apoyó sus labios sobre la frente del niño y entró en la casa, ajena a lo que la rodeaba, sin percatarse de la mirada cargada de emociones que Gerald les destinó.

Gerald se encontraba en el campo movilizándolo los fardos de heno con esfuerzo, pero satisfecho con todo lo que había avanzado ese día. Se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa, y luego descansó ambas manos sobre sus caderas mientras divisaba a Marie acercándosele con el niño en brazos. De inmediato su cuerpo se envaró, como si apenas pudiera soportar tenerlo cerca.

—Gerald, ¿no crees que podrías tomarte un momento para pasar tiempo con Jules?

Las palabras de su hermana lo pillaron por completo desprevenido, pero se limitó a fruncir el ceño y a ignorarla.

—Estoy ocupado, Marie. Tengo mucho que hacer aquí.

—Pues te aviso que hoy voy a salir con Pierre, y que me es imposible cuidarlo, al menos, durante dos horas.

Al escucharla, Gerald la miró con los ojos engrandecidos por el miedo. Dejó en el suelo el fardo que sostenía sobre su hombro y observó a su hermana que lo miraba en actitud desafiante, retándolo a protestar. Se recompuso rápido y miró al niño, cuya expresión era cautelosa.

—Lo siento, pero no puedo. ¿Por qué no le pides a Alice?

—Porque ella está ocupada en otra cosa con la abuela.

—Vamos, Marie —dijo pasándose las manos sobre la cabeza con nerviosismo—. Sabes que no sé nada sobre niños.

—Pues ya va siendo hora de que aprendas, porque Jules también es tu sobrino.

Marie bajó al niño y luego se marchó, dejándolo a solas con él. Jules lo miró, reacio a moverse, decidiendo si seguía a su tía o se quedaba junto a él.

—¡No lo dejes, Marie, porque yo no me haré cargo de él! —le gritó a su hermana, desesperado, pero ella se limitó a levantar la mano sin voltearse, indicándole con ese gesto que no era su problema.

Jules se sentó en el suelo y cogió una piedra para echársela a la boca.

—¡No! —exclamó más fuerte de lo que debía, haciendo que el niño estuviera a punto de romperse a llorar—. ¡No debes comer eso!

Esta vez, intentó ser más suave, pero Jules continuaba mirándolo con cautela, como si le temiera, igual como lo hacía Alice cuando regresó del frente. Su hermana había tardado en recuperar la confianza en él, pero al final los lazos se habían estrechado. Para Gerald, eso fue más fácil de sobrellevar, pero con Jules las cosas eran distintas. Cuando lo miraba, no veía a un niño francés cualquiera, sino a un alemán, aunque fuera el hijo de su hermana. En su inocencia, Jules ignoraba la distinción entre el bien y el mal.

Gerald se quedó paralizado sin saber qué hacer. El niño se levantó y se alejó de él, obligándolo a seguirlo para evitar que se lastimara. Este se cayó varias veces, pero no lloró. Cuando lo hacía, se levantaba, sacudía sus manos chocando sus palmas y le regalaba una sonrisa que acompañaba con un balbuceo ininteligible. Aquellas muestras de confianza por parte del niño, inmerecidas por lo demás, de alguna manera amortiguaban sus emociones, aunque no era capaz de bajar sus defensas. Así se sentía él, como si debiera estar siempre en estado de alerta, atento al peligro, pero ¿qué peligro podía significarle un niño que apenas si sabía caminar?

Gerald miró al cielo y sintió la angustia crecer en su pecho, puesto que la hora avanzaba y él, por las nuevas circunstancias, tuvo que postergar el trabajo para evitar que el niño se metiera donde no debía. Pero cuando verdaderamente su corazón se estremeció, fue cuando Jules le cogió la mano para caminar a su lado, ignorante de las turbulentas emociones que aquel contacto despertaba en su interior. Fue como una sacudida violenta que lo despojó de sus reservas, al menos en parte, porque la tibieza de su pequeña mano era como una caricia que tenía el poder de enternecer su corazón herido en el orgullo.

—*Ba ba* —balbuceó Jules elevando los brazos para que lo alzara, a la espera de que aliviara el cansancio de sus pequeñas piernas.

Gerald miró de un lado a otro, buscando con gesto desesperado a alguien que pudiera liberarlo de su miedo. Sin embargo, no había nadie que pudiera socorrerlo de la pequeña criatura que se alzaba amenazante frente a él.

—*Ba ba* —insistió el niño otra vez.

Gerald suspiró, se inclinó hacia adelante y lo levantó, sintiendo cómo Jules se acomodaba confiado contra su cuerpo, y apoyaba la cabeza sobre su hombro mientras cerraba los ojos debido al cansancio.

La sensación de tener al niño acunado contra su pecho lo hizo estallar en lágrimas, liberando la angustia que había retenido dentro de él durante demasiado tiempo. Cuánto había odiado lo que ese niño representaba, y cuánto lo reconfortaba con su fragilidad infantil y la confianza ciega depositada en él, un hombre que no había hecho más que apartarlo de su vida como si no existiera, como si su vida no fuera valiosa.

Se dejó caer al suelo y acunó al niño contra su pecho, rogando por ser perdonado. Sintió renacer en su alma un amor tan inmenso que no pudo contenerlo dentro, que se liberó en forma de lágrimas; un amor conmovedor y sanador al mismo tiempo. Jules se había dormido entre sus brazos, y Gerald se sorprendió ante el profundo deseo de protegerlo que brotaba de su interior, porque ya no veía en él al enemigo, sino que a una parte de sí que debía atesorar con su vida.

Lloró durante horas, inconsolable, hasta que la silueta de su hermana Emma se inclinó a su lado, sonriéndole con ternura y con el rostro bañado por las lágrimas mientras él imploraba por su perdón.

40. La noticia

«Cuando pienso en ti, el amanecer sigue siendo posible».

Fismes, Francia, 1925

En la granja de los Bernier, los días de verano se hallaban en retirada. Las hojas comenzaban a teñirse con hermosos tonos anaranjados y rojos, anunciando la pronta llegada del otoño. Sin embargo, a diferencia de los tiempos donde la leña faltaba y el hambre habitaba en sus estómagos, ahora reinaba una atmósfera de calma y preparación dentro de la casa familiar de los Bernier. Los estantes estaban repletos de conservas, los alimentos abundaban en el huerto y las reservas para alimentar a los animales se encontraban a buen resguardo.

Marie se había casado con Pierre hacía cuatro meses y ahora residían en una acogedora casa a pocos metros de la suya. Alice se encargaba de cuidar a Jules mientras Emma cumplía con sus turnos en el hospital, y también acompañaba a la abuela, quien, pese a los años que cargaba encima, gozaba de buena salud y autonomía.

Al adentrarse en el establo, Emma fue invadida por la nostalgia, una mezcla de emociones intensas que la transportaban a momentos felices y también tristes. Le gustaba imaginar a Lukas descansando en aquel rincón tan familiar, mirándola en ocasiones con frialdad y en otras con ternura, mientras luchaba por reconstruir los fragmentos perdidos de su memoria. Llevaba años sin saber nada de él, y se negaba a creer que había muerto durante el bombardeo del hotel donde se hospedaba. Podía sentir en el pecho que vivía, quizás perdido en las brumas de su memoria. Emma también consideraba posible que Lukas se hubiera casado y formado una familia con otra mujer, y que el recuerdo de su amor se hubiera desvanecido en su cabeza. Y aunque le dolía imaginarlo de esa manera, lo prefería al hecho de pensar en su muerte.

—¿Nostálgica otra vez? —dijo Gerald entrando en el establo y cargando a Jules en brazos.

Emma le sonrió en respuesta, acercándose para besar a su hijo en la mejilla.

—Lo estás malcriando. Puede caminar por sí solo, Gerald —lo amonestó con cariño.

Su hermano levantó a Jules en el aire, provocando risitas en el niño.

—Lo sé, pero no puedo resistirme a cargarlo, a pesar de que ya pesa bastante —respondió con una sonrisa mientras le hacía cosquillas en el estómago, haciéndolo chillar de felicidad.

Jules se removió contento hasta deshacerse del abrazo, y luego corrió hacia la casa, donde Alicia lo esperaba con un trozo de fruta en la mano.

—Piensas en su padre, ¿verdad? —añadió Gerald, notando su expresión reflexiva.

Ella asintió levemente.

—Todos los días.

—Emma —dijo su hermano mirándola a los ojos y adoptando un tono más serio—. ¿Has pensado en conocer a alguien y casarte?

—No, Gerald, ya hemos tenido esta conversación antes, y no estoy interesada en casarme con nadie —respondió Emma con firmeza, desviando la mirada hacia el suelo.

Gerald frunció el ceño, preocupado.

—Emma, Jules necesita un padre. Necesita un hombre que lo guíe y lo proteja. No

puedes hacerlo todo sola —insistió, apoyando las manos sobre sus hombros.

Emma suspiró, levantando la mirada para encontrarse con la de su hermano.

—No necesito a un hombre. Jules ya te tiene a ti. Lo cuidas, lo quieres y se siente seguro a tu lado.

—Emma —suspiró frustrado—. A mí siempre me tendrás, pero sabes que no es lo mismo.

—Lo sé, pero estoy bien así. Me basta con lo que puedo ofrecerle yo misma —respondió con determinación.

Su hermano no insistió. La conocía lo suficiente como para saber hasta cuando podía intervenir en sus decisiones. Para Emma no existía posibilidad alguna de rehacer su vida con otro hombre, porque su corazón aún latía desahogado en el pecho cuando pensaba en Lukas. Su amor por él no hacía más que crecer, adueñarse de cada uno de sus pensamientos y emociones. Recordaba con claridad ese primer beso compartido dentro del vehículo cuando la llevó a la cabaña. Aquel recuerdo que se había grabado a fuego en su memoria era suficiente como para sentirse amada en plenitud. Cada vez que lo evocaba, sentía una oleada de amor pleno recorrer su ser. No quería que otros labios y otras manos borraran con sus besos y sus caricias las huellas de su amado, porque, a pesar del tiempo que había transcurrido, aún podía sentir el roce de sus dedos por su piel, y la suavidad de su boca recorrer cada porción de su cuerpo. No. No podía ni siquiera plantearse la posibilidad de entregarse a otro hombre.

—En todo caso —dijo su hermano interrumpiendo sus pensamientos—, estoy aquí para contarte que Sophie ya llegó. Te espera en casa.

Emma lo miró y se cruzó de brazos.

—¿Cuándo vas a invitarla a salir? —dijo con intención de centrar la conversación en él.

—¿A Sophie? —preguntó extrañado—. Pero ¡si somos amigos!

—¿De verdad nunca te has dado cuenta de que ella está enamorada de ti?

La expresión de desconcierto en el rostro de Gerald fue tan exagerada que Emma tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas. Había estado deseando decirle la verdad desde hacía tiempo, durante años, pues era incapaz de ignorar lo obvio. Sin embargo, su amiga se lo había prohibido hasta ese momento. Convencida de que Gerald necesitaba una pequeña ayuda para ver las cosas con claridad, Emma finalmente había decidido intervenir, aunque eso disgustara a Sophie.

—¿Sophie me ama? —preguntó cuando encontró la voz y salió de su estupor.

—Con locura —respondió sincera—. ¿De verdad nunca te habías dado cuenta?

—¡No! —respondió con nerviosismo—. Es mi amiga y nunca se me habría pasado por la cabeza algo así.

—¿Por qué no? Ella es bonita y leal, y tiende a estar de tu parte la mayoría de las veces cuando me enoja contigo.

Gerald soltó una risa nerviosa que enterneció el corazón de Emma. Su hermano era muy atractivo e inteligente, pero también algo obtuso en lo que se refería a sentimientos. Llevaba años trabajando sin cesar para sacar adelante a la familia, y se había olvidado de vivir su propia vida.

—Es que... Bueno. Pensaba que era agradable conmigo por ti —reconoció pasándose la mano por detrás de la cabeza.

—Pues ya ves que no. Y va siendo hora de que vivas tu vida y te enamores. Ni siquiera eres capaz de imaginar lo hermoso que es amar.

Emma abandonó el establo ante la mirada atónita de su hermano. Estaba segura de haber sembrado una semilla en el corazón de Gerald, y ahora solo tenía que esperar a que germinara.

Recordaba cómo, cuando eran niños, lo veía mirar a su amiga con ojos llenos de admiración, como si ella fuera algo inalcanzable. Pero con el tiempo, esas miradas habían desaparecido, ahogadas por las responsabilidades que le había tocado asumir. Quizás, entre el trabajo en la granja y las preocupaciones familiares, Gerald había dejado de permitirse siquiera pensar en ideas románticas con una mujer.

Emma entró en la casa sonriendo, contenta por lo que había hecho por su amiga en secreto. Decidió no decirle nada a Sophie. Ahora era cuestión de tiempo que su hermano reaccionara y se aventurara en una relación con ella.

—¡Emma! —la saludó su amiga cuando la vio—. He traído el periódico para mostrarte lo del hospital.

—¿Entonces eran ciertos los rumores?

—¿Qué rumores? —quiso saber la *mémé* mientras se asomaba por la puerta de la cocina.

—Van a construir otro hospital, mucho más grande y con mejores avances médicos —explicó Sophie, mostrando el periódico con entusiasmo.

—¡Déjame ver! —pidió Emma con interés, arrancándoselo de las manos para hojearlo.

—Dicen que el arquitecto es Auguste Perret, y este es el diseño del hospital —exclamó Sophie, señalando una sección específica del periódico que mostraba un dibujo de la futura construcción.

Emma observó la página, y de pronto palideció cuando sus ojos se detuvieron en la fotografía de un hombre. Entonces supo que siempre había tenido razón. Aquella misma mirada fría e impersonal, junto con la actitud misteriosa y elegante, solo podían pertenecer a él.

—¡No puede ser! —murmuró Emma con voz temblorosa—. ¡Oh, Dios! —gritó esta vez, sintiendo los latidos descontrolarse dentro de su pecho—. ¡Es Lukas! —anunció alegre y con los ojos abiertos, incapaz de creer lo que veía.

—¿Estás segura? —preguntó con cautela su amiga inclinándose sobre la hoja para leer.

—¡Lukas está vivo! ¡Está vivo! —dijo Emma antes de romperse en un llanto catártico, sanador.

—Déjame leer —pidió Sophie girando el periódico hacia ella.

Su *mémé* observaba la escena, conmovida por lo que escuchaba. Emma, durante su embarazo, le había confiado toda la verdad, y la mujer lo había tomado mejor de lo que esperaba.

—Tienes razón, Emma, es él, ¡y mira lo que dice aquí! —exclamó Sophie, señalando el artículo que acompañaba la foto—. Habrá una exposición de arte en Ginebra el próximo mes, y él es uno de los artistas destacados.

Emma sintió cómo el mundo se detenía a su alrededor mientras absorbía la noticia. La idea de que Lukas, el hombre que había amado y perdido, exhibiera su arte en otra ciudad la llenaba de esperanzas, pero también de incertidumbre.

Se limpió las lágrimas con las manos cuando Jules apareció en la habitación, para que no la viera así, tan conmovida. El niño se le acercó y se sentó sobre sus piernas, y ella lo abrazó en respuesta, buscando consuelo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sophie con cautela.

—No lo sé —respondió Emma, todavía aturdida por la sorpresa—. Necesito pensar.

La puerta se abrió y Gerald frunció el ceño al observar la escena que se desataba en el interior. Preocupado, la cerró tras de sí y se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber buscando respuestas en sus ojos llorosos y en los de su amiga.

—Ten, lee —le dijo Sophie entregándole el periódico.

—Es Lukas —le informó Emma a un atónito Gerald—. ¡Lukas está vivo!

41. El viaje

«La esperanza ilumina el camino en la oscuridad de la incertidumbre».

La llegada del otoño se había notado en la ciudad durante los últimos días, aunque las temperaturas seguían siendo agradables, lo que reconfortaba a Emma. No quería que su hijo sintiera frío.

El día tan esperado había llegado por fin. Emma abrazó a sus hermanas y luego se despidió de su abuela, con una sonrisa en el rostro y el nerviosismo apoderándose de cada poro de su piel. Gerald, a su lado, llevaba a Jules a cuestas, a pesar de que ya estaba bastante crecido, y un bolso con las pertenencias necesarias para el tan anhelado viaje. Un carruaje aguardaba para llevarlos hasta la ciudad de Reims. Desde allí, tendrían que embarcarse en una odisea ferroviaria que los llevaría a través de múltiples trasbordos antes de alcanzar su destino final: la ciudad de Ginebra, en Suiza. Emma podía sentir la ansiedad recorriéndole el cuerpo y un nerviosismo alegre inundar su pecho, alimentado también por la esperanza. No sabía qué esperar de su reencuentro con Lukas. En su mente revoloteaban una multitud de preguntas sin respuesta. ¿Recordaría Lukas su rostro después de todos esos años? ¿Habría formado una familia y construido una vida sin ella? ¿Seguiría latiendo en su corazón aquel amor que una vez compartieron? No había respuestas para esas preguntas, pero a pesar de ello, Emma ansiaba volver a verlo. Era un viaje hacia lo desconocido, hacia un momento cargado de incertidumbre y expectativas. No había garantías de lo que encontrarían al llegar, pero a pesar de todas las dudas y temores que la acompañaban, Emma ansiaba desesperadamente estar junto a él otra vez. Anhelaba mirarlo a los ojos y encontrar en su mirada la respuesta a todas las interrogantes que la atormentaban. Para Emma, no había día que pasara sin que Lukas ocupara sus pensamientos, su corazón, su alma.

Por otra parte, deseaba fervorosamente que conociera a Jules. Quería que Lukas viera por primera vez el rostro de su hijo, que pudiera contemplar en sus ojos los rasgos que ambos compartían, y que esa mirada fuera el inicio de un lazo indestructible. Para Emma, era fundamental que Jules conociera a su padre, que pudiera sentir su presencia y que, de alguna manera, encontrara en él una parte de su propia identidad.

—¿Estás emocionado, Jules? —preguntó Gerald, acomodando al niño entre ambos en el asiento.

—¡Sí, tío! ¡Quiero viajar en tren! —dijo el niño con entusiasmo mientras aplaudía.

—Bueno —comentó Emma sonriendo—. Ya veremos qué sorpresas nos esperan.

—Sí, seguro que lo pasaremos muy bien —reafirmó Gerald—. ¿Qué hay en tu mente, pequeño artista?

—¡Voy a dibujar un tren!

—Toma, cariño. Aquí tienes tu cuaderno y tus lápices —dijo Emma entregándole las cosas.

A Jules le gustaba dibujar. Podía pasar horas garabateando en su cuaderno, creando mundos imaginarios y plasmando en el papel todas las maravillas que su mente inventaba. Era su forma de explorar el exterior y de expresarse cuando se internaba en su mundo propio. A veces,

Emma se sorprendía de la mirada contemplativa de su hijo, tan similar a la de su padre. Lukas solía mirarla así cuando la dibujaba, como si quisiera absorber todo de ella para perpetuarla en un papel. Algunas noches, cuando la melancolía la envolvía, Emma solía contemplar los retratos que Lukas, en sus visitas silenciosas y secretas, dejaba junto a los alimentos en el establo durante los tiempos de guerra. Uno de sus favoritos mostraba el momento en que sus miradas se encontraban y sus labios estaban a punto de fundirse en un beso. En aquel entonces, aún no habían compartido besos ni caricias. Ambos luchaban contra sus sentimientos, privándose mutuamente del placer de entregarse por completo el uno al otro.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Gerald con el fin de tranquilizarla.

Jules centraba su atención en el dibujo que estaba realizando, ignorándolos.

—Tengo miedo, Gerald —susurró mirándolo a los ojos, buscando que le transmitiera las fuerzas para salir adelante—. Me aterra que no me recuerde, que haya olvidado el amor que compartíamos.

Gerald tomó su mano y la apretó con cariño. Luego le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No tienes nada que perder.

—Pero ¿qué pasa si ya no siente lo mismo? ¿Si ha seguido adelante? —preguntó Emma con voz temblorosa, invadida por la incertidumbre.

Su hermano la miró con seriedad, apretando con más fuerza su mano.

—Entonces habrá que aceptarlo y tú también deberás seguir adelante.

Emma asintió con determinación. A lo largo de su vida, había librado innumerables batallas para sobrevivir al hambre, al frío y al miedo. Sin embargo, los temores que la embargaban en ese momento eran distintos. Su miedo no residía en las adversidades externas, sino en la posibilidad de perder al hombre que amaba, al hombre que con su amor le había dado fuerzas para seguir adelante. A pesar de todo, estaba convencida de que debía emprender este viaje, de que era necesario ir en su búsqueda. Quería encontrarse con Lukas, decirle que era padre de un niño maravilloso, un niño que llevaba su esencia en cada rasgo y en cada gesto. Quería que supiera que aquel niño era el fruto de su mutuo amor, una prueba tangible de todo lo que habían compartido en el pasado, cuando su amor era prohibido y riesgoso.

Emma observó a Gerald cuya mirada se perdió contemplativa sobre Jules, y no pudo evitar sonreír con ternura. Cuánto camino había tenido que recorrer él para sanar sus heridas, despojarse de los prejuicios y arrancarse las vendas de los ojos que le impedían amar en plenitud. Hoy, luego de un proceso largo y doloroso, Gerald amaba con locura a su hijo, comportándose con él como un padre amoroso que vibraba con cada palabra que salía de su boca y con cada pequeño logro que alcanzaba. Podía leer en sus ojos cómo se llenaba de orgullo por Jules. El amor que Gerald sentía por su hijo había suavizado las durezas de su corazón, permitiéndole aceptar y comprender incluso su amor por Lukas.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó su hermano, devolviéndola a la realidad.

—Por nada. Solo estoy pensando en lo lejos que hemos llegado —respondió sonriéndole—. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí y por Jules. Sin tu ayuda, habría sido muy difícil.

—No hay nada que agradecer. Somos familia. Siempre estaremos ahí el uno para el otro —respondió Gerald con una sonrisa cálida.

Emma se sintió reconfortada por las palabras de su hermano. Siempre que estaba cerca de él, parecía que su valentía se multiplicaba, como si su sola presencia le diera fuerzas para enfrentar cualquier desafío. Con Gerald a su lado, se sentía invencible, lista para afrontar lo que fuera necesario.

Después de un largo viaje, el carruaje se detuvo finalmente en Reims. Jules se había dormido en los brazos de Gerald, pero se despertó cuando sintió el bullicio de la estación.

—Hemos llegado, Jules —le informó Gerald—. Ahora comeremos un bocadillo y luego nos subiremos en uno de esos trenes.

Los ojos de Jules brillaron, inundados de felicidad. Emma sujetó firmemente su mano mientras este miraba con ojos curiosos a su alrededor. Gerald se encargó de cargar con el equipaje. Ella se sentía desbordada por las emociones. Cada vez se encontraban un poco más cerca de Lukas, de un posible encuentro y de un momento determinante en su vida.

Después de haber comido, Gerald sacó un cigarro y lo encendió, dejando que el humo se elevara con lentitud mientras esperaban el momento de abordar el tren. A los pocos minutos, un hombre anunció que ya era la hora de partir.

Emma tomó la mano de Jules y Gerald cogió el equipaje.

—¿Están listos? —preguntó Gerald, con una mezcla de emoción y determinación en su voz.

—¡Sí! —chilló alegre Jules.

Cuánto agradeció Emma por el cuidado que su hermano le brindaba a Jules, convirtiendo el viaje en una emocionante aventura para el niño. Por fortuna, Jules pasó la mayor parte del tiempo durmiendo, desde el primer tramo del viaje hasta el cambio de estación para abordar otro tren. Sin embargo, para Emma, el agotamiento y la incomodidad se acumulaban. A pesar de intentar descansar, le resultó imposible conciliar el sueño. Con cada estación que pasaban y cada kilómetro que los acercaba a su destino, su ansiedad parecía intensificarse.

—¡Emma! —dijo su hermano en un tono suave y ameno. Ella lo miró—. Hemos llegado. Ya estamos en Ginebra.

Asintió mientras los latidos de su pecho incrementaron su velocidad, haciéndola suspirar, aunque no sabía si por causa de la incertidumbre o del miedo.

42. La exposición

«Detrás de una puerta olvidada se esconde un tesoro perdido».

Ginebra, Suiza, 1925

Palais Eynard

El día de la exposición finalmente había llegado. Lukas se encontraba en el Palais Eynard, con el corazón palpitando con fuerza en el pecho. Lucía un traje oscuro a medida que realzaba su figura esbelta y elegante. Una chaqueta ajustada, pantalones clásicos y una camisa blanca de tela fina completaban su atuendo. Con cada paso que daba, irradiaba una confianza serena, aunque en su interior, el nerviosismo lo estaba consumiendo. Era su primera exposición a gran escala.

En el amplio salón, el bullicio constante se mezclaba con el suave murmullo de las risas y de los elogios. Los invitados circulaban entre sus obras, admirando sus trazos con un interés palpable. Cada vez que alguien se detenía frente a uno de sus cuadros para apreciarlos, Lukas experimentaba una mezcla de emoción y nerviosismo a la vez. Había dedicado tanto tiempo y esfuerzo a cada una de esas creaciones, buscando en cada trazo una pista de su pasado, que verlas expuestas ante los ojos del público era abrumador, como si su alma quedara desnuda.

—Aquí estás, querido —lo saludó Ingrid mientras apoyaba su mano encima de su hombro. Ese sencillo contacto, de algún modo, lo tranquilizó—. Esta vez sí que te has lucido con la *Schöne Frau*.

—A ver si ahora mi dama está dispuesta a revelarme un poco más de lo que guarda bajo llave —respondió Lukas con una sonrisa.

En cada una de sus obras, la figura de la mujer estaba presente, con su sonrisa perfecta capturada en el lienzo, pero su rostro seguía siendo un misterio para él. Solo los labios, siempre los labios, parecían surgir con claridad de entre las pinceladas y los trazos de carboncillo, como una señal de algo perdido y encontrado en su memoria.

—¿Y dónde está Müller? —preguntó Lukas, echando un vistazo a su alrededor sin éxito.

—Fue por unas copas.

Un fotógrafo se aproximó con su cámara y solicitó que posara junto a ella. Lukas asintió con una sonrisa forzada mientras su corazón latía con fuerza, abrumado por la situación. Con gestos educados, se colocó al lado de una de sus obras más significativas, tratando de ocultar la extraña sensación de la que era presa en esos momentos. Mientras el fotógrafo ajustaba el encuadre, Lukas mantenía la compostura junto a Ingrid, consciente de que este momento quedaría immortalizado en una imagen.

—Gracias —dijo el fotógrafo cuando finalizó.

El hombre se alejó contento y se perdió entre la multitud.

—Ahí está mi marido. Ya regreso —informó Ingrid dejándolo a solas otra vez.

Lukas se volteó a admirar a la *Schöne Frau*, disfrutando de la misma satisfacción que le producía cada vez que la observaba, como si ella fuese la paz en medio de un mar turbulento. Sus labios eran lo único que había conseguido dibujar a la perfección junto a su silueta. El resto de su rostro insistía en ocultarse, en negarle la posibilidad de plasmarlos en el papel. A pesar de eso, ella irradiaba belleza, enigma y perfección.

—¿Quién es esa misteriosa mujer que insiste en dibujar? —le preguntó un joven que se había acercado a él para admirar su obra.

Lukas sintió un leve escalofrío recorrer su espalda cuando lo miró. Mantuvo el gesto adusto, intentando disimular su confusión. No estaba preparado para explicar la fascinación que sentía por aquella figura que habitaba sus lienzos y pliegos de papel, ni tampoco podía revelar que se trataba de un rostro que parecía esconderse entre las sombras de su memoria.

—Es una musa que me visita en sueños —respondió tratando de saciar su curiosidad.

La mirada del hombre era insistente, como si buscara algo más en sus ojos, aunque Lukas no comprendió qué era. Nunca le habían hecho esa pregunta con anterioridad, salvo él mismo. Desde que comenzó a dibujar, se lo había cuestionado muchas veces. ¿Qué significaba esa obsesión por retratar a la misma mujer una y otra vez? ¿Por qué su presencia seguía atormentándolo, incluso cuando no podía recordar su rostro? No tenía respuestas, pero estaba seguro de que ella era el hilo conductor hacia un pasado que insistía en permanecer envuelto en brumas.

—¿Qué siente cuando la mira? —preguntó otra vez el joven, sorprendiéndolo.

Aquellas preguntas eran demasiado personales como para compartir las respuestas con un desconocido. Sin embargo, él parecía genuinamente interesado en conocer su corazón de artista.

—Serenidad, calma, dicha —respondió con la verdad.

Lukas se encontró cautivado por la mirada penetrante del joven, que parecía traspasar más allá de la superficie. Sus ojos azules destellaban un brillo misterioso y cálido, pero también llevaban consigo el peso de una experiencia que era demasiado pesada para alguien de su edad. Aunque sus facciones juveniles sugerían una edad similar a la suya, había algo en la forma de mirar que revelaba un entendimiento más maduro del mundo. Era como si hubiera visto más de lo que debería, como si cada arruga en su rostro fueran las huellas de su propia historia.

—Su esposa debe estar celosa —continuó hablando el joven sin despegar la vista del retrato.

—No tengo esposa —aclaró Lukas con un carraspeo incómodo—. ¿Y por qué lo dice?

—Porque es hermosa —se explicó desviando la mirada hacia él otra vez, observándolo con la misma agudeza de antes—. Perdone mi franqueza, pero usted parece obsesionado con retratarla, como si fuese la única mujer que le importara.

Era la única mujer que le importaba. Sin embargo, no tenía intenciones de mencionárselo a un desconocido que parecía leer en su interior con una facilidad pasmosa.

—¿Está usted interesado en el arte? —preguntó Lukas, con intención de desviar su atención hacia otra cosa que no fuese él.

—No demasiado, pero mi sobrino sí —dijo sacando un cuaderno pequeño desde el bolsillo interno de su chaqueta. Luego se lo tendió—. ¿Cree que tiene talento?

Cuando Lukas comenzó a observar los dibujos, pensó que el sujeto le estaba gastando una broma de mal gusto. Sin embargo, luego dedujo que esos eran los dibujos realizados por un niño pequeño y sonrió. Eran representaciones inocentes, primitivas y alegres, desprovistas de la maldad del mundo.

—Son muy bonitos —reconoció—. ¿Qué edad tiene el artista?

—Seis años. Ha venido conmigo, pero ahora está con su madre en el salón contiguo.

—Bueno, creo que el joven artista tiene bastante talento —aseguró con una sonrisa, mucho más cómodo con el hombre que en un principio—. ¿Cómo se llama él?

—Jules.

—¿Y su nombre es?

—Gerald Bernier. —Lukas asintió, observando al extraño joven que parecía penetrarlo con la mirada como si buscara algo, pero no sabía qué.

Gerald se despidió con un gesto de cabeza, y Lukas lo observó alejarse con paso decidido. Una sensación extraña se apoderó de él, como si hubiera estado siendo sometido a una especie de prueba, una evaluación silenciosa que debía superar. Se preguntó qué habría pensado Gerald de sus respuestas, si había percibido su incomodidad o su incertidumbre. La sensación de ser escrutado de esa manera, aunque sutil, lo dejó con una sensación inexplicable dentro de su pecho, como si hubiera quedado expuesto ante sus ojos.

—Brindemos por el éxito de tu exposición —dijo Müller acercándose junto a Ingrid, y tendiéndole una copa de vino.

—Al parecer, ha gustado —reconoció Lukas dando un pequeño sorbo.

—¿Te pasa algo? —comentó Ingrid, mirándolo con preocupación—. Pareces ido.

Lukas negó con la cabeza.

—No es nada. Estoy bien.

A lo lejos, divisó al joven con el que había entablado conversación previamente. Se acercaba acompañado de un niño pequeño de cabellos rubios y ojos azules, cuya mirada curiosa lo escudriñaba todo con admiración. El corazón de Lukas se enterneció al observar al niño, que irradiaba inocencia en sus ojos.

—Así que tú eres el joven artista —dijo Lukas, agachándose para quedar a su altura.

—¿Me conoce? —preguntó sorprendido y admirado.

—¡Claro que sí! Tu tío me ha mostrado unos dibujos tuyos, que por cierto son muy buenos.

El niño sonrió satisfecho, y Lukas se sintió envuelto en su calidez. Luego miró a Gerald, cuya expresión no pudo describir, pero parecía complacido, o quizás preocupado. Otra vez se sintió extraño, como si lo estuviera analizando. Hizo a un lado su inquietud y centró otra vez su atención en el niño.

—¿Te gustaría ser un artista como yo?

—Sí —respondió—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí. ¿Qué quieres saber? —dijo sonriendo.

—¿Por qué dibuja usted a mi madre?

«¿Cómo?», pensó sin comprender. Lukas se quedó perplejo ante la pregunta del pequeño, sin saber qué decir. El niño continuaba mirándolo, esperando una respuesta por su parte. Una respuesta que permanecía vacía dentro suyo, sin sentido. Fue cuando elevó la mirada y vio a una mujer que comprendió. Ella lo observaba con los ojos llorosos, emocionada, como si lo conociera. Lukas sintió su pecho agitarse, impactado cuando detuvo su mirada en su silueta y en sus labios. «La Schöne Frau», pensó conmovido. Era ella. La mujer que había estado buscando en la profundidad de su memoria. La misma mujer que, desaparecida de sus recuerdos, se mostraba ante él únicamente a través de los trazos que realizaba en el papel. Ahora, en cambio, estaba allí, devolviéndole la cordura perdida, tan real como las personas que lo rodeaban. Era ella, su musa, y por fin la había encontrado.

—Hola, Lukas —le dijo la mujer en apenas un susurro.

Lukas se levantó con lentitud sin dejar de mirarla, temeroso de que se desvaneciera si parpadeaba. Buscaba respuestas, y a la vez, se regocijaba en el sonido de su voz y en las facciones de su rostro. Una oleada de emoción y nerviosismo lo invadió, apenas logrando disimularla cuando por fin encontró las palabras para hablar.

—¿Nos conocemos?

Ella, en respuesta, le sonrió.

43. Perdido

«Reencontrarse es como descubrir un tesoro perdido en el océano de la vida».

Cuando Gerald regresó de hablar con Lukas, el corazón de Emma parecía querer salirse del pecho. Tanto así que creyó que se iba a morir allí mismo. Jules miraba a su alrededor con ojos indagadores, como buscando algo en las obras colgadas en las paredes. Incluso parecía maravillado cuando las observaba, como si comprendiera de arte. ¿Qué pensamientos podían cruzar por su mente infantil al contemplar esas imágenes? Para Emma, eso era un misterio. A medida que sus ojos recorrían las obras, se dio cuenta de que, en todos los cuadros, era ella representada incluso en su desnudez, aunque oculta tras la ausencia de rostros incompletos. Saber que, de alguna manera, existía en la memoria de Lukas, aunque incompleta, la llenó de regocijo.

—No me ha reconocido —le dijo Gerald cuando se detuvo a su lado.

—¿Has hablado con él? —Su hermano asintió—. ¿Qué te ha dicho?

—Dice que sueña con la mujer que representa en sus obras, que eres su musa, pero creo que tampoco te recuerda.

Emma se llevó la mano al pecho con una idea dándole vueltas, una idea que la torturaba cuando esta llenaba sus pensamientos.

—Se casó con ella, ¿verdad? Con Ingrid Bauer.

—No. No se ha casado —le respondió, y Emma pudo sentir el alivio recorrerle por dentro—. Le he mostrado los dibujos de Jules, y le han gustado.

—¡Oh! ¿De verdad? —quiso saber sin poder ocultar la sonrisa de su rostro.

Gerald asintió.

—Creo que ha llegado el momento de que Jules conozca a su padre —dijo su hermano con determinación.

Emma se desestabilizó por el nerviosismo, y se vio obligada a sujetarse del brazo de su hermano cuando lo escuchó. Era pánico en el estado más puro. Pudo reconocerlo porque lo había experimentado en reiteradas ocasiones durante la guerra.

Observó a Jules, cuya mirada interrogativa y fascinante a la vez, continuaba centrada con interés en cada uno de los retratos dispuestos en las paredes.

—¿Ahora? —preguntó tragando saliva.

De pronto, las dudas se apoderaron de ella, pero Gerald, comprendiendo lo difícil que debía ser, le cogió las manos entre las suyas y se las besó con afecto, animándola, haciéndole saber que no estaba sola.

—Has recorrido mucho para llegar hasta aquí. No tendrás miedo ahora, ¿verdad? —dijo con un brillo risueño y desafiante a la vez.

Ella sonrió en respuesta, inspirando en profundidad para intentar serenarse.

—Lo tengo. Tengo miedo, pero tienes razón.

—¡Jules, ven aquí! —lo llamó Gerald—. Quiero presentarte a un gran artista, el hombre que hizo todos estos dibujos y pinturas.

Su hijo se tomó de la mano que su hermano le ofrecía, contento ante el panorama que se le estaba presentando. Emma permaneció rezagada de manera intencional. Necesitaba más tiempo para prepararse, para enfrentarse a él.

Cuando vio a Lukas agacharse a lo lejos para hablar con su hijo, la emoción inundó sus ojos, desbordándose de manera inevitable. Ingrid Bauer estaba a su lado, acompañada por un hombre. Emma la reconocería entre una multitud; nunca había visto a una mujer tan distinguida y elegante como ella, y casi no había cambiado desde aquella fiesta en la que sus ojos se encontraron con los de Lukas por primera vez. Si ellos no se habían casado, entonces asumió que serían amigos y esperaba que fuera así.

Centró su atención nuevamente en Lukas. Había pasado demasiado tiempo sin mirarse a los ojos, sin acariciarse y sin besarse. Demasiados años viviendo en agonía, incluso negándose a la posibilidad de que hubiera muerto durante el bombardeo del hotel. Y ahora, por un milagro divino, el hombre que amaba se encontraba a tan solo unos pasos de distancia y hablando con su hijo, mirándolo a los ojos como tantas veces soñó, como en tantas ocasiones imaginó en sus horas de insomnio. Ahora, al observarlos, confirmó lo que ya sabía: que padre e hijo eran tan parecidos que era imposible poner en duda su parentesco. Sin embargo, Lukas, en su ignorancia y habitando en las eternas brumas del olvido, era incapaz de darse cuenta.

Caminó hacia él y se detuvo cuando Lukas clavó su mirada en la suya. Una mirada perdida y reconfortada a la vez, como si llevara tiempo esperando encontrarse con sus ojos y escuchar el sonido de su voz. Pudo reconocer en su rostro el peso del olvido, pero también el de la ilusión.

—¿Nos conocemos? —le preguntó nervioso.

Pudo percibirlo. A pesar de los años transcurridos, aún era capaz de leer en su interior y de interpretar sus gestos, de reconocer su ansiedad y de descifrar su mirada. Esa que era fría como el hielo para los demás, pero que dejaba grietas para que ella pudiera internarse en su mundo interior.

En respuesta a su pregunta, ella le sonrió.

—Ven, Jules. Es tiempo de que comamos algo —interrumpió su hermano con el fin de alejarlo para darles intimidad—. ¿Tienes hambre?

Su hijo asintió y se alejó, confiado en el cuidado de su tío. Lukas dijo algo en alemán a sus acompañantes, y estos asintieron y se marcharon, dejándolos a solas.

—Lukas —dijo Emma mientras daba un paso hacia él—. ¿Podemos hablar a solas en algún lugar?

Lo observó asentir con firmeza y fruncir el ceño, pero no porque estuviera molesto, sino más bien como un gesto de desconcierto, desesperado por encontrar un sitio más adecuado para hablar.

—Hay un despacho a mi disposición.

Lukas apoyó la mano en su espalda para guiarla, y ella percibió la calidez de su contacto como una caricia reconfortante, como una especie de consuelo en medio de tantos años de agonía y ausencia, aunque sabía que esa no había sido su intención.

Cuando se detuvieron frente a la puerta, Lukas se hizo a un lado y le indicó con un gesto para que pasara. Aún no era de noche, y los enormes ventanales dejaban entrar la luz libremente, revelando una estancia elegante que les otorgó cierta intimidad. Emma apenas registró los detalles de la decoración. No se fijó en los muebles ni en la enorme biblioteca que ocupaba la totalidad de una de las paredes. Tampoco centró su atención en las lámparas ni en las cortinas o alfombras que pisaban sus pies. Sus ojos recaían sobre los de Lukas como una necesidad vital de

permanecer anclada, como si tuviera miedo de que, al cerrar los párpados, este desapareciera y se convirtiera tan solo en un recuerdo.

Emma se acomodó en el sofá que él le indicó. Mientras se sentaba, notó la mesa de madera que los separaba, creando una distancia física que contrastaba con sus deseos de estar cerca de él. Lukas tomó asiento en el sofá frente a ella y la miró, ansioso, deseoso de que le diera respuestas. No se lo dijo con palabras, pero ella podía percibirlo en el lenguaje corporal de su cuerpo.

—Usted me conoce —dijo con su voz profunda, rompiendo el incómodo silencio que parecía un tercer invitado dentro de la habitación.

—Sí. Nos conocimos en el año 1917 en Fismes, cuando nuestros países estaban en guerra. Por ese entonces, tú eras un teniente alemán. Me llamo Emma Bernier. ¿Recuerdas mi nombre?

El trato informal y cercano que ella le brindó sorprendió a Lukas. Estuvo a punto de sonreír por su expresión de sorpresa, pero se contuvo a tiempo, enternecida de alguna manera por encontrarlo tan perdido. Emma agradeció haber dejado de llorar, aunque en su pecho aún seguía sintiendo una sensación de opresión.

—Lo siento —reconoció negando con la cabeza—. No lo recuerdo. ¿Podría darme más detalles? —pidió, removiéndose incómodo en el sofá.

—Tuviste un accidente en tu avión y quedaste malherido. Te encontré en mi establo y te oculté durante un tiempo hasta que te recuperaste de tus heridas. Desconocías hasta tu nombre y tu pasado. Una de las consecuencias de ese accidente fue tus pérdidas de memoria. En ocasiones, me recordabas, luego volvías a olvidarme.

—Desperté en un hospital en Alemania en 1918, sin recordar nada sobre mi pasado. Todo para atrás está vacío en mi memoria. Dicen que estuve a punto de morir en un bombardeo.

Emma asintió, haciéndole saber que lo que decía era cierto.

—Lo último que supe de ti era que el hotel donde te hospedabas había sido destruido, dejando a muchos muertos y heridos. Ese mismo día fui a buscarte allí, pero solo encontré agonía, destrucción y desesperación.

—No recuerdo nada, ningún episodio vivido en tu país. No tengo pasado, Emma. Ni siquiera recuerdo a mi familia. Llevo años así, desde que desperté en ese hospital. Sé que mi madre era francesa y mi padre alemán, pero todo eso me fue informado con posterioridad. Yo no tengo ningún recuerdo, nada que me una a mi pasado.

—¿Aún sigues olvidando? —quiso saber, entristecida con las circunstancias.

—No. Hasta ahora, no he olvidado nada de lo que he vivido desde que desperté en el hospital, pero para atrás, por más que busco, no consigo encontrar.

—Tampoco me recuerdas —afirmó dejando escapar las lágrimas otra vez.

—Cuando te miro, sé que he encontrado algo valioso, porque mi pecho se agita. Llevo años intentando encontrar tu rostro para llenar los vacíos que habitan en mi mente. Sé que algo debiste significar para mí, porque eres lo único que permanece en algún rincón escondido de mi cabeza, susurrándome que te recuerde.

Emma se puso de pie y se arrodilló a su lado, incapaz de estar lejos suyo por más tiempo. Luego tomó sus manos y se las besó, humedeciéndolas con sus lágrimas. Miró a Lukas y este parecía afectado, observándola con una distancia emocional que le dolió, pero tenía que intentar recuperarlo, hacerle saber cuánto significaba para ella y confiarle la inmensidad de su amor por él.

—Llevo tanto tiempo amándote que no puedo creer que esté junto a ti, cuando todos me

decían que habías muerto. ¿No recuerdas nuestro amor?

Emma observó su incomodidad. Sin embargo, Lukas fue cuidadoso en su manera de mirarla, como si no quisiera lastimarla. Por un momento, fue presa de la desesperación. Sentía que lo perdía, que se le escapaba por los dedos, y no sabía cómo hacer para recuperarlo y devolverle los momentos vividos. Por más que lo intentaba, no lograba que los recuerdos regresaran, no conseguía recuperar su amor. Sus peores miedos se habían materializado, y el dolor que inundó su pecho era tan desgarrador que el llanto se volvió incontrolable.

—Dijiste que te ayudara a recordar, y te prometí que así sería —dijo entre sollozos—. ¿Acaso no lo sientes aquí en el pecho? ¿No te duele el vacío que ha quedado instalado allí por nuestra separación?

Lukas la ayudó a ponerse de pie y la abrazó para consolarla, aunque ella sabía que nada había cambiado, que continuaba siendo solo un sueño en su memoria y no algo tangible y real.

—Emma, lo siento. No puedo recordarte.

Aquellas palabras fueron como una daga directa al corazón. Ella asintió, resignada ante el destino que le deparaba el futuro. Un futuro sin su amado y sin un padre para su hijo. Cómo decirle la verdad sobre Jules si podía vislumbrar su tormento por no poder amarla, por no reconocerla. Si le decía la verdad, lo ataría a ella de la manera más egoísta, y ella solo ansiaba su felicidad.

Con el alma desgarrada y una congoja instalada en su pecho, Emma rompió el abrazo y le acarició la mejilla, intentando con ese gesto volcar todo su amor. Él, en respuesta, cerró los ojos, reconfortado con su contacto. Quería besarlo, pero se contuvo. Luego, sacó un sobre de su pequeña cartera y se lo entregó, consciente de que perder esos dibujos que él mismo le había regalado, en sus visitas secretas al establo, le harían falta para volver a contemplar su rostro otra vez.

—Quédate con esto para que me recuerdes al menos así, para que puedas completar lo que falta —dijo con la voz rota. Él tomó el sobre y lo acarició con los dedos, sin dejar de mirarla atormentado—. Siempre te amaré, Lukas, y sé que, en el fondo de tu corazón, todavía permanece escondido un poco de ese amor que alguna vez sentiste por mí.

Emma se marchó, sintiendo sus ojos clavados en su espalda. Antes de salir por la puerta, se giró para verlo por última vez. Lukas la miraba apesadumbrado, como si no quisiera que ella desapareciera, pero en sus ojos se podían apreciar las huellas de las dudas y del olvido, tan evidentes como sus palabras allí dichas: «Emma, lo siento. No puedo recordarte».

—Emma —dijo, y ella sintió una luz de esperanza renacer en su interior, pero Lukas apretó los labios y guardó silencio, dejando la frase suspendida en el aire.

—Adiós, Lukas.

Emma asintió y abandonó la habitación con los ojos humedecidos y el alma desgarrada. Ya no había nada que ella pudiera hacer para recuperar su tiempo juntos. Lukas, esta vez, sí la había olvidado para siempre.

44. El retrato familiar

«La distancia convierte el amor en un eco vacío del alma».

Cuando Emma abandonó el despacho donde habían conversado, Lukas sintió que había perdido algo valioso, algo irremplazable. Quiso detenerla en un momento de impulsividad, pero no supo qué decir, no supo cómo consolar sus sollozos ni de qué manera acoger su amor y su desolación por la pérdida. No la recordaba, aunque tenerla a su lado y sentir su cuerpo romperse en lágrimas sobre el suyo, le había acariciado el alma. El problema era que, por más que buscaba algún recuerdo de ese amor del que ella insistía que hubo entre los dos, no lo encontraba. Solo halló consuelo en las sensaciones reconfortantes que surgían de su contacto, como si cada roce fuera una pincelada de calma en su agitado mundo interior, como cuando se perdía en sus cuadros, como la mujer que su mano insistía en retratar una y otra vez y que permanecía conectada con su esencia.

Lukas miró el sobre y lo abrió, motivado por una curiosidad tardía. Sus pensamientos eran un caos, limitando su capacidad de reacción. Al abrirlo, se encontró con varias hojas desordenadas y manoseadas, algunas arrugadas y cubiertas de polvo. Sin detenerse, tomó una al azar y observó un dibujo de Emma, realizado aparentemente por sus propias manos. La representación era perfecta, y capturaba toda su esencia en unos pocos trazos con el lápiz. Aquel dibujo era todo cuanto buscaba cuando intentaba encontrarla dentro de su memoria al iniciar un nuevo proyecto.

—Te estaba buscando —dijo Ingrid entrando en la habitación e interrumpiendo sus pensamientos. Él se apresuró en guardar el dibujo dentro del sobre, y luego lo dejó en el bolsillo interno de su chaqueta—. ¿Qué ha pasado? Esa mujer ha abandonado el salón, convertida en un mar de lágrimas.

Lukas se dejó caer sobre el sofá con abatimiento, demasiado sobrepasado como para poder pensar con coherencia.

—No la recuerdo, Ingrid —reconoció atormentado—. Ella dice que en el pasado nos amábamos, y aunque sé en lo profundo de mi ser que era especial, no consigo saber quién es, ni tampoco puedo encontrar en mi interior algún rastro de ese amor.

—Lo entiendo, Lukas —dijo Ingrid con voz suave, sentándose a su lado—. Pienso que ella decía la verdad. No creo que estuviera fingiendo su amor por ti. He visto cómo te miraba.

—¿Qué debo hacer, Ingrid? —quiso saber implorante—. Tú siempre has estado a mi lado. Me has acompañado y guiado en este mundo que, desde que desperté en el hospital, se ha vuelto nebuloso para mí.

Ingrid colocó una mano reconfortante sobre su hombro y lo miró con compasión.

—No deberías permitir que se vaya —le sugirió con voz suave—. Llevas años buscándola, querido. Cada vez que dibujas la buscas con desesperación para retratarla. Ahora la has encontrado y la has dejado ir.

Lukas escuchaba las palabras de su amiga, ansioso por ver la luz, por encontrar el camino.

—Tienes razón —dijo poniéndose de pie—. No debo dejar que se marche. Debo

encontrarla.

Lukas besó su mejilla, agradecido por su apoyo y sus oportunos consejos, y luego abandonó el despacho corriendo. Tenía que encontrarla antes de que fuera tarde, porque si la perdía, ya no sabría dónde buscarla. Se abrió paso entre la multitud que pedía su atención, evitando cualquier intento de conversación en su afán por hallarla. Llegó hasta la calle y miró de un lado a otro, pero no logró divisarla.

—¿Dónde estás, Emma? —susurró en un murmullo apenas audible.

Se echó a correr hacia cualquier parte, sin un destino específico, en un intento desesperado por alcanzarla, pero cada zancada que daba parecía alejarlo más de ella. Los pulmones comenzaron a arderle con cada inhalación, puesto que la temperatura había descendido varios grados. Sin embargo, eso no lo detuvo. Continuó corriendo, alimentado por la esperanza de que aún pudiera alcanzarla.

—¿Dónde estás? —preguntó sintiendo el pánico adueñándose de él.

Cambió de dirección y corrió hacia el otro lado, sintiendo sus pasos repiquetear contra el suelo. La luz de la tarde comenzaba a abandonar el cielo, dando paso a la oscuridad, similar a la que sentía dentro de sí al no encontrarla, al no recuperarla. Sentía que, cuanto más corría, más se alejaba de ella, y fue presa del terror.

Cuando finalmente comprendió que había tardado demasiado en reaccionar cuando Emma abandonó el despacho, y que ella se había desvanecido en la ciudad, sintió un vacío agónico en el pecho. Era como si la *Schöne Frau*, la mujer de sus sueños se hubiese desintegrado frente a sus ojos, tal como desaparecía de su memoria. La sensación de pérdida lo envolvió, dejándolo con una profunda melancolía y un inquietante vacío en su interior.

Lukas llegó cansado a casa. No vivía lejos del lugar donde se había realizado la exposición, así que había decidido caminar. Necesitaba pensar, recapacitar acerca de sus acciones y ordenar las ideas dentro de su cabeza. Durante el resto de la exposición permaneció con la mente ausente, perdida en otro lugar. Era como si, al marcharse Emma, esta le hubiera arrebatado también una parte de sí. Se sentía vacío, desmoralizado y también algo molesto por su estupidez, por no detenerla y darle la oportunidad de que llenara los espacios vacíos de su memoria. Ella era todo lo que llevaba años buscando para completar las piezas faltantes, pero debido a su conmoción inicial, la había dejado ir.

Se dejó caer en el sofá y fijó sus ojos en el cuadro familiar de la pared, en el que él, todavía siendo un niño, posaba junto a sus padres para ser retratados para la posteridad. Era uno de los pocos objetos que había llevado consigo cuando se fue a vivir a Suiza, algo tangible y real que lo ataba a un pasado borrado, pero que estaba allí, porque ese niño sí era él. Podía reconocerse en la forma de los ojos, la mandíbula aún infantil, pero que se proyectaba firme y angulosa, y también en la forma de la nariz y de los labios.

Lukas frunció el ceño y se inclinó hacia adelante, centrando su atención de manera minuciosa en ese niño que ahora se le hacía demasiado familiar, sobre todo en la mirada, una mirada inquisitiva y observadora que iba más allá de ver las cosas evidentes a su alrededor. Era la mirada de alguien que encuentra lo que otros no ven, de alguien que descubre belleza donde nadie más la nota. Era la mirada de un artista, como la suya, y la de Jules.

—¡Es imposible! —se dijo poniéndose de pie, invadido por la conmoción.

Sus latidos galoparon con violencia dentro de su pecho, como si quisieran escapar de su jaula. Incluso pudo sentir que le golpeaba las costillas cuando una idea se arraigó con fuerza en su mente. Se recriminó no haberse dado cuenta antes de lo que tenía frente a sí cuando ese niño

se le acercó. Si era su viva imagen, idéntica a la del niño que observaba retratado en la pared. Jules era su hijo, y ahora la realidad lo golpeaba con fuerza. El niño había heredado más que solo sus rasgos físicos; llevaba en su interior el mismo fuego creativo que habitaba en él. Lo vio en sus ojos cuando estos observaban todo a su alrededor. Aquella revelación lo llenó de una mezcla de asombro, gratitud y también de remordimiento por no haber visto antes lo obvio. Emma lo había llevado consigo, tal vez buscando restaurar el curso natural de las cosas.

Lukas sintió deseos de llorar. No recordaba haberlo hecho alguna vez. Sin embargo, una calidez envolvió su pecho cuando pensó en que tenía un hijo, y una lágrima se fugó sin permiso de su ojo debido a la agitación que lo invadió. Soltó una carcajada nerviosa que se entremezclaba con el nudo de emoción que habitaba en su garganta desde que se había percatado de las similitudes y de los hechos. Era padre de un hermoso niño que lo había mirado con admiración, desconocedor de su parentesco, quien, con toda su inocencia le había preguntado por qué dibujaba a su mamá.

Se limpió las mejillas con la mano, incapaz de borrar la sonrisa de su rostro. Luego, sacó el sobre que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta y lo abrió con manos temblorosas. Al extraer su contenido, una nueva emoción lo invadió, una emoción inexplicable e incontenible. Otra vez notó que sus mejillas se humedecían sin control, pero dejó fluir las lágrimas con libertad, ya que retenerlas dentro de sus ojos le impedían poder visualizar con claridad los hermosos retratos que repartió sobre la mesa situada frente a él. Recorrió las imágenes con los ojos hasta detenerse en una que llamó su atención. Era el único dibujo en que estaban los dos, Emma y él, mirándose con intensidad, y con sus bocas cercanas, a punto de cerrar la distancia en un beso. Aquella imagen evocó una sensación intensa dentro de su pecho, como un recordatorio que peligraba con perderse dentro de su cabeza, pero que intentó retener con todas sus fuerzas.

Giró el papel y leyó: «*Belle*, Emma. Guardo tu recuerdo en mi corazón».

Aquella frase fue como un fogonazo, como una descarga eléctrica dentro de su cabeza, puesto que gatillaron una serie de imágenes que destellaban sin pausa, revelándose en cada momento de su vida, en cada episodio escondido y olvidado dentro de su cabeza. Era como si la puerta que permanecía cerrada y que ocultaba todo su pasado se hubiera destrabado, dando paso a la luz. Una luz esclarecedora, sanadora y que le devolvía la vida, lo oxigenaba, porque hasta hacía unos pocos minutos atrás, pensar en el ayer era como carecer de existencia. Ahora, en cambio, el ayer renacía iluminado en los recuerdos.

Recordó a su madre en sus intentos por protegerlo de un padre castigador que lo atormentó desde que era pequeño. Rememoró la fiesta donde vio a Emma por primera vez, cuya mirada lo había cautivado. Pensó en su noviazgo con Ingrid y en el momento en que rompió su compromiso con ella, porque amaba a otra. Su paso por la vida militar, los momentos en que dibujaba a escondidas y muchas otras cosas más. Revivió en su mente el accidente en Fismes y los cuidados que le otorgó Emma en el establo para salvarlo de un destino cruel.

Cuando Lukas recuperó el recuerdo de Emma en su totalidad, se remeció, puesto que su amor por ella se despertó voraz dentro de su pecho, como si llevara años sin alimentarse y sin saciar su sed. Aparecieron en sus memorias los encuentros a escondidas, los besos susurrados, las miradas cómplices. Se recreó en los recuerdos en la cabaña, en los que sus cuerpos desnudos se amaban sin límites y sin restricciones. También revivió en su mente el recuerdo de Gerald en prisión, el momento en que descubrió su verdadera identidad durante el interrogatorio y, posteriormente, lo ayudó a escapar del campo de prisioneros. Incluso recordaba cuando no recordaba, cuando los momentos de confusión que se apoderaban de él lo atormentaban sin piedad, haciéndolo vivir con un miedo constante al olvido, porque le aterraba perderla entre las

brumas de su memoria.

Lukas rompió en un llanto desgarrador que fue aliviando el dolor opresivo de su pecho, que fue sanando las heridas, las múltiples llagas que habitaban en su alma. Lloró durante lo que le parecieron horas, hasta abandonarse por completo, hasta secarse. Fue un llanto reparador, tan intenso como extenso, que lo despojó de una carga que ahora sabía llevaba encima, porque luego del desahogo sintió una ligereza de espíritu incapaz de explicar.

—Gracias, mi *belle* Emma —dijo llevándose el dibujo que hizo posible sus recuerdos al corazón—. Gracias por hacerme recordar.

Emma había cumplido su promesa de ayudarlo a recordar, de traerlo de vuelta. Ahora era su turno de recuperarla.

45. Belle Emma

«Nuestro amor perdurará, incluso si las brumas nublan nuestros pensamientos».

Fismes, Francia, 1925

El viaje a Ginebra había desgastado el corazón de Emma hasta lo más profundo de su ser. Durante el trayecto, un silencio pesado se cernió sobre ellos, envolviendo la atmósfera dentro de los compartimientos donde viajaban en melancolía. Ninguna palabra abandonó su boca, excepto cuando era estrictamente necesario para responder alguna de las preguntas inocentes que su hijo Jules solía hacer, las cuales requerían de un esfuerzo monumental por su parte para que este no notara su desdicha. Gerald permaneció a su lado en todo momento, otorgándole un consuelo silencioso, pero que ella podía percibir. Él había sido testigo de su corazón entristecido ante el desenlace inevitable en que se había dado todo.

Apenas llegaron a la casa, Emma observó a Jules correr contento para saludar a la *mémé* y a sus hermanas, quienes lo acogieron con los brazos abiertos. Su hijo no dejaba de contar acerca de las aventuras del viaje y de su visita a la exposición de arte. Su abuela le besó la cabeza y lo animó a entrar. Luego la miró a los ojos, al igual que sus hermanas, con preguntas silenciosas que fueron respondidas con sus propias lágrimas. La envolvieron de manera simultánea en un abrazo que acunaba su entristecido corazón.

—Todo estará bien, mi niña —le dijo la *mémé* acariciando sus mejillas, como hacía siempre que quería dar tranquilidad.

—No ha podido recordarme. Esta vez, sí me ha borrado para siempre de su memoria.

—*Shh*, tranquila. Ve a descansar. No pienses más y duerme. Estás agotada con el viaje —le sugirió la mujer palmeándole las mejillas.

Emma asintió, rota por dentro, y se encerró en su habitación. Allí permaneció el resto del día, la tarde y también la noche. A ratos dormía, a ratos lloraba, todavía atormentada por la mirada de desconocimiento que Lukas le destinó, desesperada por alcanzarlo. Pero su recuerdo se había desvanecido de su memoria. Ya no era más que una pequeña hebra que permanecía ahora únicamente trazada en las hojas de papel.

La puerta se abrió en reiteradas ocasiones, dando paso a su hijo, cuya mirada de preocupación la hacía sonreír para tranquilizarlo.

—¿Todavía estás enferma, *maman*?

—Sí, Jules, pero ya se me pasará. Solo debo dormir.

Jules se retiraba de la habitación, confiado en que eso sería así. Emma cerraba los ojos hasta que su dolor caía en el olvido de la inconsciencia.

Por la noche, cuando Jules dormía a su lado, ignorante de sus padecimientos y resguardado en el calor de la cama, Emma se levantó.

—¿Adónde vas? —quiso saber Alice, quien leía con la ayuda de una vela en su cama.

—No puedo dormir más. Saldré a caminar.

—¿Estás mejor?

—No, pero lo estaré —dijo con una sonrisa melancólica.

Se envolvió en una manta y caminó a oscuras hasta salir de la casa. Mientras deambulaba por la noche, sumida en la penumbra, no podía evitar rememorar los tiempos en que el miedo la acosaba como si fuera su propia sombra, siempre presente y amenazante. Atrás habían quedado esos días en que no estaba permitido pensar en el mañana, en el que se vivían las horas de manera angustiada, con temor a perder la vida y también la humanidad.

Emma dirigió su mirada hacia el establo. Era inevitable que los recuerdos se agolparan de golpe en su cabeza cuando lo hacía. Era un recordatorio constante de su amor por Lukas; el lugar donde ella se enamoró de él. Tan importante era ese espacio que carecía por completo de comodidades, que cuando su hermano lo amplió para albergar un número mayor de animales, ella insistió en que no modificara el rincón donde había cuidado a Lukas. Era un lugar que protegía celosamente, como si él estuviera destinado a regresar.

Perdida en sus recuerdos, de pronto algo captó su atención en el establo y frunció el ceño. Vislumbró el tintineo de una tenue luz en el interior.

—Alice no apagó la lámpara —dijo encaminándose hacia allí mientras negaba con la cabeza.

Se acercó dirigiendo la mirada hacia el cielo, cuyas estrellas parecían haber aumentado de manera considerable. No podía evitar conmoverse con su belleza. Luego se ajustó la manta a la altura del cuello cuando una brisa de aire fresco se fugó por su cuello hacia su espalda, haciéndola estremecer.

Entró al establo e hizo un recorrido visual hasta que dio con la lámpara. Se aproximó con la intención de apagarla, pero algo atrajo su atención y giró la cabeza hacia un bulto que había pasado desapercibido hasta entonces. Emma lo miró extrañada, sin saber de qué se podría tratar, y escudriñó a su alrededor, pero no encontró nada fuera de lo común. Después, con la respiración agitada y los latidos aumentados, quitó la tela que cubría el bulto y descubrió una caja metálica con chocolates dentro, y bajo esta, un hermoso retrato de ella con su hijo, y Lukas abrazándolos a los dos.

Se llevó las manos a la boca, ahogando un grito que luchaba por escapar mientras la invadía una emoción tan abrumadora que le resultaba imposible contener las lágrimas dentro de su cuerpo. Su pecho se llenó de una dicha desbordante, explosiva, y entre sollozos de felicidad, se aferró al retrato con fuerza, sintiendo el latido acelerado de su corazón. Buscó a Lukas con la mirada y lo encontró allí, a tan solo unos metros y mirándola con verdadera adoración, como lo hacía en el ayer cuando se amaban entre susurros y a escondidos del mundo.

—¡Oh, Lukas! —pronunció con la voz rota por la emoción y la dicha.

Se lanzó a sus brazos, necesitada de sentir su contacto. Lukas la recibió con un abrazo firme, envolviéndola en su calor y besando su rostro con desesperación.

—No llores, mi *belle* Emma, que ya estoy aquí. Ya te he recordado —dijo tomando sus mejillas y besando sus labios, humedecidos por las lágrimas.

—¡Oh, Dios! ¡Dime que esto es real! —susurró contra su boca sin romper el contacto.

Entonces supo que en su mirada había reconocimiento, ternura y un amor inconmensurable que no era de este mundo. Ya no se leía en sus ojos el brillo del desconocimiento, sino la realidad de un amor que permanecía inquebrantable dentro de él.

—Soy real, mi amor, y te prometo que jamás volveré a perderte en mi memoria. Ya no. Te amo, *mi belle* Emma. Gracias por rescatarme de las garras del olvido.

Emma le sonrió y se fundieron en un beso necesitado, que llevaba demasiados años esperando por ese momento. Ella, consciente de su ausencia; él, aferrándose a un frágil hilo con el que intentaba llenar los espacios vacíos de su memoria. Ahora se acariciaban grabando las

sensaciones de cada roce de sus bocas en sus cuerpos, y cada caricia dada por sus manos, en un intento desesperado por recuperar los años perdidos. Ya no importaba ni siquiera dónde se encontraban ni que la temperatura hubiese descendido. Se desnudaron con rapidez, incapaces de permanecer separados por más tiempo, y se amaron en el rincón donde él permaneció oculto bajo sus cuidados en tiempos de guerra. Emma sintió que todo lo sufrido, las noches de insomnio por el miedo a que estuviera muerto, su angustia durante su cautiverio en prisión, el miedo a morir que la acechaba cada día; todo, había valido la pena.

Recostados y envueltos en la manta que Emma había llevado consigo, no dejaban de mirarse, de destinarse sonrisas y besarse con ternura. Emma se apoyó sobre su corazón y suspiró, plena.

—Lukas —dijo sin dejar de acariciarle el pecho con uno de sus dedos—. Hay algo que debes saber sobre Jules.

—Ya lo sé, cariño. —Él se acomodó para que sus ojos se encontraran en la penumbra—. Lo supe cuando, luego de regresar de la exposición a casa, miré el retrato en el que estoy retratado de niño junto a mis padres. Fue cuando supe que era mi hijo. Luego miré el sobre que me habías dejado con los dibujos, y lo recordé todo, Emma. Fue como si se hubiese destrabado una cerradura, porque no hay ni un solo evento de mi vida que ahora no pueda recordar —dijo emocionado.

—¡Oh, Lukas! —Se abrazó a él—. No sabes lo feliz que me hace escucharte. Por un momento, pensé que te había perdido para siempre.

—Eso jamás volverá a ocurrir, mi amor —le aseguró levantando su rostro con suavidad para que lo mirara, puesto que ella se había vuelto a recostar—. Estos últimos años no he tenido ningún episodio de olvido.

—¿De verdad? —quiso saber esperanzada.

—Así es —dijo dándole un beso suave en los labios—. Me has salvado de todas las maneras en que un hombre puede ser rescatado, Emma. Me has devuelto a la vida, y me has regalado un hijo que preveo es maravilloso.

—Jules lo es —afirmó con seguridad—. Ya verás lo parecido que es a ti. Cada vez que lo miro te siento cerca.

—Has hecho un buen trabajo con él. Parece un niño feliz.

—Lo es. Mi familia me ha ayudado mucho, y Gerald es como un padre para él.

Lukas asintió y le besó la frente, las mejillas y luego se perdió en sus labios.

—*Belle* Emma —dijo con una expresión de preocupación, como si temiese de su respuesta—. Ven conmigo a Suiza y criemos juntos a nuestro hijo allí. Es un buen sitio para vivir. Aquí es arriesgado para alguien como yo, con una guerra tan reciente encima.

—Lukas —dijo, posando su mano en su mejilla para transmitirle calma—. Estaré contigo donde sea que estés, seguiré tus pasos a donde vayas y haré todo lo que esté a mi alcance para hacerte feliz, porque te amo. No puedo imaginar ni un solo minuto más lejos de ti.

Lukas la besó con ímpetu, en un beso profundo cargado de promesas, de días felices y de un futuro lleno de posibilidades. En ese instante, ambos sintieron que el mundo se detenía a su alrededor, que el tiempo se congelaba para permitirles saborear cada momento juntos. En ese beso, sellaron no solo su amor, sino también su compromiso de enfrentar juntos los desafíos que el destino les deparara.

Y así, con el calor de sus labios fundiéndose en un abrazo eterno, comprendieron que su historia estaba lejos de terminar; que este era solo el comienzo de una nueva y apasionante vida juntos, lejos de los tiempos ensombrecidos por las brumas de la guerra y de la memoria.

Palabras de la autora

Gracias por haber llegado hasta aquí. La historia que acaban de leer ha sido un proyecto que llevaba tiempo postergando, y que me complace haberlo llevado a cabo por fin. Esta novela, aunque es ficticia, se inspira en las experiencias reales de aquellos que se encontraron amando en tiempos de conflicto; una situación que, en su momento, fue vista como traición o deslealtad. La Primera Guerra Mundial no solo devastó ciudades enteras, sino que dejó profundas cicatrices en los corazones de las personas, un evento de una magnitud que a veces resulta difícil de comprender, pero que he intentado retratar con la mayor fidelidad posible, basándome en mis lecturas previas durante la fase de documentación para concretar este proyecto.

Enfoqué la historia de mis personajes en la vida cotidiana de personas que habitaban una pequeña campiña francesa, evitando adentrarme en cuestiones políticas. Pido disculpas si hay detalles que no reflejan fielmente la realidad. Esta novela es, ante todo, una obra de ficción que busca narrar una historia de amor surgida en medio del caos y la adversidad de la guerra.

Espero que hayas disfrutado con esta historia de amor, y que Lukas y Emma consiguieran dejar alguna huella imborrable en tu memoria.

Si deseas estar al tanto de mis próximos proyectos y seguir explorando juntos nuevas aventuras literarias, te invito a seguirme en Instagram: **liasayoni.escritora**. Además, todos mis libros están disponibles en **Amazon**, tanto en versión digital como en papel.
¡Muchas gracias por tu apoyo!

Lía Sayoni

About The Author

LÍA SAYONI



Lía Sayoni es el seudónimo con el que Paula Omeñaca Awad, escritora chilena nacida en el año 1973, firma sus obras. Profesora de Educación Física de profesión, decidió, en un momento de audacia, dejar la pedagogía para aventurarse en el mundo literario. Este cambio marcó un nuevo desafío personal que rápidamente se convirtió en su gran pasión, rivalizando con su amor por la lectura. También escribe novelas de thriller bajo el seudónimo de L. Mura. A lo largo de su carrera, ha explorado diversos géneros literarios, pero su predilección recae indiscutiblemente en la novela romántica y las historias que culminan con finales felices. Su capacidad para explorar en las diversas narrativas es una manifestación de su profundo amor por la literatura y la continua búsqueda de nuevas expresiones artísticas.

Autora de la novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2023, con su obra *El otoño de Amira*.